LA REGLA DEL REBOTE

Edición española



LEVI BENNETT

La Regla del Rebote

Levi Bennett

Copyright © 2026 de Levi Bennett

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida en forma alguna sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de los EE. UU.

Contents

1. Nolan
2. Callum
3. Nolan
4. Callum
5. Nolan
6. Callum
7. Nolan
8. Callum
9. Nolan
10. Callum
11. Nolan
12. Callum
13. Nolan
14. Callum
15. Nolan
16. Callum

17. Nolan
18. Callum
19. Nolan
20. Callum
21. Nolan
22. Callum
23. Nolan
24. Callum
25. Nolan
26. Callum
27. Nolan
28. Callum
29. Nolan
30. Callum
31. Nolan
32. Callum
33. Nolan
34. Callum
35. Nolan
36. Callum
37. Nolan
38. Callum
39. Nolan
40. Callum
41. Nolan
42. Callum
43. Nolan

44. Callum
45. Nolan
46. Callum
Otros libros de Levi Bennett

Chapter One

Nolan

La suspensión de la camioneta cruje al girar por Main Street y unos amortiguadores desgastados me dan una bienvenida que no he pedido. Northwood, Minnesota, tiene exactamente el mismo aspecto que cuando me fui hace doce años: escaparates de ladrillo con letreros pintados a mano, hileras de luces que se entrecruzan en lo alto y la marquesina del viejo cine que sigue anunciando películas de hace dos meses. La única diferencia es la nieve, más abundante ahora a finales de noviembre, amontonada contra los bordillos en sucios terraplenes que se quedarán hasta abril.

Había jurado que no volvería jamás.

El velocímetro baja a cuarenta por hora mientras paso por delante de la ferretería, la cafetería y la barbería donde el viejo Moore me rapó por primera vez antes de las pruebas de la liga infantil. Cada escaparate encierra algo que he pasado doce años intentando no recordar.

La pista de hielo aparece a mi derecha, su fachada de ladrillo rojo brilla bajo las farolas. No miro. No puedo. Todavía no.

Mi apartamento está encima de la Ferretería Riverside, subiendo por una estrecha escalera exterior que no se ha renovado desde los años ochenta. Los escalones metálicos resuenan bajo mis botas mientras subo, con la barandilla helada incluso a través de los guantes. Arriba, saco la llave del bolsillo —enviada por mi nueva

jefa, Vera Nightingale, junto con un paquete de bienvenida que apenas había ojeado— y abro la puerta.

El apartamento es exactamente lo que me esperaba. Una gran habitación con una minicocina en una esquina, un baño en el que apenas cabía, dos ventanas altas con vistas a Main Street. El suelo de madera original, arañado pero macizo. Tuberías a la vista a lo largo del techo. Un radiador que emite un calor seco que sabe a rancio.

Está muy lejos de mi apartamento de Chicago. Y más lejos aún del ático que alquilé en mi tercer año, cuando pensaba que me comería la ciudad.

Dejo la bolsa de lona en el suelo y me quedo ahí, contemplando el espacio. Un futón que ha visto días mejores. Una mesa de cocina destartalada con dos sillas desparejadas. Una lámpara con la pantalla torcida. Los muebles venían con el piso, igual que la llave. Provisional. Todo en este sitio grita «provisional».

Salvo que no tengo ningún otro sitio adonde ir.

La idea se me instala pesadamente en el pecho mientras me acerco a las ventanas y miro hacia Main Street. Pasa una pareja, abrigada contra el frío, su aliento formando nubes en el aire. El chico rodea los hombros de la mujer con el brazo, atrayéndola hacia él. Se ríen de algo, relajados y a gusto, con la clase de intimidad natural que nunca he conseguido mantener.

Todas las relaciones que intenté acabaron igual. Fotos de paparazis. Preguntas indiscretas. Parejas que empezaron siendo valientes, pero que no soportaron el veneno en sus bandejas de entrada, los desconocidos que se sentían con derecho a comentar cada aspecto de nuestras vidas.

Salí del armario a los veintidós, y no por elección propia. Unos paparazis me pillaron con un novio en un bar gay de Chicago y, de repente, me vi haciendo control de daños en una liga que no estaba preparada para jugadores como yo.

Pensé que ser visible era importante. Pensé que la representación merecía la pena.

Resultó que el precio lo era todo.

Me aparto de la ventana y cojo la bolsa de lona para llevarla al futón. Dentro están los restos de mi vida en Chicago: ropa, artículos de aseo, el portátil, algunos libros que nunca llegué a leer. En el fondo, envuelta en una camiseta vieja, está la caja de madera que no he abierto en meses.

Mis manos vacilan sobre la tapa.

Pero ya estoy levantándola, ya estoy mirando el contenido. Mi anillo de campeón reposa sobre una cama de papel de seda, el platino y los diamantes atrapan la débil luz de la lámpara. El grabado en la banda interior reza CAPITÁN en mayúsculas. Campeón de la Stanley Cup a los veintiséis. La cumbre. El sueño que todo niño tiene cuando se ata los patines por primera vez.

Lo había tenido todo. El talento, el liderazgo, las medallas para demostrarlo.

Luego vino el «incidente» del vestuario —según ellos, no yo—. Vino el ambiente hostil que la directiva se negó a abordar. Vino la lesión de hombro que acabó con mi carrera hace seis meses, cuando jugaba lesionado y distraído, intentando demostrar que pertenecía a ese mundo a pesar de que la mitad de mis compañeros me trataban como a un apestado.

Luego, la caída.

Cierro la caja y la meto en el cajón de almacenaje del futón. El anillo puede quedarse ahí, escondido como la vida que solía tener. No tiene sentido darle vueltas a lo que perdí.

El resto del desembalaje me lleva quince minutos. La ropa en el estrecho armario. Los artículos de aseo en el baño. El portátil en la desvencijada mesa. Últimamente viajo ligero: es más fácil moverse cuando no tienes raíces en ninguna parte.

Cuando todo está guardado, cojo la chaqueta y bajo de nuevo. El frío me golpea como una bofetada, agudo y limpio, atravesando la niebla que se me ha instalado en el pecho desde que crucé la frontera de Minnesota. Me subo el cuello y echo a andar.

Main Street está tranquila a estas horas de un domingo. La mayoría de las tiendas están cerradas, con los escaparates a oscuras salvo por las luces de seguridad. La cafetería sigue abierta, su

letrero de neón zumba, pero sigo caminando. La pista de hielo se cierne más adelante, imposible de evitar ahora.

La Pista de Hielo Comunitaria de Northwood, sede de los Icemen. Aquí aprendí a patinar. Aquí jugué mi primer partido oficial. Marqué mi primer triplete en este hielo cuando tenía diez años, con mi padre desgañitándose en las gradas.

Se me oprime el pecho al detenerme frente a la entrada principal. A través de las puertas de cristal puedo ver el vestíbulo: vitrinas con trofeos que recubren las paredes, fotos enmarcadas que abarcan generaciones de hockey de Northwood, pancartas pintadas a mano que cuelgan de las vigas. Y allí, en el lugar de honor sobre la entrada principal, está mi camiseta retirada.

Número 19. THORNE.

Tenía dieciocho años cuando la retiraron, recién firmado mi contrato con la NHL. La ceremonia había sido surrealista: todo el pueblo presente, el alcalde dando un discurso, mis padres llorando en primera fila. Ese día me sentí como un dios. Intocable. Destinado a la grandeza.

Ahora he vuelto para entrenar al equipo de la liga menor.

El que un día fue poderoso ha caído.

Me doy la vuelta antes de que la amargura pueda echar raíces y me dirijo hacia mi apartamento. Mañana me reúno con Vera para repasar las expectativas y la logística del equipo. Mañana empiezo el trabajo que se supone que es mi redención, o al menos mi premio de consolación.

Esta noche solo necesito dormir.

Pero cuando vuelvo a subir esas escaleras metálicas y entro en el escueto apartamento, dormir parece imposible. Me tumbo en el futón, con la mirada fija en el techo, escuchando el traqueteo del radiador y los sonidos amortiguados de Main Street.

Mi mente no se calma. Sigue volviendo a la última vez que estuve en Northwood, el verano antes de irme a la NHL. Dieciocho años y aterrorizado de todo lo que sentía.

Aterrorizado por la forma en que me sorprendía mirando a mi mejor amigo Callum, fijándome en cosas en las que no debería haberme fijado. La forma en que su pelo cobrizo captaba la luz del

sol como un alambre de cobre. La curva de su sonrisa cuando se reía de algo que solo nosotros dos entendíamos. El modo en que sus ojos verdes se suavizaban cuando hablaba de sus sueños: dejar Northwood, ver mundo, convertirse en alguien más grande de lo que este pequeño pueblo le permitiría ser.

Aterrorizado de las ganas que tenía de acortar la distancia entre nosotros durante aquellas noches en el lago Moonbeam, cuando nos sentábamos en el muelle con los pies colgando sobre el agua y hablábamos hasta que las estrellas se desvanecían. Lo cerca que nos sentábamos —hombro con hombro, brazo con brazo— y cómo ninguno de los dos se apartaba nunca.

Aterrorizado de la noche en que se volvió hacia mí, con la luz de la luna plateando su rostro, y me preguntó: —¿Alguna vez sientes que hay algo que se supone que debes decir, pero no encuentras las palabras?

Y yo me había quedado helado. Completamente helado. Porque sabía exactamente a qué se refería, lo sentía vibrar en mi pecho cada vez que estábamos juntos, y tenía tanto miedo de ponerle nombre que me encogí de hombros y dije: —Serán los nervios por la graduación.

La forma en que su rostro se había cerrado. La forma en que había asentido, desviado la mirada y dicho: —Sí. Seguramente.

Dos semanas después, me fui al campo de entrenamiento sin despedirme de él. Envié un mensaje de grupo a todo el mundo que lo incluía, como si fuera un amigo más en lugar de la persona cuya ausencia me dolió en el pecho todos y cada uno de los días del primer año que estuve fuera.

Nunca llamé. Nunca volví de visita. Corté todos los lazos porque era más fácil que admitir por qué había huido.

Me pregunto si seguirá aquí. Me pregunto si alguna vez entendió por qué no pude quedarme. Me pregunto si él piensa en aquel verano como yo, con un arrepentimiento tan agudo que podría hacer sangrar.

Me pregunto si me ha perdonado por ser un cobarde. Yo no me he perdonado a mí mismo.

Me pongo de lado y cierro los ojos, intentando detener esa espiral. No importa. Eso fue hace doce años. Éramos unos críos. Probablemente ahora esté casado, probablemente tenga una vida normal con una pareja que no viene acompañada de un circo mediático y un rastro de puentes quemados.

El radiador vuelve a traquetear, constante como un latido.

Estoy aquí para entrenar a hockey. Eso es todo. Mantener un perfil bajo, formar un equipo decente, demostrar que todavía puedo aportar algo al deporte que amo. Sencillo. Directo. Sin complicaciones.

Sin mirar atrás.

Pero mientras finalmente me dejo llevar por el sueño, mi último pensamiento consciente es la voz de Callum preguntando si alguna vez sentí que había algo que se suponía que debía decir.

Y mi respuesta cobarde que daría cualquier cosa por retirar.

Chapter Two

Callum

La alarma suena a las cuatro y media, como siempre. La apago de un manotazo y me quedo tumbado exactamente treinta segundos, dejando que mi cerebro se ponga al día con mi cuerpo. Luego me levanto, mis pies tocan el suelo frío y ya estoy repasando mentalmente el programa de horneado del día.

Veinte minutos después, estoy entrando en el callejón detrás de Sweet Provisions, los faros de mi camioneta rasgando la oscuridad del amanecer. La puerta trasera de la pastelería está exactamente donde la dejé anoche: bien cerrada, con la luz de seguridad bañándolo todo en un blanco crudo. Entro y enciendo las luces principales.

La cocina cobra vida a mi alrededor. Las superficies de acero inoxidable relucen bajo los fluorescentes. Mis batidoras esperan donde las dejé. Los hornos zumban mientras se calientan, y el calor ya va disipando el frío de noviembre.

Me ato el delantal —azul marino, cubierto de manchas permanentes de años de trabajo— y me pongo manos a la obra.

Una nube de harina se levanta mientras la mido en la batidora industrial. Mis manos se mueven solas, por pura memoria muscular de años empezando a las cinco de la mañana. La levadura se disuelve en agua tibia, el líquido se enturbia. La mantequilla se corta

en cubos perfectos. El motor de la batidora amasadora cobra vida con un zumbido, y el ritmo familiar se me mete en los huesos.

Esto es meditación. Esto es paz.

La masa se cohesiona, suave y elástica. La vuelco sobre la encimera enharinada y la trabajo con las manos, sintiendo cómo cambia la textura bajo mis palmas. Empujar, doblar, girar. Empujar, doblar, girar. El movimiento repetitivo me ancla en el presente, aleja los sueños inquietos que tuve anoche: fragmentos de recuerdos en los que no me he permitido pensar en años.

La masa va a un bol para levar, cubierta con un paño húmedo. Paso a los cruasanes, sacando la masa hojaldrada de ayer de la nevera. Las capas de mantequilla son perfectas, frías y firmes contra las yemas de mis dedos.

Para las cinco y media, las primeras hogazas están en el horno y toda la cocina está cálida, oliendo a levadura, a mantequilla y a hogar. Estoy rellenando profiteroles con una manga pastelera cuando oigo abrirse la puerta trasera.

—¡Papá! —La voz de Caspian resuena en la cocina, brillante y despierta a pesar de lo temprano que es.

—Aquí —respondo.

Aparece en el umbral, con la mochila colgada de un hombro y ya puesto el abrigo de invierno. A sus ocho años, es pequeño para su edad, pero un trasto, con el pelo rojizo de punta en direcciones que sugieren que no ha conseguido dominar el cepillo esta mañana. Mi color. Mis ojos verdes.

—Llegas pronto —digo.

—No podía dormir. —Deja caer la mochila y de inmediato empieza a bajar las sillas de donde las apilamos sobre las mesas cada noche. Las patas de metal arañan el suelo mientras trabaja—. Demasiado emocionado.

—¿Por?

—¡Las pruebas de hockey! —deja caer otra silla con un golpe—. La entrenadora Vera dijo que son esta semana. ¿Has visto el correo?

Todavía no había mirado el correo.

—¿Esta semana?

—¡Sí! Y dijo que viene un entrenador nuevo. Alguien muy bueno. —Otra silla golpea el suelo—. ¿Puedo presentarme? ¿Porfa?

Dejo la manga pastelera y lo observo trabajar. Tiene esa misma energía decidida que le entra cuando se le mete algo en la cabeza; del tipo que no para hasta conseguir una respuesta. La misma energía que reconozco al mirarme en el espejo.

—Ya lo hablaremos —digo.

—Eso no es un no.

—Tampoco es un sí.

Sonríe, tomándoselo claramente como una victoria, y sigue apilando sillas con renovado entusiasmo.

Mi ayudante llega quince minutos después, atándose un delantal mientras se dirige directamente al fregadero. Jamie tiene diecinueve años, estudia empresariales en el instituto de formación profesional y nunca llega tarde.

—Buenos días —dice, lavándose las manos—. ¿Has oído la noticia?

Estoy midiendo azúcar para el relleno de los rollos de canela.

—¿Qué noticia?

—Vera ha contratado a un nuevo entrenador para los Icemen. Un exjugador de la NHL. —Jamie empieza a sacar ingredientes para la masa de galletas que preparamos todos los lunes—. Janet, la del restaurante, ha dicho que llegó al pueblo anoche.

Mis manos se detienen sobre el vaso medidor.

—¿Ha dicho quién?

—No. Solo que es alguien famoso. Un pez gordo, al parecer. —Mide harina en un bol, y el polvo blanco se levanta—. Todo el pueblo no habla de otra cosa.

La cabeza de Caspian se levanta de golpe de donde ha estado reorganizando los sobrecitos de azúcar en la estación de condimentos.

—¿Un jugador famoso? ¿Como, famoso de la NHL?

—Eso he oído —dice Jamie.

—¡Qué guay! —Caspian da saltitos—. Papá, ¿has oído eso? ¡El nuevo entrenador es famoso!

Mis manos siguen trabajando automáticamente, extendiendo mantequilla sobre la masa estirada, pero mi mente ya está dándole

vueltas. Exjugador de la NHL. Vínculos con Northwood. No hay muchos de esos.

En realidad solo hay uno.

No. Él no volvería. No después de doce años de silencio; ni una llamada, ni una visita, nada que sugiriera que este lugar le hubiera importado alguna vez.

No después de haberse ido sin decir ni una palabra, sin explicar por qué desapareció sin más después de aquel verano. Todo entre nosotros había estado cargado de algo para lo que no tenía palabras. Había pasado semanas tratando de averiguar qué significaba aquella opresión en el pecho cada vez que se reía de algo que yo decía.

—¿Te imaginas? —le está diciendo Caspian a Jamie, con la voz brillante de emoción—. ¿Y si jugó en la Copa Stanley? ¿Y si conoce a todos los jugadores profesionales?

—Ya te enterarás en las pruebas —dice Jamie, sonriendo ante su entusiasmo.

Termino de enrollar la masa en un cilindro y empiezo a cortarla en rodajas iguales, el cuchillo atravesando capas de mantequilla, canela y azúcar. Cada rodaja se coloca con cuidado en la bandeja de hornear. El movimiento familiar me tranquiliza, me aleja del borde de cualquier pánico que intente abrirse paso por mi garganta.

—¿Papá? —la voz de Caspian está más cerca ahora—. ¿Estás bien?

Levanto la vista. Está de pie justo a mi lado, con sus ojos verdes —mis ojos— estudiando mi cara con el tipo de percepción que los niños de ocho años no deberían tener.

—Estoy bien —digo—. Solo concentrado en el trabajo.

—Tienes tu cara de preocupación.

—No tengo cara de preocupación.

—Claro que la tienes. Haces una cosa así con las cejas. —Lo demuestra, arrugando la frente.

Jamie se ríe desde el otro lado de la cocina.

Le revuelvo el pelo a Caspian, lo que solo hace que se le ponga más de punta.

—No estoy preocupado. Solo pienso en todo lo que tengo que hacer hoy.

—Vale. —No parece convencido, pero tiene ocho años, así que lo deja pasar—. ¿Puedo comerme un rollo de canela cuando estén listos?

—Uno. Y luego tienes que desayunar de verdad cuando llegues al cole.

—¡Trato hecho!

Vuelve a su misión de apilar sillas, tarareando algo que podría ser la sintonía del videojuego con el que esté obsesionado ahora mismo. Meto la bandeja de los rollos de canela en la cámara de fermentación e intento ignorar la opresión en mi pecho.

Probablemente no sea él. Northwood es pequeño, pero no tan pequeño. Hay otros exjugadores de la NHL con vínculos con Minnesota. Podría ser cualquiera.

Pero me tiemblan ligeramente las manos cuando empiezo con la siguiente tanda de masa.

A las siete, la preparación de la mañana está casi terminada. Las vitrinas están llenas de pasteles y pan recién hecho. El café se está haciendo, llenando la sala principal con su calor amargo. Caspian ha terminado con sus tareas de las sillas y está sentado en una de las mesas, haciendo los deberes que olvidó hacer anoche.

Jamie va a la parte delantera para abrir las puertas y darle la vuelta al cartel a ABIERTO.

Estoy en la trastienda, sacando los rollos de canela del horno —dorados, con el glaseado burbujeando en los bordes— cuando oigo entrar a los primeros clientes. La campanilla de la puerta suena y las voces llegan hasta mí. La clientela habitual de la mañana. Obreros de la construcción. Madrugadores que van a trabajar.

Glaseo los rollos de canela con una eficiencia pulida, el glaseado blanco cayendo en cascada sobre los pasteles calientes. Caspian aparece a mi lado de inmediato.

—Uno —le recuerdo, poniendo el rollo más pequeño en un plato.

—Eres el mejor. —Lo coge y le da un bocado al instante, manchándose la nariz de glaseado.

—Servilleta —le digo, dándole una.

Se limpia la cara y me sonríe, y algo en mi pecho se afloja. Esto es lo que importa. Este niño. Esta vida que hemos construido juntos. Lo

que sea que esté pasando con el puesto de entrenador de los Icemen no cambia eso.

La madre de Caspian había renunciado a sus derechos antes de que él cumpliera una semana, sin querer saber nada de ninguno de los dos. Yo tenía veintidós años, estaba aterrorizado y, de repente, era responsable de un ser humano diminuto que dependía de mí para todo. Ser padre soltero me había enseñado desde el principio que tenía que ser tanto el lugar seguro como el protector. Tenía que bastarme por mí mismo.

Descubrí que era gay más o menos cuando Caspian cumplió dos años, o quizá siempre lo había sabido, pero por fin tenía las palabras para describirlo. En cualquier caso, salir del armario en Northwood no había sido fácil, pero lo había hecho. Colgué esa bandera del orgullo en el escaparate de mi pastelería y esperé a ver si el pueblo me echaba o me dejaba quedarme.

Me dejaron quedarme. En su mayoría. Soy «su pastelero gay», el que hace los rollos de canela buenos y de vez en cuando aconseja a algún padre cuando su hijo sale del armario. He aprendido a ser comedido en mi forma de mostrarme: abierto y sincero, pero no «demasiado». No lo suficiente como para incomodar a la gente.

Es un equilibrio delicado, y me he vuelto bueno manteniéndolo.

—Tengo que irme al cole —dice Caspian, metiéndose el último bocado en la boca—. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero. Que tengas un buen día.

—¿Pensarás en lo de las pruebas?

—Estoy en ello.

Levanta el puño en señal de victoria y coge su mochila, dirigiéndose a la puerta principal. Lo veo irse, serpenteando entre los clientes de la mañana, saludando con la mano a Jamie detrás del mostrador.

Luego vuelvo al trabajo.

El ajetreo de la mañana aumenta de forma constante. Oigo a Jamie en la caja, el siseo de la máquina de café expreso, la campanilla de la puerta sonando cada pocos minutos. Me quedo en la trastienda, terminando lo último de la preparación y empezando una tarta de cumpleaños por encargo.

Hacia las nueve, llevo una bandeja de cruasanes recién hechos a la parte delantera para rellenar la vitrina. La pastelería está llena: todas las mesas ocupadas, una cola en la caja. Estoy colocando los cruasanes en su sitio cuando miro por la ventana delantera.

Y me quedo helado.

Hay una camioneta aparcada frente al pabellón. Azul oscuro. De aspecto caro, baja de suspensión. El tipo de camioneta que no pertenece a nadie que conozca en Northwood.

Mi mano se cierne sobre la vitrina, el cruasán olvidado.

Observo cómo se abre la puerta del conductor. Un hombre sale: alto, de hombros anchos, moviéndose con la gracia controlada de un atleta. Está demasiado lejos para que vea los detalles, pero su forma de moverse me resulta familiar. La forma en que se queda ahí un momento, mirando hacia el pabellón como si se estuviera preparando para algo.

La forma en que se pasa una mano por el pelo oscuro.

Se me corta la respiración.

No.

El cruasán que tengo en la mano se me escapa de los dedos y cae al suelo.

No me agacho a recogerlo. No puedo moverme. Solo puedo quedarme ahí y mirar fijamente mientras el hombre —mientras Nolan Hendricks, porque incluso a esta distancia, incluso después de doce años, conozco su silueta— camina hacia la entrada del pabellón y desaparece dentro.

Ha vuelto.

—¿Callum? ¿Estás bien? —la voz de Jamie suena lejana.

Parpadeo y miro el cruasán destrozado en el suelo.

—Sí. Bien. Solo que soy un torpe.

—Nunca se te cae nada.

Me agacho y recojo el pastel.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Jamie me mira con preocupación, pero hay clientes esperando, así que se vuelve hacia la caja. Tiro el cruasán y me agarro al borde del mostrador, el metal frío y sólido bajo mis palmas.

Nolan Hendricks está aquí. En Northwood. En el pabellón.

Lo que significa que los rumores son ciertos. Él es el nuevo entrenador.

Lo que significa que voy a verlo. En los partidos, en los eventos de la comunidad, quizá incluso aquí, en la pastelería. Es imposible evitar a nadie en un pueblo tan pequeño.

El chico por el que pasé un verano entero enamorándome sin entender lo que eso significaba. El mejor amigo que me hacía reír, que escuchaba mis sueños, que se sentaba tan cerca que nuestros hombros se tocaban y nunca se apartaba.

La persona que aquella noche en el muelle me preguntó si alguna vez sentía que había algo que se suponía que debía decir, pero para lo que no encontraba las palabras... y cuando me quedé helado, con el corazón desbocado, tratando de encontrar el valor para decir «sí, yo también, yo también lo siento»... él había apartado la mirada y había dicho que probablemente solo eran los nervios de la graduación.

Dos semanas después se había ido. Sin despedida. Sin explicación. Simplemente se fue, como si ese verano y lo que fuera que se había estado cociendo entre nosotros no hubiera significado nada en absoluto.

Y ahora ha vuelto, y mi hijo quiere jugar al hockey, y la paz cuidadosamente construida que he levantado durante los últimos doce años acaba de agrietarse por la mitad.

Respiro hondo. Luego otra vez.

Está bien. Estoy bien. Este es mi pueblo, mi hogar, mi pastelería. Construí esta vida de la nada. La construí después de que todo se desmoronara, después de darme cuenta de que lo que sentía por Nolan era atracción y deseo y quizá algo más profundo, después de salir del armario y sobrevivir a los susurros y aprender a mantenerme erguido como un hombre gay en un lugar que no siempre sabe qué hacer con gente como yo.

Sobreviví a que se fuera una vez.

Puedo sobrevivir a que haya vuelto.

Aunque no me dejen de temblar las manos.

Aunque una parte traicionera de mí siga en ese muelle del lago Moonbeam, esperando que él se gire y me vea como yo empezaba a

verlo a él.

Aunque esté aterrorizado de que esta vez, cuando inevitablemente se vaya otra vez, no solo se me romperá el corazón a mí.

También se le romperá a Caspian.

Y no puedo permitir que eso suceda. No dejaré que mi hijo se encariñe de alguien que no sabe cómo quedarse.

Ahora tengo una regla, una a la que me he aferrado desde que entendí lo que me costó perder a Nolan: nada de segundas oportunidades para la gente que eligió marcharse en lugar de quedarse.

Me ha mantenido a salvo durante ocho años.

Va a tener que seguir funcionando ahora.

Chapter Three

Nolan

Me obligo a bajar de la camioneta antes de que pueda cambiar de opinión. El pabellón no ha cambiado: los mismos ladrillos rojos, las mismas puertas anchas de cristal. El mismo letrero pintado a mano que ayudé a repintar el verano antes de irme.

El lugar donde me convertí en alguien. Antes de convertirme en nadie.

Empujo las puertas de cristal. El frío me golpea de inmediato; ese frío específico del pabellón que nunca desaparece del todo. Hielo. Goma. Cuero viejo. El olor desencadena algo en mi pecho antes de que mi cerebro pueda procesarlo.

Encima de la entrada a la pista, mi camiseta cuelga enmarcada. Número 19. THORNE. La miré desde el aparcamiento anoche. No fui capaz de entrar.

Hoy no tengo ese lujo.

—Impresionante, ¿verdad?

Me giro. Una mujer está de pie cerca de la taquilla, observándome con agudos ojos color avellana detrás de unas gafas elegantes. Tendrá unos cincuenta y tantos años, el pelo castaño rojizo veteado de plata recogido en un moño elegante, y lleva una americana entallada y unos zapatos planos. Todo en ella irradia competencia y control.

—Vera Nightingale —dice, extendiendo la mano.

Se la estrecho. Su apretón es firme, profesional. —Nolan Hendricks.

—Ya sé quién es usted. —Señala la camiseta con un gesto—. Es difícil no reconocer al héroe local.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Doce años. Pero la gente se acuerda. —Me estudia por un momento, esa mirada aguda capta más de lo que me gustaría—. Vamos. Mi despacho está arriba. Tenemos mucho de qué hablar.

La sigo por el vestíbulo y subo una escalera que había recorrido mil veces de niño. Las paredes están cubiertas de fotos: equipos, entrenadores, banderines de campeonatos. La historia del hockey en Northwood, documentada en recortes de periódico descoloridos y fotos de acción.

El despacho de Vera está en un espacio reconvertido de un almacén con vistas a la pista de entrenamiento. Unos ventanales del suelo al techo muestran el hielo de abajo, vacío y reluciente bajo las luces. El despacho en sí es una mezcla de pulcritud profesional y objetos de hockey: muebles de cuero, un escritorio macizo hecho de lo que parecen tablones de pista reciclados, artículos enmarcados en las paredes.

Uno me llama la atención: un recorte de periódico amarillento con la firma de Vera. El titular dice: «Rompiendo el hielo: la discriminación en las ligas menores de hockey».

Me señala una silla. —¿Se sienta? ¿Un café?

—Claro. Solo.

Sirve de una jarra que hay en una mesa auxiliar y me entrega una taza, luego se acomoda en su propia silla detrás del escritorio. El vapor se eleva entre nosotros.

—Vayamos al grano —dice Vera—. Está aquí porque necesita este trabajo, y yo me arriesgo con usted porque creo que puede darles a estos jugadores algo que necesitan.

Directa. Eso me gusta. —¿Qué necesitan?

—Un entrenador que los vea como personas, no solo como estadísticas. Alguien que entienda que la mayoría de ellos no llegará a ser profesional, pero eso no significa que no puedan beneficiarse de la disciplina, el trabajo en equipo y aprender a superarse. —Toma

un sorbo de su café—. El último entrenador se centraba en las victorias. Yo quiero a alguien que se centre en el desarrollo.

—El desarrollo no gana campeonatos.

—No. Pero la buena gente que trabaja junta, sí. —Se inclina hacia delante, con los codos sobre el escritorio—. No le contraté por sus credenciales en la NHL, Nolan. Le contraté porque he seguido su carrera. Sé por lo que pasó. Sé lo que le costó ser uno de los primeros jugadores de la liga abiertamente gay.

Las palabras me golpean como un puñetazo que debería haber visto venir. Bebo un sorbo de café para ganar tiempo; el líquido está caliente y amargo en mi lengua.

—Escribí sobre usted —continúa Vera, señalando los artículos enmarcados—. Cuando era periodista. Cubrí la discriminación a la que se enfrentó, la forma en que la liga no le protegió. —Su expresión se suaviza—. Le elegí específicamente porque estoy comprometida a crear entornos inclusivos aquí. Eso es lo que estamos construyendo. Ningún jugador se queda atrás por ser quien es.

Algo en mi pecho se afloja ligeramente. No mucho, pero lo suficiente para poder respirar hondo. —Es una gran responsabilidad.

—Lo es. Pero creo que puede con ella. —Saca una carpeta y la desliza sobre el escritorio—. Este es su equipo. Veintitrés jugadores, de diecinueve a veintiocho años. Talentosos, pero indisciplinados. Necesitan estructura y alguien que crea en ellos.

Abro la carpeta y ojeo las primeras páginas. Fotos de carné, estadísticas, notas sobre las posiciones. Rostros jóvenes me devuelven la mirada.

—Las evaluaciones del programa juvenil también son esta semana —añade Vera—. Parte de su trabajo implica las ligas juveniles locales: niños de seis a doce años. Ayudará con las evaluaciones, quizás dirija algunas prácticas. Establecerá relaciones con las familias.

Levanto la cabeza de golpe. —¿Programa juvenil?

—Organizamos ligas de hockey para los niños de la comunidad. Futuros Icemen. Es nuestra forma de mantenernos conectados con el pueblo, de conseguir apoyos. —Se da cuenta de mi expresión—.

Es un pueblo pequeño, Nolan. Todo el mundo está conectado. Los jugadores juveniles son el futuro de este equipo, y sus padres son su base de apoyo. Tendrá que estar visible, involucrado con la comunidad. No puede esconderse en el despacho del entrenador y evitar a la gente.

Claro. Nada en Northwood ocurre de forma aislada. Lo que significa que estaré en eventos escolares, reuniones de la comunidad, el supermercado, encontrándome con padres dondequiera que vaya.

Y si Callum sigue aquí, si ahora tiene hijos, si está metido en el hockey juvenil…

Se me encoge el estómago.

—¿Está conmigo? —pregunta Vera.

—Sí. Disculpe. —Me aclaro la garganta—. ¿Cuándo son las evaluaciones?

—El miércoles por la tarde, a las seis en punto. Traiga los patines, estará en el hielo con ellos. —Se levanta, indicando que la reunión ha terminado, y me entrega un juego de llaves—. Las llaves del pabellón. Entrada principal, sala de material, su despacho. El primer entrenamiento con el equipo es mañana por la mañana, a las seis.

Me guardo las llaves y me pongo de pie. Están frías y sólidas contra mi muslo a través de la tela.

—Una cosa más —dice Vera mientras me acompaña a la puerta—. La gente de aquí tiene muy buena memoria. Se acuerdan de que se fue. Se acuerdan de que nunca volvió, nunca visitó a nadie, cortó todos los lazos. —Su mirada es firme, no hostil, pero seria—. Y son conscientes de su visibilidad como atleta gay. Algunos le apoyarán por ello; yo diría que la mayoría, de hecho. Northwood ha avanzado mucho. Pero no todo el mundo. Se enfrentará a cierta resistencia, a algunos comentarios. Quizás a algunos padres que no quieran que sus hijos sean entrenados por un hombre gay, por muy bueno que sea.

El peso familiar se posa sobre mis hombros. —Estoy acostumbrado.

—Estoy segura de que sí. Pero esta es la cuestión: no toleraré la discriminación en mi organización. De nadie. Jugadores, padres,

aficionados. Si alguien tiene un problema con quién es usted, puede tratarlo conmigo, y estaré encantada de mostrarle la puerta. —Abre la puerta del despacho—. Pero va a tener que demostrar que está aquí para quedarse. Demostrar que está comprometido con esta comunidad, no solo usándola como trampolín para volver a algo más grande. ¿Puede hacerlo?

¿Puedo? No lo sé. Hace un mes, habría dicho que no. Habría aceptado este trabajo como un refugio temporal, un lugar para lamerme las heridas hasta que surgiera algo mejor.

Pero de pie aquí, mirando la expresión decidida de Vera y pensando en los jugadores de esa carpeta que necesitan que alguien crea en ellos, algo cambia.

—Sí —digo—. Puedo hacerlo.

—Bien. —Vuelve a ofrecer su mano—. Bienvenido a los Icemen, entrenador Hendricks.

Le estrecho la mano y bajo las escaleras, con la carpeta bajo el brazo. El vestíbulo está ahora en silencio, solo se oye el zumbido del sistema de calefacción del edificio y el sonido lejano de una Zamboni desde algún lugar más profundo del complejo.

Me detengo en la entrada y vuelvo a mirar mi camiseta una vez más.

Número 19. El chaval que la llevaba no tenía miedo. Creía que podía hacer cualquier cosa, ser cualquiera, conquistar el mundo sobre patines.

Ese chaval ya no existe. Hace mucho tiempo que no existe.

Pero quizás, solo quizás, el hombre que está aquí ahora pueda construir algo que importe más que la gloria individual. Algo que dure más allá de una sola carrera, una sola lesión, una sola caída en desgracia.

Algo por lo que valga la pena quedarse.

Empujo las puertas y salgo de nuevo al frío aire de noviembre. El viento recorre Main Street, lo suficientemente cortante como para que me lloren los ojos. Me subo el cuello y me dirijo a mi camioneta.

Es entonces cuando la veo.

Al otro lado de la calle, hay una pastelería. Sweet Provisions, dice el letrero con alegres letras pintadas a mano. Unos grandes

ventanales muestran un interior cálido: paredes de ladrillo visto, mesas *vintage* desiguales, clientes haciendo cola en el mostrador. Guirnaldas de luces. Arte local en las paredes.

Y allí, en el escaparate, una pequeña bandera del orgullo arcoíris capta la luz de la mañana.

El corazón se me acelera antes de que mi cerebro pueda procesarlo.

No. No puede ser.

Pero mientras lo pienso, ya lo estoy buscando. Escaneando a la gente visible a través de los ventanales. La mujer en la caja, joven, eficiente. Los clientes en las mesas. El…

Ahí.

Al fondo, visible a través de la abertura de lo que debe de ser la cocina. Un hombre con un delantal azul marino, el pelo castaño rojizo brillándole a la luz, moviéndose con destreza mientras trabaja.

Estoy demasiado lejos para ver detalles. Demasiado lejos para estar seguro.

Pero su forma de moverse. El color de su pelo. La anchura de sus hombros.

Callum.

Está aquí. Sigue aquí. Es el dueño de una pastelería.

La bandera del orgullo en el escaparate.

Ha salido del armario.

Se me oprime el pecho. Todos estos años me lo había preguntado. Me había preguntado si se habría descubierto a sí mismo como yo lo hice al final. Me había preguntado si esa sensación electrizante entre nosotros había sido unilateral o si él también la había sentido y simplemente no había tenido palabras para describirla.

Me había preguntado si habría conocido a alguien, construido una vida, encontrado la felicidad con alguien más valiente de lo que yo había sido.

Debería subirme a la camioneta e irme. No debería cruzar esta calle y entrar en esa pastelería. Debería darme tiempo para prepararme, para pensar qué decir, cómo actuar cuando lo vea por primera vez en doce años.

Pero mis pies ya están en movimiento.

La campanilla de la puerta suena cuando la empujo para entrar, y el calor me golpea de inmediato. El olor a pan recién hecho y a café y canela. Clientes en las mesas, el silbido de la máquina de expreso, el murmullo general de una mañana ajetreada.

Y entonces, ahí está.

Callum Brennan, saliendo de la cocina con una bandeja de cruasanes, dirigiéndose al expositor.

Aún no me ha visto. Tengo tiempo de darme la vuelta, de irme, de…

Levanta la vista.

Nuestras miradas se encuentran.

Y veo cómo el reconocimiento lo golpea como un puñetazo.

Chapter Four

Callum

El ajetreo de la mañana por fin está amainando cuando la campanilla de la puerta suena, y levanto la vista de la caja registradora de forma automática.

Nolan Hendricks entra en mi pastelería.

Por un segundo, me olvido de cómo respirar. Me quedo ahí, quieto, viéndolo moverse entre las mesas, sus ojos escrutando el local antes de encontrarme.

Deja de caminar. Todo su cuerpo se paraliza.

—Callum —dice. Solo mi nombre. Nada más.

El borde laminado del mostrador se me clava en las palmas de las manos. —Nolan. Bienvenido de nuevo.

El silencio se extiende entre nosotros, denso y cargado con todo lo que nunca nos dijimos. Doce años de silencio, acumulándose en el espacio entre el mostrador y donde él está de pie.

Tiene un aspecto diferente. Hay un cansancio en su mirada que antes no estaba. Una cautela en su forma de moverse, con los hombros ligeramente encorvados como si se preparara para recibir un golpe.

Sigue siendo devastadoramente atractivo. Alto y de hombros anchos, moviéndose con esa gracia de atleta. El pelo oscuro ligeramente alborotado. Una mandíbula fuerte. El tipo de presencia que atrae las miradas, ya sea que él quiera o no.

Esa es la parte que me oprime el pecho.

—¿Este sitio es bueno? —pregunta. Su voz también es diferente. Más áspera. Más grave. Como si hubiera estado gritando mucho o sin hablar lo suficiente, o ambas cosas.

—La gente parece pensarlo. —Profesional. Neutral. Como si fuera un cliente más y no la persona que…

No. No voy a pensar en eso.

—¿Qué te pongo?

Se acerca al mostrador, y sigo su movimiento de forma automática. Su manera de caminar, ese poder controlado incluso después de todo. Se detiene a un par de metros, manteniendo la distancia entre nosotros.

—Un café —dice—. Solo. Y… —Sus ojos se desvían hacia la vitrina, recorriendo los pasteles—. Lo que tú recomiendes.

Lo que yo recomiende. Como si no se acordara. Como si no supiera que yo solía verlo comerse un plato entero de los rollos de canela de mi abuela cada vez que venía a casa. Como si aquellas mañanas de verano en la cocina de mi madre nunca hubieran ocurrido.

—Enseguida te lo preparo —digo, dándome la vuelta para coger un vaso para llevar.

Mis manos están firmes mientras sirvo el café. La memoria muscular toma el control; esto puedo hacerlo. Esto es seguro. Solo prepararle un café a un cliente. Solo hacer mi trabajo.

A mi espalda, siento su mirada. El peso de sus ojos en mi espalda hace que se me tensen los hombros.

Cojo uno de los rollos de canela de la vitrina —aún caliente de la hornada de esta mañana, con el glaseado perfecto— y lo meto en una bolsa. Cuando me doy la vuelta, está más cerca de lo que esperaba, ligeramente apoyado en el mostrador.

Nuestras miradas se encuentran, y algo parpadea en su expresión. Reconocimiento. Un recuerdo. Quizá arrepentimiento.

—Gracias —dice mientras dejo el café y la bolsa en el mostrador.

—Seis con cincuenta.

Saca la cartera, y es entonces cuando la puerta se abre de golpe con fuerza suficiente para hacer que la campanilla tintinee como

loca.

—¡Papá! Se me ha olvidado el dinero del almuerzo… ¡Oh!

Caspian se detiene en seco junto a Nolan, con la mochila rebotando en sus hombros y el rostro iluminado por la emoción. Mira a Nolan con los ojos como platos.

Mi corazón se detiene.

—Perdona, no sabía que tenías un cliente —dice Caspian, pero ya está estudiando a Nolan con abierta curiosidad.

La atención de Nolan se desplaza hacia mi hijo, y algo en su expresión se suaviza. Se vuelve tierna de una manera que no esperaba. —Eh, chaval. No te preocupes.

—¿Eres nuevo en el pueblo? —pregunta Caspian.

—Más o menos. En realidad, crecí aquí. Solo que llevo un tiempo fuera. —La voz de Nolan es diferente cuando habla con Caspian. Más cálida. Más abierta.

—¡Qué guay! ¿Te gusta el hockey?

La comisura de la boca de Nolan se curva hacia arriba, casi en una sonrisa, pero no del todo. —Sí. Se podría decir que sí.

—¡Voy a hacer las pruebas para el equipo juvenil! —Caspian da saltitos sobre las puntas de los pies, incapaz de contener su energía —. La entrenadora Vera dijo que va a venir un nuevo entrenador y que se supone que es muy bueno. ¡A lo mejor lo conozco en las pruebas!

Los ojos de Nolan vuelven a encontrarse con los míos, y veo el momento exacto en que ata cabos. Este es mi hijo. Soy padre. Nuestras vidas han tomado direcciones completamente diferentes desde aquel verano del que nunca hablamos.

Y él va a ser el entrenador de Caspian.

—Puede que sí —dice Nolan en voz baja, sin apartar la mirada de la mía.

Meto la mano bajo el mostrador, saco el dinero del almuerzo que Caspian olvidó y se lo pongo en la palma de la mano. —Vas a llegar tarde al colegio.

—¡Cierto! ¡Vale, adiós, papá! —Saluda a Nolan con la mano libre—. ¡Adiós, chico del hockey!

Y entonces se va, la puerta se cierra de un portazo a su espalda con otro tintineo salvaje de la campanilla, dejándonos en un silencio que se siente aún más pesado que antes.

—Así que… —dice Nolan tras un largo momento—. Tienes un hijo.

—Así es.

—Parece genial.

—Lo es.

Otro silencio. Este más afilado, bordeado de preguntas que ninguno de los dos parece preparado para hacer. A nuestro alrededor, la pastelería se ha quedado en silencio. Siento miradas sobre nosotros: la señora Patterson en su mesa habitual junto a la ventana, los universitarios que fingen estudiar, Jamie paralizado detrás de la máquina de café.

Todo el mundo mirando. Todo el mundo escuchando.

Pueblos pequeños. Siempre observando.

—¿Ese era Nolan Hendricks? —La voz de la señora Patterson atraviesa el local, sin siquiera intentar ser sutil.

—¿El jugador de hockey? —susurra uno de los universitarios, más alto de lo que probablemente cree.

—¿El que era gay y jugaba en la NHL? —añade alguien más.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. El que era gay. Como si ese fuera el titular, no la Stanley Cup, no la capitanía.

Veo cómo se tensa la mandíbula de Nolan. Veo cómo endereza los hombros.

—Seis con cincuenta —repito, intentando devolvernos a la transacción. Intentando darle una vía de escape.

Me entrega un billete de diez, sus dedos rozando los míos durante el intercambio.

El contacto dura medio segundo. Mi piel lo registra durante mucho más tiempo.

Me aparto bruscamente, casi dejando caer el billete.

Los ojos de Nolan se abren un poco. Él también lo ha sentido.

—Quédate el cambio —dice, su voz más áspera que antes.

—No necesito…

—Quédatelo. —Ahora más firme. Casi una orden. Luego, más suave—: Por favor.

Le cobro en silencio, hiperconsciente de cada susurro, cada mirada, cada cabeza vuelta en nuestra dirección. El pastelero gay y el jugador de hockey gay. Dos hombres que, al parecer, no pueden tener una interacción normal sin que todo el pueblo lo convierta en algo más.

Aunque sea algo más. Aunque ese medio segundo de contacto se haya sentido como tocar un cable pelado.

Aunque esté aterrorizado de lo que significa que, doce años después, todavía pueda hacer que mi corazón se acelere con nada más que un roce accidental de dedos.

Nolan coge el café y la bolsa. Su mano se envuelve alrededor del vaso y me fijo en sus nudillos: llenos de cicatrices, desgastados, las manos de alguien que ha recibido golpes y los ha devuelto.

—Me alegro de verte, Cal —dice.

El antiguo apodo me cae como un puñetazo. Nadie me ha llamado así en doce años. Nadie ha tenido el derecho a hacerlo.

—Igualmente —miento.

Asiente una vez, como si supiera que estoy mintiendo, pero no fuera a echármelo en cara. No aquí. No delante de todo el mundo.

Entonces se da la vuelta y camina hacia la puerta.

Debería dejarlo ir. Debería simplemente verlo marcharse, volver al trabajo y fingir que esta interacción no acaba de reorganizar algo fundamental en mi pecho.

Pero los susurros son cada vez más fuertes. La especulación va en aumento. Y puedo verlo en su cara: esa tensión en sus hombros, la forma en que se mueve un poco demasiado rápido, como si se estuviera retirando.

Como si esperara que este pueblo lo rechazara.

—Nolan —me oigo decir.

Se detiene. Se vuelve. Espera.

—Bienvenido de nuevo a Northwood —digo, y pretendo que suene casual, incluso amistoso. Profesional.

Pero sale cargado, pesado con cosas que no puedo decir en una sala llena de gente que ahora, definitivamente, está escuchando.

Algo en su expresión cambia. Se suaviza, solo un poco. —Gracias, Cal.

Y entonces se va, la puerta se cierra tras él, la campanilla anunciando su salida.

La pastelería estalla.

—Ese era Nolan Hendricks, sin duda.

—¿Es el nuevo entrenador? ¿Vera lo ha contratado?

—¿Habéis visto cómo se miraban?

—¿No eran amigos en el instituto?

—He oído que es gay. Salió del armario y todo.

—Bueno, Callum también es gay. Quizá…

—Señora Patterson, eso es asunto suyo.

Lo ignoro todo y me vuelvo hacia Jamie, que me mira con una preocupación apenas disimulada. —Me tomo cinco minutos.

—Claro, jefe.

Entro por la puerta de la cocina y me apoyo contra la pared, presionando las palmas de las manos contra los azulejos fríos. El corazón me late a mil por hora, como si acabara de correr un kilómetro y medio.

Está aquí. De verdad está aquí.

No solo en Northwood, sino en mi pastelería. Al otro lado de mi mostrador. Mirándome con esos ojos que solían hacerme sentir visto de una manera que no entendía cuando tenía dieciocho años.

Y ha conocido a Caspian. Le ha hablado como si fuera importante. Casi le ha sonreído de una manera que ha hecho que algo en mi pecho se resquebrajara.

Caspian, que nunca ha tenido una figura paterna. Que pregunta por qué otros niños tienen padres y él no. Que acaba de mirar a Nolan Hendricks como si hubiera colgado la luna del cielo porque ha dicho que le gustaba el hockey.

Esto es peligroso. Esto es muy peligroso.

Porque yo puedo protegerme. He tenido doce años para construir muros, para aprender a proteger mi corazón, para entender que desear a alguien no significa que puedas quedártelo.

¿Pero Caspian? Él no tiene esos muros. No sabe cómo protegerse de encariñarse con alguien que podría marcharse.

Y Nolan va a ser su entrenador.

Lo que significa que no puedo evitarlo. No puedo mantenerlo a distancia. No puedo evitar que mi hijo establezca una relación con el hombre que me abandonó sin decir palabra y me enseñó que esperar algo más solo conduce a la desilusión.

La puerta de la cocina se abre. Jamie asoma la cabeza. —¿Estás bien?

—Bien.

—Eso definitivamente no ha sido «bien». —Entra del todo en la cocina y se cruza de brazos—. Ha sido intenso.

—Ha sido… sorprendente. Sabía que estaba en el pueblo. Simplemente no esperaba que viniera aquí.

—Toda la pastelería está hablando de ello. De vosotros dos. —La expresión de Jamie es cautelosa—. ¿Estabais…?

—¿Estábamos qué?

—Ya sabes. Juntos. En el instituto.

—No. —La palabra sale demasiado tajante—. Éramos amigos. Solo amigos. Y luego se fue.

—Pero querías que fuerais más que amigos.

Cierro los ojos. —Ni siquiera sabía lo que quería en aquel entonces. No entendía lo que sentía. Solo sabía que cuando se fue, dolió más de lo que debería doler la amistad.

Jamie guarda silencio por un momento. Luego: —Y ahora ha vuelto.

—Y ahora ha vuelto —repito—. Y va a ser el entrenador de Caspian. Y todo el pueblo acaba de vernos tener nuestra primera conversación en doce años y probablemente ya está planeando nuestra boda.

—Pueblos pequeños —dice Jamie con una mueca de simpatía.

—Pueblos pequeños —convengo.

Me separo de la pared, cojo mi delantal y me lo ato de nuevo. —Tengo que volver al trabajo.

—Cal…

—Estoy bien, Jamie. De verdad. Solo ha sido sorprendente, eso es todo.

No parece muy convencido, pero deja correr el tema. Volvemos a la parte de delante, donde la especulación sigue en pleno apogeo.

Sonrío, desvío la atención y miento descaradamente sobre lo agradable que es que Nolan haya vuelto, lo genial que será para el equipo, lo seguro que estoy de que hará cosas maravillosas con el programa juvenil.

Todo mientras ignoro la forma en que mis dedos todavía hormiguean donde los suyos rozaron los míos.

Todo mientras intento no pensar en la forma en que miró a Caspian: tierno, cálido y todo lo que yo solía desear que me mirara a mí.

Todo mientras estoy aterrorizado de que esta vez, cuando se vaya, no solo me romperá el corazón a mí.

También le romperá el de mi hijo.

Y no tendré a nadie a quien culpar más que a mí mismo por no protegernos mejor. Por no aferrarme más fuerte a mi regla: no hay segundas oportunidades para la gente que eligió irse en lugar de quedarse.

Por mucho que ese medio segundo de contacto me hiciera querer olvidar cada lección que he aprendido sobre proteger mi corazón.

Chapter Five

Nolan

El vestuario huele exactamente igual que cualquier otro vestuario de hockey en el que he estado. A sudor. A goma. Ese toque penetrante a desinfectante que nunca llega a cubrir el tufillo subyacente del equipamiento deportivo que se ha usado hasta la extenuación y guardado húmedo.

Son las seis de la mañana. Mi primer entrenamiento como entrenador de los Northwood Icemen.

De pie en la entrada, observo a mis jugadores entrar. Algunos están despiertos, ya parloteando sobre ejercicios y estrategia. Otros parecen sonámbulos, aferrados a sus tazas de viaje con café como si fueran salvavidas.

Son más jóvenes de lo que esperaba. No son niños —el más joven tiene diecinueve años, el mayor veintiocho—, pero son jóvenes de una forma que se nota. Todavía creen que pueden llegar a la liga profesional si se esfuerzan lo suficiente. Todavía se aferran a sueños que las estadísticas dicen que no se harán realidad.

Yo solía ser como ellos.

Ahora soy yo el que tiene que ayudarlos a averiguar qué hacer cuando la grandeza no llega.

—¿Entrenador Hendricks? —Se me acerca un jugador: alto, de complexión fuerte, pelo oscuro y cálidos ojos marrones. Me tiende la mano—. Dominic Castellano. Defensa. Todos me llaman Dom.

Le estrecho la mano. Su apretón es firme, seguro. —Encantado de conocerte, Dom.

—Quería decirle... —Echa un vistazo a su alrededor y baja un poco la voz—. Bienvenido al equipo. Para lo que necesite, le cubro las espaldas.

Hay algo en su forma de decirlo. Como si no hablara solo de hockey. Como si estuviera declarando algo más importante.

—Te lo agradezco —digo.

Él asiente y se dirige a su taquilla, y yo lo observo irse. Vera lo había mencionado: el corazón del equipo, había dicho. La presencia constante. Al mirarlo ahora, me doy cuenta. La forma en que los otros jugadores gravitan a su alrededor, buscando su aprobación o consejo.

Ese es el tipo de jugador sobre el que se construye un equipo.

Llegan más jugadores. Los observo, asociando las caras con la lista que he memorizado. Henrik Oberg: el matón, enorme e intimidante hasta que sonríe. Un par de delanteros cuyos nombres aún estoy aprendiendo. El portero suplente, bostezando sobre su café.

Y entonces entra Garrett Pike.

Lo reconozco al instante. Pelo rubio aún húmedo de la ducha, ropa de entrenamiento cara, auriculares inalámbricos colgando del cuello. Se mueve con ese tipo de chulería que procede del talento natural y de una falta de humildad.

Me ve y se queda helado. —Joder. Eres Nolan Hendricks.

—Soy su entrenador —lo corrijo.

—Viene a ser lo mismo, ¿no? —Sonríe—. Joder, no me puedo creer que Vera lo haya conseguido. Jugó en Chicago, ¿verdad? Ganó la Copa en...

—2018 —termino por él—. Sí.

—Qué pasada. ¿Qué hace aquí? —Luego, como si se diera cuenta de cómo ha sonado eso, añade—: Quiero decir, no es que esto no esté bien. Es solo que... podría estar entrenando en cualquier parte.

—Pues estoy entrenando aquí —digo con sequedad.

Hay algo en mi tono que hace que su sonrisa vacile un poco. Bien. Tiene que aprender que el encanto no funciona con todo el mundo.

—Claro. Guay. Genial. —Se dirige a su taquilla y saca el móvil de inmediato.

Les doy quince minutos para que se vistan y se pongan los vendajes, y luego me coloco en el centro de la sala. Las conversaciones se apagan. Todos los ojos se vuelven hacia mí.

Este es el momento. La primera impresión. El que marcará el tono de todo lo que venga después.

—Soy Nolan Hendricks —digo—. Pero eso ya lo sabéis. Lo que no sabéis es qué tipo de entrenador voy a ser, o qué espero de este equipo.

Silencio. Están escuchando. Eso ya es algo.

—No estoy aquí para revivir mis días de gloria a través de vosotros. No estoy aquí para crear futuras promesas de la NHL, aunque si eso ocurre, genial. Estoy aquí para construir un equipo que gane a través de la disciplina, el trabajo duro y el respeto genuino por los demás. —Dejo que esas palabras calen—. Eso significa presentarse. Significa esforzarse incluso cuando estáis cansados o frustrados o creéis que ya lo sabéis todo. Y significa crear un entorno en el que todo el mundo se sienta parte.

Hago una pausa, observando sus caras. Algunos asienten. Otros parecen inseguros.

—Este vestuario va a ser diferente —continúo—. Nada de discriminación. Nada de insultos. Nada de intolerancia casual disfrazada de charla de vestuario. ¿Tenéis algún problema con la raza, la religión, la sexualidad de alguien o cualquier otra cosa sobre quiénes son? Lleváoslo a otra parte. En este equipo no hay sitio para eso.

El silencio ahora es más denso. Pesa.

Dom asiente. La expresión de Henrik es completamente neutra, pero me observa con suma atención. Unos cuantos de los jugadores más jóvenes parecen indecisos, como si no estuvieran seguros de lo que estoy pidiendo.

Y entonces Garrett interviene.

—Entonces, ¿qué, se supone que ahora tenemos que vigilar lo que decimos? ¿Ni siquiera podemos bromear? —Sonríe con suficiencia, como si todo esto fuera muy divertido—. ¿Y si quiero asegurarme de

que no se me resbale el jabón en la ducha? ¿Eso está bien, entrenador?

El vestuario se queda en un silencio sepulcral.

Se me oprime el pecho. La vieja y familiar sensación, esa fracción de segundo en la que hay que decidir. ¿Lo dejo pasar, mantengo la paz, finjo que no lo he oído? Eso es lo que hice durante años en la NHL. Me reí, le quité importancia, actué como si no importara.

No otra vez.

—Levántese —digo. Mi voz es baja. Gélida.

La sonrisa de Garrett vacila. —¿Qué?

—Que se levante.

Lo hace, lentamente, y la sonrisa se desvanece al darse cuenta de que no estoy bromeando.

Me acerco, lo suficiente para ver la incertidumbre empezar a asomar en su expresión. Lo suficiente para que todos los jugadores de esta sala oigan cada palabra que estoy a punto de decir.

—Ese es el tipo de comentario que destruye equipos —digo—. Ese es el tipo de mierda que hace que los jugadores se sientan inseguros. Que hace que se pregunten si sus compañeros los respaldan, o si van a ser el blanco de la siguiente broma.

—Yo solo estaba...

—¿Solo estaba qué? ¿Siendo gracioso? —Mi voz sigue siendo baja, pero ahora tiene un filo de acero—. Déjeme que le diga lo que es gracioso. Lo gracioso es que ese comentario probablemente ni se le habría pasado por la cabeza si yo no estuviera aquí. Si no supiera que soy gay. Hizo esa broma porque cree que está bien ponerme a prueba. Para ver hasta dónde puede llegar.

La cara de Garrett está enrojeciendo. —Eso no es...

—Pasé diez años en la NHL escuchando bromas como esa. Escuchando a compañeros de equipo hacer comentarios y luego afirmar que no lo decían con mala intención. Viéndolos crear un ambiente hostil y luego sorprenderse cuando tenía consecuencias. —Le sostengo la mirada—. Así que esto es lo que va a pasar. Va a pedirle disculpas a este equipo por hacer que se sientan incómodos. Se va a sentar y a pensar muy cuidadosamente por qué creyó que

esa broma era apropiada. Y luego va a decidir si puede ser parte de un equipo que valora el respeto por encima de las risas fáciles.

En el vestuario hay tanto silencio que puedo oír el zumbido del sistema de ventilación.

Garrett mira a su alrededor, quizá con la esperanza de que alguien lo respalde, quizá buscando una vía de escape. Pero nadie le devuelve la mirada. Dom lo mira fijamente con decepción. El enorme cuerpo de Henrik está quieto, pero su expresión se ha vuelto fría.

—Yo... —Garrett traga saliva—. Lo siento. A todos. Ha sido... ha sido estúpido.

—Lo ha sido —coincido—. Que no vuelva a pasar.

Se sienta, con la mirada clavada en sus patines.

Doy un paso atrás hacia el centro de la sala. —Permitidme ser absolutamente claro. Me da igual si crecisteis escuchando esas bromas. Me da igual si así funcionaba vuestro último equipo. Me da igual si pensáis que soy demasiado sensible o demasiado políticamente correcto o cualquier excusa que queráis usar. —Miro a cada jugador por turnos—. Este equipo tratará a cada persona con dignidad y respeto. Punto. No es opcional. No es algo que esté a debate. O estáis de acuerdo, o no estáis en este equipo.

Más silencio. Pero esta vez parece diferente. Como si algo hubiera cambiado.

—¿Preguntas? —inquiero.

Nadie levanta la mano.

—Bien. Vestíos. Nos vemos en el hielo en cinco minutos.

Se mueven con una eficiencia silenciosa ahora. La cháchara habitual del vestuario ha desaparecido. El equipo se pone en casi silencio, se atan los patines, se encintan los palos.

Salgo hacia el banquillo y me quedo allí, agarrado a la valla, intentando calmar mi respiración. El corazón me va a mil por hora. Esa confrontación me ha costado más de lo que quiero admitir.

Pero era necesario. Tenía que trazar esa línea el primer día, o solo habría empeorado.

Los jugadores emergen del túnel uno por uno. El hielo está perfecto: recién pasado por la Zamboni, liso y reluciente bajo las

luces del pabellón. Dan una vuelta de calentamiento y yo observo su patinaje, tomando notas mentales.

—Vale, acercaos —grito cuando han completado la vuelta.

Se reúnen en el centro del hielo, exhalando nubes de vaho, con las cuchillas raspando mientras ajustan sus posiciones. La tensión del vestuario sigue ahí, flotando en el ambiente.

—Vamos a empezar con lo básico —digo—. Ejercicios de pase. Quiero ver vuestra precisión, vuestra visión, vuestra capacidad para anticipar dónde van a estar vuestros compañeros.

Hacemos los ejercicios. Dom ejecuta todo a la perfección, sus pases son nítidos y precisos. Garrett está callado ahora, concentrado, se acabaron las fanfarronadas. Hace exactamente lo que se le pide, nada más.

Después de una hora, toco el silbato. —Pausa para beber. Dos minutos.

Patinan hacia el banquillo y cogen botellas. Veo a Garrett de pie, apartado de los demás, aislado. Dom le dice algo —no oigo el qué— y Garrett asiente, con expresión seria.

Bien. Que lo solucionen entre ellos.

—Muy bien, partidillo —anuncio—. Dom, eres el capitán del equipo uno. Garrett, eres el capitán del equipo dos. Elegid vuestras líneas.

El partidillo comienza, y veo la diferencia de inmediato. Se están comunicando. Piden pases. Celebran las buenas jugadas juntos. Garrett le da un pase perfecto a su compañero de línea en lugar de hacer él mismo el tiro de baja probabilidad.

Todavía no es un gran hockey. Pero es hockey de equipo.

Cuando el entrenamiento termina, los llamo una vez más. —Ha estado decente. Nos queda un largo camino por recorrer, pero he visto algunas cosas con las que puedo trabajar. —Hago una pausa—. Lo que ha pasado en el vestuario esta mañana... no es así como vamos a funcionar. Pero agradezco que todos hayáis escuchado y aprecio el esfuerzo que he visto en el hielo. Seguid así, y construiremos algo de lo que estar orgullosos.

Asienten, y esta vez hay algo parecido al respeto en sus expresiones.

—Largo de aquí. Mañana entrenamiento, a la misma hora.

Se retiran del hielo. Al pasar, Garrett se detiene.

—¿Entrenador? —Su voz es baja—. De verdad que lo siento. Por la broma. No pensé...

—Ese es el problema —digo—. Que no pensó. La próxima vez, piense.

—Sí, señor. —Se aleja patinando, con los hombros caídos.

Me quedo solo en el frío y el silencio. El pabellón está vacío, a excepción de mí y el eco de lo que acaba de ocurrir.

Lo he hecho. He trazado la línea. He fijado las expectativas.

Pero me tiemblan las manos.

Me quedo en el hielo unos minutos más, dejando que el frío se me meta en los huesos. El silencio me da demasiado espacio para pensar, y mi mente se desvía a un momento concreto en Chicago: sentado en el vestuario después de un partido, escuchando a dos compañeros de equipo bromear sobre «maricones en el patinaje artístico» mientras yo estaba sentado a tres taquillas de distancia. La forma en que se me revolvió el estómago. La forma en que no dije nada, solo me quedé mirando mis patines y esperé a que pasara.

La forma en que ese silencio me carcomió durante días.

Hoy no me he callado. Hoy he hablado.

No es suficiente para deshacer años de no decir nada. Pero es un comienzo.

—Bien manejado, entrenador.

Me giro. Vera está de pie en la entrada del túnel, tableta en mano, observándome con una expresión de evaluación.

—Necesitaba oírlo —digo.

—Sí. Y, lo que es más importante, el resto del equipo necesitaba ver que usted se lo decía. —Se acerca—. Se ha necesitado valor. Muchos entrenadores lo habrían dejado pasar, especialmente el primer día.

—He pasado demasiados años dejando pasar las cosas. —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendo—. Se acabó.

Ella asiente, comprensiva. —Dom ha respondido por usted. ¿Ha visto cómo lo ha respaldado?

—Difícil no verlo.

—Será su lugarteniente. El que impondrá su cultura cuando usted no esté en la sala. —Echa un vistazo a su tableta—. Las evaluaciones de los juveniles son el miércoles por la tarde. A las cuatro. Querrá estar allí pronto, los padres vienen a mirar.

Cierto. El programa juvenil. Niños que merecen algo mejor que lo que yo tuve. Niños como el hijo de Callum.

—Allí estaré —digo.

Vera regresa a su oficina y yo me quedo allí un momento más, mirando el hielo vacío.

Esta es mi vida ahora. Esto es lo que he elegido.

Y a pesar de todo —la confrontación, el miedo a volver a fracasar, el complicado lío de ver a Callum— siento algo que no había sentido en mucho tiempo.

Un propósito.

Me dirijo al vestuario. La mayoría de los jugadores se han ido, pero Dom sigue allí, tomándose su tiempo con los patines.

—Buen entrenamiento, entrenador —dice cuando paso por su lado.

—Gracias. Has dirigido bien esa primera línea.

—Garrett no es un mal tipo. —Dom se quita un patín—. Solo que creció escuchando ese tipo de conversación y pensó que era normal. Pero ha escuchado. Mejorará.

—Eso espero.

—Por si sirve de algo... —Dom me mira a los ojos—. Lo que ha hecho ahí dentro. Dar la cara así. Algunos de nosotros necesitábamos verlo. Necesitábamos saber que ese tipo de cosas no se tolerarán aquí.

Las palabras golpean más fuerte de lo que deberían. Asiento, sin fiarme de mi voz.

Dom se quita el otro patín. —Hasta mañana, entrenador.

Lo veo irse, luego cojo mis cosas y salgo.

El aire de noviembre es cortante y frío. Apenas ha salido el sol, y el cielo está pintado en tonos de gris y rosa.

Y al otro lado de la calle, las luces de Sweet Provisions están encendidas.

Puedo ver movimiento a través de las ventanas. Alguien trabajando en la trastienda, probablemente Callum preparándose para el ajetreo de la mañana.

Me quedo allí un buen rato, pensando en lo que acaba de pasar en el vestuario. En trazar líneas y establecer límites y negarme a dejar que la crueldad casual quede sin respuesta.

En cómo Callum probablemente se enfrenta a cosas similares todos los días. Comentarios, bromas, la constante hostilidad de bajo nivel que conlleva ser visiblemente gay en un pueblo pequeño.

En lo cansado que debe de estar.

Finalmente, subo a mi camioneta y conduzco a casa. De vuelta a mi escueto apartamento, a mi espacio vacío.

Pero mientras subo esas escaleras de metal, no puedo dejar de revivir ese momento en la pastelería. La forma en que mi piel registró esa mitad de segundo de contacto durante mucho más tiempo de lo que duró. La forma en que Callum se apartó de un respingo como si lo hubiera quemado.

Ya no tengo miedo. Sé lo que quiero. Sé lo que siempre he querido.

La pregunta es si Callum confiará alguna vez en mí lo suficiente como para dejarme intentarlo.

Si doce años de silencio podrán ser perdonados alguna vez.

Si dar la cara en un vestuario es suficiente para demostrar que no soy el cobarde que solía ser.

El radiador hace un ruido metálico mientras dejo caer la bolsa y me hundo en el futón. Mañana lo volveré a hacer todo de nuevo. Seguiré construyendo. Seguiré demostrando que he venido para quedarme.

Aunque la persona a la que más necesito demostrárselo no me mire sin dolor en los ojos.

Chapter Six

Callum

Papá, ¿puedo presentarme a las pruebas de hockey? ¿Porfa, porfa, porfa?

Es la tercera vez que Caspian lo pregunta esta mañana y todavía no hemos llegado al colegio. No para de botar en su alzador y su mochila golpea el asiento con cada bote.

—Ya hemos hablado de esto —digo mientras me abro paso entre el tráfico de la mañana en Main Street—. Las pruebas son pronto. Puedes apuntarte.

—¿Pero y si el entrenador Nolan no cree que soy lo bastante bueno?

Ahí está. El entrenador Nolan. Al final, todo se reduce al entrenador Nolan.

—Va a evaluar a todo el mundo de forma justa —le digo—. Ese es su trabajo.

—Pero es que mola mucho, papá. Jugó en la NHL. Ganó la Stanley Cup. Es como… famoso. —La voz de Caspian es reverente. Y luego, más bajo—: ¿Y si piensa que soy malísimo?

—Entonces practicarás y mejorarás. Así es como funciona.

—¿Me ayudarás a practicar? ¿Por favor?

Le echo un vistazo por el espejo retrovisor. Sus ojos verdes —mis ojos— me suplican, esperanzados. Lo desea tanto que no puedo

negárselo solo porque su nuevo héroe sea alguien que me rompió el corazón hace doce años.

—Sí, campeón. Te ayudaré a practicar.

—¡SÍ! —Levanta el puño y de inmediato lanza más preguntas—. ¿Crees que el entrenador Nolan se acordará de ti del instituto? ¿Crees que él…?

—Caspian. Respira.

Inspira de forma exagerada, sonriéndome en el espejo.

Entramos en el aparcamiento del colegio de primaria Birchwood Heights y nos unimos al caos de la fila para dejar a los niños. Los coches avanzan a paso de tortuga, los niños salen en tropel con sus mochilas y fiambreras, y los padres les gritan recordatorios sobre los deberes y las clases de piano.

Aparco y acompaño a Caspian a la entrada, como cada mañana. Es lo bastante independiente para ir solo, pero aún no estoy listo para renunciar a estos minutos extra con él.

—Que tengas un buen día —le digo, ajustándole las correas de la mochila.

—¡Tú también, papá! —Empieza a correr, pero se da la vuelta—. No te olvides, ¡tenemos que practicar al hockey después del cole!

—No me olvidaré.

Desaparece dentro del edificio y yo me doy la vuelta para volver a la camioneta. Es entonces cuando los veo: un corrillo de padres cerca de la entrada, con las cabezas juntas, cuchicheando. Cuando se dan cuenta de mi presencia, la conversación se detiene bruscamente.

La señora Patterson me hace un gesto para que me acerque. —¿Callum, querido! ¿Tienes un minuto?

La verdad es que no. La pastelería abre en una hora y todavía tengo que terminar la hornada de la mañana. Pero la señora Patterson ha sido una clienta fiel desde que abrí, y en un pueblo pequeño no se ignora a los clientes fieles.

—Solo uno rápido —respondo, acercándome.

—Estábamos hablando del nuevo entrenador de hockey —dice, y los otros padres asienten—. Qué noticia tan emocionante que sea de Northwood.

—Mmm. —Mantengo una expresión neutra.

—Y es ese jugador, ¿verdad? —Otra madre, Jennifer Wu, cuyo hijo comparte clase con los gemelos de Caspian, se inclina hacia nosotros—. ¿El que salió del armario? ¿El gay?

Esas palabras se quedan flotando en el aire. El gay. Como si esa fuera su característica principal.

—Nolan Hendricks salió del armario durante su carrera en la NHL, sí —digo con cuidado.

—Bueno, a mí me parece maravilloso —dice la señora Patterson con firmeza—. Tener un entrenador abiertamente gay les demuestra a nuestros hijos que todo el mundo tiene cabida en los deportes.

—No sé yo... —dice Jennifer, bajando la voz—. Quiero decir, con chicos jóvenes en los vestuarios… ¿Es apropiado?

La insinuación me cae como una bofetada. —Es un entrenador profesional. Su sexualidad no tiene nada que ver con su capacidad para enseñar hockey.

—Claro, claro —se apresura a decir Jennifer—. Solo digo lo que preocupa a algunos padres. Usted me entiende.

—No, la verdad es que no la entiendo.

El grupo se queda en silencio. Un par de padres se mueven, incómodos.

—Solo quiero decir… —A Jennifer se le sonroja la cara—. Usted es… ya sabe. Usted sabrá mejor que nosotros si hay algo de lo que preocuparse.

Ah. Como soy gay, se supone que de alguna manera debo validar sus preocupaciones. Asegurarle que Nolan no es un depredador.

—No hay nada de qué preocuparse —digo, con voz neutra—. El entrenador Hendricks es cualificado y profesional. Eso es todo lo que importa.

—Bueno, sabemos que usted y él eran amigos —dice otro padre, Tom Rodriguez, cuyo hijo juega al fútbol con Caspian—. En el instituto, ¿verdad? ¿Estaban muy… unidos?

Ahora todo el mundo me mira.

—Éramos amigos —digo—. Hace mucho tiempo.

—¡Y ahora ha vuelto! —exclama la señora Patterson con alegría, tratando claramente de aligerar la tensión—. Qué maravilla

reencontrarse con un viejo amigo.

—Mmm.

—Caspian debe de estar encantado —dice Tom—. De tener al amigo de su padre como entrenador.

—Caspian está entusiasmado con el hockey —corrijo—. Eso es lo que importa.

Jennifer se inclina de nuevo. —¿Pero no complica eso las cosas? Quiero decir, dos hombres gais en un pueblo pequeño, trabajando juntos con los niños… La gente va a hablar.

—La gente siempre va a hablar —replico—. Eso no significa que les demos motivos para ello.

Miro el reloj. —Tengo que ir a la pastelería. Que tengan un buen día.

Me doy la vuelta y me marcho antes de que nadie pueda hacer más preguntas, con el corazón desbocado. Para cuando llego a la camioneta, me tiemblan las manos.

Dos hombres gais en un pueblo pequeño. La gente va a hablar.

Ya están hablando. Especulando sobre mi pasado con Nolan, preguntándose si está pasando algo ahora, cuestionando si es «apropiado» que entrene a sus hijos.

Esto es lo que me temía. El escrutinio. Las suposiciones. El modo en que ser visiblemente gay en Northwood significa que cada interacción es analizada, cada relación cuestionada.

Y Nolan… él es aún más visible que yo. Un exjugador de la NHL, abiertamente gay, ahora entrenando en un deporte que no es precisamente conocido por sus actitudes progresistas.

Vamos a estar bajo el microscopio.

Conduzco de vuelta a la pastelería con el piloto automático, con la cabeza dándome vueltas. Jamie ya está allí cuando llego.

—¿Estás bien? —pregunta Jamie cuando entro—. Pareces estresado.

—Cotilleos de padres a la hora de dejar a los niños en el cole.

—¿Sobre el entrenador Nolan?

—¿Es que la gente habla de otra cosa últimamente?

Jamie hace una mueca de comprensión. —¿Qué dicen?

—Lo de siempre. Preguntas sobre si es apropiado tener un entrenador gay. Preguntas sobre mi pasado con él. Especulaciones sobre si somos… algo.

—¿Lo sois?

—No. —La palabra sale demasiado brusca—. No somos nada. Él entrena. Yo horneo. Y ya está.

—Pero quieres que seáis algo.

No respondo. No puedo. Porque Jamie tiene razón, y admitirlo es como renunciar a la última defensa que me queda.

Me sumerjo de cabeza en el trabajo. Amaso hasta que me duelen los brazos. Decoro con la manga pastelera con una precisión meticulosa. Coloco los pasteles en la vitrina con una perfección geométrica.

Control. Orden. Cosas que puedo manejar.

La hora punta de la mañana llega y se va. Los clientes preguntan por Nolan: todo el mundo quiere saber si lo he visto, cómo es, si Caspian se va a presentar a las pruebas de hockey. Sonrío, desvío el tema y doy respuestas vagas.

A la hora de la recogida por la tarde, estoy preparado para más de lo mismo: padres diferentes, preguntas idénticas, la misma especulación cargada sobre los dos hombres gais de su pequeño pueblo. Siento el agotamiento calándome hasta los huesos mientras entro en el aparcamiento del colegio.

Pero me pego una sonrisa en la cara para Caspian cuando sale como una bala del colegio, ajeno a los tejemanejes de los cotilleos de los padres.

—¿Podemos practicar ahora? ¿Porfa?

—Sí, vamos a casa a practicar.

En la camioneta, parlotea sobre su día, sobre el proyecto que están haciendo en clase, sobre el niño que trajo una serpiente para enseñarla. Cosas normales de un niño de ocho años que me devuelven a la realidad.

En casa, me pongo ropa más abrigada y nos vamos a la entrada del garaje. Caspian ya ha montado su portería, con su viejo palo en la mano.

—Vale, enséñame lo que sabes hacer —le digo.

Lanza un par de veces; su técnica es entusiasta, pero tosca. No soy un experto en hockey, pero hasta yo puedo ver los fallos: su postura es incorrecta, su tiro es débil, no está protegiendo el disco.

—Ha estado bien —digo, porque no voy a criticarlo cuando se está esforzando tanto.

—¿De verdad? —Parece escéptico.

—De verdad. Pero el entrenador Nolan te ayudará a mejorar aún más.

Se le ilumina la cara al mencionar el nombre de Nolan. —¿Crees que me enseñará a hacer el *crossover*? Es superguay.

—Seguro que te enseñará un montón de cosas.

—¿Era bueno en el hockey cuando erais amigos? ¿En el instituto?

La pregunta me pilla por sorpresa. —Sí. Era muy bueno. Todo el mundo sabía que iba a hacerse profesional.

—¿Ibas a sus partidos?

—A veces.

—¿Creías que molaba?

Miro a mi hijo, intentando decidir cuánto contarle. Cuánta verdad decir.

—Sí —digo finalmente—. Creía que molaba.

—¿Erais mejores amigos?

—Estuvimos muy unidos. Durante un tiempo.

—¿Qué pasó?

—Se fue por el hockey. Y perdimos el contacto.

Caspian se queda en silencio un momento, procesándolo. Luego vuelve a tirar y el disco golpea la puerta del garaje con un «pum».

—Qué triste —dice—. ¡Pero ahora ha vuelto! ¡Así que podéis volver a ser amigos!

—Quizá —digo.

—Deberíais volver a ser amigos. Es supermajo. Y sabe todo sobre hockey. Y aún no tiene amigos aquí.

Esa observación me pilla por sorpresa. —¿Crees que se siente solo?

—Sí. Como si no tuviera mucha gente con la que hablar. Como si fuera nuevo y no conociera a nadie. —Caspian me mira con seriedad

—. Deberías invitarlo a cenar. Como el padre de Tommy invita a sus amigos.

Siento una opresión en el pecho. —No sé si…

—¿Porfa? ¿Solo una vez? ¡Podría contarme cómo es jugar en la NHL y vosotros podríais poneros al día y sería divertido!

Miro la cara esperanzada de mi hijo y siento el peso de la decisión sobre mí. Invitar a Nolan a nuestra casa significa algo. Significa dejarlo entrar en nuestra vida de una manera que va más allá del entrenamiento y el hockey.

—Deja que me lo piense —respondo.

—¡Eso no es un no!

—Tampoco es un sí.

Practicamos durante otra hora, hasta que las mejillas de Caspian están sonrojadas y su entusiasmo decae. Dentro, preparo la cena mientras él hace los deberes en la mesa de la cocina.

—¿Papá? —Su voz es ahora tranquila, más seria—. ¿Crees que le caeré bien al entrenador Nolan? En plan, ¿crees que se me da bien el hockey?

Dejo el cuchillo que estoy usando para cortar las verduras y me agacho junto a su silla. —El entrenador Nolan va a ver lo mucho que te esfuerzas y lo mucho que te encanta este deporte. Eso es lo que ven los buenos entrenadores. No solo el talento, sino el corazón.

—¿Crees que tengo corazón?

—Sé que lo tienes.

Sonríe, tranquilizado, y vuelve a su hoja de ejercicios de matemáticas.

Después de cenar, después de los deberes, después de la rutina de antes de dormir, me quedo en el umbral de la puerta de Caspian y lo miro mientras duerme. Su palo de hockey está apoyado en la pared junto a su cama; ha insistido en meterlo, como si fuera un amuleto.

Ya se ha encariñado con Nolan. Ya lo está convirtiendo en un héroe, un mentor, alguien importante.

Y yo lo he permitido. Porque decir que no significaría explicar el porqué, y explicar el porqué significaría admitir que tengo miedo. Miedo de que Nolan se vaya de nuevo. Miedo de que Caspian salga herido. Miedo de mis propios sentimientos y de lo que significan.

Miedo de navegar por todo esto como dos hombres gais en un pueblo pequeño donde todo el mundo mira, todo el mundo especula, todo el mundo tiene una opinión sobre si debemos estar juntos o si nuestra visibilidad nos convierte en un problema.

Bajo a limpiar la cocina y la rutina familiar me calma los nervios. Mañana lo haré todo de nuevo. Pastelería, preguntas, evasivas, protección.

Mañana seguiré construyendo los muros que nos mantienen a salvo.

Aunque cada día cueste más mantener esos muros.

Aunque una parte de mí esté cansada de esconderse tras ellos.

Aunque las palabras de Caspian sigan resonando: *Deberíais volver a ser amigos.* Un reto que no estoy seguro de tener el valor de aceptar.

Chapter Seven

Nolan

Las pruebas de hockey juvenil empiezan a las cuatro, pero yo estoy en el pabellón a las tres.

No puedo evitarlo. La primera impresión es la que cuenta y quiero que todo esté perfecto. El hielo está recién hecho, las porterías están bien colocadas, la sala de equipamiento está organizada. Tengo mi tablilla con la lista de jugadores: veintitrés chavales de entre ocho y nueve años, todos soñando con ser la próxima estrella de la NHL.

Todos ellos merecen un entrenador que los vea como algo más que simple potencial.

Los padres están empezando a llegar cuando me dirijo al vestíbulo. Oigo voces, el parloteo emocionado de los niños comparando su equipamiento. La energía es diferente a la de los entrenamientos del equipo: más ligera, más esperanzadora. Son niños que todavía creen que todo es posible.

Estoy colocando conos en el hielo cuando oigo unos patines detrás de mí. Me giro, esperando a uno de los que han llegado pronto.

Son Callum y Caspian.

Caspian lleva ropa de deporte y un *stick* que ha visto días mejores, encintado una y otra vez, obviamente muy querido. Callum tiene las manos en los bolsillos de la chaqueta y una expresión cuidadosamente neutra.

Pero sus ojos se encuentran con los míos de inmediato, y esa cuidada neutralidad se desvanece por un segundo.

—¡Entrenador Nolan! —Caspian me ve y corre hacia mí; se le ilumina toda la cara—. Estoy superlisto. He practicado todos los días esta semana. Papá me ha cronometrado y todo.

—Eso es dedicación. —Me agacho para ponerme a su altura—. ¿Nervioso?

—Un poco. —Balancea el peso de un pie a otro—. ¿Y si no soy lo bastante bueno?

—Te voy a contar un secreto —digo en voz baja—. Todos los que están ahí fuera están un poco nerviosos. Incluso los niños que actúan como si no lo estuvieran. La diferencia entre los buenos jugadores y los grandes jugadores no es el talento, sino cómo gestionan los nervios.

—¿En serio?

—En serio. Así que, cuando te pongas nervioso ahí fuera, recuerda: todos los demás se sienten igual. No estás solo.

Su cara se relaja ligeramente. —Gracias, entrenador.

Callum ya nos ha alcanzado y se ha quedado a unos metros de distancia. Lo bastante cerca para oír nuestra conversación, lo bastante lejos para mantener las distancias.

Me levanto y nuestras miradas se cruzan de nuevo. —Callum.

—Nolan. —Su voz es profesionalmente educada. Nada más.

Debería decir algo más. Debería reconocer el peso de que esté aquí, observando. Pero con los padres llegando por todas partes, no es el momento.

—Debería llevar a los niños al vestuario —digo.

—Claro. —La mano de Callum se posa en el hombro de Caspian—. Diviértete, ¿vale? Da lo mejor de ti.

—¡Lo haré! —Caspian nos mira a ambos con expresión radiante—. Esto va a ser superguay.

Reúno a todos los niños y los llevo al vestuario, donde ya están parloteando y comparando su equipamiento. Espero a que se calmen y entonces me coloco en el centro de la sala.

—Muy bien, todos. Soy el entrenador Nolan. Hoy se trata de ver lo que podéis hacer en el hielo y ayudaros a mejorar. No se trata de ser

perfectos, sino de esforzarse y divertirse. —Les examino las caras—. ¿A quién de aquí le encanta el hockey?

Todas las manos se levantan de golpe.

—Bien. Porque eso es lo más importante. Si os encanta, todo lo demás vendrá solo. —Cojo mi tablilla—. Vamos a empezar con algunos ejercicios básicos de patinaje y luego pasaremos a las pruebas de habilidad. ¿Os parece bien?

Un coro de: «¡Sí, entrenador!».

—De acuerdo. Poneos los patines. Nos vemos en el hielo en cinco minutos.

Se apresuran a prepararse y yo salgo al hielo. Las gradas se están llenando de padres; veo a Callum sentado más o menos a media altura, con la atención fija en el hielo. Esperando a que aparezca su hijo.

Los niños van saliendo uno a uno, algunos con confianza, otros tambaleándose sobre los patines. Caspian está casi en el medio del grupo; es pequeño para su edad, pero se mueve con determinación.

—¡Venga, vuelta de calentamiento! —grito—. Suave y tranquilos, solo para tomarle el pulso al hielo.

Arrancan, un torrente caótico de niños con distintos niveles de habilidad. Algunos son patinadores fluidos y naturales. Otros tienen dificultades con los cantos, agitando los brazos para mantener el equilibrio.

Caspian está en un punto intermedio. No es el más rápido, ni el más lento. Pero puedo ver la determinación en su forma de moverse, la concentración en su expresión.

Es hijo de su padre. Esa misma obstinada negativa a rendirse.

Después del calentamiento, les hago hacer ejercicios básicos. Paradas y arranques. Patinaje hacia atrás. Pasos cruzados. Observo a cada niño con atención, tomando notas en mi tablilla.

Caspian es mejor de lo que esperaba. En bruto, sin duda necesita pulirse, pero tiene una habilidad natural. Buen equilibrio. Pies rápidos. Y lo que es más importante, está prestando atención. Observa a los otros niños, aprende de sus movimientos.

Siento la mirada de Callum sobre mí desde las gradas. Ese peso de ser observado, evaluado. Una parte de mí quiere levantar la vista,

cruzar su mirada, ver qué está pensando.

Pero mantengo la concentración en los niños. Para eso estoy aquí.

—¡Venga, vamos a practicar los pases! —Preparo un ejercicio sencillo: parejas pasándose el disco de un lado a otro mientras patinan—. ¡Buscad una pareja!

Los niños se emparejan. A Caspian le toca con un chico más alto que parece molesto por la diferencia de altura. Les observo empezar el ejercicio e inmediatamente veo el problema: el chico más alto está dominando, sin darle a Caspian la oportunidad de tocar el disco.

Me acerco patinando. —Oye. ¿Cómo te llamas?

—Tyler —dice el chico alto.

—Tyler, este es un ejercicio en pareja. Eso significa que ambos tocáis el disco por igual. Pásaselo a Caspian.

—Pero es demasiado bajo. No puede seguir el ritmo.

—Eso no lo decides tú. Pásaselo a tu compañero.

Tyler pone los ojos en blanco, pero obedece. Caspian recibe el pase, lo maneja bien y lo devuelve. Ahora hacen el ejercicio correctamente y veo que Caspian gana confianza con cada intercambio exitoso.

—Buen trabajo, los dos —digo en voz alta.

La cara de Caspian se ilumina.

Me muevo por el grupo, corrigiendo la técnica, animando el esfuerzo, tomando notas mentales. Este niño necesita trabajar los cantos. Aquel tiene unas manos estupendas, pero patina flojo. Otro tiene velocidad, pero no control.

Y Caspian… tiene un instinto natural para el hockey. La forma en que lee el hielo, anticipa a dónde va a ir el disco. Es algo en bruto, necesita desarrollo, pero está ahí. La base de algo bueno.

Una hora pasa volando. Los niños están empezando a cansarse, sus movimientos son más torpes, su atención se dispersa.

—¡Venga, reuníos! —anuncio.

Se agrupan a mi alrededor en el centro del hielo, respirando con dificultad, con las caras sonrojadas.

—Gran trabajo hoy, a todos. Habéis demostrado corazón y esfuerzo, y eso es lo que más importa. —Miro cada una de sus caras —. Los equipos se publicarán el lunes. Todos seréis colocados en un

equipo, no eliminamos a nadie. Solo nos aseguramos de que estéis con niños de vuestro nivel para que todos podáis aprender y crecer. Los entrenamientos regulares empezarán la semana siguiente.

—¿Cuándo son los entrenamientos? —pregunta un niño.

—Los horarios de los equipos se publicarán con las listas. ¿Alguna otra pregunta?

Silencio. Entonces, la mano de Caspian se levanta. —¿Entrenador Nolan? ¿Lo he hecho bien?

La vulnerabilidad en su voz me mata. Este niño, preocupado por no ser lo bastante bueno, pidiendo la validación de alguien a quien apenas conoce.

—Lo has hecho genial —digo, y lo digo de verdad—. He visto muchas cosas buenas ahí fuera. Tienes instinto natural y trabajas duro. Esa es una combinación ganadora.

Toda su cara se transforma. Es la única palabra para describirlo.

—Muy bien, id a buscar a vuestros padres. ¡Buen trabajo hoy!

Salen del hielo, parloteando emocionados. Los padres bajan de las gradas, listos para recoger a sus hijos.

Estoy recogiendo los conos cuando oigo patines detrás de mí. Me giro. Caspian ha vuelto, sin su padre.

—¿Entrenador? —Su voz es vacilante.

—¿Qué pasa, chaval?

—Me preguntaba… —Balancea su peso, nervioso—. ¿Podrías darme algunos consejos extra? Como, después de los entrenamientos o algo así. Tengo muchas ganas de mejorar antes de que elijan los equipos.

Miro hacia las gradas. Callum está bajando y nos observa. Incluso desde aquí, puedo ver la cautela en su expresión.

Esto es exactamente lo que teme. Que Caspian se encariñe. Hacer promesas que quizá no cumpla.

Pero el niño me mira con tanta esperanza. Tanta determinación por mejorar.

—Sí —me oigo decir—. Podemos hacerlo. Déjame hablar primero con tu padre, asegurarme de que le parece bien.

—¿En serio? —A Caspian se le ilumina toda la cara—. ¡Sería superguay!

Callum ha llegado al hielo, separado de nosotros por la valla. Su expresión es cuidadosamente neutra, pero puedo ver la tensión en sus hombros.

—Caspian, ve a por tus cosas al vestuario —digo—. Yo hablaré con tu padre.

—¡Vale! —Se va patinando, lleno de energía por la posibilidad de un entrenamiento extra.

Me dirijo hacia donde está Callum, y ahora solo nos separan el cristal y la valla. Lo bastante cerca para hablar en voz baja, lo bastante lejos como para que haya una barrera física entre nosotros.

—Ha pedido ayuda extra —digo antes de que Callum pueda hablar —. Después de los entrenamientos. Clases individuales para trabajar su técnica.

La mandíbula de Callum se tensa. —Y usted ha dicho que sí.

—He dicho que primero hablaría con usted.

—Pero quería decir que sí.

—Tiene talento, Callum. Talento de verdad. Y quiere esforzarse. Eso es raro. —Agarro mi *stick*, la cinta áspera bajo mis palmas—. Puedo ayudarle a mejorar. A mejorar significativamente.

—Sé que puede. —La voz de Callum es queda—. Eso no es lo que me preocupa.

—¿Entonces qué?

—Ya se lo dije. Ya se está encariñando. ¿Y ahora quiere pasar más tiempo a solas con él? —Niega con la cabeza—. ¿Entiende lo que me está pidiendo? Me está pidiendo que le confíe a mi hijo. Que confíe en que aparecerá, de forma constante, y no desaparecerá cuando surja algo mejor.

Las palabras duelen porque son justas. Porque hice exactamente eso hace doce años: desaparecí cuando surgió algo mejor.

—No me voy a ir a ninguna parte —digo.

—No puede prometer eso.

—Sí que puedo. Rechacé una oferta para entrenar en la NHL la semana pasada para quedarme aquí. Para construir algo que dure. —Le sostengo la mirada—. No me voy, Callum. Ni del equipo, ni del pueblo, ni de su hijo si digo que voy a ayudarle.

Algo parpadea en su expresión. Sorpresa, quizá. O el principio de la fe.

—¿Rechazó una oferta de la NHL?

—Sí. Vera puede confirmarlo si no me cree.

Se queda en silencio un largo momento, estudiándome la cara como si intentara determinar si estoy mintiendo. Si esta es otra promesa que no cumpliré.

—¿Por qué? —pregunta finalmente.

—Porque estoy harto de perseguir una gloria que no significa nada. Porque quiero construir algo real, algo que importe. —Hago una pausa—. Porque volví aquí por una razón y no voy a huir de ella otra vez.

El aire entre nosotros está cargado. Pesado con cosas que no estamos diciendo, que no podemos decir con padres y niños todavía pululando por el pabellón.

—Una sesión a la semana —dice Callum finalmente—. Después de que empiecen sus entrenamientos regulares. Y si falta a una sola sin una muy buena razón, se acabó. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Y, Nolan? —Su voz baja aún más—. Si le hace daño, si le falla, si le hace sentir que no es lo bastante importante como para que usted aparezca… nunca se lo perdonaré. Ni por esto ni por nada.

Las palabras aterrizan como un golpe, pero asiento. —No le fallaré.

—Más le vale.

Caspian aparece desde el túnel, con la bolsa colgada al hombro y la cara radiante de emoción. —¿Y bien? ¿Puede ayudarme el entrenador Nolan?

Callum mira a su hijo y su expresión se suaviza por completo. Toda esa fiereza protectora se transforma en puro amor. —Sí, campeón. El entrenador Nolan va a darte algunas clases extra.

—¡SÍ! —Caspian levanta el puño—. ¡Este es el mejor día de mi vida!

Corre hacia la salida, demasiado emocionado para caminar, y Callum lo ve marchar con una mezcla de alegría y preocupación en la cara.

—Gracias —digo en voz baja—. Por confiarme esto.

—No lo hago por usted —dice Callum, con los ojos todavía en su hijo—. Lo hago por él. Porque se merece todas las oportunidades para perseguir lo que ama.

—Lo sé.

Se vuelve hacia mí y, solo por un segundo, las barreras se vienen abajo. Puedo ver directamente el daño que causé, el miedo que estoy causando ahora y la pequeña y frágil esperanza de que quizá esta vez sea diferente.

—No haga que me arrepienta de esto —dice.

Luego se va, siguiendo a Caspian hacia la salida, dejándome solo en el hielo.

Me quedo allí unos minutos más, simplemente respirando. El aire frío. El silencio. El peso de lo que acabo de aceptar.

No le fallaré a este niño. No seré otro adulto que promete y desaparece.

Y quizá, si puedo demostrárselo a Caspian, pueda demostrárselo también a su padre.

Chapter Eight

Callum

Observo a Nolan trabajar con los jugadores más jóvenes desde las gradas y algo se me resquebraja en el pecho a pesar de mis esfuerzos por mantenerlo cerrado a cal y canto.

Es paciente. Eso es lo que me desarma. La forma en que se agacha para ponerse a su altura cuando explica algo. La forma en que corrige sin criticar, anima sin condescendencia. La forma en que trata a cada niño como si importara, como si mereciera la pena tomarse en serio sus sueños.

La forma en que mira a Caspian: con dulzura, con interés y con una implicación total en ayudarlo a mejorar.

Es peligroso. Todo.

Porque noto que estoy bajando la guardia con él, y eso es lo último que debería hacer.

—Se le dan bien.

Me giro. Iris ha aparecido a mi lado en las gradas, con dos tazas de viaje. Me tiende una sin preguntar si quiero.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Apoyando al hockey juvenil local. Y también espiándote. —Se sienta con la vista fija en el hielo—. Así que… Nolan Hendricks está entrenando a tu hijo.

—Sí.

—¿Y a ti te parece bien?

—¿Tengo otra opción?

—Siempre tienes otra opción. —Le da un sorbo a su café—. Pero me he dado cuenta de que estás aquí, mirando. Podrías haber dejado a Caspian y haberte ido.

Tiene razón. Podría haberlo hecho. Pero no lo he hecho. No soy capaz de irme cuando Nolan está ahí fuera, aunque verlo sea una tortura en sí misma.

—Caspian me ha pedido que me quede —digo.

—Ajá.

En el hielo, Nolan está demostrando cómo hacer bien la técnica de los cruzados. Sus movimientos son fluidos, sin esfuerzo, fruto de la memoria muscular de décadas de patinaje. Los niños lo observan con suma atención y luego intentan imitarlo con mayor o menor acierto.

El intento de Caspian es vacilante, pero decidido. Nolan patina hacia él, dice algo que hace que Caspian asienta con seriedad y vuelve a hacer la demostración más despacio. Caspian lo intenta de nuevo y esta vez le sale mejor.

A Nolan se le ilumina toda la cara en señal de aprobación.

Y mi pecho vuelve a hacer esa cosa. Esa cosa peligrosa y traicionera que recuerda lo que se sentía al ser el destinatario de esa aprobación.

—Te le quedas mirando —observa Iris.

—Estoy mirando a mi hijo.

—Tu hijo está casi un metro a la izquierda de donde estás mirando.

Aparto la vista de Nolan y me centro en Caspian. Quien, la verdad, lo está haciendo genial. Se esfuerza, escucha con atención y mejora con cada intento.

—Se le da bien —digo.

—Sí. Por lo que veo, tiene un talento natural. —Iris hace una pausa—. Y a Nolan se le da bien enseñarle.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Se fue hace doce años sin decir ni una palabra —digo en voz baja—. Y ahora ha vuelto y se porta de maravilla con mi hijo. Ese es

el problema.

—La gente cambia, Cal. Tú has cambiado. Saliste del armario, te convertiste en padre, montaste un negocio. No eres la misma persona que eras a los dieciocho.

—Eso es diferente.

—¿Ah, sí? ¿O es que te aferras a la persona que era antes en lugar de ver quién es ahora?

La pregunta queda flotando entre nosotros, cargada de significado. En el hielo, el entrenamiento está terminando. Nolan reúne a los niños para una última charla y lo veo agacharse a su altura y decirles algo que hace que todos asientan con seriedad.

Entonces Caspian se separa del grupo y patina hacia la valla, con la cara sonrojada y feliz.

—¡Papá! ¿Has visto? ¡He hecho los cruzados mucho mejor!

—Lo he visto. Has estado genial.

—El entrenador Nolan dice que aprendo rápido. Y me ha enseñado cómo proteger mejor el disco cuando alguien intenta quitármelo. —Bota de la emoción—. ¿Podemos quedarnos un minuto? Quiero preguntarle una cosa.

—Claro.

Caspian vuelve patinando hacia Nolan, que está recogiendo el material. Los observo hablar. No oigo lo que dicen, pero veo los gestos animados de Caspian, la escucha atenta de Nolan, la complicidad que se está forjando entre ellos.

—Ese niño ya lo idolatra —dice Iris en voz baja.

—Lo sé.

—Y tú no eres tan inmune como pretendes.

No respondo. No puedo. Porque tiene razón, y admitirlo es como renunciar a la última línea de defensa que me queda.

Nolan levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Me sostiene la mirada un largo momento. Hay algo en su expresión… una pregunta, quizá. Incertidumbre. Como si intentara averiguar qué estoy pensando, si me estoy arrepintiendo de la decisión de dejar que entrene a Caspian.

Debería apartar la mirada. Debería romper la conexión, mantener la distancia.

En lugar de eso, me descubro asintiendo levemente. Un reconocimiento. Agradecimiento, tal vez, por lo bien que se está portando con mi hijo.

Su expresión cambia. Se suaviza. Y esa pequeña sonrisa —la que recuerdo de mil momentos compartidos— asoma en la comisura de sus labios.

El estómago me da un vuelco.

—Oh, estás perdido —murmura Iris.

—Cállate.

—Lo estás. Te estás volviendo a enamorar de él.

—No me estoy…

—Cal. Te conozco desde hace nueve años. Tú no te le quedas mirando a la gente. Y lo estás haciendo.

Caspian ya está patinando de vuelta, con Nolan unos pasos por detrás. Llegan juntos a la valla y Nolan apoya los antebrazos en la parte superior, con la atención puesta en mi hijo.

—¡El entrenador Nolan dice que podemos hacer nuestra primera sesión extra el jueves después de clase! —anuncia Caspian—. ¿Te parece bien, papá?

Jueves. Dentro de tres días. Lo que significa que tengo tres días para prepararme para más de esto: para ver más a Nolan portarse bien con Caspian, para sentir más esa atracción, para luchar más contra la parte de mí que quiere creer que ahora es diferente.

—Me parece bien —me oigo decir.

—¡Genial! —Caspian mira a Nolan—. Gracias, entrenador. Es guay.

—Un placer, chaval. Nos vemos el jueves.

Caspian se dirige al vestuario a quitarse los patines, dejándonos a Iris y a mí en la valla con Nolan de pie en el hielo, debajo de nosotros.

—Callum —dice. Solo mi nombre. Pero la forma en que lo dice —con cuidado, con peso— hace que parezca algo más.

—Nolan.

—Hoy lo ha hecho muy bien. Ha progresado mucho.

—Lo he visto.

Se produce un silencio incómodo. Iris nos observa con un interés apenas disimulado.

—Debería… —Hago un gesto hacia el vestuario por el que ha desaparecido Caspian.

—Claro. Sí. —Nolan se endereza, poniendo más distancia entre nosotros—. Te veo el jueves.

—El jueves.

Cojo mi café y bajo de las gradas, con Iris siguiéndome. No dice nada hasta que llegamos al vestíbulo, fuera del alcance de cualquiera.

—Vas a tener que lidiar con esto en algún momento —dice ella.

—¿Lidiar con qué?

—Con tus sentimientos. Por él. —Me aprieta el hombro—. Pero aquí estoy cuando estés listo para hablar de ello de verdad.

Se va y yo espero a Caspian junto al vestuario. Cuando sale, con la bolsa al hombro y la cara aún radiante de felicidad, siento esa mezcla familiar de amor y miedo.

Amor por este niño que es mi mundo entero. Miedo de estar cometiendo un error que lo herirá.

—¿Podemos ir a por un helado? —pregunta Caspian mientras caminamos hacia la camioneta.

—Es miércoles.

—¡Pero es un día de entrenamiento especial!

Miro su cara esperanzada y no puedo decirle que no.

—Vale. Pero solo uno pequeño.

—¡Sí!

Vamos en coche a la heladería y, mientras Caspian pide, me vibra el móvil.

Número desconocido. Casi no lo miro, pero algo me impulsa a hacerlo.

Nolan: Gracias por dejarme trabajar con él. Sé que no ha sido fácil para ti. No lo decepcionaré.

Me quedo mirando el mensaje. Tiene mi número de la lista de contactos de los padres. Este no es un mensaje de la lista de contactos de los padres.

Debería ignorarlo. Debería mantener una distancia profesional.

Mis pulgares se mueven antes de que pueda detenerlos.

Yo: Más te vale.

Aparecen tres puntos de inmediato, como si estuviera esperando mi respuesta. Luego:

Nolan: No lo haré. Lo prometo.

Promesas. Está haciendo promesas. Y lo peor es que una parte traicionera de mí quiere creerlas.

—Papá, ¿tú qué quieres? —me llama Caspian desde el mostrador.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me reúno con él. Pido lo de siempre. Nos sentamos en una de las mesitas y Caspian parlotea sobre el entrenamiento mientras yo intento concentrarme en él y no en el móvil que tengo en el bolsillo, no en el mensaje que aguarda ahí como un desafío.

Como una posibilidad.

Como una puerta que creía haber cerrado a cal y canto y que empieza a entreabrirse a pesar de mis mejores esfuerzos.

Cuando llegamos a casa, Caspian hace los deberes en la mesa de la cocina mientras yo preparo el pedido de la panadería de mañana. La rutina familiar me calma los nervios: medir, mezclar, comprobar el inventario.

Pero mi mente no deja de volver a la pista de hielo. A la forma en que Nolan miraba a Caspian con genuino cariño. A la forma en que me miraba a mí, como si pidiera permiso para sentir ese cariño.

A la forma en que mi pecho sigue haciendo esa cosa peligrosa y traicionera que recuerda, que anhela y que quiere, a pesar de saber que no debería.

Caspian ya está en la cama cuando mi móvil vuelve a vibrar.

Iris: ¿Cómo estás?

Yo: Bien.

Iris: Esa es tu forma de decir «no estoy bien, pero no quiero hablar de ello».

Iris: Estoy aquí cuando estés listo.

Dejo el móvil y me apoyo en la encimera, notando el laminado frío y sólido bajo las palmas de mis manos.

Nolan de verdad rechazó una oferta de la NHL. Me lo dijo él mismo, me miró a los ojos y dijo que había elegido quedarse. Que había vuelto por una razón y que no iba a volver a huir.

Quizá Iris tenga razón. Quizá me estoy aferrando a quién era a los dieciocho años en lugar de ver quién es ahora. Quizá el hombre que se enfrentó a la homofobia en su vestuario, que rechazó un trabajo en la NHL, que es paciente y tierno con mi hijo… quizá no sea la misma persona que se fue sin decir ni palabra.

Quizá.

Pero creer eso significa arriesgarlo todo. Mi corazón. El corazón de mi hijo. La vida tan cuidadosamente construida que tengo.

No estoy seguro de ser lo bastante valiente para eso todavía.

Pero mientras subo a acostarme, no puedo dejar de pensar en la forma en que Nolan sonrió cuando asentí en su dirección desde el otro lado del hielo. Como si mi aprobación significara algo. Como si importara.

Como si, quizá, solo quizá, ambos estuviéramos intentando encontrar el camino de vuelta a algo que perdimos hace doce años.

Aunque ninguno de los dos sepa aún cómo decirlo.

Chapter Nine

Nolan

El partido de los Icemen de esta noche ha terminado con una derrota por la mínima, pero el equipo ha demostrado tener más disciplina y cooperación.

Eso es lo que me digo mientras veo cómo se agota el tiempo y el marcador nos da un punto por debajo. Eso es lo que importa, no la derrota, sino cómo han jugado. Juntos. Como un equipo.

Aun así, sigue doliendo.

Después, en el vestuario, el ambiente está apagado, pero no es de derrota. Los jugadores se quitan el equipamiento con los movimientos cansados de los atletas que lo han dado todo en el hielo. Algunos están frustrados, unos pocos están en silencio, pero no hay ninguna de las acusaciones o culpas que he visto en otros vestuarios tras una derrota.

Eso es un progreso.

Espero a que se calmen y entonces me coloco en el centro de la sala.

—Ha estado mejor —digo—. No perfecto, pero mejor. Habéis jugado como un equipo ahí fuera. Os habéis apoyado los unos a los otros. Cuando alguien cometía un error, sus compañeros le ayudaban a recuperarse en lugar de dejarlo tirado.

Garrett Pike está desplomado en el banquillo, con la cabeza entre las manos. Ha tenido la oportunidad de empatar en el último minuto

—una buena ocasión, una jugada perfecta de Dom—, pero se ha precipitado en el tiro y se le ha ido fuera. Últimamente se ha estado presionando demasiado, esforzándose en exceso por demostrar que es más que el tipo que hizo esa broma, y se nota en su juego. El peso de intentar recuperar el respeto ha sido visible en cada entrenamiento de esta semana.

—La estrategia defensiva del tercer tiempo nos ha matado —dice Garrett con voz frustrada—. Si hubiéramos sido más agresivos, si hubiéramos presionado más, podría haber tenido más oportunidades.

La sala se queda en silencio. Varios jugadores se mueven, incómodos.

—Esa estrategia le ha dado la oportunidad que ha tenido —digo con voz serena—. Dom le ha preparado una jugada perfecta. La ejecución no ha salido bien esta vez, pero la estrategia era sólida.

—Para usted es fácil decirlo. —Garrett sigue sin levantar la vista—. Usted no es el que tiene que jugar con un sistema que no funciona.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Un desafío directo a mi autoridad, a mis decisiones como entrenador.

Antes de que pueda responder, Garrett añade:

—Quizá si no estuviera tan centrado en que todos seamos majos y compartamos sentimientos, ganaríamos partidos de verdad. Esto no es una sesión de terapia de grupo, es hockey.

El silencio es absoluto. Hasta el sistema de ventilación parece contener la respiración.

Dom se pone de pie, con una expresión más dura de la que le he visto nunca.

—Pike. Ya basta.

—¿Qué? Solo digo que…

—¿Estás cuestionando las decisiones del entrenador porque hemos perdido por un gol? ¿Después de haber jugado mejor que en toda la temporada? —Dom se acerca—. El entrenador Hendricks sabe más de ganar en el hockey de lo que tú aprenderás en toda tu vida. La estrategia era buena. Solo tienes que ejecutarla mejor.

—Yo no he…

—¿Y ese comentario sobre la terapia de grupo? —La voz de Dom baja de tono—. Eso es ser un gilipollas maleducado. El entrenador está construyendo un equipo en el que todos tienen cabida y trabajan juntos. Si no puedes con eso, ahí tienes la puerta.

Henrik también se levanta, su enorme figura se cierne sobre ellos.

—Dom tiene razón. El sistema del entrenador es bueno. Hemos jugado bien. Tú fallaste el tiro. Acéptalo.

Garrett mira alrededor de la sala. Nadie le sostiene la mirada. El resto del equipo asiente de acuerdo con Dom o evita deliberadamente mirar a Garrett.

Está solo en su queja, y lo sabe.

—Yo… —La cara de Garrett se sonroja—. No era mi intención…

—Sí, lo era —digo en voz baja—. Quería decir exactamente lo que ha dicho. Está frustrado por haber fallado el tiro, así que la está pagando con el blanco más fácil: mi filosofía de entrenamiento que prioriza el respeto y la inclusión. —Me acerco—. Permítame que se lo aclare. La cultura de este equipo no es opcional. No es algo que hacemos cuando nos viene bien. Es lo que somos. Y si usted no puede respetar eso, entonces Dom tiene razón: ahí está la puerta.

Silencio. Garrett se mira los patines, apretando la mandíbula.

—Lo siento —dice finalmente—. A usted, entrenador. Y al equipo. Ha estado fuera de lugar.

—Lo ha estado —convengo—. Hablaremos de esto más a fondo mañana. Ahora, todo el mundo a casa. Descansad. Revisaremos la grabación por la mañana.

Los jugadores salen en silencio, con una energía completamente distinta a la que tenían al entrar. Dom se queda, esperando hasta que solo quedamos nosotros.

—Siento si me he extralimitado —dice—. Pero había que parar eso.

—No te has extralimitado. Has hecho exactamente lo que necesitaba que hicieras. —Le aprieto el hombro—. Gracias. Por cubrirme las espaldas.

—Eso es lo que hacen los compañeros. —Se detiene en la puerta —. Por si sirve de algo, entrenador, su sistema funciona. Estamos jugando mejor. Pike solo está frustrado y la está pagando con la persona equivocada.

—Lo sé. Aprenderá.

Dom asiente y se marcha. Me quedo solo en el vestuario, con el familiar olor a sudor y equipamiento llenando el espacio.

Podría haber ido peor. Podría haber escalado a una confrontación en toda regla, fracturado el equipo.

En cambio, Dom ha dado la cara. Henrik lo ha apoyado. El resto del equipo ha mostrado de qué lado está.

La cultura está echando raíces.

Recojo mis cosas y salgo. El pabellón está casi vacío, solo se oye el zumbido del edificio y los sonidos lejanos de la Zamboni. Dale Summers está junto a la sala de material, organizando el equipamiento.

—He oído algunas voces elevadas ahí dentro —dice sin levantar la vista.

—Pike tenía algunas cosas que decir sobre la derrota.

—Y Dom le ha parado los pies, supongo.

—Las noticias vuelan.

—La acústica del pabellón. —Dale aparta un casco—. Por si sirve de algo, lo has manejado bien. No se puede dejar que ese tipo de cosas se enconen.

—Ya.

—¿Vas a ir a la taberna? El equipo suele reunirse allí después de los partidos.

Cierto. La reunión pospartido. Conectar como equipo. Parte de la construcción de esa cultura.

Pero después de esa confrontación, no estoy seguro de estar de humor para socializar.

—Quizá unos minutos —digo.

—Bien. Necesitan ver que no te altera la mala actitud de un jugador. —Dale finalmente me mira—. Y necesitan ver que eres parte de esta comunidad, no solo alguien de paso.

Sus palabras me golpean más de lo que deberían. Porque tiene razón: aparecer importa. Estar presente importa.

Me dirijo a mi camioneta, lanzo la bolsa en la parte de atrás y luego conduzco las dos manzanas hasta la taberna Frozen Pine. El

aparcamiento está lleno; parece que medio pueblo ha salido a pesar de la derrota.

Dentro, el local está a reventar. Jugadores agrupados en mesas, familias cenando, aficionados repasando jugadas en la barra. Las televisiones muestran los mejores momentos de otros partidos.

Me detengo en la entrada, y es entonces cuando la veo: una pequeña pegatina arcoíris de «Espacio Seguro» en el marco de la puerta. Justo al lado del certificado de sanidad.

No estaba ahí la semana pasada. Estoy seguro. Alguien la ha puesto hace poco. Deliberadamente.

Algo cálido se extiende por mi pecho.

Localizo a mi equipo en la esquina del fondo: varias mesas juntas, jarras de cerveza y platos de alitas esparcidos por ellas. Dom me ve y me hace un gesto para que me acerque.

Las conversaciones se acallan ligeramente a medida que me aproximo; los jugadores observan para ver cómo manejaré las cosas después de la confrontación en el vestuario.

—Entrenador —dice Dom, señalando una silla vacía—. Buen partido.

—Hemos perdido.

—Sigue siendo un buen partido. —La voz grave de Henrik resuena por encima de la mesa—. El equipo ha jugado unido. Eso importa.

Me siento y, poco a poco, las conversaciones se reanudan. Los jugadores analizan jugadas, discuten lo que funcionó. El ambiente es más ligero ahora, la tensión del vestuario se está disipando.

Garrett no está aquí. Probablemente sea una decisión inteligente por su parte: dar a todos espacio para que se enfríen los ánimos.

Después de unos quince minutos de charla de equipo, me excuso.

—Voy a irme. Buen trabajo esta noche, todos.

—¿Entrenador? —Dom me detiene—. Gracias. Por construir algo en lo que podemos creer.

Varios jugadores asienten de acuerdo. Henrik levanta ligeramente su vaso.

Estos hombres me cubren las espaldas. Eso vale más que cualquier victoria.

Salgo de nuevo al frío de noviembre y la pegatina de Espacio Seguro vuelve a llamar mi atención al irme. Alguien en este pueblo está dejando clara su postura. Dejando claro que la gente como yo —gente como Callum— es bienvenida aquí.

El trayecto de vuelta a mi apartamento es corto, las calles están tranquilas. Subo las escaleras de metal, con la barandilla helada a través de mis guantes.

Dentro, dejo caer la bolsa y me hundo en el futón, repasando la noche. La derrota. La confrontación. Dom dando la cara. El equipo tomando partido: eligiendo el respeto por encima del ego.

La pegatina de Espacio Seguro que antes no estaba.

Para esto he vuelto. No para victorias y derrotas, sino para construir algo que importe. Para crear un espacio donde todo el mundo pertenezca.

Mi teléfono vibra.

Dom: Pike me ha mandado un mensaje. Dice que quiere disculparse como es debido mañana. Creo que lo dice en serio.

Yo: Bien. Gracias por pararle los pies esta noche.

Dom: Alguien tenía que hacerlo. No se puede dejar que ese tipo de comentarios queden sin respuesta.

Yo: Serías un buen capitán.

Dom: Solo intento ser el compañero que me gustaría tener.

Dejo el teléfono y me quedo mirando el techo con manchas de humedad. Entonces mi teléfono vuelve a vibrar.

Dom: Oye, entrenador, una pregunta al azar. Cuando dices lo de cubrirnos las espaldas, ¿es solo en el hielo o...?

Yo: Dentro y fuera. ¿Por?

Dom: Algunos de los chicos están lidiando con cosas. Es bueno saber cuál es tu postura.

Se me hincha el pecho. Esto es exactamente lo que esperaba construir: un equipo que confía en los demás, que me ve como algo más que un simple entrenador táctico.

Yo: Mi puerta siempre está abierta. Ya sea por hockey o por la vida, no importa. Estoy aquí.

Dom: Gracias, entrenador. Significa mucho.

Dejo el móvil de nuevo, esta vez con una sensación de satisfacción instalándose en mis huesos.

Mañana hay entrenamiento. Revisaremos la grabación, trabajaremos en la ejecución, abordaremos la tensión de esta noche.

El jueves hay otra sesión con Caspian, la tercera. Está mejorando rápidamente, sus instintos naturales se agudizan con la atención centrada. Y cada sesión significa ver a Callum, aunque sea brevemente al recogerlo.

Y durante todo ese tiempo, seguiré construyendo. Seguiré demostrando que he venido para quedarme. Seguiré creando el tipo de entorno que desearía haber tenido.

El radiador arranca con un estruendo, llenando la habitación de calor seco.

Por primera vez en años, estoy exactamente donde se supone que debo estar.

Chapter Ten

Callum

—Papá, ¿podemos ir al partido?

Levanto la vista de la factura que estoy revisando en el mostrador de la pastelería. Caspian está ahí de pie, todavía con la mochila puesta, recién recogido del colegio, con el rostro esperanzado.

—¿Qué partido?

—¡Los Icemen! Juegan esta noche. A las siete. —Da saltitos sobre la punta de los pies—. ¿Porfa? Quiero ver al entrenador Nolan dirigir un partido de verdad. Y quiero ver si puedo aprender cosas antes de que publiquen los equipos.

Mi bolígrafo se detiene sobre el papel. Claro. Hay un partido esta noche. Otro partido en casa. Nolan lleva casi cuatro semanas entrenando y el equipo ha jugado varias veces. He conseguido evitarlos todos desde aquel primero hace tres semanas.

—No lo sé, campeón...

—¿Porfa? Todo el mundo del cole va a ir. El padre de Tommy ha comprado entradas para toda su familia. Y la señora Patterson ha dicho que medio pueblo va a estar allí.

Por supuesto que la señora Patterson ha dicho eso. Y por supuesto que medio pueblo estará allí, porque Nolan Hendricks de entrenador sigue siendo la noticia más importante que ha tenido Northwood en años.

—¿Por favor, papá? —Los ojos verdes de Caspian son suplicantes —. Prometo que haré todos los deberes primero. Y mis tareas. Y me iré a la cama a mi hora sin protestar.

No debería ir. Debería mantener las distancias, marcar los límites, evitar el lío complicado que supone ver a Nolan trabajar.

Pero Caspian me está mirando como si esto fuera lo más importante del mundo. ¿Y no es esto lo que dije que haría? ¿Apoyar la pasión de mi hijo por el hockey, aunque signifique estar cerca de Nolan?

—Vale —me oigo decir—. Pero primero los deberes.

—¡SÍ! —Levanta el puño y corre hacia el cuarto de atrás donde le tengo preparado un escritorio.

Jamie aparece desde la cocina, sonriendo.

—¿Vas a ir al partido?

—Eso parece.

—Todo el mundo habla de ello. Debería ser uno bueno. Han ganado los dos últimos.

—Mmm.

—¿Estás bien con esto?

—Es solo un partido de hockey.

La expresión de Jamie dice que no me cree, pero tiene la amabilidad de no insistir.

Termino de cerrar la pastelería a las cinco y nos vamos a casa para que Caspian pueda comer algo antes del partido. Se zampa la cena mientras da botes en la silla, hablando sin parar de las jugadas que quiere observar y los movimientos que quiere aprender. Ya ha tenido dos sesiones extra con Nolan y no ha dejado de hablar de ninguna de las dos.

A las seis y media, estamos de vuelta en la camioneta de camino al pabellón. El aparcamiento ya se está llenando, con coches entrando desde todas las direcciones. Las luces del pabellón brillan contra el cielo oscurecido de noviembre.

Dentro, el vestíbulo está abarrotado. Familias comprando en los puestos de comida, niños con camisetas de los Icemen, adultos agrupados en corrillos hablando. La energía es eléctrica: una mezcla de emoción y orgullo comunitario.

—¿Podemos tomar un chocolate caliente? —pregunta Caspian.

—Después de que encontremos sitio.

Subimos a las gradas. Se están llenando rápido, pero conseguimos encontrar dos asientos juntos más o menos a media altura con una vista despejada del hielo. El pabellón está más ruidoso de lo que recordaba, las voces resuenan en el techo, el zumbido de la expectación va en aumento.

El hielo reluce bajo las luces brillantes, recién pulido por la Zamboni. Las porterías están en su sitio y veo que los jugadores empiezan a salir para el calentamiento.

—¡Ahí está! —Caspian señala hacia el banquillo.

Nolan está detrás, hablando con alguien —probablemente Vera—, ambos mirando una tableta. Lleva un traje gris oscuro, bien entallado, profesional. Su pelo está peinado, su postura es segura pero no arrogante. Parece un entrenador por los cuatro costados, el que ha llegado a ser.

Siento algo complejo en el pecho.

—Parece tan profesional —dice Caspian sin aliento—. Como un auténtico entrenador de la NHL.

—Es un entrenador de verdad, campeón.

Los jugadores empiezan a salir para el calentamiento y el ruido de la multitud aumenta. Patinan en círculos por el hielo, haciendo tiros de práctica, y me descubro observando no solo a los jugadores, sino a Nolan observándolos a ellos.

Está concentrado, atento. Su mirada sigue cada movimiento, cada jugada. Le señala algo al segundo entrenador, toma una nota en su portapapeles. Hay algo magnético en ver a alguien hacer aquello para lo que ha nacido.

—¡Mira, papá, ese es el número quince, Dom! —Caspian da saltitos en su asiento—. Tommy dice que es el mejor jugador del equipo.

Localizo a Dominic Castellano: patinaje firme, buen posicionamiento, claramente una presencia veterana en el hielo. El tipo de jugador que hace que todos a su alrededor sean mejores.

El calentamiento termina. Los jugadores vuelven a sus banquillos. Suena el himno nacional y todo el mundo se pone de pie, con la

mano en el corazón.

Entonces, el disco cae y el partido comienza.

Espero aburrirme. Nunca me ha gustado mucho el hockey, ni siquiera habiendo crecido en un pueblo donde es prácticamente una religión. Pero me encuentro enganchado, observando cómo se desarrollan las jugadas.

Y observando a Nolan.

No grita. No golpea la valla con la mano cuando las cosas van mal. Mantiene la calma, da instrucciones, hace ajustes. Cuando un jugador sale del hielo después de un buen turno, Nolan le dice algo que le hace asentir y volver a patinar con una concentración renovada.

Cuando un jugador comete un error, no lo regaña. Simplemente le señala qué ha salido mal, cómo arreglarlo la próxima vez.

Es paciente. Estratégico. Completamente en control sin ser controlador.

El primer período termina con los Icemen ganando 1-0. El público está animado, emocionado. Durante el intermedio, la gente a nuestro alrededor habla de la mejora en el juego, del mejor trabajo en equipo, de lo diferente que se ve el equipo bajo la nueva dirección.

—¡Van ganando! —dice Caspian, agarrándome el brazo—. ¡Papá, van ganando!

—Es solo el primer período.

—¡Pero están jugando muy bien!

El segundo período es más reñido. El otro equipo marca, empatando el partido. Luego los Icemen responden. El partido es rápido, físico, ambos equipos luchan por cada centímetro de hielo.

Y a pesar de todo, Nolan se mantiene firme. Tranquilo. Leyendo el partido, haciendo ajustes, confiando en sus jugadores.

Cuando uno de los delanteros más jóvenes recibe un fuerte placaje contra la valla y tarda en levantarse, Nolan está justo en el banquillo cuando sale patinando, revisándolo, asegurándose de que está bien antes de volver a enviarlo al hielo.

Le importa. No solo ganar, sino sus jugadores como personas.

El tercer período es intenso. El marcador está empatado 2-2 a falta de cinco minutos. Ambos banquillos están ruidosos, ambos públicos de pie. Caspian me aprieta la mano con tanta fuerza que se me están quedando los dedos dormidos.

A falta de dos minutos, Dom le hace un pase perfecto a Garrett Pike, que la cuela en la portería. El pabellón estalla. Caspian salta sin parar, gritando de alegría.

Los Icemen aguantan los dos últimos minutos, y cuando suena la bocina, comienza la celebración.

Pero lo que me llama la atención es la reacción del equipo. No celebran solo al autor del gol. Se abalanzan sobre Dom, el jugador que hizo el pase. Se amontonan unos sobre otros, un grupo unido celebrando juntos.

Eso es obra de Nolan. Esa mentalidad de equipo primero.

—¡Han ganado! ¡Papá, han ganado! —Caspian está eufórico.

A nuestro alrededor, el público está de pie, aplaudiendo, celebrando. Y me doy cuenta de algo: no están contentos solo por la victoria. Están orgullosos. Orgullosos de su equipo, orgullosos del esfuerzo, orgullosos de lo que se está construyendo aquí.

Nolan ha hecho eso. En menos de un mes, ha cambiado la cultura.

En el hielo, Nolan está hablando con sus jugadores, reunidos a su alrededor. No puedo oír lo que dice, pero puedo ver sus caras. Están escuchando, asintiendo, orgullosos de sí mismos.

Cuando se separan, Nolan no se va inmediatamente. Se queda, dándole la mano al otro entrenador, hablando con los árbitros, reconociendo al público con un breve saludo.

Se comporta con una dignidad tranquila. Sin fanfarronear, sin ego. Solo competencia profesional y auténtica humildad.

A pesar de ser uno de los atletas abiertamente homosexuales más visibles en la historia del hockey, a pesar de enfrentarse probablemente al escrutinio y la discriminación cada día, él simplemente... hace su trabajo. Con elegancia, paciencia y habilidad.

—¿Podemos ir a felicitar al entrenador Nolan? —pregunta Caspian, tirando ya de mi mano—. ¿Porfa?

Debería decir que no. Debería llevar a Caspian a casa, mantener nuestra distancia, marcar los límites.

Pero la multitud se está moviendo hacia el nivel del hielo, familias que van a felicitar a los jugadores, niños emocionados por ver a sus héroes de cerca.

—Vale —digo—. Pero rápido. Mañana hay cole.

Bajamos de las gradas. La zona cercana al hielo está llena de gente: padres, aficionados, niños. Los jugadores firman autógrafos, hablan con las familias, disfrutando de la victoria.

Nolan está cerca de la entrada del túnel, hablando con una pareja de ancianos. Se ha quitado la chaqueta del traje, tiene las mangas arremangadas hasta los antebrazos. Parece cansado pero feliz, y hay algo en la forma en que la tela se ciñe a sus hombros que hace que se me seque la boca.

Deja de fijarte. Simplemente para.

Entonces nos ve acercarnos y algo en su expresión cambia. Se ilumina.

—¡Entrenador Nolan! —Caspian no espera, simplemente corre hacia él en el momento en que la pareja de ancianos se aparta—. ¡Ha sido genial! ¡Ha estado increíble! La forma en que les ha hecho cambiar de estrategia en el segundo período y cómo Dom ha hecho ese pase perfecto, y...

—Hala, frena un poco. —Nolan sonríe, una sonrisa real, cálida y genuina—. ¿Te has fijado en todo eso?

—¡Estaba mirando con mucha atención! Porque quiero aprenderlo todo.

—Eso es inteligente. Ver partidos es una de las mejores formas de aprender. —La mano de Nolan descansa sobre el hombro de Caspian, de forma fácil y natural—. ¿Qué crees que fue lo más importante que viste esta noche?

Caspian se lo piensa mucho. —¿Que lo celebraron todos juntos? ¿No solo el que marcó?

—Exactamente. —La voz de Nolan está llena de aprobación—. El talento individual es importante, pero es el equipo el que gana los partidos. Todos contribuyendo, todos apoyándose mutuamente.

Observo esta interacción con el pecho apretado. La forma en que Nolan le está prestando a Caspian toda su atención. La forma en que mi hijo lo mira como si le hubiera bajado la luna. La forma en que

esto se siente peligrosamente como algo a lo que ambos podríamos apegarnos.

Los ojos de Nolan se elevan para encontrarse con los míos por encima de la cabeza de Caspian, y nos quedamos mirándonos con mi hijo entre nosotros, lo que debería sentirse incómodo o inapropiado, pero en cambio se siente inevitable. Como la gravedad.

—Gracias por venir —dice.

—Caspian quería ver el partido.

—¿Y tú?

Podría desviar el tema. Podría mantener mis barreras. Podría protegerme de la atracción que siento al estar tan cerca de él.

En cambio, me oigo decir: —Quería ver qué clase de entrenador es usted.

El aire entre nosotros se siente cargado. Pesado con cosas que no estamos diciendo delante de mi hijo y de una multitud de aficionados y padres que aún andan por ahí.

—¿Y bien? —pregunta en voz baja.

—Es bueno con ellos. Paciente. Le responden.

Algo en su expresión cambia. Se suaviza. —Eso significa mucho. Viniendo de ti.

—¿Por qué iba a significar algo viniendo de mí?

—Porque siempre has visto las cosas con claridad. No haces cumplidos vacíos. —Su voz es lo suficientemente baja como para que solo yo pueda oírla—. Si dices que algo es bueno, lo dices de verdad.

Se me corta la respiración.

—Papá, ¿podemos tomar un helado de camino a casa? —interrumpe Caspian, ajeno a la tensión.

—Es tarde —digo, agradecido por la interrupción y frustrado por ella a partes iguales—. Mañana hay cole.

—¡Pero hemos ganado!

—Quizá este fin de semana.

Caspian suspira dramáticamente, pero lo acepta. —¡Adiós, entrenador Nolan! ¡Ha sido el mejor partido de la historia!

—Gracias por venir, chaval. Nos vemos en el entrenamiento.

Nos damos la vuelta para irnos, pero siento la mirada de Nolan en mi espalda. Ese peso de ser observado. De ser visto.

Y cuando miro hacia atrás por encima del hombro —solo una vez —, él sigue mirando. Su expresión, desprotegida por un instante. Esperanza, quizás. Y algo que parece anhelo.

El aire de noviembre nos golpea al salir del pabellón, cortante y frío. El aparcamiento se está vaciando, los coches salen, las familias se dirigen a casa.

—Qué guay ha estado —dice Caspian mientras caminamos hacia la camioneta—. El entrenador Nolan es increíble. ¿Has visto cómo ha mantenido la calma incluso cuando las cosas se pusieron intensas? ¿Y cómo ha hablado con cada jugador? ¿Y cómo todo el equipo ha trabajado unido?

—Lo he visto.

—Es un entrenador buenísimo. No puedo esperar a estar en un equipo que él entrene. ¿Crees que lo estaré? ¿Cuando publiquen los equipos el lunes?

—Creo que tienes muchas posibilidades, campeón.

Lo abrocho en su alzador, y él sigue hablando, rememorando cada momento del partido.

Dentro de la camioneta, me siento un momento antes de encender el motor, con las manos en el volante.

Vine a ver qué tipo de entrenador es Nolan. Para ver si es digno de la idolatría de mi hijo.

Lo que vi fue a alguien paciente, hábil y genuinamente interesado en construir algo bueno. Alguien que se comporta con dignidad a pesar del escrutinio constante. Alguien que ha cambiado, ha madurado, se ha convertido en alguien a quien puedo respetar.

Alguien por quien me siento cada vez más atraído, a pesar de todas las razones que tengo para proteger mi corazón.

Y eso me aterroriza más que nada.

Porque el respeto es peligroso. La atracción es peligrosa. Bajar mis defensas es peligroso.

Pero mientras conduzco a casa por las calles tranquilas, con Caspian ya medio dormido en el asiento trasero, no puedo quitarme

de la cabeza la imagen del rostro de Nolan cuando me miró. Ese momento desprotegido de esperanza y anhelo.

Como si quizás él estuviera sintiendo la misma atracción que yo.

Como si quizás esta segunda oportunidad pudiera ser más de lo que me permito creer.

Como si quizás —solo quizás— valiera la pena el riesgo.

Pero todavía no estoy listo para correrlo.

No esta noche.

Aunque una parte de mí está empezando a preguntarse cuánto tiempo más puedo seguir diciendo «todavía no» antes de que se convierta en un «nunca».

Chapter Eleven

Nolan

El pabellón está en silencio la noche después del partido, solo se oye el zumbido de la calefacción del edificio y el lejano crujido de la vieja estructura al asentarse. Los demás se han marchado hace horas: jugadores, personal, incluso Vera. Pero yo sigo aquí a las diez de la noche, sentado en la sala de vídeo con la grabación del partido congelada en la pantalla y un bloc de notas cubierto de garabatos a mi lado.

He estado analizando a cada jugador. Fotograma a fotograma. Turno a turno. Buscando patrones, puntos fuertes, puntos débiles. Aspectos en los que puedo ayudarles a mejorar.

Garrett Pike: Goleador nato, necesita aprender cuándo pasar. Trabajar la visión de juego y la conciencia de equipo. Frustrado; necesita que le suban la moral, no solo críticas.

Dom Castellano: Sólido en defensa, podría ser más asertivo en ataque. Cualidades de liderazgo por desarrollar. Madera de capitán.

Henrik Oberg: Rol de «enforcer», pero jugador inteligente. Explorar un posicionamiento más estratégico. Quiere que se le vea más allá de su presencia física.

La lista continúa. Quince jugadores, quince planes de desarrollo individuales. Porque en eso consiste ser un buen entrenador: en ver a cada jugador como una persona completa, no solo como una posición en el hielo.

Estoy tan concentrado en la pantalla que no oigo la puerta abrirse hasta que Dale Summers habla.

—Me ha parecido ver una luz encendida aquí dentro.

Me vuelvo. Dale está en el umbral de la puerta, con una caja de herramientas en una mano y un termo en la otra. Sus gafas de montura metálica reflejan la luz de la pantalla.

—Solo estoy repasando grabaciones —digo—. No pretendía quedarme hasta tan tarde.

—Nunca es demasiado tarde cuando estás construyendo algo bueno. —Deja la caja de herramientas en el suelo y acerca una silla —. ¿Te importa si me siento? Estas viejas rodillas ya no aguantan tanto de pie como antes.

—Por supuesto.

Se sienta con un ligero gemido, luego desenrosca el termo y bebe un sorbo. El olor a café inunda la pequeña habitación.

—Estás haciendo un buen trabajo aquí —dice, señalando la pantalla con la cabeza—. El equipo está jugando mejor que en años.

—Vamos progresando. Aún queda mucho camino por recorrer.

—¿Te está dando problemas el chaval ese, Pike?

No me sorprende que lo sepa. Dale lleva aquí el tiempo suficiente como para verlo todo. —Está aprendiendo. Tiene que madurar un poco, pero se esfuerza.

—Eso es todo lo que se puede pedir. —Dale bebe otro sorbo—. Sabes, llevo aquí quince años. He visto a muchos entrenadores ir y venir. La mayoría se centraban en las victorias y las derrotas, en las estadísticas, en quién podría ser fichado por equipos de categorías superiores. Tú eres diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Estás construyendo algo que perdura. —Señala mi bloc de notas —. Planes de desarrollo individuales. Eso requiere tiempo, dedicación. La mayoría de los entrenadores no se molestan; se limitan a hacer ejercicios y a esperar que todo salga bien.

Bajo la vista hacia mis notas. —Quiero que sean mejores jugadores. Pero, más que eso, quiero que sean mejores hombres.

—Ese es el enfoque correcto. Para este equipo, al menos. —Dale se recuesta en la silla y el metal cruje ligeramente—. Deja que te

hable de un chaval que jugó aquí hace unos veinte años. Se llamaba David. No sabía patinar un pimiento cuando empezó; era literalmente el peor de su equipo. Pero le encantaba este deporte, iba a todos los entrenamientos, pedía ayuda extra.

—¿Mejoró?

—Mejoró lo suficiente como para jugar los cuatro años de hockey en el instituto. Nunca llegó al primer equipo, nunca marcó más de un puñado de goles. ¿Pero sabes lo que hizo? —Los ojos de Dale se ven cálidos detrás de sus gafas—. Se hizo fisioterapeuta. Ahora trabaja con atletas, los ayuda a recuperarse de sus lesiones. Dice que el hockey le enseñó a ser persistente, a estar ahí incluso cuando no eres el mejor, a apoyar a tus compañeros.

—Es un buen resultado.

—Es el mejor resultado. —Dale deja el termo—. Verás, la mayoría de estos chicos no van a llegar a la NHL. Qué diablos, la mayoría ni siquiera jugará al hockey en la universidad. Pero van a ser padres, maridos, miembros de la comunidad. Algún día entrenarán a sus propios hijos, serán voluntarios en sus comunidades, construirán sus vidas aquí. Lo que les enseñas sobre el trabajo en equipo, el respeto, el apoyarse mutuamente…, eso importa más que cualquier hoja de estadísticas.

Sus palabras se asientan en mi pecho, pesadas y ciertas.

He estado enfocando mal mi trabajo como entrenador. Midiendo el éxito como lo hacía en la NHL: victorias, derrotas, progresión de los jugadores. Pero esto no va de eso.

—Me pasé toda mi carrera persiguiendo el siguiente nivel —digo en voz baja—. La NHL, los equipos All-Star, la Copa. Siempre mirando hacia adelante, a lo que venía después, a lo que era más grande.

—¿Y ahora?

—Ahora me estoy dando cuenta de que quizá el mayor impacto no consiste en llegar a la cima. Sino en ayudar a otros a construir unos cimientos.

Dale asiente lentamente. —Eso es de sabios. Yo mismo tardé años en entenderlo. —Vuelve a coger el termo—. ¿Sabes qué es curioso? He visto cambiar la cultura del hockey a lo largo de las décadas que

llevo aquí. Cuando empecé, ciertas cosas simplemente… se aceptaban. La forma en que hablaban los jugadores, las bromas que hacían, a quién se consideraba «lo bastante duro» para este deporte.

—¿Y ahora?

—Ahora veo a entrenadores como tú que se plantan y dicen que eso no es aceptable. Veo a jugadores que acallan la discriminación cuando la oyen. Pegatinas de «Espacio Seguro» en las puertas. —Sonríe levemente—. El progreso es lento en el hockey. Pero se está produciendo. Y tú eres parte de esa evolución.

Siento un nudo en la garganta. —Algunos días parece que no es suficiente.

—Nunca lo parece cuando eres tú el que lo está haciendo. Pero créeme, estás marcando la diferencia. No solo para los jugadores que te ven y aprenden a ser mejores, sino para los críos de las gradas que están mirando. Los que están descubriendo que son gais o diferentes de alguna manera, y te ven entrenar, ser respetado, pertenecer a un lugar. Les estás enseñando que ellos también pueden pertenecer.

Tengo que apartar la mirada, parpadeando con fuerza. Porque tiene razón, y oírlo en voz alta lo hace real de una forma que he estado evitando.

No volví a Northwood para ser un símbolo. Volví porque no tenía otro sitio a donde ir, porque necesitaba un trabajo, porque huía del fracaso.

Pero puede que esto ya no vaya de eso.

—Había un chaval en el entrenamiento de la semana pasada —continúa Dale—. De unos diez años, mirando desde las gradas mientras su hermano mayor entrenaba. Vi que te miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo algo importante. Después del entrenamiento, me preguntó si el entrenador Nolan había jugado de verdad en la NHL. Cuando le dije que sí, me preguntó si el entrenador Nolan era gay de verdad. También le dije que sí.

—¿Qué dijo él?

—Dijo: «Guay». —La sonrisa de Dale se ensancha—. Solo «guay». Como si fuera la cosa más natural del mundo. Esa es la nueva generación, entrenador. Críos que están creciendo viendo a gente como tú en puestos de autoridad y respeto. Así es como cambia la cultura, «guay» a «guay».

Me quedo pensando en eso un momento. En ese crío de las gradas. En los jugadores que aprenden a defenderse unos a otros. En la pegatina de «Espacio Seguro» en la puerta de la taberna.

Pequeños detalles. Un progreso gradual. Pero un progreso, al fin y al cabo.

—Solía pensar que el éxito significaba el logro individual —digo—. Ser el mejor, ganar más, llegar a la cima.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que quizá el éxito consiste en lo que construyes con los demás. Lo que dejas atrás que te sobrevive.

—Ahí está. —Dale se levanta despacio y le crujen las rodillas—. Esa es la diferencia entre un buen entrenador y uno magnífico. Los buenos entrenadores forman buenos jugadores. Los magníficos entrenadores forman buenas personas. —Coge su caja de herramientas—. Vas camino de ser uno magnífico, hijo.

—Gracias, Dale.

—No me las des. Sigue haciendo lo que haces. —Se detiene en la puerta—. Y quizá no te quedes hasta tan tarde todas las noches. Construir algo bueno es importante, pero también lo es descansar.

—Sí, señor.

Se va y me quedo solo de nuevo con la grabación y mis notas. Pero algo ha cambiado. La forma en que miro la pantalla, mis planes, todo este proyecto.

Saco una página en blanco y empiezo a reescribir. No solo ejercicios de patinaje y mejoras tácticas, sino preguntas para hacerle a cada jugador. ¿Qué quieren conseguir del hockey? ¿Qué les asusta? ¿En qué necesitan trabajar como personas, no solo como atletas?

Para Garrett: ¿Cómo podemos canalizar tu impulso competitivo hacia el éxito del equipo? ¿Qué hay debajo de esa fanfarronería, de

qué tienes miedo? ¿Cómo reconstruimos tu confianza sin alimentar tu ego?

Para Dom: ¿Cómo podemos desarrollar tu liderazgo natural para que te sientas cómodo asumiendo ese papel? ¿Qué apoyo necesitas? ¿Cómo formalizamos lo que ya estás haciendo?

La lista continúa. Quince jugadores, quince series de preguntas que van más allá del hockey.

Tardo otra hora, pero cuando termino, tengo unos planes de desarrollo que me parecen correctos. No solo sobre hockey, sino sobre crecimiento.

Recojo mis cosas y salgo. El pabellón está a oscuras, salvo por las luces de seguridad. Mis pasos resuenan en el pasillo vacío.

Fuera, el aire de noviembre es cortante y frío. El aparcamiento está vacío, excepto por mi camioneta y el viejo sedán de Dale. Puedo verlo a través de la ventana de la sala de material, todavía trabajando en las reparaciones que estuviera haciendo.

Dedicado. Constante. Presente década tras década, no por la gloria o el reconocimiento, sino porque cree en lo que el hockey puede enseñar a los jóvenes.

Eso es lo que quiero ser.

Me subo a la camioneta, pero no arranco el motor de inmediato. Me quedo ahí sentado, mirando el pabellón, pensando en las historias de Dale. En el chico que se convirtió en fisioterapeuta. En el niño de diez años de las gradas que dijo «guay». En la cultura que evoluciona lenta y gradualmente.

En encontrar un propósito en construir algo que vaya más allá del logro individual.

Y quizá, solo quizá, construir también algo personal. Alguien que me ve con claridad, que no hace cumplidos vacíos, que me miró después del partido con algo que podría haber sido respeto.

Y algo más que respeto.

Pero eso es un pensamiento para otro día. O quizá sea un pensamiento que ha estado rondando mi cabeza durante semanas, haciéndose más fuerte cada vez que veo a Callum, cada vez que nuestras miradas se encuentran y se sostienen un instante de más.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Dom.

Dom: Gracias por los comentarios del partido de esta noche. Estoy trabajando en los ajustes de posicionamiento que mencionaste.

Sonrío y le respondo: *Lo estás haciendo genial. Sigue así.*

Dejo el móvil y por fin arranco el motor. La calefacción se pone en marcha, llenando la cabina de aire caliente.

Mientras conduzco a casa por las tranquilas calles de Northwood, pienso en todos los jugadores que nunca enviaré a la NHL. Todas las victorias que no llegarán. Todas las formas en que este trabajo nunca estará a la altura de lo que solía tener.

Y me doy cuenta de que no me importa.

Porque esto —ayudar a jóvenes a convertirse en mejores personas, construir una cultura de respeto e inclusión, ser parte de algo que importa a una comunidad— vale más que cualquier anillo de campeón.

Para esto volví, aunque no lo supiera en ese momento.

De vuelta en mi apartamento, subo las escaleras metálicas y entro. El espacio sigue siendo austero, pero me doy cuenta de pequeños cambios. Una foto del equipo en la pared. Un libro que me prestó Dale sobre la filosofía del entrenamiento sobre la mesa de la cocina. La lista de reproducción que hizo uno de los jugadores guardada en mi música. El dibujo de Caspian de un palo de hockey pegado en la nevera, un regalo de agradecimiento después de la sesión extra de la semana pasada.

Estoy echando raíces. Construyendo una vida. Convirtiéndome en parte de algo más grande que yo.

Y, por primera vez en años, eso me parece suficiente.

Más que suficiente.

Siento que es exactamente donde se supone que debo estar.

Chapter Twelve

Callum

El centro cívico es un caos cuando llego con la primera tanda de comida.

Los voluntarios están montando las mesas, el comité deportivo está colgando pancartas de los Icemen y alguien está discutiendo con otra persona sobre dónde deberían ir los artículos de la subasta silenciosa. La cena anual de recaudación de fondos del equipo es el mayor evento de hockey de Northwood, aparte de los propios partidos: mitad evento social, mitad operación para recaudar dinero y mantener en funcionamiento el equipo de las ligas menores.

Y yo me encargo de la comida.

—¡Callum! ¡Por aquí! —me saluda Iris desde la puerta de la cocina, ya con un delantal puesto—. ¿Dónde quieres que pongamos todo?

—Primero voy a sacar el resto de la furgoneta. —Vuelvo a salir, donde Jamie está descargando bandejas—. Cuidado con esa…, que todavía está caliente.

—Entendido, jefe.

Damos tres viajes, acarreando bandejas de comida, equipos para mantener el calor y utensilios para servir. Para cuando está todo dentro, estoy sudando a pesar del frío de noviembre.

La cocina del centro cívico es apenas adecuada: un horno industrial, poco espacio en la encimera y una nevera que suena como si estuviera en las últimas. Pero he trabajado en sitios peores.

Empiezo a organizarlo todo, a preparar las estaciones y a indicar a Iris y a Jamie qué hay que calentar y cuándo.

—Esto huele de maravilla —dice Iris, mirando por debajo del papel de aluminio de una bandeja—. ¿Qué es?

—Pollo asado a las finas hierbas. Y no toques, que tenemos que mantenerlo todo a la temperatura adecuada.

—Sí, chef. —Sonríe y se aparta.

A través de la puerta de la cocina, veo cómo se va llenando el salón principal. Padres, jugadores, miembros de la comunidad, dueños de negocios locales. Todos los que tienen interés en que los Icemen sigan funcionando. Hay mesas largas dispuestas en filas y un pequeño escenario en la parte delantera donde Vera probablemente dará un discurso sobre el progreso del equipo.

Y, en algún lugar entre esa multitud, está Nolan.

Últimamente he conseguido mantener bastante bien las distancias. Fui a aquel partido hace dos semanas, he estado haciendo las entregas y recogidas para las sesiones extra de Caspian y he mantenido nuestras interacciones breves y profesionales.

Pero esta noche es imposible evitarlo. Estará aquí. En primera fila. Y yo estaré sirviendo la comida, lo que significa que la interacción es inevitable.

—¿Estás bien? —pregunta Jamie, apareciendo a mi lado—. Estás haciendo eso de reorganizar las mismas cosas varias veces.

—No estoy… —Me miro las manos. He estado ajustando la misma cesta de pan por tercera vez—. Solo quiero que todo esté perfecto.

—Lo estará. Siempre lo está. —Se detiene—. Por cierto, Nolan está aquí. Acabo de verle entrar.

Mis manos se quedan quietas sobre las pinzas de servir que sostengo.

—Vale.

—¿Seguro que te parece bien? Nosotros podemos encargarnos de servir si quieres quedarte en la cocina.

—Estoy bien. Es solo una cena. Un servicio de catering profesional.

—Ajá.

A las seis y media, Vera baja la intensidad de las luces del salón y da la bienvenida a todo el mundo. Oigo su voz a través de la puerta

de la cocina: habla de los progresos del equipo, da las gracias a los voluntarios, presenta a los patrocinadores. Luego presenta a Nolan, y el aplauso es cálido, genuino.

—No os entretendré mucho para que podáis cenar —la voz de Nolan llega con claridad—. Pero quería agradeceros a todos vuestro apoyo. Este equipo es más que los jugadores que están en el hielo: sois todos vosotros. Los padres y madres que lleváis a vuestros hijos a los entrenamientos, los voluntarios que mantenéis el estadio, los negocios locales que nos patrocináis, los aficionados que venís a vernos. Estamos construyendo algo especial aquí, y eso solo es posible con el apoyo de la comunidad. Así que gracias.

Más aplausos. Luego Vera anuncia que se sirve la cena y, de repente, la cocina se convierte en un torbellino de actividad.

Me encargo de la línea principal de servicio con Iris mientras Jamie se ocupa de las bebidas. La cola se forma rápidamente: familias con niños hambrientos, jugadores aún con las chaquetas del equipo, personas mayores que llevan décadas apoyando al hockey de Northwood.

Sirvo, sonrío, intercambio unas palabras. Es familiar, cómodo. Esto es lo que hago.

Entonces Nolan aparece en la fila.

Viste de manera informal, pero arreglado: vaqueros oscuros, una camisa de botones bajo un jersey, el pelo ligeramente húmedo como si se hubiera duchado hacía poco. Está hablando con una pareja de ancianos que tiene delante, escuchando atentamente algo que le dicen y asintiendo con aire pensativo.

Interés genuino. No está actuando para ellos, sino que de verdad le importa lo que tienen que decir.

Cuando le llega el turno, se acerca a mi puesto y nuestras miradas se encuentran.

—Callum. —Su voz es cálida—. Esto tiene una pinta increíble.

—Gracias. —Mantengo mi tono profesional, neutro—. ¿Qué le pongo?

—¿Qué recomienda?

Por supuesto que pregunta eso. No puede limitarse a señalar algo y seguir adelante. Tiene que interactuar.

—El pollo a las finas hierbas está teniendo mucho éxito. Las verduras asadas también están buenas.

—Pues me pondré de los dos. —Sostiene su plato y le sirvo, hiperconsciente de lo cerca que está. Lo bastante cerca para ver la incipiente barba en su mandíbula, las líneas de cansancio alrededor de sus ojos que de algún modo lo hacen más atractivo, la forma en que el jersey se ajusta a sus hombros.

Concéntrate en la comida. Limítate a servir la comida y a seguir adelante.

—Gracias —dice mientras le devuelvo el plato. Pero no avanza de inmediato por la fila. Su mano se mueve ligeramente sobre el plato y sus dedos rozan los míos, apenas, quizá por accidente.

El contacto dura un segundo. Mi cuerpo lo nota durante más tiempo.

Me aparto bruscamente, casi se me cae la cuchara de servir.

Sus ojos se aferran a los míos. Él también lo ha sentido.

—De verdad —dice en voz baja, lo suficientemente bajo como para que solo yo pueda oírle—. Gracias por esto. Por apoyar al equipo. Tu contribución… importa. Más de lo que probablemente te imaginas.

Las palabras aterrizan con un peso inesperado. No sé si se refiere a la comida o a algo completamente diferente. Su mirada se detiene en la mía un instante de más y mi pulso hace algo inoportuno.

—Solo hago mi trabajo —consigo decir.

—Es más que un trabajo. —Hace una pausa, como si quisiera decir algo más, pero luego parece pensárselo mejor—. Pero te dejaré seguir.

Sigue adelante, y me quedo allí de pie con una cuchara de servir en la mano y el corazón haciendo cosas que no debería.

Iris aparece a mi lado.

—Bueno, eso ha sido…

—No lo digas.

—No iba a decir nada.

—Claro que ibas a decir algo.

Sonríe y sirve a la siguiente persona de la fila mientras me obligo a concentrarme en la comida, no en la forma en que Nolan me ha

mirado. No en el revuelo que he sentido. No en la forma en que sus dedos han rozado los míos y todo mi cuerpo ha respondido. No en la manera en que sus palabras me han hecho sentir visto de una forma peligrosa.

La hora punta de la cena continúa. Sirvo, limpio, repongo. Pero soy consciente de dónde está Nolan en la sala. Lo observo sentarse con algunos de los jugadores y sus familias, conversando, riéndose de algo que dice uno de los niños. Está completamente a gusto, sin pretensiones, simplemente interesado de verdad en la gente que lo rodea.

Se mueve por la sala durante la cena, deteniéndose en diferentes mesas, hablando con los padres, dando las gracias a los voluntarios. Cada persona con la que habla recibe toda su atención, como si fuera la única en la sala.

No debería estar fijándome en esto. No debería estar prestando atención a cómo interactúa con la gente, a lo respetuoso que es, a lo genuino que parece.

Pero parece que no puedo evitarlo.

Para cuando la cola disminuye y Jamie se hace cargo de servir el postre, me retiro a la cocina para empezar a limpiar. Iris se une a mí y trabajamos en un silencio cómplice durante un rato.

Estoy fregando una bandeja de servir cuando oigo voces cerca de la puerta de la cocina. Un par de padres, rezagados en el pasillo.

—… de verdad le ha dado la vuelta al equipo.

—Mi hijo le hace caso, lo cual ya es mucho decir.

—Al principio estaba preocupada, ya sabes, por ser gay y todo eso, pero ha sido totalmente profesional.

—Más que profesional. Jake llegó ayer a casa diciendo que el entrenador le paró los pies a un chaval que hizo una broma. Dijo que le hizo pensar en las cosas que dice él, ¿sabes?

—Bien. Los niños tienen que aprender eso desde pequeños.

Froto la bandeja con más fuerza, intentando no escuchar pero sin poder evitarlo.

Las voces se apagan a medida que regresan al salón principal. Me quedo allí de pie, con las manos en el agua jabonosa, procesando lo que acabo de oír.

La comunidad lo está aceptando. No a pesar de ser gay, sino como una persona completa que resulta que es gay. Están elogiando su forma de entrenar, su carácter, su impacto.

Se está ganando su respeto. Demostrando su valía con hechos, no con palabras.

—¿Estás bien? —pregunta Iris, secando platos a mi lado.

—Sí, bien.

—Llevas cinco minutos fregando esa bandeja.

Miro hacia abajo. La bandeja está impecable. La enjuago y la dejo a un lado.

—Está haciendo un buen trabajo aquí —dice Iris en voz baja—. Puedes admitirlo sin que signifique nada.

—Sé que está haciendo un buen trabajo.

—Y puedes admitir que te atrae sin que sea una traición a tu instinto de autoprotección.

No respondo. No puedo. Porque tiene razón y decirlo en voz alta lo hace real.

—¿Has sentido ese momento en la línea de servicio? —No me mira, solo seca un cuenco con indiferencia—. Porque yo estaba justo ahí, y definitivamente ha habido un momento.

—No ha habido ningún momento.

—Cal. Te he visto servir a cientos de personas. Nunca se te había caído una cuchara.

—Ha sido sin querer.

—¿En serio? —Deja el cuenco y me mira directamente—. Porque desde donde yo estaba, ha parecido bastante deliberado. Y tú has parecido bastante afectado.

—No estoy… —Me callo, porque mentir a Iris nunca ha funcionado —. No importa lo que yo haya sentido. O lo que él haya pretendido. No voy a meterme en esto.

—¿Por qué no?

—Porque tengo un hijo al que proteger. Porque he construido una vida que funciona. Porque involucrarme con alguien significa un riesgo, y no corro riesgos con la estabilidad de Caspian.

—Caspian lo adora.

—Que es exactamente la razón por la que necesito tener cuidado. —Froto otra bandeja con más fuerza de la necesaria—. Si esto sale mal —si Nolan se va o si lo intentamos y no funciona—, Caspian también pierde. No solo yo.

Iris se queda en silencio un momento.

—¿Y si no sale mal?

—¿Y si sale mal?

Terminamos de limpiar en silencio. Los sonidos de la cena llegan hasta nosotros: risas, conversaciones, el arrastrar de las sillas. Para cuando terminamos, el evento está llegando a su fin. Las familias se van y los voluntarios están empezando a desmontar las mesas.

Cargo el equipo limpio de vuelta en mi furgoneta con la ayuda de Jamie. Iris ya se ha ido; tiene una clase de arte temprano mañana. El aparcamiento se está vaciando, los coches salen en un flujo constante.

Estoy asegurando la última bandeja cuando Jamie dice:

—Ha ido muy bien. A todo el mundo le ha encantado la comida.

—Bien.

—Y a todo el mundo le ha encantado hablar de lo genial que es el entrenador Nolan. —Me lanza una mirada cómplice—. Incluido a ti, aunque no lo admitas.

—Solo estoy observando que está haciendo un buen trabajo.

—Claro. Observando. Eso es definitivamente lo que estabas haciendo cuando su mano ha rozado la tuya y casi se te cae todo.

Cierro la puerta trasera de la furgoneta con más fuerza de la necesaria.

—Tengo que recoger a Caspian de casa de Iris.

Jamie levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Nos vemos mañana.

Se dirige a su coche y yo me subo a mi furgoneta. El motor está frío, y me quedo sentado un momento esperando a que se caliente, mi aliento empañando el cristal de la cabina.

Ese momento en la línea de servicio. La forma en que Nolan me ha mirado. La forma en que sus dedos han rozado los míos —accidental o deliberadamente, todavía no lo sé—. La forma en que mi pulso se ha acelerado en respuesta.

Estoy frustrado conmigo mismo. A pesar de mi determinación de mantener mis barreras levantadas, se están agrietando con cada interacción.

Me he fijado en cómo le quedaba el jersey en los hombros. He sentido algo cuando me ha dado las gracias. No puedo dejar de pensar en la forma en que ha dicho: «importa más de lo que probablemente te imaginas».

Como si yo importara. Como si mi contribución le importara a él específicamente, no solo al equipo.

Pongo la furgoneta en marcha y conduzco hasta casa de Iris para recoger a Caspian. Me recibe en la puerta con él ya puesto el abrigo.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta.

—Bien.

Me estudia la cara.

—Pareces alterado.

—Estoy cansado.

—Mmm.

No le doy la oportunidad de indagar más.

—Gracias por cuidarlo.

—Cuando quieras. —Me aprieta el hombro—. Y, Cal, ese hombre está interesado. Realmente interesado. Lo que hagas con esa información es cosa tuya, pero no finjas que no lo ves.

En la furgoneta, Caspian parlotea sobre la película que ha visto con Iris, sobre las palomitas que han hecho, sobre las ganas que tiene de que llegue el lunes para que publiquen los equipos. Cosas normales de un niño de ocho años que me devuelven a la realidad.

En casa, sigo la rutina de la hora de dormir. Baño, dientes, cuento, arroparlo. Cuando por fin bajo, me hundo en el sofá y suelto un largo suspiro.

Estoy en problemas. Eso es lo que me ha demostrado esta noche. Porque a pesar de todo lo que me he estado diciendo sobre mantener la distancia y proteger mi corazón, Nolan Hendricks todavía me afecta.

Sigo fijándome en él. Sigo sintiendo esa atracción. Sigo alterándome por un roce de dedos y un contacto visual prolongado en una línea de servicio.

Y la peor parte es que se ha ganado el respeto de la comunidad. Está demostrando ser exactamente lo que Caspian necesita: un modelo a seguir positivo, un entrenador paciente, alguien que está haciendo que el hockey sea más inclusivo.

Se está convirtiendo en alguien a quien no puedo descartar como el chico que se fue. Se está convirtiendo en alguien a quien tengo que reconocer como el hombre que ha vuelto y está haciendo un buen trabajo.

Se está convirtiendo en alguien por quien podría valer la pena correr el riesgo.

Y eso me aterroriza.

Pero no estoy preparado.

Todavía no.

Chapter Thirteen

Nolan

Jueves por la tarde. La tercera sesión extra de Caspian conmigo.

Estoy recogiendo los conos después de que los otros niños se hayan ido cuando oigo el raspar de unos patines detrás de mí.

—¿Entrenador Nolan?

Me doy la vuelta. Caspian patina hacia mí, con el casco todavía puesto y el palo en la mano. La pista está vacía salvo por nosotros; el estadio, silencioso de esa forma apacible que adquiere cuando acaba el entrenamiento.

—Hola, Caspian. ¿Qué pasa?

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Se detiene frente a mí, cambiando el peso de un patín a otro—. ¿Sobre la técnica de patinaje?

—Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

—Lo del paso cruzado. Lo hago, pero no lo noto fluido como cuando lo haces tú. O sea, sé que lo estoy haciendo bien, pero me sale entrecortado.

Sonrío. Este niño. Ocho años y ya está analizando su propia técnica, tratando de entender no solo el qué, sino el porqué.

—¿Quieres que te enseñe?

Se le ilumina la cara. —¿De verdad?

—Sí. Tenemos la pista para nosotros otros veinte minutos. Vamos a practicarlo.

Cojo mi palo y patino con él hasta el centro de la pista. —Vale, enséñame lo que haces.

Me lo demuestra, su pequeño cuerpo moviéndose para hacer el paso cruzado. Tiene razón: técnicamente es correcto, pero le falta la fluidez que se consigue con la práctica y la confianza.

—En realidad, está muy bien —le digo—. La mecánica la tienes. Ahora se trata de confiar en el movimiento, de dejar que tu cuerpo fluya a través de él en lugar de pensar en cada paso.

—¿Y cómo hago eso?

—Haciéndolo despacio primero, sintiendo de verdad cada parte. Luego, acelerando gradualmente hasta que se vuelva natural. —Se lo demuestro, exagerando cada movimiento para que pueda ver la transferencia de peso, el trabajo con los cantos, la forma en que un patín se cruza sobre el otro—. ¿Ves que no me resisto? Simplemente dejo que mi cuerpo haga lo que sabe hacer.

—¿Puedes hacerlo otra vez? ¿Más despacio?

Lo repito tres veces más, señalando diferentes aspectos en cada una. Caspian observa con una concentración intensa, con el ceño fruncido.

—Vale, ahora inténtalo tú. Muy despacio. No te preocupes por la velocidad, solo siéntelo.

Se impulsa, realizando el paso cruzado a cámara lenta. Sigue siendo un poco rígido, pero veo que lo está procesando, que está sintiendo el movimiento.

—¡Mejor! Ahora otra vez, un poquito más rápido.

Pasamos los siguientes quince minutos trabajando solo en esta técnica. Con cada repetición, lo hace un poco más fluido, con un poco más de confianza. Y lo que me sorprende es la paciencia que tiene consigo mismo. No se frustra cuando no es perfecto; simplemente sigue intentándolo, sigue aprendiendo.

—¡Así es! —le grito después de una ejecución particularmente fluida—. ¿Lo has notado?

Vuelve patinando en círculo, sonriendo de oreja a oreja. —¡Sí! ¡Eso ha sido diferente!

—Eso es lo que buscamos. Ese es el punto justo en el que la técnica se convierte en instinto.

Lo intenta de nuevo y esta vez es aún mejor. Natural, fluido, exactamente como debe ser un paso cruzado.

—¡Entrenador Nolan, eres el mejor profesor del mundo! —Da una vuelta de la victoria patinando, con los brazos en alto.

Me río, un sonido que no me había oído hacer en mucho tiempo.

Cuando vuelve, sigue sonriendo. —¿Podemos practicar otra cosa?

—¿Qué quieres practicar?

—Protección del disco. Como enseñaste en el entrenamiento, pero quiero entenderlo mejor.

Así que trabajamos en la protección del disco. Luego en la técnica de pase. Luego en el posicionamiento. Cada vez, Caspian hace preguntas que demuestran una verdadera inteligencia para el hockey; no solo qué hacer, sino por qué, cuándo, cómo encaja en el juego en general.

Este niño tiene instinto. Una intuición natural para el deporte que no se puede enseñar, solo desarrollar.

—¿Sabes lo que me encanta del hockey? —pregunta Caspian durante una pausa para beber agua, sentado en el hielo a mi lado.

—¿El qué?

—Es como que… puedes ser pequeño como yo y aun así ser bueno. No se trata solo de ser grande y fuerte. Se trata de ser listo y esforzarse.

—Exactamente. Algunos de los mejores jugadores de la historia de la NHL no eran los más grandes. Eran los más listos, los que más se esforzaban.

—¿Tú tuviste que esforzarte mucho? ¿O simplemente eras bueno por naturaleza?

—Ambas cosas, supongo. Tenía talento natural, pero también practicaba constantemente. Todos los días, durante horas. Mi padre solía decir que pasaba más tiempo con patines que con zapatos normales.

—¿Tu padre está orgulloso de ti? ¿Por jugar en la NHL?

Me quedo en silencio un momento. Mi relación con mi padre siempre ha sido complicada: apoyó mi carrera en el hockey, pero le costó aceptarlo cuando salí del armario. Ahora hablamos quizá dos

veces al año, conversaciones que se mantienen cuidadosamente en la superficie.

—Creo que sí. No hablamos mucho.

—Ah. —Caspian se queda callado un instante—. Mi madre no me habla nada. Se fue cuando yo era un bebé.

El pecho se me oprime con una furia protectora, no solo hacia la madre ausente, sino ante la idea de que alguien haga que este niño se sienta no deseado. Y debajo de eso, una feroz admiración por Callum, por criar a este increíble niño él solo.

—Lo siento, chaval.

—No pasa nada. En realidad no me acuerdo de ella. —Bebe un sorbo de agua—. Mi padre dice que no estaba preparada para ser madre y que no pasa nada, que cada uno elige su propia vida. Y yo tengo a mi padre, y es el mejor. Lo hace todo.

La forma tan natural con la que lo dice, sin autocompasión, sin ira, solo aceptación, hace que algo en mi pecho se resquebraje.

—Tu padre es increíble —digo en voz baja.

—Sí. Trabaja muy duro. Se levanta supertemprano para la panadería, luego me recoge del colegio, me ayuda con los deberes, hace la cena y luego las cosas de antes de dormir. Y siempre tiene tiempo para ayudarme a practicar hockey, aunque no sabe mucho de hockey. —Caspian me mira con seriedad—. Por eso me alegro de que me enseñes tú. Porque mi padre lo intenta, pero no puede enseñarme las cosas que tú sí. Por ejemplo, no sabe de estrategia de hockey ni cómo hacer un *slapshot* en condiciones ni cosas de tíos como esas.

Las palabras caen con peso. *Cosas de tíos*. El vacío tácito en la vida de Caspian: no tener una figura paterna que pueda enseñarle esas cosas.

—Tu padre está haciendo un trabajo increíble —le digo—. Eres un niño genial, Caspian. Listo, trabajador, amable. Eso no ocurre por accidente. Eso es porque alguien te quiere lo suficiente como para enseñarte a ser todas esas cosas.

—Mi padre me quiere mucho. —Lo dice con total certeza—. Incluso cuando meto la pata o hago que se canse, siempre me quiere.

—Eso es lo que hacen los buenos padres.

—¿Quieres tener hijos algún día?

La pregunta me pilla por sorpresa. Nunca lo he pensado de verdad; mi vida ha sido el hockey, siempre el hockey, sin espacio para imaginar una familia.

Pero sentado aquí en el hielo con este niño que se ha abierto paso hasta mi corazón, me encuentro pensándolo de otra manera. Pensando en cómo sería formar parte de la vida de Caspian de forma permanente. Estar ahí para los eventos del colegio, los partidos de hockey y la ayuda con los deberes. Ser una de las constantes en su mundo.

—Yo… no lo sé —digo con sinceridad—. Nunca lo había pensado antes.

—Deberías. Serías un padre muy bueno. Eres paciente, explicas bien las cosas y haces que la gente sienta que puede hacer cosas incluso cuando cree que no puede. —Se levanta, sacudiéndose el hielo de los pantalones—. ¿Podemos hacer un ejercicio más antes de irnos?

—Claro. Vamos a trabajar la puntería.

Pasamos otros diez minutos haciendo ejercicios de tiro. El tiro de Caspian está mejorando, su puntería es mayor con cada intento. Y me doy cuenta de que he perdido por completo la noción del tiempo, absorto en la pura alegría de enseñar a alguien que de verdad ama aprender.

Para esto he vuelto. No para victorias y derrotas, ni para estadísticas o ascensos, sino para esto: ayudar a un niño a descubrir de lo que es capaz, ver cómo su confianza crece con cada intento exitoso, ser parte del crecimiento de alguien.

Cuando por fin salimos de la pista, Callum está de pie junto a la valla.

Todo en mí se paraliza.

Lleva su ropa de trabajo: vaqueros y una camiseta henley manchada de harina que se le pega al cuerpo de una forma que le provoca un cortocircuito a mi cerebro. Su pelo rojizo está ligeramente alborotado, como si hubiera estado pasándose las

manos por él, y tiene líneas de cansancio alrededor de los ojos que, de alguna manera, lo hacen más atractivo, no menos.

Me obligo a centrarme en su cara, no en cómo la tela se tensa sobre sus hombros o en la fuerza de sus antebrazos espolvoreados de harina.

Su expresión es cuidadosamente neutra. Pero sus ojos encuentran los míos y los sostienen, y hay algo en ellos que no puedo descifrar del todo.

—Siento que nos hayamos alargado —digo—. He perdido la noción del tiempo.

—Ya veo. —Mira a Caspian—. Se suponía que debíais haber terminado hace veinte minutos.

—¡Pero, papá, el entrenador Nolan me estaba enseñando un montón de cosas chulas! He hecho pasos cruzados, protección del disco, tiros y….

—Respira —dice Callum, pero su voz es cálida—. Ve a cambiarte. Tenemos que ir a casa a cenar.

Caspian corre hacia el vestuario, y entonces solo quedamos Callum y yo, separados por la valla. Lo suficientemente cerca como para poder estirar la mano y tocarlo si quisiera. Si fuera lo bastante valiente. Si todo esto fuera diferente.

El apodo se me escapa antes de que pueda evitarlo. —Gracias por el tiempo extra. Sé que no tenías por qué hacerlo, Cal.

Algo parpadea en su expresión —sorpresa, quizá algo más— por usar su antiguo apodo. Algo que parece casi anhelo antes de que lo reprima.

—Es un niño genial —continúo, incapaz de dejar de querer salvar esta distancia entre nosotros—. Es listo, trabajador, le encanta el juego. En esos jugadores es en los que quieres invertir.

—Habla de ti constantemente. Estas sesiones son lo único en lo que piensa.

—Tiene un instinto real. Una inteligencia natural para el hockey que no se puede enseñar.

—Por lo visto, eso lo saca de ti. No para de hablar de lo que el entrenador Nolan le ha enseñado, de lo que ha dicho el entrenador Nolan, de cómo explica las cosas el entrenador Nolan.

Hay algo en su voz, no exactamente una acusación, pero sí recelo. Como si estuviera viendo a su hijo encariñarse con alguien y no supiera si es seguro.

—No me voy a ninguna parte —digo, entendiendo lo que de verdad está preguntando—. Sé que me fui antes, pero no me voy ahora. Ni del equipo, ni de Caspian, ni de… —Me detengo antes de decir demasiado. Antes de decirle que tampoco lo voy a dejar a él, que volví y encontré todo lo que no sabía que estaba buscando.

—¿Ni de qué?

Ni de ti. Ni de Northwood. Ni de esta segunda oportunidad de construir algo real. Ni de la posibilidad de formar parte de tu vida, de tu familia, del mundo que has construido.

Pero no puedo decir eso. Ni aquí, ni ahora, no cuando todavía estamos averiguando qué es esto. Cuando él todavía está decidiendo si puede confiar en mí.

—Ni de esta vida que estoy construyendo —termino.

Me estudia durante un largo momento, como si intentara determinar si estoy diciendo la verdad. Si puede confiar en mí. Y quiero alargar la mano por encima de la valla y tocarlo, solo para demostrarle que lo digo en serio, pero en lugar de eso mantengo las manos en mi palo.

—Caspian ha mencionado a su madre —digo, cambiando de tema antes de hacer alguna estupidez—. Ha hablado de ello de una forma tan natural. Como si no fuera más que un hecho de su vida, nada por lo que disgustarse.

—He intentado planteárselo así. Que cada uno elige su propio camino, y su madre eligió el suyo. Que no tuvo que ver con él, sino con que ella no estaba preparada. —La voz de Callum es cuidadosa, controlada—. No quiero que se sienta abandonado o no deseado. Es el niño más deseado del mundo.

La feroz protección en su voz hace que quiera ser parte de esa protección, parte de asegurarme de que Caspian siempre sepa que es deseado, valorado y querido.

—Has hecho un trabajo increíble con él. Es feliz, seguro de sí mismo. Todo eso es gracias a ti.

—Es agotador —admite en voz baja, y la vulnerabilidad de esas palabras me golpea con fuerza—. Serlo todo para él. Proveedor, cuidador, entrenador, profesor, amigo. Intentar ser suficiente cuando sé que hay cosas que no puedo darle.

—¿Como qué?

—Como un padre que de verdad sepa de hockey. Como modelos masculinos a seguir que puedan enseñarle cosas de tíos que yo no conozco. Como… —Se detiene, niega con la cabeza—. No importa.

—Sí que importa. Y, por si sirve de algo, lo estás haciendo de maravilla. Caspian es la prueba de ello.

—Gracias. —Cambia de peso—. Debería ir a buscarlo antes de que te dé la chapa con cada uno de los ejercicios que habéis hecho hoy.

Se da la vuelta para irse, y me oigo decir:

—¿Cal?

Se detiene, mira hacia atrás.

—Lo decía en serio. No me voy a ninguna parte. Puedes confiarme a tu hijo. —«A los dos», no digo. «A tu hijo, a ti y a esta cosa frágil que está naciendo entre nosotros».

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas con más significado que el de un simple entrenamiento de hockey.

—Lo estoy intentando —dice Callum en voz baja. Luego se va, en dirección al vestuario.

Me quedo allí, junto a la valla, viéndolo alejarse —la postura de sus hombros, su forma de moverse, todo en él— y me doy cuenta de algo que me aterroriza y me emociona a partes iguales.

Me estoy enamorando de ellos. De los dos. Del niño con el instinto natural para el hockey y la pura alegría de aprender. Y de su padre, con esa protección feroz y la determinación agotada de ser todo lo que su hijo necesita.

Me estoy enamorando de la vida que han construido, de la familia que son, de la posibilidad de formar parte de algo real, duradero y bueno.

Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto, salvo seguir apareciendo. Seguir demostrando que merezco el riesgo.

Porque Caspian y Callum Brennan lo valen.

Y esta vez, no voy a salir huyendo.

Chapter Fourteen

Callum

Es viernes por la tarde y estoy sacando la última hornada de pan de masa madre del horno cuando Caspian irrumpe por la puerta trasera de la panadería, con la cara sonrojada y los ojos brillantes.

—¡Papá! ¡Papá, tenías que haberlo visto! ¡He hecho lo del cruce! ¡O sea, que lo he hecho bien de verdad!

Dejo la bandeja caliente y me vuelvo hacia él, incapaz de reprimir una sonrisa. —¿Ah, sí?

—¡Sí! El entrenador Nolan ha dicho que he mejorado mucho desde la evaluación. Ha dicho que controlo mucho mejor los filos y que mi posicionamiento está mejorando un montón y… —Hace una pausa para respirar—. ¿Me puedo comer una galleta?

—Una. Aún tienes que cenar de verdad.

Coge una galleta de azúcar de la vitrina y sigue hablando entre bocado y bocado. —Y me ha enseñado una cosa para proteger el disco con el cuerpo, y lo he intentado como cincuenta veces, y al final me salía bastante bien. Ha dicho que aprendo rápido.

El orgullo en su voz hace que algo se me quiebre en el pecho. —Eso es genial, campeón. Estoy orgulloso de ti.

—Es un profesor buenísimo, papá. No se limita a enseñarte lo que tienes que hacer, sino que te explica por qué lo haces. Y cuando me he equivocado, no se ha enfadado, simplemente me ha enseñado una forma distinta de verlo. —Caspian balancea las piernas, sentado

en el mostrador a pesar de que sabe que no debe—. Y ha preguntado por ti.

Mis manos se quedan quietas en la rejilla de enfriamiento. —¿Qué?

—Ha preguntado que qué tal estabas. Si la panadería tenía mucho trabajo. Cosas así. —Caspian sonríe—. Creo que le gustas.

—Solo está siendo amable.

—No, es que pregunta siempre. Por ti y por la panadería y si… ¿cómo lo ha dicho?, si te las estás apañando bien con todo. —Caspian ladea la cabeza—. ¿Te las estás apañando bien con todo?

La pregunta me pilla por sorpresa. —Claro que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—No sé. Pareces muy cansado a menudo. Y a veces se te pone una cara como si estuvieras preocupado por algo.

Ocho años y ya es demasiado perspicaz. Le revuelvo el pelo. —Estoy bien. Solo son las cosas de siempre: llevar un negocio, asegurarme de que no cenas galletas, cosas normales de padres.

—Vale. —No parece del todo convencido, pero deja pasar el tema —. Pero, ¿papá? ¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre.

Se queda callado un momento, armándose de valor. —¿Crees que… a lo mejor algún día… podría venir a cenar el entrenador Nolan?

Mi mano se detiene en la cuchara que estoy sujetando. —¿Qué?

—Pues, el padre de Tommy a veces invita a su amigo, el señor Rodríguez. Y la madre de Sarah invita a su amiga del trabajo a cenar. Y he pensado… —Se interrumpe y luego lo intenta de nuevo —. He pensado que a lo mejor podría venir el entrenador Nolan. Como tu amigo. Del instituto.

El corazón me da un vuelco complicado. —¿Por qué quieres que el entrenador Nolan venga a cenar?

—Porque es majo. Y es tu amigo. Y… —La voz de Caspian se vuelve aún más queda—. Y molaría que estuviera aquí. Como a otros niños les visitan los amigos de sus padres. Y podría enseñarme más cosas, y podríamos cenar todos juntos como… como una familia o algo así.

El anhelo que subyace en la petición. No solo por Nolan en concreto, sino por lo que Nolan representa: un hombre en nuestra casa, una figura paterna, el tipo de estructura familiar que tienen otros niños.

Dejo la cuchara y me agacho junto a su silla, mirándolo a los ojos. —Caspian, sabes que nuestra familia es diferente a otras, ¿verdad?

—Lo sé. Tengo un padre en vez de dos. O una madre y un padre. Lo sé.

—¿Y sabes que no pasa nada? ¿Que nuestra familia está completa tal y como es?

—Sí. —Juguetea con un lápiz—. Pero estaría bien tener a alguien más a veces. Alguien que pudiera enseñarme cosas de chicos que tú no sabes. Como el hockey. Y a arreglar cosas. Y Tommy dice que su padre le enseñó a hacerse el nudo de la corbata para el día de la foto, pero yo no tengo a nadie que me enseñe esas cosas.

Sus palabras duelen porque son verdad. Hay cosas que no puedo enseñarle, cosas que no sé, vacíos en su vida de los que soy consciente cada día. Lo he intentado: lo he apuntado a deportes, me he asegurado de que tenga modelos masculinos a través de profesores, entrenadores y padres de amigos. Pero no es lo mismo que tener a alguien presente de forma constante.

—El entrenador Nolan está haciendo un trabajo estupendo enseñándote hockey —digo con cuidado—. Y estoy agradecido por ello. Pero que venga a cenar… es diferente. Es más personal.

—¿Por qué no podemos ser personales con él? Es majo. Y erais amigos antes. Podríais volver a serlo. —Su voz es tan sincera, tan llena de esperanza—. Por favor, ¿papá? ¿Solo una vez?

Miro la cara de mi hijo —tan abierta, tan esperanzada— y siento el peso de la decisión sobre mí.

Porque yo también lo quiero. Una parte traicionera de mí quiere ver a Nolan sentado a la mesa de nuestra cocina, riéndose con las historias de Caspian, ayudando con los platos, formando parte de nuestra rutina nocturna. Quiere saber qué se sentiría al tenerlo aquí, en nuestro espacio, compartiendo nuestra vida.

Pero querer algo no hace que sea seguro. No hace que sea inteligente. No nos protege del inevitable dolor cuando —si— se

vaya otra vez.

Y, sin embargo.

Caspian me está mirando con esos ojos verdes —mis ojos— llenos de esperanza y anhelo y del muy razonable deseo de tener modelos masculinos en su vida. Y Nolan ha estado ahí. Ha sido constante. Ha sido exactamente lo que Caspian necesita.

Quizá estoy siendo injusto al negarles esto a los dos. Quizá mi miedo nos está protegiendo de algo que en realidad podría ser bueno.

—Vale —me oigo decir antes de poder disuadirme—. Podemos invitarlo a cenar. Una vez. Algo informal, solo pasta y pan de ajo. Nada especial.

La cara de Caspian se transforma, iluminándose de pura alegría. —¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

¿Lo digo en serio? Pero estoy asintiendo, comprometiéndome antes de que mi miedo pueda anular mi decisión. —Sí. Lo digo en serio. Pero, Caspian…, esto no significa que nada vaya a cambiar, ¿vale? El entrenador Nolan es tu entrenador y es… es alguien a quien conocí. Eso es todo.

Incluso mientras lo digo, sé que no es verdad. Nolan es más que eso. Siempre ha sido más que eso. E invitarlo a nuestra casa es reconocerlo, esté yo preparado para ello o no.

—¡Gracias, papá! ¡Gracias, gracias, gracias! —Caspian me rodea con sus brazos—. ¿Podemos invitarlo la semana que viene? ¿Quizá el viernes?

—Deja que hable con él primero. Para asegurarme de que puede.

—Dirá que sí. Sé que lo hará.

La certeza en su voz hace que me dé un vuelco el estómago. Porque probablemente tiene razón. Y entonces tendré que averiguar cómo tener a Nolan Hendricks en mi casa, en mi mesa, como parte de nuestra rutina nocturna, sin perder por completo mi compostura, tan cuidadosamente mantenida.

Jamie aparece desde la parte de delante. —¿Todo bien por aquí?

—¡El entrenador Nolan va a venir a cenar! —anuncia Caspian.

Las cejas de Jamie se alzan. —¿Ah, sí?

—Al parecer —digo, intentando sonar despreocupado sobre la decisión que acabo de tomar y que se siente monumentalmente significativa.

—Interesante. —Jamie sonríe maliciosamente—. Muy interesante.

—No empieces.

—No estoy empezando nada. Solo observo que es un gran paso.

Es un gran paso. Quizá demasiado grande. Pero ya me he comprometido, y no puedo echarme atrás sin aplastar la felicidad de Caspian.

—Tengo que terminar de cerrar —digo, poniéndome de pie—. Caspian, ve a coger tu mochila. Nos vamos en diez minutos.

Después de que Caspian se va corriendo y Jamie vuelve a la parte delantera, me apoyo en el mostrador y suelto un largo suspiro.

¿A qué acabo de acceder?

Pero sé a qué he accedido. He accedido a dejar que Nolan entre más en nuestras vidas. He accedido a arriesgar mi corazón un poco más. He accedido a reconocer que quizá —solo quizá— es alguien por quien merece la pena arriesgarse.

Y eso me aterra más que nada.

Cerramos la panadería y nos vamos a casa. La rutina de la tarde se desarrolla como siempre: cena, deberes, platos. Pero bajo el ritmo familiar está la certeza de que pronto, muy pronto, Nolan estará aquí. En nuestro espacio. Formando parte de nuestro mundo de una manera que se siente a la vez aterradora e inevitable.

Después de que Caspian esté en la cama, me encuentro de pie en la cocina, mirando nuestra pequeña mesa de comedor e imaginando a Nolan sentado allí. Viéndolo en nuestro espacio. Como parte de nuestra tarde.

Tengo el móvil en la mano antes de decidirme del todo a hacerlo.

Busco el número de Nolan, guardado hace semanas para coordinar las recogidas, pero nunca utilizado para nada personal.

Mi pulgar se cierne sobre el icono de mensaje.

Esto es estúpido. Debería preguntárselo en persona. O que se lo pregunte Caspian en el entrenamiento. No mandarle un mensaje a las diez de la noche como un adolescente enamorado.

Pero estoy escribiendo antes de poder disuadirme:

Yo: Caspian ha preguntado si te gustaría venir a cenar alguna vez. Nada especial, algo informal. ¿El viernes que viene, si estás libre?

Le doy a enviar antes de poder borrarlo. Luego me quedo mirando la pantalla, con el corazón desbocado, preguntándome qué demonios estoy haciendo.

Aparecen tres puntos casi de inmediato. Está despierto. Y respondiendo.

Nolan: Me encantaría. Gracias por invitarme.

Yo: Es solo pasta. No esperes nada especial.

Nolan: Pasar tiempo con Caspian y contigo es especial.

Las palabras me cortan la respiración. Hacen que mi pecho se sienta oprimido y cálido y aterrorizado, todo a la vez.

Yo: ¿A las 18:30? Caspian tiene que estar en la cama a las 20:30 los días de diario.

Nolan: Perfecto. ¿Llevo algo?

Yo: Solo tienes que venir tú.

Nolan: Nos vemos el viernes, Cal.

Ahí está otra vez. Cal. El apodo que usó ayer en la pista, el que me hace sentir que tengo dieciocho años de nuevo, antes de que todo se complicara.

Dejo el móvil y apoyo las palmas de las manos en el mostrador.

Acabo de invitar a Nolan Hendricks a cenar. A nuestra casa. A formar parte de nuestra rutina, aunque solo sea por una noche.

Y ha dicho que sí.

Y no sé si esto es lo más valiente que he hecho en mi vida o lo más estúpido.

Pero está hecho. Y en una semana, Nolan estará aquí.

Y quizá —solo quizá— estoy preparado para averiguar lo que eso significa.

Chapter Fifteen

Nolan

Sábado noche. Noche de partido.

Suena la bocina y el estadio estalla en vítores.

Marcador final: Icemen 4, Equipo Visitante 2.

Nuestra primera victoria bajo mi dirección. No solo una victoria, sino una victoria de equipo, construida a base de pases, de apoyarse unos a otros, de que todos contribuyeran. Ningún héroe solitario, ninguna gloria individual. Solo quince jugadores trabajando juntos para lograr algo que no podrían haber conseguido solos.

En el vestuario, la energía es eléctrica. Los jugadores están celebrando, chocando los cinco, con ese tipo de alegría genuina que proviene de haber ganado algo con trabajo duro.

—¡Entrenador! —aparece Dom a mi lado, con una enorme sonrisa en la cara—. ¡Lo hemos conseguido!

—Lo habéis conseguido vosotros —corrijo—. Habéis ejecutado el sistema. Habéis confiado los unos en los otros.

—Porque tú nos has enseñado cómo hacerlo. —Henrik lo atrae en un abrazo y lo levanta del suelo a pesar de las protestas de Dom.

Los observo celebrar y una calidez se extiende por mi pecho. Así es como debería sentirse ser entrenador. No la presión de crear promesas de la NHL ni el estrés de la mentalidad de ganar a toda costa, sino la pura satisfacción de ver a unos jóvenes lograr algo juntos.

Garrett Pike aparece frente a mí. Tiene el pelo húmedo de sudor, la cara sonrojada por el esfuerzo.

—¿Entrenador? ¿Puedo decir algo?

El vestuario empieza a callarse, los jugadores intuyen que algo importante está a punto de suceder.

—Claro, Pike. Adelante.

Toma aire.

—Quería disculparme. Otra vez. Por lo que dije antes. Sobre el comentario del cursillo de sensibilidad. —Su voz es firme, seria—. He estado pensando mucho en por qué dije eso. En el tipo de jugador —el tipo de persona— que quiero ser. Y ese no es.

El vestuario está ahora en completo silencio.

—Esta noche, cuando tuve esa escapada en el segundo tiempo, podría haber tirado. Podría haber intentado ser el héroe. —Mira a sus compañeros de equipo—. Pero Dom estaba en mejor posición. Así que le pasé la pastilla. Y marcó. Y sentí algo mejor que con cualquier gol que haya marcado yo mismo.

Varios jugadores asienten. Henrik da una palmada, un sonido seco en la silenciosa habitación.

—Eso es lo que nos has estado enseñando, entrenador. Que juntos somos mejores que por separado. Que hacernos mejores unos a otros es más importante que las estadísticas individuales. —Garrett me mira a los ojos—. Y siento haber tardado tanto en entenderlo. Pero ahora lo entiendo.

El vestuario estalla en una ovación: los jugadores aplauden, vitorean, y algunos le dan empujones cariñosos a Garrett.

Tengo que carraspear antes de poder hablar.

—Ha hecho falta valor, Pike. Admitir que te equivocaste, cambiar tu enfoque. Eso es liderazgo.

—He aprendido del mejor —dice, y luego sonríe—. No dejes que se te suba a la cabeza, entrenador.

El equipo se ríe y la celebración se reanuda. Pero varios jugadores se aseguran de agradecérmelo individualmente mientras se dirigen a las duchas.

—Gracias por creer en nosotros, entrenador.

—Nos has hecho mejores.

—Este es el mejor equipo en el que he estado.

Cada comentario cala hondo. Porque por esto volví. No por las victorias y las derrotas, sino por momentos como este: jóvenes que aprenden que son capaces de más de lo que creían, que trabajar juntos crea algo mejor que la gloria individual.

Después de que los jugadores se marchen, me quedo solo en el vestuario por un momento, asimilándolo todo. El olor a sudor y hielo, el sonido de las duchas, los ecos de la celebración.

Me vibra el móvil. Un mensaje de Vera.

Vera: Partidazo. El centro cívico se está llenando para la reunión. El pueblo está emocionado por celebrar con el equipo.

Yo: Estaré allí pronto.

Vera: Tómese su tiempo. Disfrute de esto.

Me quito la chaqueta del traje y me pongo una sudadera del equipo. Más informal, más accesible. Parte de la comunidad, no alguien ajeno a ella.

El trayecto hasta el centro cívico dura cinco minutos. El aparcamiento está a reventar; hay más coches de los que esperaba. A través de las ventanas, veo que el lugar está abarrotado.

Dentro, el ruido me golpea de inmediato. Conversaciones, risas, el tintineo de los vasos. El espacio está decorado con pancartas de los Icemen y alguien ha montado una barra improvisada en una esquina. Familias, aficionados, voluntarios… todo el que tiene algo en juego en el éxito del equipo.

La velada se desarrolla como un torbellino de conexiones significativas. Niños que quieren autógrafos, padres que comparten historias sobre lo mucho que han madurado sus hijos bajo mi dirección, empresarios que discuten renovaciones de patrocinio con entusiasmo genuino. Cada interacción se siente auténtica, no solo felicitaciones superficiales, sino una conexión real.

Vera me presenta a los patrocinadores y hablamos sobre los objetivos de la temporada y la participación de la comunidad. Dale me trae una cerveza en un momento dado, con un brillo en los ojos detrás de las gafas.

—Buen partido, entrenador. Ya eres uno de los nuestros.

Uno de los nuestros. Esas palabras se asientan cálidamente en mi pecho.

Me dirijo hacia la mesa de la comida cuando lo veo.

A Callum.

Está de pie cerca de la pared del fondo, sosteniendo un vaso con algo, hablando con Iris. Viste de manera informal: vaqueros y un suéter verde oscuro que hace que sus ojos parezcan aún más vivos, que resalta los tonos cobrizos de su pelo. El suéter le queda perfecto, marcando la línea de sus hombros y brazos.

Entonces levanta la vista y nuestras miradas se encuentran a través de la sala.

Todo lo demás se desvanece. El ruido, la multitud, la celebración. Solo está él, mirándome con una expresión que no acabo de descifrar. No es la cuidada neutralidad que suele mantener. Es algo más abierto. Vulnerable.

Hay ardor en su mirada. Un ardor inconfundible, innegable.

Se me corta la respiración. Mis manos se quedan inmóviles a los lados de mi cuerpo.

Él no aparta la mirada. Yo tampoco. Nos quedamos ahí, con el espacio entre nosotros cargado de todo lo que no decimos, de todo lo que intentamos no sentir.

Entonces alguien choca conmigo, rompiendo el momento. Cuando vuelvo a mirar, Callum se ha girado de nuevo hacia Iris, su expresión cuidadosamente neutra otra vez.

Pero lo vi. Ese momento de ardor, de deseo, de conexión.

Él también lo siente. Sea lo que sea que se está construyendo entre nosotros, no me lo estoy imaginando.

—¡Entrenador Nolan! —me llama uno de los jugadores, y me obligo a concentrarme, a participar en la celebración.

Pero soy consciente de dónde está Callum en la sala. Lo observo moverse entre la multitud, hablar con la gente, reírse de algo que alguien dice. Está totalmente a gusto aquí, es parte de la comunidad de una manera que yo todavía estoy aprendiendo a ser.

Y quiero. Quiero cruzar la sala y hablar con él. Quiero ver si ese ardor en sus ojos sigue ahí de cerca. Quiero saber qué está

pensando, sintiendo, si está tan afectado por esta atracción entre nosotros como yo.

Pero este no es el momento ni el lugar. No con todo el pueblo mirando, no cuando ambos todavía estamos tratando de averiguar qué es esto.

Así que me quedo donde estoy, celebrando con mi equipo, aceptando felicitaciones, sintiéndome más en casa en Northwood de lo que me he sentido desde que volví.

Pasa una hora. La multitud empieza a disminuir a medida que las familias con niños pequeños se van a casa. Estoy hablando con Dom sobre los ajustes para nuestro próximo partido cuando veo a Callum dirigirse hacia la salida.

Sin pensar, me disculpo y lo sigo.

Lo alcanzo en el aparcamiento, a medio camino de su camioneta.

—Cal.

Se detiene y se gira. Bajo la tenue luz del aparcamiento, su expresión es cautelosa. Pero puedo ver el ligero rubor en sus mejillas, la forma en que su respiración no es del todo regular.

—Nolan.

—Gracias por venir esta noche.

—Caspian quería celebrar la victoria. Lo ha visto desde casa de Iris. —Cambia el peso de un pie a otro—. Ha sido un buen partido.

—Gracias.

El silencio se extiende entre nosotros. Debería decir algo más, debería explicar por qué he salido tras él. Pero no sé qué decir que no revele demasiado, que no complique esto más de lo que ya está.

—Debería irme —dice Callum finalmente—. Tengo que recoger a Caspian.

—Claro. Sí. —Doy un paso atrás—. Conduce con cuidado.

Él asiente y se gira hacia su camioneta. Pero entonces se detiene y me mira de nuevo.

—¿Nolan?

—¿Sí?

—Caspian habla de ti constantemente. Del entrenamiento, de lo que le enseñas, de cómo le haces sentir que puede hacer cualquier cosa. —Su voz es baja, seria, y hay algo vulnerable en ella—. Solo…

no le falles. Por favor. Ya está muy apegado a ti, y si tú… —Se detiene y niega con la cabeza—. Solo no le falles.

Sus palabras suenan como la exigencia de un juramento, cargadas con el peso de todos los miedos que Callum tiene sobre dejarme entrar en sus vidas.

—No lo haré —digo, y lo digo con toda mi alma—. Cal, sé que me fui antes. Sé que no te di ninguna razón para confiar en mí. Pero ya no soy ese crío. Estoy aquí. Me quedo. Y no le fallaré a Caspian. —Hago una pausa, sosteniéndole la mirada—. Tampoco te fallaré a ti.

Algo parpadea en su expresión: sorpresa, esperanza, miedo, todo mezclado.

—Bien. —Sube a su camioneta y veo que le tiemblan ligeramente las manos al agarrar el volante.

Se marcha, dejándome de pie en el aparcamiento bajo las estrellas de noviembre.

Me quedo ahí un momento, respirando el aire frío, reviviendo ese instante dentro, cuando nuestras miradas se encontraron. El ardor. El deseo. La comprensión de que ambos estamos sintiendo esta atracción, aunque ninguno de los dos sepa qué hacer al respecto.

De vuelta al interior, la celebración está terminando. Los jugadores se despiden, los voluntarios están limpiando. Ayudo a apilar sillas, a desmontar mesas, sintiendo el agradable agotamiento de un día bien aprovechado.

—Buenas noches, entrenador —dicen los jugadores al irse.

—Nos vemos en el entrenamiento, entrenador.

—Gracias por todo.

Cada despedida se siente como una aceptación. Como un sentimiento de pertenencia.

Para cuando me voy, el centro cívico está casi vacío. Solo quedamos yo, Vera y Dale haciendo la limpieza final.

—¿Se queda hasta tarde o se va ya? —pregunta Vera.

—Me voy ya. Mañana es un día importante.

—Todos los días son importantes cuando estás construyendo algo que merece la pena. —Sonríe—. Buen trabajo esta noche, Nolan. Dentro y fuera del hielo.

—Gracias, Vera.

En mi camioneta, me siento un momento antes de arrancar el motor. Miro el móvil.

Hay un mensaje de anoche que todavía hace que se me encoja el pecho cuando lo leo.

Callum: Caspian ha preguntado si te gustaría venir a cenar alguna vez. Nada especial, algo informal. ¿El viernes de la semana que viene si estás libre?

Mi respuesta: *Me encantaría. Gracias por invitarme.*

El viernes. Dentro de seis días. Estaré sentado a la mesa de la cocina de Callum Brennan, cenando con él y su hijo, dando un paso más para formar parte de su mundo.

Y esta noche, en ese aparcamiento, cuando me pidió que no le fallara a Caspian —cuando le prometí que tampoco le fallaría a él—, algo cambió entre nosotros.

Arranco el motor y conduzco a casa por las calles silenciosas.

Está sucediendo. Sea lo que sea esto que hay entre nosotros —esta atracción, este deseo, esta posibilidad—, se está volviendo real.

Y estoy preparado.

Más que preparado.

He estado esperando doce años por esta segunda oportunidad.

Y no la voy a desperdiciar.

Chapter Sixteen

Callum

Domingo por la mañana, y la panadería está más concurrida de lo habitual.

Todo el mundo quiere hablar del partido de ayer. Del rendimiento del equipo. Del entrenador Nolan.

La mañana se convierte en un flujo constante de elogios. La señora Patterson lleva la voz cantante, demasiado emocionada para limitarse a pedir su muffin y su café de siempre.

—¿Esa jugada de pase en el tercer tiempo? Absolutamente preciosa. Eso es hockey de verdad, no solo lucimiento individual.

—Fue un buen partido —consigo decir.

—¡Magnífico! Y el entrenador Hendricks... ha hecho maravillas con esos chicos.

Después de que se marche, el coro continúa con una docena más de clientes. Todos alabando al entrenador, la transformación del equipo, la influencia positiva en sus hijos.

—Les está enseñando valores, no solo jugadas —dice alguien, y ese sentimiento resuena durante toda la mañana.

A media mañana, he escuchado innumerables variaciones del mismo tema: el entrenador Nolan es bueno para el equipo, bueno para los niños, bueno para el pueblo.

Y a pesar de mis mejores esfuerzos por mantener la distancia emocional, me encuentro a mí mismo estando de acuerdo. Sintiendo

esa oleada de orgullo cada vez que alguien menciona su nombre.

Lo cual es terreno peligroso.

—Has rellenado la misma vitrina tres veces —observa Jamie sobre las diez—. Sin darte cuenta de que ya estaba llena.

—No lo he hecho... —Miro hacia abajo. Tiene razón.

—Estás distraído. Una distracción con forma de entrenador de hockey, si tuviera que adivinar.

—Es que... todo el mundo no para de hablar de él. Es difícil no escuchar.

—Ajá. Y el hecho de que estés sonriendo, pero sonriendo de verdad, no con una sonrisa para atender a los clientes, ¿es solo porque el negocio va bien?

¿He estado sonriendo? Ni siquiera me había dado cuenta.

—Simplemente estoy de buen humor —digo a la defensiva.

—Porque el entrenador Nolan ganó su primer partido y todo el pueblo está cantando sus alabanzas y a ti, en secreto, te encanta.

—No estoy... —Me detengo porque Jamie tiene razón y negarlo es inútil—. Vale. Me alegro de que le vaya bien. ¿Contento?

—Extasiado. —Se apoya en el mostrador—. Sabes lo que esto significa, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que te importa. Todavía. Después de doce años y todo el dolor, todavía te importa.

Las palabras duelen más de lo que deberían. Porque es verdad, y escucharlo en voz alta hace que sea imposible negarlo.

—Que alguien te importe no significa que nada tenga que cambiar —digo.

—¿Ah, no? Porque desde mi punto de vista, las cosas ya están cambiando. Lo has invitado a cenar. A tu casa. Eso no es cualquier cosa, Cal.

Tiene razón. No es cualquier cosa. Es enorme. Y estoy a partes iguales aterrorizado y emocionado por el viernes por la noche.

—Es solo una cena —digo, pero ni yo mismo me lo creo.

—Sigue diciéndote eso. —Jamie sonríe y vuelve al trabajo.

El día continúa. Más clientes, más elogios para Nolan, más de esa calidez extendiéndose por mi interior cada vez.

Para la hora de cerrar, estoy agotado de luchar contra mis propios sentimientos todo el día.

Jamie se va a las cinco y me quedo solo en la cocina, preparando el pan de mañana. La rutina familiar suele calmarme, pero esta noche mi mente no se calla.

Mido la harina, el polvo blanco espolvoreando mis manos y antebrazos. El trabajo físico me ancla a la tierra: amasar, doblar, reposar. Amasar, doblar, reposar.

Pero mientras trabajo la masa, mi mente divaga.

Hacia las manos de Nolan durante los partidos. Manos grandes y capaces que se mueven con tanta precisión y fuerza. Manos que son amables con los niños y seguras con los palos de hockey.

Miro mis propias manos, espolvoreadas de harina, y me las imagino junto a las suyas. ¿Estarían ásperas por los callos o sorprendentemente suaves? ¿Cálidas o frescas?

Me sorprendo a mí mismo y presiono las palmas contra el mostrador.

¿Qué estoy haciendo? ¿Aquí de pie, en la cocina de mi panadería un domingo por la noche, pensando en las manos de Nolan Hendricks como un adolescente enamoradizo?

Pero parece que no puedo parar. No puedo dejar de pensar en la forma en que me miró anoche en esa sala abarrotada. El calor en su mirada. La forma en que mi cuerpo respondió a pesar de todos los muros que he construido.

No puedo dejar de pensar en que dentro de cinco días, estará en mi casa. En mi mesa. Formando parte de nuestra rutina nocturna, aunque solo sea por una noche.

Reanudo el amasado, pero con más suavidad ahora. Con menos rabia.

¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? Despreocupado. Esperanzado. Atraído por alguien de una manera que me revuelve el estómago.

No desde que Nolan se fue. No desde que tenía dieciocho años y no entendía lo que sentía, aún no tenía las palabras para describirlo.

Y ahora ha vuelto. Ha cambiado, ha madurado, se ha convertido en alguien que me hace sentir todas esas cosas de nuevo. Alguien

que me hace desear cosas a las que creía haber renunciado.

Le doy forma a la masa en panes y los coloco en cestas de fermentación. Mis movimientos son automáticos, la memoria muscular toma el control mientras mi mente da vueltas.

Me descubro tarareando. Una canción a la que no puedo poner nombre, solo una melodía que se siente ligera y esperanzada.

Jamie tenía razón antes. Me estoy ablandando con él. Mis defensas, tan cuidadosamente construidas durante doce años, se están agrietando con cada interacción.

Y no sé si debería luchar contra ello o dejar que suceda.

Termino los preparativos y limpio la cocina, luego cierro y conduzco a casa a través del anochecer.

En casa, Caspian salta de emoción.

—¡Cinco días más para que el entrenador Nolan venga a cenar!

—Soy consciente —digo, tratando de igualar su entusiasmo mientras el estómago se me revuelve de los nervios.

—¿Podemos hacer algo especial? Como, ¿quizá tu lasaña? ¿O esa cosa de pollo que haces con las hierbas?

—Dije pasta. Vamos a hacer algo sencillo.

—Pero, papá...

—Caspian. Es solo una cena. No estamos tratando de impresionar a nadie.

Incluso al decirlo, sé que estoy mintiendo. Quiero impresionar a Nolan. Quiero que vea nuestro hogar, nuestra vida, y que quiera formar parte de ella.

Después de la cena, después de los deberes, después de la rutina de acostarse, estoy limpiando la cocina cuando suena mi móvil.

Número desconocido, pero algo me impulsa a contestar.

—¿Diga?

—Hola. —La voz de Nolan, cálida y un poco insegura—. ¿Está bien así? ¿Llamar en lugar de enviar un mensaje?

El corazón me da un vuelco.

—Sí. Está bien.

—Solo quería darte las gracias de nuevo. Por la invitación a cenar. Sé que no fue fácil para ti.

Me apoyo en el mostrador, con el móvil pegado a la oreja.

—Caspian tenía muchas ganas de que vinieras.

—¿Solo Caspian?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. Honesta. Directa. Preguntando qué quiero yo, no solo lo que quiere mi hijo.

—No —me oigo admitir—. No solo Caspian.

Silencio en la línea. Luego, más suave:

—Cal...

—Tengo miedo —lo interrumpo, necesitando que lo entienda—. Estoy aterrorizado, en realidad. De dejarte entrar. De que Caspian se encariñe más. De sentir lo que ya estoy empezando a sentir.

—¿Qué estás sintiendo?

—Que quizá vales la pena el riesgo. Que quizá has cambiado. Que quizá... —Me detengo, no del todo listo para terminar esa frase.

—¿Que quizá podríamos tener lo que deberíamos haber tenido hace doce años? —termina él en voz baja.

—Algo así.

—Yo también tengo miedo —admite—. Miedo de estropearlo. Miedo de no ser lo suficientemente bueno para ti y para Caspian. Miedo de que esto se desmorone y pierda lo mejor que me ha pasado desde que volví.

La vulnerabilidad en su voz deshace algo en mí. El último resquicio de resistencia al que me había estado aferrando.

—El viernes —digo—. Ven a las seis y media. Cenaremos. Y ya veremos.

—¿Veremos qué?

—Si esto que hay entre nosotros es real. Si vale la pena intentarlo. Si podemos encontrar la manera de hacer esto sin que nadie salga herido.

—Vale —dice en voz baja—. El viernes a las seis y media. Allí estaré.

—¿Nolan?

—¿Sí?

—Me alegro de que hayas vuelto.

Hay una larga pausa, y luego:

—Yo también, Cal. Yo también.

Nos damos las buenas noches y dejo el móvil con manos temblorosas.

Acabo de tener una conversación sincera con Nolan Hendricks sobre sentimientos, posibilidades y miedo.

Y en cinco días, estará aquí. En mi casa. En mi mesa.

Y quizá, solo quizá, descubriremos si las segundas oportunidades son reales.

Subo las escaleras, voy a ver a Caspian una vez más y luego me preparo para ir a la cama.

Tumbado en la oscuridad, pienso en la voz de Nolan al teléfono. La vulnerabilidad. La esperanza. El miedo que coincide con el mío.

Pienso en sus manos y sus ojos y la forma en que me mira como si yo importara.

Pienso en el viernes por la noche y en lo que podría significar.

Y por primera vez en doce años, me permito creer que quizá, solo quizá, dejar que alguien entre de nuevo no es lo más aterrador que podría hacer.

Quizá lo más aterrador sería dejar que el miedo gane.

Quizá lo más aterrador sería no saber nunca lo que podríamos haber sido.

Mis muros se están agrietando.

Y voy a dejar que lo hagan.

No de golpe. No sin miedo. Sino lenta y cuidadosamente, con los ojos bien abiertos.

Porque Nolan Hendricks volvió. Cambiado, madurado, convertido en alguien por quien merece la pena arriesgarse.

Y quizá sea hora de permitirme tener lo que me he estado negando durante demasiado tiempo.

La posibilidad del amor.

Chapter Seventeen

Nolan

Sábado por la tarde, y estoy en la ferretería, mirando una selección de tornillos para madera e intentando recordar qué calibre me dijo Dale que cogiera para reparar el banco del pabellón, cuando oigo una voz familiar.

—No, campeón, necesitamos los de tres pulgadas, no los de cuatro.

Me giro. Callum y Caspian están en el pasillo de al lado, visibles a través del hueco en la estantería. Callum está agachado, examinando algo en un estante inferior, mientras Caspian salta sobre las puntas de los pies a su lado.

Siento una opresión en el pecho.

—Pero los de cuatro pulgadas molan más —protesta Caspian.

—Estamos arreglando la pata de una mesa, no construyendo una nave espacial. Tres pulgadas. —La voz de Callum es paciente y divertida—. Además, que mole más da igual si el tornillo es demasiado largo y atraviesa el otro lado.

—Ah. Sí, eso sería malo.

Todavía no me han visto. Probablemente debería decir algo, hacer notar mi presencia, pero me he quedado paralizado, observando este pequeño momento de normalidad doméstica. Padre e hijo, excursión de fin de semana a la ferretería, arreglando cosas de la casa juntos.

La vida que abandoné. La vida que ni siquiera sabía que quería hasta que vi lo que me había perdido.

Caspian me ve primero.

—¡Entrenador Nolan!

Corre rodeando el final del pasillo y, de repente, Callum también se pone de pie y se gira para verme. Su expresión cambia: sorpresa, recelo, algo que podría ser placer y que reprime rápidamente.

—Hola, Caspian. —Le revuelvo el pelo—. Callum.

—Nolan. —Su voz es deliberadamente neutra—. ¿Qué te trae por la ferretería?

—Reparaciones en el pabellón. Dale me ha mandado a por material. —Levanto el móvil con el mensaje de texto en el que enumera lo que necesito—. Aunque, por lo visto, soy un negado para identificar los tornillos correctos.

—¿Qué estás arreglando?

—Un banco del vestuario. El soporte está suelto.

—Necesitas de calibre tres cuartos de pulgada, rosca gruesa —dice Callum de inmediato—. Están en el estante de arriba, a la izquierda.

Miro hacia donde señala.

—Gracias.

—Papá lo sabe todo sobre arreglar cosas —anuncia Caspian, orgulloso—. Arregló la barandilla de nuestro porche, la puerta que chirría y el triturador de basura.

—Eso es impresionante —digo, y lo digo en serio.

Callum se encoge de hombros, con un ligero rubor coloreándole las mejillas.

—Aprendes a hacer las cosas cuando no puedes permitirte llamar a alguien cada vez que algo se rompe.

La confesión es pragmática, pero cae como una losa. Porque sé lo que está diciendo: padre soltero, presupuesto limitado, tener que serlo todo para su hijo, incluido un manitas.

—¿Qué estáis arreglando vosotros? —pregunto.

—La mesa de la cocina —dice Caspian—. Una de las patas está coja y papá dice que tenemos que reforzarla antes de que se rompa del todo.

—¿Sabes de mesas? —me pregunta Caspian—. O sea, ¿cómo arreglarlas?

—Caspian —dice Callum rápidamente—, seguro que el entrenador Nolan tiene mejores cosas que hacer que…

—Sé algunas cosas de carpintería básica —digo—. ¿Qué le pasa?

—El soporte que une la pata al tablero está suelto —explica Callum —. Los tornillos están pasados de rosca, así que ya no sujetan. Tenemos que rellenar los agujeros y volver a taladrar.

Es competente. Sabe exactamente cuál es el problema y cómo solucionarlo. Pero le veo el cansancio en los ojos, la tensión en la mandíbula que dice que está cargando con el peso de una cosa más que tiene que resolver solo.

—¿Podrías ayudarnos a arreglarla? —pregunta Caspian, con los ojos brillantes de esperanza—. ¡Sería genial que el entrenador Nolan nos ayudara a arreglar la mesa!

La petición queda flotando en el aire. La expresión de Callum se vuelve cuidadosamente inexpresiva, pero le noto la tensión en los hombros.

—Caspian, el entrenador Nolan está ocupado —dice—. Tiene que hacer sus propias reparaciones.

—Pero…

—Podemos hacerlo. Solo nosotros dos, como siempre. —La voz de Callum es suave pero firme—. Ahora ayúdame a encontrar la masilla para madera.

La cara de Caspian se descompone un poco, pero asiente y sigue a su padre pasillo abajo.

Me quedo allí, clavado en el sitio, como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Porque lo he visto. Ese momento de posibilidad doméstica. Caspian pidiendo ayuda, Callum echando balones fuera, manteniendo los cuidadosos límites.

Y por debajo, el anhelo. No solo el deseo de Caspian de tener una figura paterna, sino el agotamiento de Callum por cargarlo todo él solo, aunque nunca lo admita.

Cojo los tornillos que Dale especificó y me dirijo a la caja, pero no puedo dejar de pensar en lo que acabo de presenciar. No puedo

dejar de imaginar cómo habría sido si Callum hubiera dicho que sí. Si hubiera ido a su casa, arreglado su mesa, formado parte de su rutina de sábado por la tarde.

No puedo dejar de ver la vida que han construido —cálida, cariñosa, completa sin mí— y de sentir la punzada de arrepentimiento por lo que abandoné hace doce años.

Estoy metiendo mis compras en la camioneta cuando salen de la tienda. Caspian lleva una bolsa pequeña, parloteando sobre algo. Callum lleva una bolsa más grande; su camiseta henley de color verde oscuro deja ver la fuerza de sus hombros cuando cambia el peso.

El sol de noviembre se refleja en su pelo, y puedo ver su forma de moverse: económica, precisa. Los movimientos de alguien que se ha pasado años haciendo trabajo físico. Lo bastante fuerte para hacerlo todo solo. Y, sin embargo...

Quiero aliviar esa carga. Compartir ese peso. Ser alguien en quien pueda apoyarse en lugar de tener que ser siempre el fuerte.

Caminan hacia su camioneta, aparcada dos plazas más allá de la mía. Callum me ve y frena, con expresión reservada.

—¿Has encontrado todo lo que necesitabas? —pregunta.

—Sí. Gracias por el consejo sobre los tornillos.

—De nada.

Un silencio incómodo se alarga. Caspian ya se está subiendo a su camioneta, ajeno a la tensión.

—Cal —digo en voz baja, dando un paso hacia él—. Sobre la mesa…

—No. —Su voz es grave—. Por favor, no lo hagas más difícil de lo que ya es.

—No intentaba…

—Sí, lo intentabas. Y agradezco la oferta, de verdad, pero no puedo. —Me mira a los ojos, y veo el conflicto en ellos. Deseo y miedo y algo que parece arrepentimiento—. Caspian ya está demasiado encariñado. Si vienes a nuestra casa, si formas parte de nuestra rutina de esa manera, es… es demasiado. Demasiado doméstico. Demasiado…

—Demasiado real —termino yo.

—Sí. —Aparta la mirada—. Demasiado real.

—¿Y si quiero que sea real?

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Los ojos de Callum vuelven a clavarse en los míos, muy abiertos por algo que podría ser pánico o podría ser esperanza.

—No sabes lo que quieres —dice, pero su voz flaquea.

—Sé que quiero formar parte de vuestras vidas. De la de Caspian y de la tuya. No solo como entrenador, sino como… —Me detengo, porque no estoy seguro de cómo llamarlo. No estoy seguro de lo que estoy pidiendo.

—¿Como qué, Nolan? ¿Un amigo? ¿Algo más? Porque no puedo hacer esto a medias. No puedo dejarte entrar en nuestras vidas, dejar que Caspian se encariñe más, dejar que yo… —Se calla de golpe—. No puedo arriesgarme. Otra vez no.

—No te estoy pidiendo que arriesgues nada. Solo te estoy pidiendo una oportunidad para demostrarte que no me voy a ir. Que estoy aquí y que me quedo.

—Arreglar una mesa no va a demostrar eso.

—No, pero es un comienzo. Es una forma de estar ahí. De estar presente. De formar parte de las cosas normales y mundanas, no solo de lo emocionante de ser entrenador de hockey. —Doy otro paso, ahora lo suficientemente cerca como para ver las motas doradas en sus ojos verdes, el modo en que le late el pulso en el cuello—. Déjame ayudarte, Cal. Con la mesa o con cualquier otra cosa. Déjame ser algo más que el entrenador de Caspian.

Ahora respira más deprisa, el pecho le sube y le baja. Estamos tan cerca que puedo oler su jabón, algo limpio y sencillo. Puedo ver cómo se le han dilatado las pupilas, cómo se le han entreabierto los labios.

—Tengo que irme —dice, pero no se mueve.

—Cal…

—¡Papá! —La voz de Caspian desde la camioneta—. ¿Nos vamos?

El hechizo se rompe. Callum retrocede, poniendo distancia entre nosotros, y puedo ver cómo reconstruye sus barreras en tiempo real.

—Nos vemos en el entrenamiento —dice, con la voz de nuevo cuidadosamente controlada.

Camina hasta su camioneta, se sube y se marcha sin mirar atrás.

Me quedo en el aparcamiento de la ferretería, con el corazón desbocado y las manos todavía anhelando tocarlo.

Ese momento. Ese momento cargado e imposible en el que estuvimos lo bastante cerca como para besarnos, en el que el deseo entre nosotros era tan obvio que ninguno de los dos podía negarlo.

Quiero formar parte de su vida, de su casa, de su rutina. Quiero arreglar mesas cojas y ayudar con los proyectos de fin de semana y estar ahí para los momentos mundanos y domésticos que componen una vida juntos.

Quiero pertenecerles en todo lo que importa.

Y él también lo quiere. Lo vi en sus ojos, en la forma en que no era capaz de apartarse del todo, en el conflicto dibujado en su rostro.

Pero está aterrorizado. Aterrorizado de que le vuelvan a hacer daño, de que Caspian se encariñe más, de arriesgar la vida segura y estable que ha construido.

Y lo entiendo. De verdad. Ya le abandoné una vez. Me fui sin dar explicaciones, sin siquiera entender de qué me estaba alejando.

Pero ya no soy esa persona. Y tengo que encontrar una manera de demostrarlo. Tengo que demostrarle, con acciones, no solo con palabras, que estoy aquí para quedarme.

Que me estoy enamorando de él. De Caspian. De la vida que han construido y de la posibilidad de formar parte de ella.

Me subo a mi camioneta y vuelvo al pabellón. Pero mi mente no está en la reparación de un banco ni en la estrategia de un partido.

Está en los ojos de Callum cuando me miró en ese aparcamiento, deseoso y asustado a partes iguales. En la vida doméstica que vislumbré a través de las estanterías de la ferretería: padre e hijo, arreglando cosas juntos, normal y hermosa y completa sin mí.

En el anhelo feroz y abrumador de formar parte de ella de todos modos.

Quiero eso. Lo quiero más de lo que he querido nada, incluida mi carrera en la NHL.

Y, de alguna manera, tengo que encontrar la forma de ganármelo.

Chapter Eighteen

Callum

El viento aúlla contra los ventanales de la pastelería y hace que los cristales vibren en sus marcos.

Levanto la vista mientras cierro la caja —hemos cerrado antes de tiempo cuando la nieve ha empezado a arreciar— y veo cómo la tormenta se intensifica. Lo que ha empezado esta mañana como ligeros copos se ha convertido en una ventisca en toda regla.

—Esto se está poniendo feo —dice Jamie, mirando por la ventana —. El servicio meteorológico dice que para la noche habrá nula visibilidad.

Como para recalcar sus palabras, las luces parpadean.

Una vez. Dos. Y después, la oscuridad.

—Mierda —mascullo.

Las luces de emergencia se encienden y bañan la pastelería en una luz tenue y amarillenta. A través de los ventanales, veo que toda la calle está a oscuras. Los semáforos, apagados. Las farolas, apagadas. La ferretería de enfrente, completamente a oscuras.

—Se ha ido la luz en toda la manzana —dice Jamie—. Quizá en todo el pueblo.

Cojo el móvil y compruebo las alertas. Alerta por tormenta de invierno. Se informa de apagones en todo Northwood. Se prevén cortes de luz prolongados por la caída de tendidos eléctricos.

—Tenemos que cerrar —digo—. Ir a casa antes de que esto empeore.

Nos damos prisa en asegurarlo todo: tapamos los pasteles, cerramos la caja con llave, nos aseguramos de que no quede nada perecedero fuera. En veinte minutos, Jamie se marcha a su apartamento, que está cerca, y yo cierro.

El frío me golpea de inmediato en cuanto salgo. El viento me azota la cara con nieve; la temperatura ha bajado veinte grados desde esta mañana. Agacho la cabeza y me dirijo a mi camioneta.

El trayecto hasta casa de Iris para recoger a Caspian es peligroso. Las carreteras ya están cubiertas y la visibilidad es pésima. Pero lo consigo, e Iris me recibe en la puerta con Caspian ya pertrechado con su ropa de invierno.

—Aquí también se ha ido la luz —dice—. Tengo velas y chimenea, así que estoy bien. ¿Y tú?

—Cocina de gas y muchas mantas. Estaremos bien.

—Conduce con cuidado.

El trayecto de vuelta a casa es peor. La nieve cae con tanta fuerza que apenas veo la carretera. Voy con las manos aferradas al volante, avanzando a paso de tortuga, cuando paso por el pabellón y veo la camioneta de Nolan en el aparcamiento.

¿Qué hace aquí con este tiempo?

Debería seguir conduciendo. Debería llevar a Caspian a casa, a un lugar seguro.

Pero algo me hace meterme en el aparcamiento.

—¿Por qué paramos? —pregunta Caspian.

—El entrenador Nolan está aquí. Solo quiero asegurarme de que está bien.

Dentro, el pabellón está tenuemente iluminado por las luces de emergencia. Oigo el zumbido de los generadores.

—¿Hay alguien? —pregunto en voz alta.

—¡Aquí abajo! —La voz de Nolan resuena desde cerca del hielo.

Lo encontramos junto al cuarto del material, comprobando los medidores de lo que parecen ser los sistemas de respaldo. Lleva ropa de trabajo —vaqueros y una camisa de franela— y parece sorprendido de vernos.

—¿Callum? ¿Qué hacéis aquí?

—He visto tu camioneta. Quería asegurarme de que estabas bien —indico el equipo con un gesto—. ¿Qué pasa?

—Me ha llamado Vera por el apagón. He venido a asegurarme de que los sistemas de respaldo mantenían el hielo —se limpia las manos en los vaqueros—. Si lo perdemos por completo, se tardan días en rehacerlo bien. Pero todo parece en orden, debería aguantar hasta que vuelva la luz.

—¡Entrenador Nolan! —Caspian corre hacia él—. ¡Hay muchísima nieve! ¿Crees que mañana habrá clase?

—Probablemente no, chico —Nolan le revuelve el pelo—. Esta tormenta es bastante seria.

—¡Genial! —Entonces la cara de Caspian se ensombrece—. Oh. Eso significa que mañana tampoco hay entrenamiento.

—Lo recuperaremos. No te preocupes.

Las luces parpadean y el sonido del generador cambia ligeramente de tono. Todos miramos hacia arriba.

—Eso no es bueno —masculla Nolan. Comprueba los medidores de nuevo—. Todo aguanta, pero esta tormenta no hace más que empeorar. Deberíais iros a casa.

—Ese es el plan —miro por las ventanas cercanas a la entrada. La nieve cae con más fuerza ahora, el viento crea condiciones de nula visibilidad—. En cuanto despeje un poco.

—Eso podría tardar un rato.

—Ya.

—El refugio climatizado tiene calefactores de emergencia —dice Nolan—. Podríamos esperar allí. Es más cómodo que estar aquí de pie.

—¿Podemos, papá? —pregunta Caspian—. ¿Por favor? ¡Es como una aventura!

Debería decir que no. Debería desafiar la tormenta y llevarnos a casa.

Pero viendo las condiciones que hay fuera, lo más inteligente es esperar. Al menos un rato.

—Vale. Pero solo hasta que mejore la visibilidad.

El refugio climatizado es un pequeño edificio al borde del aparcamiento, que suelen usar los patinadores. Dentro hay bancos, unas cuantas mesas y —gracias a Dios— calefactores de emergencia que se encienden cuando Nolan pulsa un interruptor.

—Estos van con propano —explica—. Son independientes de la red eléctrica principal.

El aire caliente empieza a llenar el espacio. Caspian se apodera inmediatamente de un banco junto a uno de los calefactores y se quita las manoplas.

—Esto mola un montón —anuncia—. Somos como exploradores atrapados.

—«Atrapados» quizá no sea la palabra que yo usaría —digo, pero estoy sonriendo.

Nolan saca unos termos de alguna parte. —Guardo provisiones de emergencia en mi camioneta. Me lo enseñó Dale: siempre hay que estar preparado para el invierno de Minnesota. ¿Chocolate caliente?

—¿De verdad?

Sirve chocolate caliente en unos vasos y nos los da a Caspian y a mí. El calor del vaso se filtra en mis manos frías. Doy un sorbo y está perfecto: denso y dulce, y exactamente lo que necesitábamos.

—Gracias —digo.

—De nada.

Nos acomodamos mientras la tormenta ruge fuera. Caspian está lleno de energía, parloteando sobre el colegio, el hockey y lo que hará con su día de nieve mañana. Nolan le sigue el rollo con facilidad, haciéndole preguntas, contándole historias de sus propios días de nieve de la infancia.

Y yo los observo, con una calidez que se extiende por mi pecho y que no tiene nada que ver con los calefactores ni con el chocolate caliente.

Esto. Esto es lo que tanto me asustaba. Esta escena doméstica, cómoda. Los tres juntos, capeando un temporal, sintiéndonos como algo que casi podría ser una familia.

Con el tiempo, la energía de Caspian empieza a decaer. El calor de los calefactores, el consuelo del chocolate caliente, la hora tardía...,

todo le pasa factura. Su parloteo se ralentiza y luego se detiene. Se acurruca en el banco, usando su mochila como almohada.

—Frito —murmuro, viendo a mi hijo dormir.

—Día largo —dice Nolan en voz baja.

Y entonces solo quedamos Nolan y yo, sentados en la tenue calidez del refugio, con mi hijo durmiendo a unos metros y la tormenta aullando fuera.

—Es un buen chico —dice Nolan en voz baja, mirando a Caspian.

—Sí. Lo es.

—Has hecho un trabajo increíble con él, Cal. Criarlo solo, levantar tu negocio, ser todo lo que él necesita. Es... increíble.

La sinceridad en su voz me hace un nudo en la garganta. —No siempre ha sido fácil.

—Me lo imagino —se queda en silencio un momento—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—En el instituto. Antes de que me fuera —mantiene la vista en su vaso, no en mí—. ¿Había... sentiste... Quiero decir, era cosa mía o había algo entre nosotros?

El corazón se me empieza a desbocar. Es esta. La conversación que llevamos semanas evitando.

—Había algo —digo en voz baja—. Al menos, yo creía que lo había. Pero no lo entendía. No tenía palabras para describirlo aún.

—¿Qué quieres decir?

—No sabía que era gay, Nolan. O bi, o la etiqueta que sea. Solo sabía que sentía por ti cosas que no sentía por nadie más. Cosas que me asustaban porque no las entendía —tomo una bocanada de aire temblorosa—. Y entonces te fuiste, y nunca llegué a averiguar qué significaban.

Ahora me mira, con sus ojos intensos. —Me fui porque estaba aterrorizado.

—¿De qué?

—De lo que sentía. Por ti —su voz es áspera—. Sabía que era gay; lo sabía desde hacía tiempo, aunque nunca se lo hubiera dicho a nadie en voz alta. Y lo que sentía por ti, las cosas que deseaba... no podía con ello. No podía afrontarlo. Así que hui. Me marché a la NHL

y lo enterré muy hondo, me dije a mí mismo que si no lo reconocía, no era real.

La confesión queda suspendida en el aire entre nosotros. Una década de sentimientos no expresados que por fin salen a la luz.

—Estaba muy enfadado contigo —digo—. Por irte sin siquiera despedirte. Por desaparecer de mi vida como si yo no importara.

—Importabas. Joder, Cal, importabas muchísimo. Por eso tuve que irme —deja su vaso y se gira para mirarme de frente—. No podía quedarme y seguir fingiendo. No podía estar cerca de ti y no desearte. Y tenía dieciocho años, estaba aterrorizado y no sabía cómo manejar nada de eso.

—Así que simplemente te fuiste.

—Así que simplemente me fui. Y me he arrepentido cada día desde entonces.

Las palabras se asientan en mi pecho, pesadas y reales. Él también ha estado cargando con esto. Todos estos años, el peso de lo que no dijimos, de lo que no hicimos.

—Salí del armario después de que naciera Caspian —le digo—. Sostuve a mi hijo y me di cuenta de que no podía seguir mintiéndome a mí mismo sobre quién era. Sobre lo que quería —le sostengo la mirada—. Y durante mucho tiempo, estuve enfadado porque tú lo habías descubierto y yo no. Porque tú pudiste vivir de forma auténtica mientras yo seguía engañándome.

—Yo no vivía de forma auténtica. Vivía con miedo —la voz de Nolan es queda—. Todas las relaciones que he tenido se han ido al traste porque tenía tanto miedo de que me hicieran daño, de perder a alguien, que no podía dejar entrar a nadie. Seguía comparando a todo el mundo con alguien que había dejado atrás, y nadie daba la talla.

—Nolan...

—No te digo esto para que te compadezcas de mí. Te lo digo porque mereces saberlo. Merecías saberlo hace doce años, y fui demasiado cobarde para decírtelo.

La tormenta de fuera parece calmarse, o quizá es que no puedo oírla por encima de los latidos de mi corazón.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto.

—Estoy diciendo que sentía cosas por ti entonces. Sentimientos reales, aterradores, absorbentes, que no sabía cómo manejar —se acerca más—. Y siento cosas por ti ahora. Sentimientos diferentes, porque somos personas diferentes. Pero igual de reales. Igual de aterradores.

Apenas puedo respirar. —Nolan…

—Sé que tienes miedo. Sé que te hice daño. Sé que tienes todas las razones para no confiar en mí —extiende la mano lentamente, dándome tiempo a apartarme, y coge la mía. Su palma es cálida, callosa, y el simple contacto me corta la respiración—. Pero esta vez no me voy, Cal. Estoy aquí, y me voy a quedar, y me estoy enamorando de ti. Lo he estado desde que entré en tu pastelería y me miraste como si fuera la última persona a la que querías ver.

Se me escapa una risa, medio sollozo. —No es verdad...

—Totalmente verdad. Y me lo merecía —su pulgar roza mis nudillos—. Pero aun así te pido una oportunidad. Una oportunidad para demostrar que ahora soy diferente. Que ahora somos diferentes. Que quizá —solo quizá— podríamos tener lo que deberíamos haber tenido entonces.

Miro nuestras manos unidas. La forma en que sus dedos se curvan alrededor de los míos, fuertes y suaves a la vez. La conexión física que refleja todo lo que se está construyendo entre nosotros.

—Estoy aterrorizado —admito.

—Yo también.

—Si te dejo entrar y te vas otra vez...

—No lo haré.

—No puedes prometer eso.

—Tienes razón. No puedo prometer que nunca me iré. Nadie puede prometer eso —se acerca aún más, lo suficiente para que pueda sentir el calor que irradia de él—. Pero puedo prometer que no pienso irme. Que estoy construyendo una vida aquí. Que cada día me levanto y elijo quedarme. Y puedo prometer que si algo cambia, no desapareceré sin más. Hablaré contigo. Seré sincero. Te daré el respeto que debería haberte dado hace doce años.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. —Eso no es justo. Usar la lógica y promesas razonables y...

—Cal —su otra mano sube, acunando mi mandíbula, y la ternura del gesto me desarma—. ¿Puedo besarte?

La pregunta me roba el aliento. Porque es una pregunta. Me está preguntando. Dándome la opción, el poder, el control.

—Sí —susurro.

Se inclina lentamente, dándome tiempo a cambiar de opinión, tiempo a apartarme. Pero no quiero apartarme. Quiero esto. Lo he querido durante más tiempo del que he estado dispuesto a admitir.

Sus labios rozan los míos, suaves y vacilantes. Una pregunta. Una petición.

Y yo respondo. Entrabro los labios, me inclino hacia él, me permito sentir lo que he estado combatiendo durante semanas.

El beso es tierno, cuidadoso, lleno de un anhelo de una década que por fin se reconoce. Su mano en mi mandíbula es cálida, sus labios suaves. Sabe a chocolate caliente y a algo que es simplemente él, familiar y nuevo al mismo tiempo.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Su frente descansa contra la mía, y puedo sentir que tiembla.

—¿Ha estado bien? —pregunta.

—Sí —mi voz es temblorosa—. Ha estado bien.

—¿Puedo hacerlo otra vez?

Respondo acortando la distancia entre nosotros, besándolo con más fuerza esta vez. Menos tentativo, más seguro. Su mano se desliza de mi mandíbula para acunar la parte posterior de mi cuello, su pulgar rozando la piel sensible de esa zona, y me estremezco. Mis manos encuentran su camisa, agarrando la franela, atrayéndole hacia mí.

Esto. Esto es lo que me asustaba.

Nos separamos de nuevo y estoy casi mareado.

—Cal —respira—. Joder, he querido hacer esto durante tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Doce años. Quizá más.

Me río, el sonido húmedo por las lágrimas no derramadas. —Eso es mucho tiempo de espera.

—Ha merecido la pena —me besa de nuevo, suave y dulce—. Ha merecido mucho la pena.

Nos quedamos ahí, con las frentes juntas, las manos entrelazadas, mientras la tormenta continúa fuera y mi hijo duerme ajeno a todo a pocos metros.

Y me permito sentirlo. El miedo, sí, pero también la esperanza. La posibilidad. La cautelosa alegría de una segunda oportunidad.

—Sigo teniendo miedo —admito.

—Lo sé.

—Y esto no significa que todo esté bien. Tenemos mucho que averiguar. Sobre qué es esto, qué significa, cómo seguimos adelante.

—Eso también lo sé.

—Pero quiero intentarlo. Quiero ver si esto... —hago un gesto entre nosotros—. Si esto puede ser real.

Su sonrisa es radiante, transformando su rostro. —¿Sí?

—Sí.

Me besa de nuevo, y esta vez hay alegría en ello junto con el anhelo. Alivio. Esperanza.

Finalmente, la tormenta empieza a amainar. El viento se calma, la nieve cae con menos fuerza. La visibilidad está volviendo.

—Probablemente deberíamos irnos a casa —digo a regañadientes.

—Probablemente —pero ninguno de los dos se mueve por otro momento.

Cuando finalmente despertamos a Caspian, está somnoliento y confundido. —¿Nos hemos quedado toda la noche?

—Solo unas horas, colega. La tormenta ha pasado. Hora de ir a casa.

Las carreteras siguen siendo peligrosas, pero transitables. Conduzco despacio, hiperconsciente de la preciosa carga que llevo: mi hijo, y el recuerdo de los labios de Nolan en los míos.

Durante todo el camino a casa, me aferro a esa sensación. La calidez del refugio, la mano de Nolan en la mía, su beso en mis labios, y la aterradora y estimulante posibilidad de lo que vendrá después.

Chapter Nineteen

Nolan

Miércoles por la mañana. Me despierto a las cinco con la luz del sol entrando a raudales por la ventana de mi apartamento y el recuerdo de los labios de Callum sobre los míos.

Durante un instante, me quedo tumbado, reviviéndolo. La caseta de calentamiento. La conversación sincera. La forma en que me miró antes de que lo besara, asustado y esperanzado a partes iguales.

La forma en que me devolvió el beso.

He tenido relaciones antes. Un montón. Pero nada se ha parecido nunca a esto, como si algo encajara en su sitio, como volver a casa.

Me levanto, me ducho y me visto. El apartamento está frío, pero apenas me doy cuenta. Estoy demasiado lleno de energía, de un propósito.

Anoche, Callum dijo que quería intentarlo. Dijo que correría el riesgo a pesar de su miedo.

Ahora tengo que demostrar que merezco ese riesgo.

A las siete de la mañana, ya estoy en el estadio comprobando los sistemas. La luz volvió sobre las tres de la madrugada y todo ha aguantado: el hielo está perfecto, los generadores de emergencia han hecho su trabajo.

Dale llega a las siete y media y me mira con sorna. —¿Estás aquí temprano. Y de un humor sospechosamente bueno.

—Buenos días a ti también, Dale.

—Ajá. —Me estudia con ojos sagaces—. ¿Pasó algo durante la tormenta de anoche?

—Solo me aseguraba de que el hielo hubiera sobrevivido.

—Claro. Y por eso sonríes como si te hubiera tocado la lotería. —Se dirige a la entrada—. No es asunto mío, pero sea lo que sea, te sienta bien.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Callum.

Callum: Caspian se ha despertado hablando de la «aventura en la nieve» de anoche. Gracias por el chocolate caliente y por acogernos.

Siento que se me aligera el pecho. Me está escribiendo. La mañana después. Eso es bueno.

Yo: Cuando queráis. Me alegro de que llegarais a casa sanos y salvos.

Aparecen tres puntos, desaparecen, vuelven a aparecer. Y entonces:

Callum: Sobre lo de anoche...

Se me encoge el estómago. ¿Ya se está arrepintiendo?

Callum: Lo que dije iba en serio. Lo de querer intentarlo. Pero tenemos que ir despacio. Por Caspian.

El alivio me inunda por dentro.

Yo: Tan despacio como necesites. No pienso ir a ninguna parte.

Callum: Bien.

Callum: ¿Nos vemos en el entrenamiento del jueves?

Yo: Estoy deseando que llegue.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, incapaz de dejar de sonreír.

Los jugadores empiezan a llegar sobre las ocho y media para el entrenamiento de las diez. La tormenta nos dio un día libre inesperado ayer, y todo el mundo está con las pilas cargadas.

El entrenamiento es intenso, concentrado. El equipo está compenetrado, juegan juntos, confían los unos en los otros.

Durante una pausa para beber agua, Garrett patina hacia mí con esa sonrisa arrogante tan suya.

—A ver, entrenador. ¿Va a contarnos por qué está tan contento esta mañana?

Varios jugadores más miran, interesados.

—¿Porque por una vez estáis ejecutando bien las jugadas?

—No, no es eso. —Garrett se apoya en su palo—. Esto es diferente. Esto es como si... el entrenador tuviera a alguien especial.

El vestuario estalla en gritos, burlas y puyas de buen rollo.

—¿Quién es? —pregunta uno de los jugadores más jóvenes—. ¿La conocemos?

La suposición me duele un poco, aunque sé que no es con mala intención.

—Esa persona —corrijo con suavidad—. Y sí, la conocéis. Pero eso es todo lo que voy a decir.

Varias caras muestran comprensión. A Garrett se le abren los ojos de par en par. —Espera, ¿es...?

—Se acabó el entrenamiento. A las duchas. Buen trabajo hoy.

Se marchan, todavía haciendo conjeturas, pero el ambiente es positivo. De apoyo.

Después del entrenamiento, estoy en mi despacho revisando grabaciones cuando Vera aparece en la puerta.

—He oído unos cotilleos interesantes de los jugadores —dice, acomodándose en la silla frente a mi escritorio—. Algo sobre que está de un humor inusualmente bueno.

—¿Acaso es un delito?

—En absoluto. Me alegro de verlo. —Me estudia—. Pero voy a suponer que esto tiene algo que ver con cierto pastelero.

Debería haber sabido que en un pueblo pequeño no hay secretos.

—Puede ser.

—Nolan. —Su voz es amable pero seria—. Me alegro. De verdad. Callum es un buen hombre y ambos merecéis la felicidad. Pero necesita entender una cosa.

Dejo el bolígrafo y le presto toda mi atención.

—Callum ha llevado su vida como padre soltero y gay aquí durante años. Ha sido cuidadoso, comedido, ha creado un espacio donde se le acepta. —Se inclina hacia delante—. Estar con usted lo pone en un foco de atención que nunca ha tenido que sortear.

—¿Qué quiere decir?

—Usted es una persona de alto perfil. Exjugador de la LNH, abiertamente gay en un deporte que todavía está evolucionando. Eso atrae la atención, y no solo la atención local. —Su voz es amable

pero firme—. Si los medios deportivos se hacen eco de esto, si se convierte en una historia más allá de Northwood, ¿están ambos preparados para ese nivel de escrutinio? ¿Lo está Caspian?

Sus palabras caen como una losa. No había pensado más allá de los cotilleos del pueblo.

—¿Qué debería hacer?

—Hable con él. Asegúrese de que ambos se meten en esto siendo conscientes de lo que podría significar la visibilidad. El acoso que usted enfrentó en la LNH podría salpicarle a él también. Y a Caspian. —Hace una pausa—. ¿Y después? No deje que el miedo le impida ser feliz. Ambos se lo merecen. Simplemente, sea prudente. Proteja su privacidad cuando pueda.

Cuando se va, me quedo sentado, dándole vueltas a sus palabras. Al peso de lo que esto significa, no solo para mí, sino para Callum y Caspian.

Mi teléfono vibra. Otro mensaje de Callum.

Callum: Caspian está preguntando si puede tener un entrenamiento extra esta semana. Le he dicho que primero lo consultaría contigo.

Yo: Por supuesto. ¿El jueves después del entrenamiento normal?

Callum: Perfecto. Gracias.

Luego, tras una pausa:

Callum: La gente ya está haciendo preguntas en la pastelería. Sobre anoche. Sobre nosotros.

Se me oprime el pecho.

Yo: ¿Qué dicen?

Callum: Más que nada, curiosidad. Pero algunos comentarios que me han hecho darme cuenta de lo visible que va a ser esto. Para los dos. Especialmente para Caspian.

Yo: ¿Estás bien con eso?

Callum: Aún no lo sé. Pero no me voy a echar atrás. Solo que... tenemos que hablar. Hablar en serio. Sobre lo que esto significa.

Yo: ¿El jueves después del entrenamiento de Caspian?

Callum: El jueves. ¿Y, Nolan? No me arrepiento de lo de anoche. Solo estoy asustado.

Yo: Yo también. Lo resolveremos juntos.

Dejo el teléfono, mirando la pantalla.

Esto va a ser complicado. Navegar una nueva relación bajo el escrutinio de todo un pueblo, con la posibilidad de una atención aún mayor.

Pero lo que le dije a Callum iba en serio. Lo resolveremos juntos.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Esta vez es Dom.

Dom: Solo quiero decir que... sea lo que sea lo que te hace feliz, entrenador, nos alegramos por ti. El equipo te cubre las espaldas. Siempre.

Sonrío y le respondo: *Gracias, Dom. Significa mucho para mí.*

Dom: Además, la porra sobre si es Callum Brennan ya va por cincuenta pavos. Para que lo sepas.

Me río a carcajadas.

Yo: Sin comentarios.

Dom: Eso es básicamente una confirmación. Jenkins me debe veinte.

Hago la maleta y salgo. El día está radiante, la nieve impoluta.

Me siento... sereno. Con los pies en la tierra. Como si estuviera exactamente donde se supone que debo estar.

Con un equipo que me cubre las espaldas. En un pueblo que poco a poco se está convirtiendo en mi hogar. Con un hombre que me hace querer ser mejor.

El camino que tengo por delante es incierto. Habrá desafíos, escrutinio, momentos en los que será difícil.

Pero por primera vez en años, estoy deseando afrontarlo.

Porque no lo enfrento solo.

Chapter Twenty

Callum

El miércoles a las nueve de la mañana, ya sé que todo el pueblo ha estado hablando.

La pastelería lleva abierta tres horas y ya he esquivado una docena de variaciones de las mismas preguntas. ¿Dónde estabas exactamente durante la tormenta? ¿Cuánto tiempo estuviste a solas con el entrenador Nolan? Alguien ha dicho que el refugio climatizado tiene bancos…, bastante acogedor, ¿verdad?

La señora Patterson es la peor de todas; sus ojos brillan con especulación. —Se os ve más felices esta mañana. Más ligeros.

Le entrego el café, con una expresión cuidadosamente neutra. —Me alegro de que todos hayamos sobrevivido a la tormenta. ¿Su bollo?

Jamie por fin me rescata sobre las diez, haciéndose cargo del mostrador mientras yo me retiro a la cocina. Pero sigo oyendo el murmullo de las especulaciones a través de la puerta.

Me suena el móvil. Es Iris.

—¿Puedes hablar? —pregunta.

—Apenas. Esto es un caos.

—Me lo han contado. Todo el mundo habla de que Nolan y tú os quedasteis atrapados juntos. —Hace una pausa—. Cal, ¿pasó algo?

Me apoyo en la encimera y cierro los ojos. —Nos besamos.

—Ah. Ah. —Su voz se suaviza—. ¿Y cómo te sientes al respecto?

—Aterrado. Feliz. Confundido. Todo a la vez.

—¿Has pensado en lo que viene ahora? ¿La visibilidad? Porque salir con Nolan no es como salir con un tío cualquiera del pueblo de al lado.

—Lo sé.

—¿De verdad? —Su voz es amable pero seria—. Cal, anoche estuve dándole vueltas. ¿Lo has buscado en Google últimamente?

—¿Qué? No.

—Yo sí. —Hace una pausa—. Hay artículos sobre su carrera en la NHL, sobre que fue uno de los primeros jugadores en activo abiertamente gais, especulaciones sobre por qué lo dejó antes de tiempo. Un titular dice: «¿Dónde está ahora Nolan Hendricks?».

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Si un bloguero deportivo se entera de que está entrenando en una liga menor en una zona rural de Minnesota y saliendo con un padre soltero de allí… —continúa Iris con cuidado—. Eso es una noticia. Un reportaje de interés humano. Y no toda la atención será positiva.

No había pensado en eso. No había considerado que nuestro romance de pueblo pudiera convertirse en un titular.

—¿Y Caspian? Sus fotos del colegio podrían acabar en internet. Gente que no conoce, comentando sobre nuestra familia, nuestras vidas…

—No intento asustarte —me interrumpe Iris—. Intento asegurarme de que estés preparado. Porque esto ya no va solo de cotilleos de pueblo. Podría ser algo más grande.

Después de colgar, no puedo quitarme sus palabras de la cabeza.

La tarde es un poco mejor: menos clientes, menos escrutinio intenso. Pero sigue ahí.

A las tres, cierro para ir a recoger a Caspian del colegio. La cola para recoger a los niños es su propio infierno particular.

Apenas me he bajado del coche cuando Jennifer Wu se acerca, con expresión preocupada.

—Callum, he oído lo de anoche.

—Nos pilló la tormenta. No hay mucho que contar.

—Pero estaba a solas con él. En el estadio. —Mira a su alrededor, bajando la voz—. Algunos padres han estado hablando. Haciendo preguntas sobre… los límites. Sobre si es apropiado que el entrenador sea tan cercano a una de las familias.

—¿Apropiado? —La palabra sale más cortante de lo que pretendía.

—Entrena a los niños, Callum. Y si ustedes dos tienen una relación romántica… —duda—. No estoy diciendo que esté de acuerdo con ellos. Solo… pensé que debería saber que la gente está hablando. Quería que lo supiera por mí en vez de por los cotilleos.

Respiro hondo, obligando a mi voz a mantenerse estable. —Le agradezco que me lo diga directamente.

Ella asiente, con aspecto genuinamente incómodo. —Por si sirve de algo, no creo que tenga nada de malo. Usted merece ser feliz. Es solo que… ya sabe cómo es alguna gente.

Sí, lo sé. Ese es el problema.

Caspian sale del colegio dando saltos, ajeno a todo. —¡Papá! ¿A que no sabes qué? ¡Estamos aprendiendo sobre el sistema solar!

Conducimos a casa, y estoy intentando centrarme en su parloteo cuando dice, como si nada: —La madre de Jenny me ha preguntado hoy si el entrenador Nolan viene a nuestra casa. Y si somos amigos suyos. Y si lo vemos fuera de los entrenamientos.

Mis manos se aprietan en el volante. —¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que es mi entrenador y que lo vimos en el estadio durante la tormenta. ¿He hecho bien?

Le ha sacado información sobre mi vida personal a mi hijo de ocho años.

—Lo has hecho perfecto, campeón. —Le revuelvo el pelo, mientras la furia y el instinto protector luchan en mi pecho—. No tienes que responder a ese tipo de preguntas de los mayores. Si alguien te pregunta por nuestra vida privada, puedes decirle que me pregunten a mí.

—Pero ¿por qué iban a preguntarme a mí?

Porque te están usando para llegar a mí. Porque la curiosidad de pueblo no tiene límites.

—A veces los adultos se olvidan de sus modales —le digo en su lugar.

Esa noche, después de que Caspian se duerma, estoy sentado en el sofá cuando mi móvil vibra.

Nolan: ¿Cómo estás? Llevo todo el día pensando en ti.

Yo: ¿Sinceramente? No muy bien. El escrutinio es peor de lo que esperaba.

Nolan: Lo siento.

Yo: No es culpa tuya. Pero Nolan… una madre ha interrogado a mi hijo hoy. Sobre nosotros. Sobre si vienes a nuestra casa.

Nolan: ¿Qué?

Yo: E Iris me ha hecho ver algo que no había considerado. Si los medios se hacen eco de esto más allá de Northwood —si tu historia se convierte en noticia—, Caspian podría verse afectado. Fotos en internet, especulaciones, comentarios de extraños sobre nuestra familia.

Una larga pausa. Tres puntos que aparecen y desaparecen.

Nolan: ¿Podemos hablar? ¿En persona?

Yo: Sí. Mañana después del entrenamiento. Tenemos que averiguar si de verdad podemos hacer esto. Si el precio merece la pena.

Nolan: Cal, no quiero hacerte la vida más difícil.

Yo: Lo sé. Pero es lo que está pasando. Y tenemos que decidir qué vamos a hacer al respecto.

Dejo el móvil, pero el peso no desaparece.

Porque esta es la realidad. No solo la cálida sensación de un beso en un refugio, sino la fría realidad de la visibilidad, el escrutinio y las posibles consecuencias que se extienden mucho más allá de Northwood.

La casa está en silencio a mi alrededor. Caspian durmiendo arriba, a salvo e ignorante de todo. La vida que he construido, estable y predecible.

Y fuera de esa estabilidad, Nolan. Ofreciendo conexión, una relación, la posibilidad de no volver a estar solo.

Pero ¿a qué precio?

Eso es lo que tengo que averiguar. Antes de que esto vaya a más. Antes de enamorarme por completo de alguien cuya visibilidad podría poner a mi hijo en el punto de mira.

Mañana hablaremos. Hablaremos de verdad. Sobre límites y privacidad y lo que estamos dispuestos a arriesgar.

Y entonces tendré que decidir si estar con Nolan Hendricks vale el precio que quizá todos tengamos que pagar.

Chapter Twenty-One

Nolan

Sábado por la mañana, cuatro días después de la tormenta.

La charla crucial que Callum y yo teníamos que tener el jueves se pospuso; me escribió el miércoles por la noche diciendo que la pastelería estaba desbordada con los pedidos de las fiestas y preguntando si podíamos esperar hasta el fin de semana. Acepté, intentando no decepcionarme. El viernes llegó y se fue sin más. Ni una palabra sobre esa cena que había mencionado hacía semanas. Me dije a mí mismo que fuera paciente, que no forzara las cosas.

Pero hoy tengo una forma diferente de demostrar mi valía.

El aire del sábado por la mañana me muerde la cara mientras estoy de pie en el aparcamiento del estadio, viendo a mis jugadores llegar en grupos de dos y tres. La mayoría parecen confusos; les dije ayer que nos reuniéramos aquí con ropa de calle en lugar de con el equipamiento.

—Entrenador, ¿qué pasa? —pregunta Garrett, acercándose trotando con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta—. ¿Se ha cancelado el entrenamiento o algo?

—No exactamente. —Espero a que el resto del equipo se haya reunido: Dom, Henrik y una docena más, todos con distintos grados de curiosidad y preocupación—. Hoy vamos a hacer algo diferente.

—¿Diferente en qué sentido? —pregunta Dom.

—Servicio comunitario. —Saco la lista que Vera me ayudó a preparar—. Tenemos a seis residentes mayores que necesitan ayuda para quitar la nieve y preparar sus casas para el invierno. Os he dividido en parejas. Pasaréis la mañana ayudándolos.

Algunos gemidos, alguna mirada de fastidio. Garrett parece que quiere protestar.

—Esto forma parte de estar en este equipo —digo antes de que nadie pueda quejarse—. El hockey no es solo lo que pasa en el hielo. Se trata de formar parte de algo más grande que vosotros mismos. De ser miembros de esta comunidad que contribuyen, no solo que cogen.

—Mi abuela necesita ayuda con los canalones —ofrece Henrik en voz baja—. Iba a hacerlo mañana, pero si vamos a hacerlo hoy...

—Añádela a la lista.

Dom asiente. —Mi hermana pequeña hace cosas de estas con el colegio. Dice que la hace sentir bien.

Garrett todavía parece escéptico, pero no discute. Progreso.

Reparto las tareas, emparejando a los veteranos con los jugadores más jóvenes, asegurándome de que todos tengan un compañero. Luego cargamos palas de nieve, sal y herramientas básicas en la parte trasera de las camionetas y nos dirigimos a Northwood.

La primera casa pertenece a la señora Patterson. Sé por los comentarios de Callum que es su vecina mayor; vive a dos casas de él. Abre la puerta antes de que lleguemos al porche, su rostro curtido se ilumina con una amplia sonrisa.

—¡Oh, chicos! —Junta las manos—. Nolan Hendricks, había oído que estabas entrenando a nuestro equipo, pero no me esperaba esto.

—Buenos días, señora Patterson. Estamos aquí para ayudarla en lo que necesite.

Nos pone a trabajar despejando la entrada y el camino, y luego insiste en que revisemos sus canalones y nos aseguremos de que las contraventanas estén bien fijadas. Dom y su compañero se suben a unas escaleras mientras yo superviso desde abajo, asegurándome de que nadie se parta el cuello.

—Les está enseñando buenos valores —dice la señora Patterson, apareciendo a mi lado con una bandeja de chocolate caliente—. No como algunos entrenadores a los que solo les importan las victorias.

—Las victorias no significan mucho si no estás formando a buenos hombres en el proceso.

Me estudia con esos ojos agudos a los que probablemente no se les escapa nada. —Dar la cara importa. Día tras día. Incluso cuando es difícil. La gente se da cuenta de ese tipo de cosas.

Siento que sus palabras encierran algo más, pero me limito a aceptar el chocolate caliente y a gritarle a Dom que tenga cuidado en la escalera.

Para la tercera casa, el trabajo se ha transformado de una obligación a regañadientes en otra cosa. Garrett enseñando a un jugador más joven a descongelar los escalones correctamente, paciente y meticuloso. Henrik explicando a la señora Kowalski qué son las llamas piloto con una sorprendente delicadeza. Dom organizando la entrega de leña con una eficacia inesperada.

Ya no lo hacen solo porque se lo haya dicho yo. Están implicados. Comprometidos. Construyendo algo más allá del hockey.

—¡Entrenador!

Me doy la vuelta y veo a Caspian corriendo por la acera, con la cara sonrojada por el frío y la emoción. Callum lo sigue a un ritmo más comedido, llevando lo que parece un termo y una bolsa.

Algo se me encoge por dentro cuando lo veo.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Caspian, mirando a todos los jugadores que trabajan.

—Un proyecto de servicio comunitario. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Vivimos a dos casas. —Caspian señala una casa azul con molduras blancas—. Papá dijo que deberíamos traeros café caliente y galletas porque estáis ayudando a la señora Patterson y ella se lo ha contado a todo el mundo en la pastelería esta mañana.

Por supuesto que lo ha hecho. Pueblos pequeños.

Callum llega a nuestro lado, y trato de no quedarme mirando cómo su grueso jersey hace que sus ojos parezcan increíblemente verdes, el ligero rubor en sus mejillas por el frío. Lleva un gorro de

punto que hace que su pelo se levante un poco, y es injustamente adorable.

—He pensado que tendríais frío —dice, extendiendo el termo.

—Gracias. —Nuestros dedos se rozan cuando lo cojo, y veo cómo se le corta la respiración. A mí también.

Caspian ya ha corrido a ver trabajar a Garrett, acribillándolo a preguntas sobre la técnica adecuada para quitar la nieve. Varios de mis jugadores miran la bolsa de galletas con evidente interés.

—Ha sido un detalle por tu parte —digo.

—La señora Patterson es nuestra vecina. Y lo que estás haciendo... —Señala a los jugadores esparcidos por tres patios diferentes—. Está bien. Enseñarles a devolver algo a la comunidad.

—He pensado que ya era hora de que aprendieran que el hockey es más que solo hockey.

Me mira a los ojos, y algo pasa entre nosotros. Comprensión, quizás. O el reconocimiento de que a ambos nos importan las mismas cosas: forjar el carácter, crear una comunidad, ser parte de algo significativo.

—¿Puedo ayudar? —Caspian aparece a mi lado, saltando sobre la punta de los pies—. ¿Porfa? Se me da bien usar la pala. Papá me hace limpiar nuestro camino todo el tiempo.

Miro a Callum, para comprobar. Nuestras miradas se encuentran, y lo veo sopesándolo: el riesgo de que Caspian se apegue más, el simple hecho de que su hijo quiere ser parte de esto. La cuestión de si confía en mí para algo más que el entrenamiento de hockey.

Finalmente, asiente. —Quédate donde pueda verte. Y haz caso en todo lo que diga el entrenador Nolan.

—¡Lo haré!

Algo pasa entre Callum y yo en ese momento. Confianza, quizás. O el principio de ella.

Y así, sin más, estamos trabajando juntos. Yo enseñándole a Caspian la técnica adecuada para levantar la nieve sin forzar la espalda. Callum repartiendo galletas y café a los jugadores ateridos de frío. Los chicos tratando a Caspian como a un hermano pequeño, dejándole ayudar, enseñándole a echar la sal correctamente, elogiando su esfuerzo.

Esto es lo que quería construir. No solo un equipo de hockey, sino una comunidad donde la gente se cuida mutuamente. Donde un niño como Caspian puede sentir que pertenece. Donde alguien como yo —abiertamente gay, ya no una estrella— puede encontrar un propósito en ayudar a otros a crecer.

A primera hora de la tarde, hemos terminado las seis casas. Los jugadores están cansados pero satisfechos, con las caras rojas por el frío y el esfuerzo, y el ánimo alto de una manera que no tiene nada que ver con ganar partidos.

Nos reunimos en la entrada de la casa de la señora Patterson para las últimas instrucciones.

—Buen trabajo hoy —les digo—. Esto es lo que significa estar en este equipo. Que dais la cara. Que ayudáis. Que contribuís a mejorar esta comunidad. Eso es más importante que cualquier campeonato.

—¿Significa eso que nos libramos del entrenamiento físico del lunes? —pregunta Garrett con esperanza.

—En absoluto.

Gemidos, pero son de buen humor. Algunos chicos se quedan a charlar, preguntando sobre mis propias experiencias con el servicio comunitario cuando jugaba en la NHL. Soy sincero; les digo que no hubo mucho. Demasiado centrado en mi propia carrera, mis propias estadísticas, mi propio éxito.

—Ahora estoy aprendiendo lo que importa —admito—. Más vale tarde que nunca.

Dom me da una palmada en el hombro. —Nos estás enseñando, entrenador. Eso es lo que importa.

Se marchan, despidiéndose, prometiendo estar en el entrenamiento del lunes listos para trabajar. Caspian ha vuelto a casa con Callum, no sin antes preguntar si puede venir al próximo proyecto de servicio comunitario.

—Depende de tu padre —le dije.

Ahora solo quedamos yo y las entradas de garaje vacías, los caminos despejados, la prueba visible de lo que hemos logrado hoy.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Vera: *He oído lo de vuestro día de servicio comunitario. Bien hecho, entrenador. Eso es exactamente lo que este equipo necesitaba.*

Sonrío, guardándome el móvil. Luego vuelvo a mi camioneta, pensando en la forma en que Callum me ha mirado hoy. No con sospecha o dolor, sino con algo más suave. Algo parecido a la aprobación.

Como si quizás estuviera empezando a ver lo que estoy tratando de construir aquí.

Como si quizás, solo quizás, estuviera listo para dejarme demostrar mi valía.

Chapter Twenty-Two

Callum

Sábado por la tarde, y estoy en la pastelería terminando el papeleo del ajetreo de la mañana. Por la ventana, todavía puedo ver pruebas de la actividad de esta mañana: el camino de entrada despejado de la señora Patterson, la casa de los Kowalski dos puertas más allá con sal recién echada en el sendero, señales del trabajo del equipo por todo el vecindario.

Los he estado observando toda la mañana, incapaz de evitarlo. Cada vez que levantaba la vista de la caja registradora o del expositor, allí estaban. Trabajando. Trabajando de verdad, no solo para cubrir el expediente.

Dom en una escalera revisando los canalones. Garrett enseñando a un jugador más joven a raspar el hielo correctamente con una paciencia sorprendente. Henrik acarreando sacos de sal como si no pesaran nada. Y Nolan, moviéndose entre todos ellos, supervisando con la misma paciencia que demuestra sobre el hielo.

—Llevas toda la mañana buscando excusas para mirar por esa ventana —dice Jamie, limpiando la máquina de café—. Ve a hablar con él y ya está.

—No estoy..., estaba observando.

—Ajá.

Le ignoro y vuelvo a llenar el mostrador de bollería, colocando los rollos de canela que quedan con más esmero del necesario. El

ajetreo de la mañana ha terminado, dejando solo a unos cuantos clientes habituales repartidos por las mesas con sus portátiles y su café. La pastelería se siente cálida y tranquila, y el polvo de harina capta la luz invernal.

A través del cristal, veo a Garrett ayudando a la señora Kowalski a bajar los escalones de la entrada. La trata con delicadeza, con paciencia, sujetándole el brazo como si estuviera hecha de algo frágil. No es el chaval engreído del que he oído hablar a otros padres. No es el jugador que supuestamente se cree destinado a cosas más grandes que Northwood.

Y Nolan observa, asintiendo en señal de aprobación, diciendo algo que hace sonreír a Garrett.

Se le da bien esto. Enseñarles a ser mejores personas, no solo mejores jugadores.

Algo se relaja en mí, solo una pizca. Lo justo para ser peligroso.

—Realmente lo está haciendo, ¿verdad? —Jamie aparece a mi lado con su propia taza de café, siguiendo mi mirada—. Construyendo algo real con esos chicos.

—Sí —admito—. Lo está haciendo.

—Y tú sigues intentando convencerte de que no te interesa.

Le lanzo una mirada.

—¿No tienes mesas que recoger?

—Ya he terminado. Son las once y media de un sábado. Esto está muerto hasta la hora punta del almuerzo. —Se apoya en el mostrador—. Sabes que no pasa nada por darle una oportunidad, ¿verdad? La gente tiene derecho a cambiar.

—Lo sé.

—¿De verdad? Porque, desde mi punto de vista, te estás esforzando mucho por encontrar razones para no hacerlo.

La campanilla de la puerta suena antes de que pueda responder. La señora Patterson entra arrastrando los pies, con la cara sonrosada por el frío, envuelta en unas tres capas de bufandas.

—¡Callum! —Se dirige al mostrador—. ¿Has visto lo que están haciendo esos chicos?

—Es difícil no verlo. —Señalo hacia la ventana.

—¡Es maravilloso! Ese nuevo entrenador tuyo lo organizó todo. ¡Seis casas! —Está que no cabe en sí de entusiasmo—. Me han despejado el camino de entrada, revisado los canalones, asegurado todas las contraventanas, acercado la leña a la puerta. Y no han querido aceptar ni un céntimo.

—Es muy amable por su parte.

—¿Amable? Es maravilloso. —Se inclina en plan conspirador—. Y ese Nolan Hendricks. Qué caballero. Tan respetuoso.

Mis manos se paralizan en la taza de café que sostengo.

—Preguntó por ti, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —Las palabras salen con más interés del que pretendía.

—Oh, sí. Cuando le di las gracias, le mencioné que tú también eras mi vecino. Fue entonces cuando preguntó si estabas bien, si Caspian estaba contento. —Hace una pausa, disfrutando a todas luces del momento—. Dijo que estaba agradecido de entrenar a un chico tan especial. Esa fue la palabra exacta que usó: especial.

El calor me sube por el cuello.

—Señora Patterson...

—Luego dijo algo sobre esperar que las cosas pudieran arreglarse.

—¿Arreglarse?

—Entre vosotros dos, querido. —Sus ojos brillan detrás de las gafas—. Soy vieja, no ciega. Y te conozco desde que tenías la edad de Caspian. Veo cómo le miras cuando crees que nadie te observa.

Jamie hace un ruido que podría ser una tos o una risa. Le lanzo una mirada fulminante.

—No dejes que el orgullo te impida ser feliz —continúa la señora Patterson, dándome una palmadita en la mano—. La vida es demasiado corta para esas tonterías. Yo malgasté cinco años siendo terca con mi Harold, y me arrepiento de cada uno de esos días. No cometas mis errores.

Pide su habitual té Earl Grey y un cruasán de mantequilla, paga con el cambio exacto y se instala en su mesa de la esquina con un suspiro de satisfacción.

Intento concentrarme en el trabajo. Intentar dejar de mirar por la ventana para ver si Nolan sigue allí, si sigue siendo paciente y amable y todo lo que intento desesperadamente no notar.

Pero no dejo de verle ahí fuera. Agachado, hablando con los jugadores más jóvenes, gesticulando con las manos mientras explica algo. La forma en que los chicos le responden: no con miedo ni resentimiento, sino con respeto. Incluso con afecto.

Está construyendo algo bueno. El tipo de equipo —el tipo de comunidad— que importa más que los campeonatos.

Y no dejo de oír las palabras de la señora Patterson: «esperando que las cosas pudieran arreglarse».

Como si yo fuera algo por lo que valiera la pena tener esperanza.

Como si lo de hace doce años no hubiera sido un final, sino solo un intermedio, y ahora ambos estuviéramos de vuelta donde empezamos, solo que más sabios y más valientes y quizá por fin preparados para lo que entonces tuvimos demasiado miedo de alcanzar.

—Lo estás haciendo otra vez —dice Jamie.

—¿Haciendo qué?

—Esa mirada. La mirada que dice que estás a punto de hacer algo impulsivo y posiblemente romántico. —Sonríe—. Me encanta esa mirada.

Me vuelvo hacia la máquina de café, pero no se equivoca.

Sé exactamente lo que voy a hacer.

Para cuando cierro el sábado por la tarde, mi determinación se ha desmoronado por completo.

Voy a hornear sus galletas favoritas.

La tienda está en silencio ahora, solo yo y el calor persistente de los hornos. La luz del atardecer se cuela por las ventanas, convirtiendo el polvo de harina en algo casi mágico. Saco los ingredientes con el piloto automático: harina, azúcar, mantequilla, vainilla. Las pepitas de chocolate de las buenas, no de las baratas. La receta de mi abuela, la que no he hecho en años porque me recuerda demasiado al instituto.

A estar sentado en la cocina de Nolan después de clase, mientras su madre estaba en el trabajo, enseñándole a hacerlas porque decía que eran las mejores galletas que había probado nunca. A la forma en que robaba pepitas de chocolate directamente de la bolsa y yo le daba un manotazo en la mano, riendo. A lo cerca que estábamos en

la encimera, rozándonos los hombros, y cómo se me aceleraba el corazón cada vez que nuestras manos se tocaban.

Tenía diecisiete años y estaba muy confundido. Ahora tengo treinta, soy abiertamente gay, estoy criando a un hijo solo y sé perfectamente qué eran esos sentimientos.

Sé lo que siguen siendo.

La masa se forma bajo mis manos, familiar y reconfortante. La reparto en porciones sobre las bandejas del horno, cada una precisa. Las meto en el horno y pongo el temporizador. En cuestión de minutos, el aroma inunda la pastelería: mantequilla, chocolate y vainilla, dulce, cálido y nostálgico.

Veinte minutos después, estoy mirando dos docenas de galletas con pepitas de chocolate perfectas enfriándose en las rejillas.

Y no tengo ni idea de qué hacer con ellas.

Quiero decir, sé lo que quiero hacer. Empaquetarlas, conducir hasta su apartamento, entregárselas. Ver cómo se le ilumina la cara cuando se dé cuenta de lo que son. Quizá quedarme y hablar. Quizá tener por fin una conversación honesta sobre lo que está pasando entre nosotros.

Pero Nolan Hendricks no es solo el chico por el que sentía algo en el instituto. Es un excapitán de la NHL cuya vida ha sido documentada, cuya salida del armario fue captada por las cámaras, cuyas parejas fueron acosadas hasta que no pudieron más.

He construido mi vida aquí con mucho cuidado: fuera del armario, pero con mesura; visible, pero no demasiado. «Su pastelero gay» que no arma jaleo.

Salir con Nolan cambiaría eso. Me haría visible de formas en las que nunca lo he sido. Potencialmente, también pondría a Caspian en el punto de mira.

¿Estoy preparado para eso?

¿Es justo para Caspian?

Empaqueto las galletas de todos modos, mis manos se mueven antes de que mi cerebro pueda convencerme de lo contrario. Cierro la tapa con un suave chasquido.

Luego me quedo ahí, de pie, sosteniendo unas galletas para un hombre al que me aterra desear tanto.

Lo inteligente sería meterlas en el congelador. Olvidarme del tema. Mantener mi vida sencilla y segura, exactamente como la he construido cuidadosamente.

Pero estoy tan cansado de ser inteligente. Tan cansado de protegerme de las posibilidades.

La señora Patterson dijo que la vida es demasiado corta para esas tonterías.

Quizá tenga razón.

El domingo pasa en una neblina de ansiedad y dudas. El recipiente está en la encimera de mi cocina, un recordatorio constante de mi indecisión. Lo cojo una docena de veces. Lo dejo otras tantas.

Caspian me pregunta por qué he hecho tantas galletas si no nos las vamos a comer.

—Son para alguien especial —le digo.

—¿El entrenador Nolan? —pregunta, demasiado perspicaz para su propio bien.

—Quizá.

—Deberías dárselas. Le gustarían mucho. Siempre dices que las galletas saben mejor cuando las compartes con la gente que te importa.

De la boca de los niños sale la verdad.

El domingo por la noche, tomo una decisión. Se las llevaré el lunes antes del amanecer, mientras el pueblo aún duerme. De esa forma, si no responde, si ha sido demasiado y demasiado pronto, podré fingir que fue solo un gesto de agradecimiento. Nada más.

El lunes por la mañana, antes de que salga el sol, conduzco hasta el apartamento de Nolan, encima de la ferretería. Subo la escalera exterior tan silenciosamente como puedo, con el corazón latiéndome tan fuerte que estoy seguro de que lo despertará.

Dejo el recipiente en el rellano, justo donde tendrá que pasar por encima. Saco la nota del bolsillo, escrita en un trozo de papel de recibo de la pastelería porque cualquier cosa más elegante me parecía demasiado:

Por el proyecto de servicio comunitario. Gracias por ser el tipo de entrenador (y persona) que enseña algo más que hockey. -C

Luego me retiro antes de acobardarme, volviendo a la pastelería en la oscuridad previa al amanecer.

Abro Sweet Provisions a las seis de la mañana como siempre, pongo el café, saco de la cámara frigorífica lo preparado el día anterior. Realizo mi rutina matutina con el piloto automático mientras mi mente da vueltas a lo que he hecho.

He dado un paso. He hecho un gesto. Le he demostrado que me estoy ablandando, que lo que está haciendo importa, que quizá —solo quizá— estoy preparado para dejar que se demuestre a sí mismo.

Ya no hay marcha atrás.

Y no tengo ni idea de si soy valiente o insensato o una mezcla de ambas cosas.

Pero las galletas están entregadas, y todo lo que puedo hacer es esperar a ver qué pasa después.

Chapter Twenty-Three

Nolan

Lunes por la mañana y casi me tropiezo con el recipiente al salir por la puerta.

Está en el rellano, en lo alto de la escalera exterior. Lo han debido de entregar antes del amanecer, mientras yo aún dormía. Un sencillo recipiente de pastelería blanco, del tipo que Callum usa en Sweet Provisions para los pedidos grandes.

Sin nombre en la tapa. Solo el recipiente ahí, en el frío aire de noviembre.

Lo cojo y, aun a través del plástico, noto que todavía están ligeramente calientes. Recién salidas del horno esta mañana, horneadas probablemente en esa tranquila hora antes del alba en la que Callum hace su mejor trabajo.

Abro la tapa.

Galletas con pepitas de chocolate. Dos docenas, perfectamente doradas, con el chocolate todavía blando. Tienen exactamente el mismo aspecto que las que hacíamos juntos en el instituto, cuando iba a su casa después de entrenar y asaltábamos el recetario de su abuela.

Cuando estaba demasiado asustado y confuso para entender por qué, de pie junto a él en su cocina, rozándonos los hombros mientras medíamos la harina, mi corazón se aceleraba más que en cualquier partido.

Hay una nota metida bajo la fila de arriba. Pequeña, simple, escrita con la letra pulcra de Callum en un trozo de papel de recibo de la pastelería:

Para el proyecto de servicio comunitario. Gracias por ser el tipo de entrenador (y persona) que enseña más que hockey. -C

Eso es todo. Ninguna gran declaración. Ningún romance deletreado en términos explícitos.

Pero tengo que apoyarme en la barandilla un segundo porque la simple amabilidad del gesto me golpea más fuerte de lo que esperaba.

Se acordaba. Después de doce años, se acordaba de que estas eran mis favoritas. Se acordaba de la receta, se acordaba de cómo las hacíamos juntos, se acordaba lo suficiente como para recrear algo de cuando teníamos diecisiete años y a ninguno de los dos nos salían las palabras para lo que sentíamos.

Y las ha horneado. Se ha levantado antes del amanecer y las ha hecho específicamente para mí, y luego las ha dejado donde sabía que las encontraría.

Cierro el recipiente con cuidado, como si pudiera romperse, y lo bajo hasta mi camioneta con más delicadeza de la que he llevado nada en mi vida. Lo coloco en el asiento del copiloto, donde puedo verlo durante todo el trayecto hasta el pabellón.

Las galletas huelen a recuerdos. A posibilidades. A que quizá, después de todo, las segundas oportunidades son reales.

El equipo ya está reunido en la sala de vídeo para nuestra habitual sesión de los lunes por la mañana cuando entro con el recipiente. Están repantigados en las sillas, con tazas de café y bebidas energéticas, con distintos grados de vigilia.

—¡El entrenador ha traído algo de picar! —resuena la voz de Garrett por la sala.

—No es algo de picar —lo corrijo, dejando el recipiente sobre la mesa de delante—. Es combustible para la excelencia.

—¿Así es como llamamos ahora a las galletas? —pregunta Dom, sonriendo de oreja a oreja.

—Estas no son unas galletas cualquiera. —Abro el recipiente y el olor inunda la sala al instante—. Son del mejor pastelero de

Minnesota.

—¿Sweet Provisions? —Henrik se inclina hacia delante—. A mi madre le encanta ese sitio.

—El mismo. —Paso el recipiente, observando cómo cada uno coge una o dos—. Callum Brennan quería mostrar su agradecimiento por lo que hicimos el sábado.

—Joder —masculla Garrett con la boca llena—. Están increíbles.

—Esa boca —digo automáticamente—. Y sí. Lo están.

Dom me mira desde el otro lado de la sala. Su mirada se posa en el recipiente, luego vuelve a mi cara, y la comprensión aflora en su rostro. No dice nada, solo coge otra galleta y se recuesta, pero veo que está atando cabos.

Pueblos pequeños. Todo el mundo conoce los asuntos de los demás, quieras o no.

Pasamos la siguiente hora revisando el vídeo de nuestro último partido; una derrota, pero no de las malas, con una clara mejora en nuestro posicionamiento defensivo. Las galletas desaparecen mientras trabajamos, los chicos las cogen distraídamente mientras se concentran en la pantalla.

—Esto —digo, destacando una secuencia en la que Garrett pasó en lugar de tirar, dándole a Dom un mejor ángulo—. A esto me refiero. El talento individual no gana campeonatos. Los equipos sí. La confianza sí.

Para cuando los mando a entrenar, el recipiente está vacío, a excepción de las migas.

—Esas galletas estaban buenísimas —dice Garrett al salir—. Dale las gracias al señor Brennan.

—Lo haré.

—¿Y, entrenador? —Se detiene en la puerta, con un aire de incertidumbre poco característico en él—. Gracias por lo del sábado. Mi abuela me llamó ayer para decirme lo orgullosa que estaba. Es la primera vez que me lo dice en… bastante tiempo.

—Te lo ganaste. Estuviste genial con la señora Kowalski.

Agacha la cabeza, avergonzado pero satisfecho, y se marcha.

Dom se queda atrás después de que todos se hayan ido, ayudándome a recoger las tazas de café vacías aunque no tiene por

qué.

—Así que… —dice con indiferencia— Callum Brennan te ha hecho galletas.

—Le ha hecho galletas al equipo. Para dar las gracias.

—Ajá. ¿Y resulta que sabía cuáles eran tus favoritas? —La sonrisa de Dom es cómplice—. Todo el equipo se dio cuenta el sábado de que estabas con él, entrenador. Nos fijamos en las cosas.

—Yo no…

—No pasa nada. Es un buen tipo. Caspian es un crío genial. —Se dirige hacia la puerta y luego se vuelve—. Por si sirve de algo… creo que mola. Tener un entrenador que es él mismo. Que no se esconde ni finge ser algo que no es. Hace que sea más fácil para el resto de nosotros hacer lo mismo.

Se ha ido antes de que pueda responder, dejándome solo en la sala de vídeo con un recipiente de galletas vacío y sentimientos que no sé muy bien qué hacer con ellos.

El entrenamiento de los niños no empieza hasta las cuatro, lo que me da tiempo para trabajar en los planes de desarrollo individual. Pero no paro de pillarme mirando el móvil, preguntándome si debería mandarle un mensaje a Callum para darle las gracias.

Preguntándome si eso sería demasiado, demasiado pronto.

Preguntándome si él se estará preguntando lo mismo.

A las tres y media, los niños empiezan a llegar al pabellón. Les ayudo a ponerse los patines, compruebo que los cascos estén bien ajustados, respondo a las mil preguntas que los niños de ocho años siempre tienen sobre todo.

Caspian llega justo a las cuatro, corriendo hacia mí con la cara iluminada por la emoción.

—¡Entrenador Nolan!

—Hola, campeón. ¿Listo para trabajar?

—¡Sí! —Deja su bolsa en el suelo y luego me mira con una expresión que se esfuerza mucho por parecer casual—. ¿Te… te han dejado algo en tu apartamento esta mañana?

Me agacho a su altura. —Sí. Galletas con pepitas de chocolate. Estaban deliciosas.

Se le ilumina toda la cara. —Papá dijo que eran tus favoritas de cuando estabais en el instituto. ¿Te han gustado? ¿Seguían estando buenas? Las hizo el sábado por la noche y me dejó ayudarle a medir las pepitas de chocolate y dijo que…

—Caspian. —Le pongo una mano en el hombro, con suavidad—. Estaban perfectas. Las mejores galletas que he comido en doce años. Tu padre y tú habéis hecho un trabajo increíble.

—¿De verdad?

—De verdad. De hecho, las he compartido con el equipo esta mañana y a todo el mundo le han encantado.

Lo procesa por un segundo y luego sonríe de oreja a oreja. —Papá se va a poner muy contento. Le preocupaba que no te gustaran. O que a lo mejor no te acordaras.

La idea de que Callum estuviera preocupado, de que le importara lo suficiente como para preocuparse, se instala cálidamente en mi pecho.

—Me acordaba —digo en voz baja—. Y tu padre es un pastelero increíble. Estoy muy agradecido de que pensara en mí.

—Piensa mucho en ti —dice Caspian con la honestidad brutal que solo los niños son capaces de tener—. Intenta hacer como que no, pero se le nota.

De la boca de los niños…

—Venga, a ponerte los patines —le digo, alborotándole el pelo—. Tenemos trabajo que hacer.

Sale corriendo para unirse a los otros niños y yo me enderezo. Al otro lado del hielo, a través del cristal, veo a Callum de pie en las gradas. Debe de haber aparcado y entrado después de dejar a Caspian.

Nuestras miradas se encuentran.

Levanta una mano en un pequeño saludo, indeciso. Haciendo una pregunta que no estoy seguro de que sepa que está haciendo.

Le devuelvo el saludo y luego me toco el pecho sobre el corazón; un pequeño gesto, nada dramático, pero que espero que comunique lo que no puedo decir a través de una pista de hockey llena de niños de ocho años.

Gracias. Me acuerdo. Esto lo es todo para mí.

Su expresión se suaviza e, incluso desde aquí, puedo ver cómo la tensión abandona sus hombros. Sonríe; no la sonrisa profesional que luce en la pastelería ni la sonrisa cautelosa que usa con los otros padres, sino algo real y cálido y solo para mí.

Luego se sienta en las gradas para ver el entrenamiento y yo me vuelvo hacia los niños.

Hay cosas que nunca cambian.

Pero algunas cosas sí. Y quizá, solo quizá, ambos somos por fin lo bastante valientes como para dejar que lo hagan.

El entrenamiento se alarga porque los niños están llenos de energía y concentrados. Caspian mejora en cada sesión, su patinaje es cada vez más seguro, su manejo del disco más fluido. Tiene instinto natural, puede leer hacia dónde va el disco antes de que llegue allí.

Pero, más que eso, tiene corazón. Determinación. El tipo de resiliencia que no se puede enseñar.

Cuando terminamos, después de que hayan recogido a los otros niños, Caspian se queda mientras yo guardo el material.

—¿Entrenador Nolan?

—¿Sí, campeón?

—¿Te vas… —Duda, arrastrando los patines por la alfombra de goma—. ¿Te vas a quedar? O sea, ¿no te vas a ir de Northwood?

La pregunta me golpea más de lo que debería. —¿Por qué lo preguntas?

—Porque papá está contento cuando estás cerca. Y no quiero que vuelva a estar triste como antes.

Antes. Cuando me fui hace doce años sin explicar por qué. Cuando rompí algo entre nosotros que Caspian es demasiado joven para entender, pero lo suficientemente mayor como para intuir.

Me agacho, asegurándome de estar a la altura de sus ojos. —No me voy a ir a ninguna parte, Caspian. Te lo prometo. Este es mi hogar ahora. Tú, tu padre y este equipo… aquí es donde quiero estar.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Estudia mi cara durante un largo momento y luego asiente, satisfecho. —Vale. Bien.

—¿Te molesta eso? ¿Que me guste mucho tu padre?

—No. —Lo dice con sencillez, como si nada—. Creo que molaría. Tommy tiene dos padres y dice que es genial porque son el doble de regalos de cumpleaños y el doble de gente para jugar a la pelota.

Se me hace un nudo en la garganta. —Bueno. Tu padre y yo estamos… estamos viendo cómo van las cosas. Despacio. Pero a mí también me gusta mucho.

—Bien. —Coge su bolsa—. Pero no la fastidies, ¿vale? Es el mejor padre del mundo y no quiero que nadie lo ponga triste.

—No lo haré —prometo—. Es lo último que querría.

Callum aparece en la puerta entonces, y Caspian corre hacia él, parloteando sobre el entrenamiento. Callum escucha con esa atención paciente que tienen los buenos padres, pero sus ojos no dejan de buscarme por encima de la cabeza de Caspian.

Cálidos. Indecisos. Llenos de esperanza.

—Gracias —musito.

Él sonríe y lo siento como la luz del sol.

—¡Hasta mañana, entrenador! —grita Caspian mientras se marchan.

—Hasta mañana.

Los veo irse; esta pequeña unidad familiar que, de alguna manera, se ha convertido en el centro de todo lo que quiero.

Por primera vez en doce años, me permito creer que quizá, después de todo, merezco cosas buenas. Que quizá merezco una segunda oportunidad para alcanzar la felicidad que tuve demasiado miedo de buscar cuando teníamos diecisiete años.

Quizá los merezco a ellos.

Chapter Twenty-Four

Callum

Lunes por la tarde, cuatro y media.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Adivina qué!

Caspian irrumpe en la pastelería como un pequeño huracán, con la cara sonrojada por el entrenamiento y el aire frío, arrastrando la bolsa de hockey tras de sí.

—Habla más bajo, campeón —le recuerdo con amabilidad, señalando con la cabeza al puñado de clientes que aún se toman el café con calma—. ¿Qué te tiene tan emocionado?

—¡El entrenador Nolan ha compartido tus galletas con todo el equipo! ¡Durante su reunión de esta mañana! ¡Y les ha dicho a todos que eran del mejor pastelero de Minnesota! —está saltando sobre las puntas de los pies—. A todo el mundo le han encantado. Garrett ha dicho que estaban increíbles. Y Henrik ha dicho que a su madre le encanta nuestra pastelería.

Algo cálido se expande en mi pecho.

—¿Las ha compartido con el equipo?

—¡Sí! Ha dicho que eran combustible para la excelencia —Caspian se ríe—. Pero luego todo el mundo se las ha comido de todas formas.

—No eran simples galletas —digo, más para mí que para él.

—Lo sé. Eran galletas especiales. De las que solo haces para la gente que te cae muy bien —lo dice con la certeza absoluta de un

niño de ocho años que cree que lo entiende todo—. Al entrenador Nolan le han gustado mucho. Se le notaba.

—¿Cómo se le notaba?

—Porque ha puesto una cara... Como... —Caspian arruga la cara, intentando encontrar las palabras—. Como cuando te di la tarjeta del Día del Padre que hice. Todo tierno y feliz.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Ha dicho algo más?

—Solo que estaban perfectas y que habíamos hecho un buen trabajo. Ah, y ha dicho que gracias por pensar en él —Caspian deja su bolsa junto al mostrador—. ¿Puedo comerme una galleta?

—Puedes comerte una de avena y pasas.

—Pero esas no están tan buenas.

—Por eso hemos vendido todas las de pepitas de chocolate y todavía nos quedan de estas —le cojo una de todos modos, más un vaso de leche—. Ve a hacer los deberes a la mesa de la esquina. Cierro en media hora y nos vamos a casa.

Coge la galleta y la leche, refunfuñando de buen humor, y se instala en su sitio de siempre.

La campanilla de la puerta tintinea.

Levanto la vista, esperando a la señora Patterson o a otro cliente habitual.

Es Nolan.

Claro que vendría; las galletas eran un gesto claro, y esta es su respuesta. Reciprocidad.

Todavía lleva su ropa de entrenador: sudadera de los Icemen, vaqueros oscuros. Su pelo está ligeramente húmedo de la ducha. Lleva un termo, sujetándolo con cuidado con ambas manos.

Nuestras miradas se cruzan, y algo pasa entre nosotros. Reconocimiento. Gratitud. El frágil comienzo de algo que ninguno de los dos está todavía listo para nombrar.

—Hola —dice.

—Hola.

—Yo, eh... —levanta el termo—. Te he traído café. Café bueno, no de gasolinera. He pensado que, como llevas todo el día sirviendo a los demás, a lo mejor te apetecía algo para ti.

El gesto es tan considerado, tan sencillo y perfecto, que tengo que tragar para deshacer el nudo que se me ha formado de repente en la garganta.

—Eso es... gracias. No tenías por qué hacerlo.

—Tú no tenías por qué hacerme galletas. Pero lo hiciste —deja el termo en el mostrador, entre nosotros—. Y estaban increíbles. Exactamente como las recordaba. Exactamente como las hacíamos antes.

—No estaba seguro de si siquiera te acordarías.

—¿Bromeas? Llevo doce años pensando en esas galletas —su sonrisa es suave, autocrítica—. Nada ha vuelto a saber tan bien.

—¡Entrenador Nolan! —Caspian lo ha visto, abandonando sus deberes de inmediato—. ¿Le has contado a papá cómo le han encantado las galletas a todo el mundo?

—Se lo he mencionado al equipo —dice Nolan, girándose para incluir a Caspian en la conversación—. Tu padre tiene un talento increíble.

Caspian sonríe de oreja a oreja.

—Yo ayudé a medir las pepitas de chocolate.

—Entonces, eres parte de la razón por la que estaban tan buenas —Nolan alarga la mano para revolverle el pelo, y el cariño natural entre ellos hace que algo me duela en el pecho—. Ahora vuelve a tus deberes antes de que tu padre te castigue.

—No me castigaría por hablar contigo.

—No estés tan seguro —digo, pero estoy sonriendo—. Los deberes. Ahora.

Se queja con dramatismo, pero regresa a su mesa, aunque no deja de mirarnos.

—¿Puedo...? —Nolan señala uno de los taburetes—. ¿Tienes un minuto?

—Tengo tiempo —me sirvo una taza del termo —está exactamente como me gusta, lo que significa que o se acordaba o se ha fijado— y me apoyo en el mostrador—. El negocio va lento a esta hora de todas formas.

—¿Buen café?

—Café estupendo. Gracias. De verdad.

Nos quedamos ahí un momento, en un silencio cómodo, como no lo había sido desde que volvió.

—Echaba de menos esto —dice Nolan en voz baja—. Hornear contigo, sí. Pero también simplemente... hablar contigo. Estar contigo. No me di cuenta de cuánto hasta que volví.

—Te fuiste sin despedirte. Sin dar explicaciones. Simplemente... desapareciste.

—Fui un cobarde. Sabía que si intentaba despedirme, si intentaba explicarme... —se detiene, reuniendo valor—. Habría tenido que admitir cosas que no estaba preparado para admitir. Sobre mí. Sobre lo que sentía por ti.

—Nolan...

—No tienes que decir nada. Solo quiero que sepas que dejarte fue el peor error que he cometido en mi vida —se mira las manos—. No ir a la NHL... eso iba a pasar de todas formas. ¿Pero irme como lo hice? ¿Dejarte de lado porque tenía demasiado miedo para lidiar con mis propios sentimientos? De eso es de lo que más me arrepiento.

Tomo un sorbo de café, ganando tiempo. La pastelería está en silencio, salvo por el rasgueo del lápiz de Caspian y el zumbido de la nevera. Fuera, el sol del atardecer pinta la nieve de naranja y dorado.

—Te agradezco que digas eso —consigo decir finalmente—. Y te agradezco lo de las galletas; que te acordaras, que te importara lo suficiente como para darte cuenta de que te estaba tendiendo la mano.

—Claro que me di cuenta. Cal, me fijo en todo lo que tiene que ver contigo —se mueve en el taburete—. La forma en que todavía te muerdes el labio cuando te concentras. La forma en que te echas el pelo hacia atrás cuando estás frustrado. Cómo se te ilumina la cara cuando Caspian habla de algo que le encanta —hace una pausa—. La forma en que me miras a veces, como si quisieras creer que he cambiado, pero te da miedo confiar en ello.

—¿Y te extraña?

—No. Ni un poquito —está reuniendo valor para algo—. Mira, sé que esto es complicado. Sé que ya no soy solo el tío que se fue;

también soy el tío al que la prensa deportiva le destripó la vida personal. El tío a cuyos novios acosaron hasta que no pudieron más.

Ahí está. El tema que hemos estado evitando.

—He estado pensando en eso —admito—. En lo que significaría si nosotros... si esto se convierte en algo. He trabajado muy duro para construir una vida cómoda aquí para Caspian.

—Y yo soy la definición de «llamar la atención», quiera o no.

—Sí.

Él asiente.

—No te voy a mentir; existe la posibilidad de que salir conmigo atraiga el escrutinio. Periodistas deportivos que quieran la historia de redención. Opiniones en las redes sociales —sus ojos se encuentran con los míos—. Pero he aprendido a establecer límites. A proteger a la gente que me importa. Si me das una oportunidad, haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que tú y Caspian os sintáis seguros.

—¿Y si no es suficiente?

—Entonces lo afrontaremos juntos —extiende la mano por encima del mostrador, deteniéndose justo antes de tocar la mía—. Y si se vuelve demasiado, si decides que no merece la pena, lo entenderé. ¿Pero sabes qué, Cal? Espero de verdad que me des la oportunidad de demostrar que lo que podríamos tener merece la pena para sortear las partes complicadas.

Miro su mano, tan cerca de la mía. Los callos de años de agarrar un palo de hockey, la pequeña cicatriz en sus nudillos.

—Tengo miedo —admito—. No solo de la atención de los medios. Tengo miedo de que me vuelvan a hacer daño. De que le hagan daño a Caspian si esto no funciona.

—Todos esos miedos son válidos.

—¿Pero?

—Pero yo también tengo miedo. Tengo miedo de fastidiarla —finalmente, acorta la distancia, sus dedos rozando los míos, y el contacto es cálido y reconfortante—. Pero me da más miedo no intentarlo. Irme de tu lado otra vez y pasarme otros doce años preguntándome «y si...».

El contacto es ligero, vacilante, pero no me aparto.

—Necesito que nos lo tomemos con calma —digo—. Por el bien de Caspian. Ya te ha cogido mucho cariño, y si esto se desmorona...

—Nos lo tomaremos con toda la calma que necesites —le da la vuelta a su mano, sujetando la mía ahora de verdad—. No me voy a ninguna parte, ¿recuerdas? Se lo he dicho a Caspian hoy. Tanto si decides darme una oportunidad romántica como si seguimos siendo amigos, me quedo en Northwood. Esta vez no voy a huir.

—¿Le has dicho a Caspian que te quedas?

—Me ha preguntado. Después del entrenamiento. Quería saber si me iba a ir y a ponerte triste otra vez —la voz de Nolan se vuelve ronca—. Le he prometido que no. Que este es mi hogar ahora.

Oh. Eso es...

—Me ha dicho —digo en voz baja— que a los dos se nos pone la misma cara cuando sale el nombre del otro.

Nolan se ríe, sorprendido y avergonzado.

—Qué niño más listo.

—Demasiado listo a veces —aprieto su mano—. Vale.

—¿Vale?

—Vale, podemos intentarlo. Despacio. Con cuidado. Con mucha comunicación sobre los límites —le miro a los ojos—. Y si en algún momento lo de los medios se vuelve demasiado, o si siento que Caspian se ve afectado negativamente, lo reevaluamos. ¿Trato?

—Trato —su sonrisa es tan brillante, tan genuinamente feliz, que no puedo evitar devolvérsela.

Nos quedamos ahí un momento, simplemente cogidos de la mano sobre el mostrador, y siento como si algo fundamental hubiera cambiado entre nosotros.

—Entonces —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. ¿Cómo es «despacio»? ¿A la velocidad de un cortejo medieval?

Me río.

—No lo sé. Nunca he hecho esto antes.

—¿Salir con alguien?

—Salir con alguien siendo padre soltero. Salir con alguien con quien todo el pueblo sabe que tengo una historia —sacudo la cabeza —. Esto es terreno completamente nuevo.

—Para mí también —su pulgar traza círculos en mi piel—. ¿Puedo invitarte a cenar? A un sitio tranquilo, no en Northwood. Solo nosotros dos, hablando de verdad sin público.

La idea es aterradora y emocionante a partes iguales.

—¿Cuándo?

—¿El viernes? Puedo conseguir que alguien cubra el entrenamiento de los juveniles si tú puedes conseguir a alguien que cuide de Caspian.

—Iris me debe un favor de canguro —ya estoy reorganizando mi agenda mentalmente—. Vale. Viernes. Cena.

—Es una cita.

—Es una cita —repito, y las palabras suenan monumentales.

—¿Papá? —la voz de Caspian rompe el momento—. ¿Os estáis cogiendo de la mano?

Empiezo a apartarme, avergonzado, pero Nolan no me suelta de inmediato. En lugar de eso, mira a Caspian con total honestidad.

—Sí, lo hacemos. ¿Te parece bien?

Caspian se lo piensa seriamente.

—¿Eso significa que vas a estar más por aquí? O sea, ¿no solo para las cosas de hockey?

—Si tu padre quiere que esté, sí.

—Guay —vuelve a sus deberes como si fuera la cosa más natural del mundo—. ¿Podemos cenar pizza? Tengo mucha hambre.

Me río, rompiendo la tensión.

—Podemos cenar pizza.

Nolan suelta mi mano lentamente, a regañadientes.

—Debería irme. Dejar que cierres y des de comer a tu hijo.

—Gracias por el café. Y por... esto —hago un gesto vago entre nosotros.

—Gracias a ti por las galletas. Y por ser lo bastante valiente como para traérmelas —se dirige hacia la puerta, y luego se vuelve—. Viernes. ¿Te recojo a las siete?

—A las siete está bien.

—Ponte algo cómodo. Nada elegante.

—Vaya, sí que sabes cómo conquistar a un chico.

—Estoy en ello —su sonrisa es juvenil, satisfecha—. Hasta mañana, Cal.

—Hasta mañana.

Se va, y yo me quedo de pie en mi pastelería con un termo de buen café y un corazón que se siente más ligero de lo que se ha sentido en años.

—¿Papá? —Caspian levanta la vista—. ¿Significa esto que el entrenador Nolan es tu novio ahora?

—No lo sé. ¿Quizá? ¿Con el tiempo? Nos lo estamos tomando con calma.

—Eso es un rollo. En las películas, la gente lo sabe enseguida.

—La vida real es más complicada que las películas.

—Supongo —vuelve a sus deberes y luego añade sin levantar la vista—: Pero creo que es guay. Y estás más contento cuando él está cerca.

Los niños... Se dan cuenta de todo lo que intentas ocultar.

—Sí —admito—. Lo estoy.

Termino de cerrar, con la mente ya pensando en el viernes. En la cena con Nolan. En la posibilidad de algo real.

Es aterrador.

Pero, por primera vez en doce años, estoy dispuesto a tener miedo si eso significa que por fin podría conseguir lo que he estado demasiado asustado para alcanzar.

Chapter Twenty-Five

Nolan

El jueves por la noche, el autobús del equipo visitante entra en el aparcamiento del estadio a las seis y cuarto.

Han pasado tres días desde que Callum y yo acordamos intentar salir juntos, y todavía estoy en una nube por el recuerdo de su mano en la mía, de su aceptación para la cena del viernes. Mañana. Solo un día más para nuestra primera cita de verdad, y apenas puedo pensar en otra cosa.

Pero ahora mismo, necesito concentrarme. Los Duluth Marauders están aquí, y mis chicos están a punto de enfrentarse a la prueba más importante de la temporada.

Observo desde la ventana del vestíbulo cómo bajan en fila: más grandes, más mayores y con más experiencia que mis chicos. Son los líderes regionales por algo. Invictos en lo que va de temporada, con una plantilla que incluye a tres exjugadores universitarios y un portero que rechazó un contrato de la AHL para quedarse cerca de su familia.

Sobre el papel, no deberíamos tener ninguna oportunidad.

Pero el hockey no se juega sobre el papel.

—¿Entrenador? —aparece Dom a mi lado, ya con su traje de día de partido, la tradición del equipo de vestirse de etiqueta para los partidos en casa, que es anterior a mi llegada—. ¿Has visto el tamaño de sus defensas?

—Sí, lo he visto.

—Nos van a machacar.

—O… —me vuelvo hacia él—, vamos a demostrarles que el tamaño no lo es todo. Que la disciplina y el trabajo en equipo pueden vencer al talento puro.

No parece convencido, pero asiente.

—El vestuario está listo cuando quieras.

Lo sigo por el pasillo de siempre, pasando junto a las fotos de los equipos campeones y las camisetas retiradas, hasta adentrarme en el caos controlado de la preparación previa al partido. Los jugadores se encuentran en distintos estados de preparación: algunos ya con la equipación completa, otros todavía encintando los palos o ajustándose el equipo. La energía es diferente esta noche. Más tensa. Con más nervios de lo habitual.

Saben a lo que nos enfrentamos.

A las siete, los reúno.

Se juntan a mi alrededor en un círculo irregular, algunos sentados en los bancos, otros de pie. Todos concentrados ahora, esperando.

—Esta noche va a ser dura —empiezo. No tiene sentido adornar la realidad—. Los Marauders son buenos. Muy buenos. Son más rápidos que nosotros, pegan más fuerte que nosotros y tienen más experiencia. Sobre el papel, perdemos este partido.

Unos cuantos jugadores se mueven, incómodos.

—Pero esto es lo que ellos no tienen: no son un equipo. No de verdad. Tienen individuos con talento que casualmente llevan la misma camiseta. Nosotros tenemos hermanos que confían los unos en los otros. Que se apoyan mutuamente. Que saben que la gloria individual no significa nada si el que tienes al lado lo está pasando mal.

Veo que el mensaje cala, por la forma en que sus posturas cambian de defensivas a receptivas.

—Así que esta noche no nos preocupamos por igualar su talento. Nos centramos en lo que podemos controlar: nuestro esfuerzo, nuestra disciplina, nuestro apoyo mutuo. Jugamos nuestro sistema. Confiamos los unos en los otros. Y sea cual sea el marcador al final,

salimos de aquí sabiendo que hemos representado al hockey de Northwood como es debido.

—¿Incluso si perdemos? —pregunta uno de los jugadores más jóvenes.

—Sobre todo si perdemos. Cualquiera puede tener buen perder cuando va ganando. El carácter se demuestra cuando las cosas se ponen difíciles.

Henrik abre los ojos, se quita los auriculares.

—¿Y si juegan sucio?

—Entonces mantenemos la disciplina. No nos vengamos. No les regalamos superioridades numéricas. —Miro alrededor del círculo, estableciendo contacto visual con cada uno de ellos—. Y si alguien en ese hielo os falta al respeto, por la razón que sea, mantenéis la cabeza alta y jugáis más duro. No os rebajáis a su nivel. ¿Entendido?

Un coro de afirmaciones.

—Bien. Ahora salid ahí y demostradme lo que habéis aprendido.

El partido empieza exactamente como esperaba: físico, rápido y muy inclinado a su favor. Los Marauders marcan primero, un rápido tiro de muñeca que supera a nuestro portero por el lado del guante. Y otra vez, cinco minutos después, en una superioridad numérica que les regalamos por un golpe con el palo demasiado entusiasta.

Pero mis chicos no se vienen abajo. No empiezan a señalarse con el dedo ni a frustrarse. Se reagrupan, se ciñen al sistema y, poco a poco, empiezan a remontar.

Dom hace un pase de salida perfecto que conduce a nuestro primer gol. Garrett, por una vez, pasa en lugar de tirar, y le prepara a un jugador más joven un gol fácil a puerta vacía. Henrik se lanza para bloquear un tiro que habría sido un gol seguro, recibiendo un golpe del disco en el muslo que lo deja cojeando el resto del periodo.

Al final del primero, vamos perdiendo 3-2, y el público está de pie.

—¡Así se hace! —les digo en el vestuario durante el descanso—. Eso es exactamente lo que quiero ver. Estáis jugando como un equipo. Seguid así.

El segundo periodo es más de lo mismo: un toma y daca, ninguno de los dos equipos cede un ápice. Empatamos al principio y luego

volvemos a quedarnos atrás. La ventaja de habilidad de los Marauders es evidente, pero nuestra determinación la está igualando. Casi.

Es entonces cuando ocurre.

Garrett está luchando por el disco en la esquina cuando uno de sus defensas —un tipo que le saca al menos quince kilos— se le encara. No puedo oír lo que dice desde el banquillo, pero veo la reacción de Garrett. La forma en que todo su cuerpo se pone rígido. La forma en que sus manos aprietan el palo.

Entonces el defensa dice algo más, lo suficientemente alto como para que lo oiga desde el banquillo.

—… puto entrenador maricón…

Garrett suelta los guantes.

La pelea es corta y desagradable. Garrett acierta un par de buenos golpes antes de que los árbitros los separen, pero no importa. Penalización mayor de cinco minutos por pelear. Exclusión del partido. Se acabó para él esta noche.

Estoy esperando en la puerta del banquillo cuando lo escoltan fuera del hielo.

—Al vestuario —digo en voz baja—. Ahora.

Espero a que termine el periodo, a estar en el vestuario y poder hablar con todos juntos.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —le pregunto a Garrett.

Todavía lleva la equipación, sentado en el banco con la cabeza entre las manos.

—Ha dicho… —Se le quiebra la voz—. Ha dicho mierda sobre ti, entrenador. Sobre que eres gay. Nos ha llamado a todos… —No puede terminar, le tiemblan las manos.

La sala está en completo silencio.

Me agacho para ponerme a la altura de sus ojos.

—¿Y pensaste que pegarle era la forma de manejar eso?

—No puede simplemente… Alguien tenía que… —A Garrett le cuesta articular las palabras—. No iba a dejar que hablara de ti así.

Algo cambia dentro de mí. Este chico chulo que hacía chistes homófobos hace solo unos meses, ahora dispuesto a pelearse con alguien por faltarle al respeto a su entrenador abiertamente gay.

—Garrett. —Espero a que me mire a los ojos—. Aprecio lo que intentabas hacer. De verdad. ¿Pero sabes cuál es la mejor manera de callar a los intolerantes?

Niega con la cabeza.

—Ganarles en el marcador. Demostrarles que su odio no afecta a nuestro juego. Hacer que se frustren tanto por lo bien que estamos jugando que no puedan hacer otra cosa que recurrir a los insultos porque no les queda nada más.

—Pero él…

—Es un gilipollas que no merece el poder de hacerte perder el control. —Me levanto, dirigiéndome a toda la sala—. Esta noche no es la primera vez que alguien va a decir algo homófobo sobre mí. No será la última. Esa es la realidad cuando eres un entrenador que ha salido del armario en el hockey. Pero darles lo que quieren —la satisfacción de saber que te han afectado— es dejarles ganar.

Dom interviene desde el otro lado de la sala.

—¿Así que se supone que tenemos que aguantarnos?

—No. Os defendéis con inteligencia. Os defendéis jugando tan bien que no puedan ignoraros. Siendo tan buenos compañeros de equipo que su odio parezca mezquino y miserable. Construyendo una cultura de equipo tan fuerte que sus intentos de dividirnos simplemente reboten.

»Garrett, estás sancionado para el resto de este partido y el siguiente. Esa es la regla. —Su cara se descompone—. Pero entiendo por qué lo has hecho. Y te agradezco que te preocupes lo suficiente por este equipo como para dar la cara. Solo necesito que seas más inteligente sobre cómo hacerlo. ¿Entendido?

—Sí, entrenador.

—Bien. Ahora los demás… volved ahí fuera y demostradles de qué va realmente el hockey de Northwood.

Perdemos 5-4 en los últimos segundos cuando su máximo goleador se escapa solo y supera a nuestro portero sin problemas. Suena la bocina, y mis chicos se desploman contra las vallas, agotados y decepcionados.

Pero mientras observo la fila de saludos, veo algo que importa más que el marcador.

Veo a mis jugadores felicitando a sus oponentes con auténtica deportividad. Veo a Dom diciéndole algo al defensa que hizo el insulto que hace que la cara del tipo se ponga roja. Veo a Henrik ayudando a levantarse a uno de sus tíos que se ha resbalado en el hielo.

Y veo al entrenador de los Marauders haciéndome un gesto de asentimiento a través del hielo; respeto de alguien que conoce este juego lo suficientemente bien como para reconocer lo que estamos construyendo aquí.

En el vestuario, después, el ambiente es sombrío, pero no de derrota.

—Estoy orgulloso de vosotros —les digo—. Todos y cada uno os habéis dejado la piel. Habéis permanecido unidos cuando se ha puesto difícil. Habéis representado a este equipo y a esta comunidad con clase.

—Pero hemos perdido —murmura alguien.

—Sí. Así es. Y derrotas como esta —en las que habéis jugado con el corazón, en las que os habéis apoyado, en las que habéis manejado la adversidad con madurez— son los partidos que construyen equipos campeones.

Garrett sigue sentado con su equipación, con cara de pena. Me acerco a él.

—Oye. ¿Estás bien?

—La he cagado.

—Has cometido un error. Hay una diferencia. —Me siento a su lado —. Pero también me has demostrado algo esta noche: que estás dispuesto a dar la cara por tus compañeros. Que has aprendido por qué importan los espacios inclusivos. Que te estás convirtiendo en el tipo de hombre que no tolera la discriminación.

—Sí, pero aun así me han expulsado.

—Y aprenderás de ello. En eso consiste crecer. —Le doy una palmada en el hombro—. Usa estos dos próximos partidos para pensar en cómo quieres presentarte ante este equipo. Vuelve más fuerte.

Dom se acerca después de que la sala empieza a vaciarse.

—¿Entrenador? ¿Puedo decir algo?

—Siempre.

—Lo que has dicho sobre defenderse con inteligencia… Eso es importante. —Mira a su alrededor, asegurándose de que tenemos privacidad—. Mi hermana es gay. Salió del armario en el instituto. Nunca pensé realmente en lo que eso significaba para ella; simplemente es quien es, ¿sabes? Pero al ver cómo manejas estas cosas… me está haciendo darme cuenta de que podría haber sido un mejor hermano. Un mejor aliado.

—Eso significa mucho, Dom. Y seguro que también significa mucho para tu hermana.

—Sí. —Cambia el peso de un pie a otro—. Bueno. Solo quería darte las gracias. Por enseñarnos que ser un buen compañero de equipo es más que lo que pasa en el hielo.

Después de que todos los demás se han ido, me quedo un rato en el vestuario.

Hemos perdido esta noche. Mi jugador estrella ha sido expulsado. Nos hemos enfrentado a una discriminación abierta en el hielo.

Y, sin embargo, estoy más orgulloso de este equipo que de ningún otro grupo de jugadores con los que he trabajado.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Callum: *Me he enterado de lo del partido. ¿Estás bien?*

Sonrío y le contesto: *Sí. Orgulloso del equipo. Lo han manejado bien.*

Caspian quería que te dijera que Garrett es su héroe por dar la cara por ti. Aunque le hayan castigado por ello.

Dile que Garrett está aprendiendo a ser un héroe de la manera inteligente.

Nosotros también estamos orgullosos de ti. Todos los que estábamos en el partido te animábamos.

Tres de nosotros. Es decir, Callum, Caspian y probablemente Iris. El comienzo de mi propia familia encontrada, mirando desde las gradas.

Gracias. Eso lo es todo para mí.

¿Sigue en pie lo de mañana? ¿Nuestra cita?

No me la perdería por nada del mundo.

Bien. Estoy nervioso. Del tipo bueno.

Yo también. Te recojo a las 7.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y salgo, listo para responder preguntas sobre la derrota, sobre la discriminación, sobre cómo lo hemos manejado.

Pero, sobre todo, estoy pensando en mañana por la noche. En tener por fin una cita de verdad con Callum. En cogerle la mano sobre una mesa donde nadie nos conoce. En quizás, por fin, darle un beso de buenas noches sin público.

Un día más.

Chapter Twenty-Six

Callum

Viernes por la tarde y ya me he cambiado de camisa tres veces.

—Papá, estás bien —dice Caspian desde el salón, donde Iris está preparando un juego de mesa para mantenerlo ocupado—. Al entrenador Nolan le vas a parecer guapísimo, te pongas lo que te pongas.

—No estoy… —Me interrumpo y me miro fijamente en el espejo. ¿La camiseta con botones o la camisa gris?—. No estoy intentando impresionar a nadie.

—Sí que lo estás —dice Iris, apareciendo en el umbral de mi dormitorio—. Y no pasa nada. Es una primera cita. Tienes derecho a preocuparte por tu aspecto.

—¿La camiseta o la camisa?

Ladea la cabeza, sopesando las opciones. —La camisa. Te resalta los ojos. Pero déjate el primer botón desabrochado. Vas a una cita, no a una entrevista de trabajo.

Me cambio de camisa otra vez, torpe con los botones. Me tiemblan un poco las manos, lo cual es ridículo. Tengo treinta años. Ya he tenido citas antes.

Pero no es verdad. No de verdad. No como esta. No desde que salí del armario. No con alguien que importa tanto.

—¿Nervioso? —pregunta Iris con delicadeza.

—Aterrado.

—¿Aterrado para bien o aterrado para mal?

—Para bien, creo. —Consigo abrochar los botones, dejando el de arriba suelto como me ha sugerido—. Es que ha pasado mucho tiempo. Y es Nolan. ¿Y si me he hecho demasiadas ilusiones y cuando lleguemos allí no tenemos nada de qué hablar?

—Cal. —Me pone las manos en los hombros—. Le conoces desde que erais niños. Hablas con él todo el rato. No vais a quedaros de repente sin tema de conversación solo porque estéis sentados en la mesa de un restaurante.

Llaman a la puerta y siento un vuelco en el estómago.

—Se ha adelantado —digo.

—Se ha adelantado tres minutos. Eso no es adelantarse, es ser puntual. —Iris sonríe—. Venga, vete. Yo me encargo de Caspian. Vamos a jugar al Monopoly y a comer demasiada pizza. Tú solo céntrate en pasártelo bien.

Respiro hondo y voy al salón. Caspian ya está en la puerta, mirando por la mirilla.

—¡Es él! ¡Es el entrenador Nolan! —Alarga la mano hacia el pomo.

—Espera. —Me aliso la camisa una vez más y asiento—. Vale. Déjale entrar.

Caspian abre la puerta de par en par con un entusiasmo que sería vergonzoso si la cara de Nolan no se iluminara de inmediato con una sonrisa muy cálida.

—¡Eh, campeón! ¿Te estás portando bien con Iris esta noche?

—¡Sí! Vamos a jugar al Monopoly y me ha dicho que puedo quedarme despierto hasta las nueve y media.

—Hasta las nueve —corrijo, y por fin miro bien a Nolan.

Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa de botones de un azul profundo que hace que sus ojos parezcan increíblemente brillantes. Tiene el pelo todavía un poco húmedo, como si se hubiese duchado hace poco, y lleva un pequeño ramo de flores; nada sofisticado, probablemente una mezcla sencilla del supermercado, pero el gesto hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Hola —dice, y hay algo casi tímido en su expresión—. Estás genial.

—Tú también. —Acepto las flores, intentando no sentirme como un adolescente—. Gracias. Son preciosas.

—Papá se ha estado cambiando de camisa como una hora —anuncia Caspian, muy servicial.

—Caspian…

—¿Qué? Es verdad.

Nolan intenta no sonreír. —Bueno, ha valido la pena. Estás perfecto.

Iris aparece para rescatarme. —Muy bien, vosotros dos, marchaos ya. Caspian y yo tenemos asuntos muy importantes de Monopoly que atender. Pasadlo bien, no tengáis prisa por volver y, ¿Callum? —Me lanza una mirada elocuente—. Relájate.

—Lo cuidaré bien —promete Nolan.

—Más te vale. Sé dónde vives.

Salimos a la noche de noviembre, y agradezco el aire frío en mi cara acalorada. La camioneta de Nolan está en marcha en la entrada, ya caliente, y me abre la puerta del copiloto como si estuviéramos en una película antigua.

—¿Adónde vamos? —pregunto una vez que se ha subido al asiento del conductor.

—A un italiano a unos sesenta kilómetros. He llamado para reservar una mesa en un rincón del fondo. Un sitio tranquilo. —Me mira de reojo mientras sale marcha atrás de la entrada—. Quería un sitio donde pudiéramos ser nosotros mismos. Sin preocuparnos de quién nos pueda ver o de lo que la gente pueda pensar.

—Suena perfecto.

El trayecto es más fácil de lo que esperaba. La conversación surge de forma natural: él me cuenta cómo fue el partido de anoche y lo orgulloso que está del equipo a pesar de la derrota, y yo comparto una anécdota sobre un cliente de la panadería que intentó pagar el pan con una calabaza ornamental. Para cuando llegamos al restaurante, mis nervios se han calmado y son algo más manejable.

El local es pequeño y familiar, con manteles de cuadros y velas en cada mesa. La encargada nos guía a un reservado en un rincón del fondo, tal como Nolan había pedido, y me siento frente a él.

—Es muy agradable —digo, mirando a mi alrededor.

—Esperaba que te gustara. —Juguetea con la carta, y caigo en la cuenta de que él también está nervioso—. Le pedí recomendaciones a Vera. Me dijo que este sitio tiene la mejor carbonara fuera de las Twin Cities.

—¿Le pediste recomendaciones de restaurantes a Vera?

—Quería que esta noche fuera especial. —Me mira a los ojos—. Quería que todo saliera bien.

El camarero aparece para tomar nota de las bebidas —vino tinto para los dos— y luego nos quedamos solos de nuevo, estudiando las cartas en un silencio que debería ser incómodo, pero que de alguna manera no lo es.

—Bueno —dice Nolan después de que hayamos pedido—. Esto es raro, ¿verdad? Nos conocemos desde hace más de veinte años, pero parece la primera cita con un desconocido.

—Un poco. —Tomo un sorbo de vino—. Pero un raro bueno.

—Sí. Un raro bueno. —Se echa hacia atrás, liberando parte de la tensión de sus hombros—. Venga, preguntas de primera cita. Vamos a hacerlo bien. ¿Cuál es tu color favorito?

Me río. —¿En serio?

—En serio. El otro día me di cuenta de que en realidad no lo sé. Sé que eres zurdo, que odias el invierno a pesar de vivir en Minnesota y que haces los mejores rollos de canela que he probado en mi vida. Pero no sé cuál es tu color favorito.

—El verde. Como el color de las hojas nuevas en primavera. —Tomo otro sorbo de vino, sintiéndome más valiente—. ¿Y el tuyo?

—El azul. Pero no el azul brillante, sino ese azul intenso justo antes de que salga el sol. Cuando todo está en silencio y parece que eres la única persona despierta en todo el mundo.

—Eso es muy específico.

—De pequeño pasé muchas madrugadas en pistas de hielo. Siempre fue mi momento favorito: justo antes de que empezara el entrenamiento, cuando el hielo estaba perfecto e intacto y cualquier cosa parecía posible.

Llega nuestra comida y comemos mientras intercambiamos preguntas. Película favorita (la suya: *Somos los mejores*, lo que me hace reír; la mía: *La princesa prometida*, lo que le hace sonreír).

Mayor miedo (el suyo: convertirse en su padre; el mío: fallarle a Caspian). Talento secreto (el suyo: sabe hacer malabares; el mío: sé recitar el abecedario al revés).

—Demuéstralo —me reta.

Y lo hago, recitando de la Z a la A mientras él me mira con un asombro maravillado.

—Eso es increíble. ¿Por qué sabes hacer eso?

—Una noche, cuando Caspian tenía cuatro años, no podía dormir. Estaba desesperado. Estuvimos practicando el abecedario al revés durante horas hasta que finalmente cayó rendido.

—Eres un buen padre, Cal. —Su voz es suave—. El mejor padre. Caspian tiene suerte de tenerte.

—Yo tengo suerte de tenerle a él. —Jugueteo con la pasta en el plato—. Ser padre es aterrador. Todos los días estoy convencido de que la estoy cagando en algo.

—Bienvenido al club. Ni siquiera soy su padre y me preocupo por eso constantemente. —Nolan estira la mano sobre la mesa y cubre la mía—. Pero por lo que yo veo, estás haciendo un trabajo increíble. Es feliz, sano, seguro de sí mismo, amable. Es todo mérito tuyo.

—Ya no es solo mérito mío. —Le doy la vuelta a la mano y entrelazo nuestros dedos—. Te has vuelto muy importante para él. Para los dos.

—Bien. —Su pulgar dibuja círculos en mi palma—. Porque vosotros dos os habéis vuelto esenciales para mí.

Nos quedamos así un buen rato, con las manos unidas sobre la mesa, y algo se asienta dentro de mí. Esto no es solo atracción o nostalgia por lo que podría haber sido. Esto es real.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo—. Sobre lo de antes. Sobre por qué te fuiste.

Su expresión se cierra un poco, pero no retira la mano. —Sí. Claro.

—¿Lo sabías? ¿En aquel entonces? ¿Que sentías algo por mí?

Permanece en silencio durante un buen rato, con la mirada fija en nuestras manos unidas. —Sí y no. Sabía que sentía algo cuando estaba contigo que no sentía con nadie más. Que pensaba en ti constantemente. Que quería estar cerca de ti todo el tiempo. Pero

todavía no tenía palabras para describirlo. No me permitía pensar demasiado en lo que significaba.

—¿Porque…?

—Porque estaba aterrado. Porque Northwood no es precisamente progresista y había crecido escuchando a los tíos usar «gay» como un insulto. Porque tenía ojeadores observándome y perspectivas de llegar a la NHL en el horizonte, y pensé… —Se detiene, negando con la cabeza—. Pensé que si lo ignoraba, desaparecería. Que podía simplemente irme a jugar profesionalmente y convertirme en quien se suponía que debía ser.

—Y dos años después te sacaron del armario.

—Y entonces me sacaron del armario. —Su risa es amarga—. Resulta que no puedes huir de ti mismo. Pero para entonces, tú estabas aquí con un bebé y yo lidiaba con el escrutinio de los medios y la homofobia en los vestuarios. Nunca fue el momento adecuado para contactarte.

—No sentí alivio cuando te fuiste. —Las palabras salen más secas de lo que pretendía—. Estaba destrozado. Y confundido. Y enfadado conmigo mismo por tener sentimientos que aún no entendía.

—Lo siento. —Su mano aprieta la mía—. Lo siento mucho, Cal. Por haberme ido como lo hice. Por no haber sido lo bastante valiente como para quedarme. Por haberme perdido doce años contigo.

—No podemos recuperar esos años.

—No. Pero tenemos el ahora. Y si me dejas, me gustaría pasar cada día que me queda compensando el tiempo perdido.

El camarero aparece para retirar los platos y preguntarnos por el postre. Ambos declinamos y Nolan pide la cuenta.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunta mientras salimos—. Hay un parquecito al final de la calle. Podríamos bajar la cena.

—¿Con diez grados bajo cero?

—Yo te mantendré caliente.

Así que caminamos y, fiel a su palabra, mantiene su brazo sobre mis hombros, pegándome a su costado mientras avanzamos por la acera cubierta de nieve. El parque está vacío, solo un pequeño espacio verde con algunos bancos y un quiosco adornado con luces de colores.

—Qué bonito es esto —digo, y mi aliento forma vaho en el aire frío —. Qué tranquilo.

—Sí. —Me guía hacia el quiosco y subimos los escalones para quedarnos bajo las luces—. ¿Cal?

—¿Sí?

—Voy a besarte ahora. Si te parece bien.

—Me parece muy bien.

Me acuna la cara con ambas manos, sus palmas cálidas contra mis frías mejillas, y se inclina para presionar sus labios contra los míos. Al principio es suave, delicado, con sabor a vino y a algo dulce. Entonces emito un pequeño sonido y sus manos se deslizan por mi pelo, ladeando mi cabeza para tener mejor acceso, y el beso se profundiza en algo que hace que me fallen las rodillas.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos agitadamente.

—Guau —consigo decir.

—Sí. —Apoya su frente contra la mía—. Llevo toda la noche queriendo hacer eso.

—¿Solo esta noche?

—Vale, desde hace semanas. Meses, quizá. Desde que me trajiste esas galletas. Posiblemente desde el instituto, si soy completamente sincero.

—Más vale tarde que nunca.

—Mucho mejor. —Me besa de nuevo, esta vez más despacio, saboreándolo. Cuando se aparta, sus ojos están oscuros—. Debería llevarte a casa. Antes de que se me olvide que se supone que tengo que ser un caballero.

—¿Y si no quiero que seas un caballero?

Se le corta la respiración. —Cal…

—No esta noche. Esta noche me vas a llevar a casa y te vas a portar perfectamente. Pero pronto. —Levanto la mano para acariciar su mandíbula—. Quiero esto, Nolan. Te quiero a ti. Y estoy cansado de esperar.

—El próximo fin de semana —dice, con la voz ronca—. Reservaré una habitación de hotel. En un sitio bonito, donde podamos tener privacidad. Donde pueda tomarme mi tiempo contigo.

—Suena perfecto.

Volvemos a su camioneta y el camino a casa es más silencioso, cargado de expectación y promesas. Cuando se detiene frente a mi casa, pone la camioneta en punto muerto, pero no apaga el motor.

—Gracias por esta noche —dice—. Por darme esta oportunidad. Por estar dispuesto a intentarlo de nuevo.

—Gracias a ti por tener paciencia conmigo. Por entender por qué tenía miedo.

—¿Todavía tienes miedo?

Lo pienso con sinceridad. —Un poco. Pero ahora estoy más emocionado que asustado. Eso es un progreso.

—Lo es. —Se inclina sobre la consola para besarme una vez más, suave y dulce—. ¿Te veo mañana en el lago?

—Allí estaremos. Caspian ya está planeando presumir de lo que le has enseñado.

—Estoy deseando verlo.

Salgo de la camioneta a regañadientes y subo por el camino de entrada. En la puerta, me doy la vuelta y veo que sigue allí sentado, vigilando para asegurarse de que entro sano y salvo. Le saludo con la mano y él me devuelve el saludo. Y entonces entro y me apoyo contra la puerta cerrada.

—¿Qué tal ha ido? —Iris aparece desde el salón—. Caspian por fin se ha quedado frito sobre las nueve y cuarto, pero he esperado despierta. Cuéntamelo todo.

—Ha sido perfecto —digo, y lo digo de corazón—. Absolutamente perfecto.

Chapter Twenty-Seven

Nolan

Sábado por la mañana, y el sol apenas ha salido cuando entro en el aparcamiento del lago Moonbeam.

Todavía estoy flotando por lo de anoche: cogerle la mano a Callum por encima de la mesa, su forma de reírse de mis chistes malos, el beso en el cenador que me dejó sin aliento y con ganas de más. De mucho más.

Pero hoy la cosa va del equipo. De forjar una hermandad y recordar por qué amamos este deporte.

La mitad del equipo ya está aquí. Sus camionetas y coches forman un círculo irregular cerca de la caseta para calentarse y el humo de los tubos de escape se ve en el aire frío mientras los motores están al ralentí para mantener la calefacción encendida.

Aparco y salgo del coche. Mi aliento se convierte en vaho al instante. Hacen unos quince grados, de ese frío que hace que se te congelen los pelos de la nariz y te duelan los dedos incluso con guantes. El tiempo perfecto para jugar al hockey.

—¡Entrenador! —me saluda Dom con la mano desde donde está descargando el material de la parte trasera de su camioneta—. Ya hemos montado las porterías. Henrik y yo hemos venido antes.

—Bien hecho. —Cojo mi propia bolsa de deporte y echo un vistazo a la multitud, que no para de crecer. Ya están casi todos: Garrett está ayudando a los jugadores más jóvenes a bajar sus palos al

hielo, unos cuantos ya se están atando los patines en la caseta para calentarse y veo que sale humo de la hoguera que alguien ha encendido cerca de la orilla.

Esto es lo que quería. No un entrenamiento formal ni una sesión de ejercicios estructurada, sino un día en el que pudiéramos estar juntos. Jugar al hockey porque nos encanta, no porque busquemos victorias. Forjar el tipo de lazos que duran más allá de una temporada.

—¡Bueno, escuchad! —grito una vez que se han reunido todos—. Hoy vamos a recordar por qué amamos este deporte. Sin árbitros, sin marcadores, sin presión. Solo nosotros, el hielo y el hockey como debe jugarse.

—¿Y si alguien se lesiona? —pregunta uno de los jugadores más jóvenes.

—Jugamos con cabeza. Nos cuidamos los unos de los otros. Como siempre. —Señalo el lago helado donde Henrik y Dom han colocado dos redes a unos treinta metros de distancia—. Haremos unos partidillos, trabajaremos la técnica, quizá más tarde hagamos una competición de *shootouts*. Pero la cuestión es divertirse y apoyarse mutuamente.

Garrett ya está en el hielo, comprobando su grosor cerca de la orilla. —¡Está sólido, entrenador! ¡Probablemente tendrá al menos veinte centímetros!

—Bien. Poneos todos por parejas antes de salir. Quiero que no os perdáis de vista en ningún momento. —Protocolos de seguridad que les he grabado a fuego hasta que son como una segunda naturaleza —. Y no os salgáis de los límites marcados. El hielo no es tan grueso cerca de la ensenada.

Se dispersan para terminar de equiparse y su parloteo emocionado resuena en el aire claro de la mañana. Me tomo un momento para simplemente observarlos: estos jóvenes que se han convertido en mucho más que simples jugadores para mí. Se están convirtiendo en una familia, y yo puedo formar parte de ella.

El hockey es más relajado y alegre de lo que nunca lo es un entrenamiento organizado. Nos dividimos en equipos que cambian

cada pocos minutos, nadie lleva la cuenta, todos juegan por el puro amor al deporte.

Garrett hace una jugada que nunca intentaría en un partido de verdad: un regate por entre las piernas que falla estrepitosamente y lo manda de bruces al hielo. En lugar de frustrarse, se ríe y todo el grupo se une.

—¡Buen intento, figura! —le grita Henrik, ofreciéndole una mano para ayudarlo a levantarse.

—¡Casi lo consigo!

—¡El casi no cuenta! —Pero Henrik sonríe y vuelven a patinar juntos para unirse al juego.

Dom organiza a los jugadores más jóvenes para que practiquen jugadas de escapada, turnándose como portero y tirador, ofreciendo ánimos y consejos. Su liderazgo natural crece cada día; ya no necesita que le diga lo que tiene que hacer. Simplemente ve lo que hay que hacer y lo hace.

Hacia media mañana, nos reúno a todos en la hoguera, que ahora arde con fuerza.

—Hora de un descanso —anuncio—. Calentaos un poco.

Se agrupan alrededor del fuego, con las mejillas rojas por el frío y el esfuerzo, y el vapor que se eleva de sus cabezas donde el sudor se encuentra con el aire gélido. Alguien pasa una bolsa de barritas de cereales. Otro saca un altavoz y pone música lo suficientemente baja como para poder hablar.

—Bueno —digo una vez que todos se han acomodado—. Quiero hablar de por qué estamos realmente aquí.

Algunas miradas de confusión.

—Sí, el hockey es genial. Pero esto… —hago un gesto hacia el grupo, hacia la hoguera, hacia el lago que se extiende a nuestras espaldas—, se trata de construir algo que dure. Un equipo que sea algo más que gente que lleva la misma camiseta.

—Como una familia —ofrece uno de los chicos más jóvenes.

—Exactamente como una familia. Y como cualquier familia, necesitamos conocernos de verdad. Confiar los unos en los otros. —Tomo aire—. Así que os voy a pedir a todos que compartáis algo. Un

objetivo que tengáis, un miedo al que os estéis enfrentando, algo real. Sin juicios, sin burlas. Solo una conversación sincera.

Silencio por un momento. Entonces Garrett habla.

—Yo empiezo. —Tiene la mirada fija en el fuego, sin hacer contacto visual—. Mi objetivo es llegar al hockey universitario. Conseguir una beca para que mis padres no tengan que pagar, porque andamos justos de dinero y tengo tres hermanos pequeños. —Hace una pausa—. Mi miedo es no ser lo suficientemente bueno. Ser solo un jugador decente en un pueblo pequeño y que, cuando llegue a un programa más grande, me dé cuenta de que no soy nada especial.

—Eres especial —dice Dom de inmediato—. Tienes una técnica que la mayoría mataría por tener. Solo necesitas trabajar en la mentalidad de equipo, y en eso mejoras cada día.

Garrett levanta la vista, sorprendido. —¿Sí?

—Sí.

La conversación fluye. Los jugadores comparten sueños y miedos, dificultades y esperanzas. Cuando le toca a Dom, se queda callado un buen rato.

—Mi miedo —dice finalmente— es pasarme toda la vida yendo a lo seguro. Sin arriesgarme nunca, sin destacar, siendo solo el tipo estable que apoya a los demás, pero que en realidad nunca logra nada por sí mismo.

—Ser estable es lograr algo —le digo—. No todo el mundo puede ser el máximo goleador. Los equipos necesitan gente que se presente todos los días, que haga el trabajo que nadie nota, que mantenga todo unido cuando las cosas se vuelven caóticas. Ese eres tú, Dom. Ese es tu logro.

—El entrenador tiene razón —añade Henrik—. Eres el tío con el que todos contamos. Eso importa.

Entonces uno de los jugadores más jóvenes dice algo que lo cambia todo.

—Tengo miedo de que, como el entrenador es gay, la gente piense que yo también lo soy. Y sé que es una estupidez, sé que ser gay no es malo, pero me preocupa lo que diga la gente.

El crepitar del fuego en el repentino silencio.

—Eso no es una estupidez —digo con cuidado—. Es un miedo real basado en una homofobia real que existe en la cultura del hockey. Y te agradezco que seas sincero al respecto.

Garrett interviene. —Yo antes hacía chistes. Homófobos. Antes de que llegara el entrenador. Era solo… conversación de vestuario, ¿sabes? Todo el mundo lo hacía. —Me mira—. Lo siento. No pensaba realmente en lo que significaban esas palabras ni en a quién hacían daño.

—Te lo agradezco. Y agradezco que hayas parado.

—Fue Dom quien me hizo parar —admite Garrett—. Me dijo que su hermana es gay y que cada vez que hacía esos chistes, básicamente estaba diciendo que ella era inferior. Que no tenía cabida en el hockey. Y me di cuenta de que me estaba portando como un capullo.

La conversación continúa, los jugadores compartiendo, escuchando y aprendiendo unos de otros. Para cuando termina, algo ha cambiado. Estos jóvenes son ahora una hermandad, comprometidos a apoyarse mutuamente en todo.

—Por el entrenador Hendricks —dice Henrik, levantando su botella de agua—. Por enseñarnos lo que puede ser el hockey cuando es algo más que ganar.

—Por la hermandad —replico—. Por ser el tipo de equipo que hace que el hockey sea mejor para todos los que vengan después de nosotros.

—¡Por la hermandad!

Alrededor de la una, empieza a llegar la gente para el patinaje público. La mayoría de mis jugadores se marchan, agotados por la mañana. Pero Dom, Garrett y Henrik se quedan un rato más.

—¡Entrenador Nolan!

Caspian corre por el hielo hacia mí, su patinaje ya es mucho más seguro. Callum le sigue a un ritmo más comedido y algo se me encoge cuando lo veo.

—¡Hola, campeón! ¿Qué haces aquí?

—¡Patinaje público! ¿Puedes enseñarme a hacer los cruces?

Miro a Callum, que acaba de llegar a nuestro lado, con el pelo algo alborotado por el viento y absolutamente perfecto.

—Si a tu padre le parece bien.

—Me parece bien. —Su sonrisa es cálida y no puedo evitar recordar el beso de anoche—. Iris también está aquí. Pensamos en aprovechar el día.

Durante la siguiente media hora, mis jugadores y yo trabajamos con Caspian, enseñándole, animándole. Lo tratan como a un hermano pequeño y verlos con él hace que algo me duela en el pecho.

Esto es lo que quería construir. No solo jugadores de hockey, sino jóvenes que ven el valor de ayudar a los demás.

Callum aparece a mi lado, observando.

—Son muy buenos con él —dice en voz baja.

—Son buenos chicos. Mejoran cada día.

—Gracias a ti.

—También podría enseñarte a ti —ofrezco—. A patinar mejor, quiero decir.

—¿Sí? —Me mira con algo tierno en su expresión—. ¿Querrías hacer eso?

—Querría hacer cualquier cosa contigo.

Su mano encuentra la mía, solo por un momento, esta vez sin esconderse, un breve contacto que dice más de lo que podrían decir las palabras.

—El próximo fin de semana —dice en voz baja—. Ya estoy contando los días.

—Yo también.

A medida que avanza la tarde, recogemos y nos despedimos. Dom se me acerca una última vez.

—Oye, ¿entrenador? Mi hermana viene de visita el mes que viene. ¿Te parecería bien si la traigo a un partido?

—Por supuesto. Sería un honor conocerla.

—Estás cambiando las cosas, entrenador. Quizá todavía no en todas partes, pero ¿aquí? Estás haciendo que el hockey sea mejor.

Después de que todos se hayan ido, me siento en mi coche un momento, mirando el lago.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Callum: *Caspian no ha parado de hablar del día de hoy. Gracias por incluirlo.*

Gracias a ti por compartirlo conmigo. Y por lo de anoche. Fue perfecto.

La verdad es que sí. ¿Nos vemos esta semana?

No puedo esperar.

Conduzco a casa pensando en el próximo fin de semana. En la habitación de hotel que ya he reservado. En tener por fin a Callum para mí solo, sin interrupciones.

En construir la vida que siempre quise, pero que nunca creí merecer.

Chapter Twenty-Eight

Callum

Es sábado por la tarde-noche y Caspian lleva dormido desde las siete, agotado de patinar toda la tarde.

Llevo la última hora limpiando la cocina, intentando distraerme del hecho de que el próximo fin de semana todo cambiará. El próximo fin de semana, Nolan y yo tendremos una habitación de hotel. Intimidad. Toda la noche juntos.

Estoy aterrorizado y emocionado a partes iguales.

Llaman suavemente a la puerta.

Miro por la mirilla. Nolan.

El pulso se me acelera mientras abro la puerta. Se ha cambiado desde esta tarde: vaqueros oscuros, una camiseta henley que le marca los hombros.

—Hola —dice.

—Hola.

—No he podido evitar venir —admite—. Te he visto hoy en el lago, te he observado con Caspian, y no podía pensar en otra cosa que en besarte. Así que aquí estoy.

—Caspian está dormido.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. —Entra—. ¿Te parece bien?

—Me parece más que bien.

Acorto la distancia que nos separa y me pongo de puntillas para apretar mis labios contra los suyos. El beso es fuego inmediato; esta

vez no hay nada de vacilación en él. Esto es necesidad, deseo y expectación que encuentran su liberación.

Sus manos me enmarcan la cara, luego se deslizan por mi pelo, y yo aprieto los puños en su camiseta.

—El sofá —jadeo contra su boca.

Él se aparta lo justo para mirarme, con las pupilas dilatadas. —¿Estás seguro?

—Dios, sí.

Retrocedemos a trompicones hasta el salón. Tiro de él para que se siente en el sofá, y primero se acomoda a mi lado, con una mano ahuecándome la cara y la otra deslizándose por mi pelo.

—Dios, he deseado tanto esto —murmura.

—Yo también.

Nos besamos hasta que estoy mareado, hasta que necesito más. Me muevo, sentándome a horcajadas sobre su regazo, y lo siento tensarse debajo de mí.

—Cal...

—¿Está bien esto?

—Está más que bien. —Sus manos encuentran mis caderas, agarrándolas, y de repente estoy bien acomodado en su regazo, con la dura erección apretándose contra mí a través de nuestros vaqueros.

Su boca se mueve hacia mi cuello, y yo inclino la cabeza para darle acceso. El roce de su barba de unos días hace que un calor me recorra el cuerpo.

—Joder, Cal. —Su voz suena rota—. Eres tan...

—No pares. —Mis manos se deslizan bajo su camiseta, explorando la piel cálida y los músculos duros—. Por favor, no pares.

Sus manos se deslizan bajo mi jersey, con las callosidades ásperas de años de agarrar palos de hockey, y yo me arqueo ante el contacto. Ahora nos movemos juntos, balanceándonos, la fricción es a la vez demasiada y no suficiente.

—¿Puedo...? —Tira de mi jersey.

—Sí.

Me lo quita por la cabeza, y entonces su boca está en mi pecho, encontrando puntos sensibles que no sabía que existían. Cuando sus

dientes rozan mi pezón, jadeo y me restriego contra él con más fuerza.

—Joder —gime—. Vas a matarme.

—Bien.

Le quito la camiseta y entonces es piel contra piel. Su calor es abrasador. Es guapísimo: pura fuerza definida y viejas cicatrices, un mapa de su historia.

Cuando llego a la cinturilla de su pantalón, me coge la mano.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. —Su pecho sube y baja con fuerza, las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecen negros—. Joder, no pasa nada. Pero deberíamos... tenemos que ir más despacio. —Su voz tiembla —. Porque si no paramos ahora, no voy a querer parar.

La realidad vuelve a estrellarse contra mí. Caspian, al fondo del pasillo. Nuestro acuerdo. El hecho de que tuvimos nuestra primera cita anoche.

—Claro. Vale. —Empiezo a levantarme de su regazo, pero él me sujeta allí.

—No quiero parar —aclara—. Te deseo tanto que apenas puedo pensar con claridad. Pero también quiero hacer esto bien. Quiero que estés seguro.

—Estoy seguro de ti. De nosotros. —Le acaricio la mandíbula—. Pero tienes razón en que deberíamos esperar. No porque tenga dudas, no las tengo. Sino porque quiero que nuestra primera vez sea cuando podamos centrarnos solo el uno en el otro. Cuando no esté pendiente de oír los pasos de Caspian.

—El próximo fin de semana —dice en voz baja—. Ya he hecho una reserva. En un sitio bonito, a las afueras de Northwood. Primero cenar, y luego un lugar privado. Solo nosotros.

Ese detalle hace que algo me duela por dentro. —Has estado planeando esto.

—Quería que todo saliera bien. —Sus manos se deslizan por mi espalda—. Quiero que sea perfecto para los dos.

Lo beso de nuevo, esta vez más suavemente. —Gracias.

—¿Por qué?

—Por preocuparte lo suficiente como para esperar. Por pensar en lo que necesito.

—Cal. —Me ahueca la cara—. Lo que necesites siempre será importante para mí. Tu comodidad, tu felicidad, el bienestar de Caspian... todo eso es lo primero. Siempre.

Nos quedamos así un rato, a medio vestir, solo abrazados. Aprendiendo qué hace que el otro jadee o se estremezca. Almacenando conocimiento para el próximo fin de semana.

Al final, a regañadientes, me levanto de su regazo. Nos vestimos en un silencio cómodo, lanzándonos miradas, ambos medio sonriendo.

Noto los labios hinchados. Tengo la piel sensible por todas partes donde me ha tocado. Veo una ligera marca en su cuello donde me he dejado llevar y siento una oleada de satisfacción posesiva.

—Debería irme —dice, aunque no se mueve—. Antes de que pierda por completo mi fuerza de voluntad.

—Una semana más.

—Una semana más —acepta—. Te recogeré a las seis. Primero cenar, y luego... —Su sonrisa es lenta y devastadora—. Luego te tendré para mí solo.

—Estoy deseándolo.

Me besa una vez más —largo, profundo, prometedor—, y entonces se va.

Después de que se marche, me apoyo en la puerta, con el cuerpo todavía vibrando. Aún puedo sentir sus manos en mi piel, la presión de su boca, su peso sólido.

De repente, una semana parece muy lejana.

Pero hemos esperado doce años. Podemos esperar siete días más para hacer esto bien.

Vuelvo a mirar a Caspian. Sigue durmiendo profundamente, sin saber que su padre acaba de liarse con su entrenador de hockey. Sin saber que anoche tuve mi primera cita de verdad en ocho años. Sin saber que su familia se está ampliando para incluir a alguien que se preocupa por los dos.

Sin saber que todo está cambiando de la mejor manera posible.

Me toco los labios, recordando el sabor del beso de Nolan, y sonrío.

Sí. Todo está cambiando.

Y por primera vez en años, no me asusta ese cambio.

Estoy listo para él.

Chapter Twenty-Nine

Nolan

Martes por la mañana y recibo la llamada mientras estoy revisando vídeos de los partidos en el pabellón.

Número desconocido. Casi no respondo, pero algo me impulsa a deslizar el dedo para aceptar.

—Nolan Hendricks.

—¡Nolan! Soy Robert Chen. De los Blades.

El director general de mi antiguo equipo. Me siento más erguido y pauso el vídeo.

—Robert. Cuánto tiempo.

—Demasiado. ¿Cómo estás? ¿Qué tal va lo de ser entrenador en —se oye un crujido de papeles— … Northwood?

—Bien. Muy bien, la verdad. Estamos construyendo algo especial aquí.

—Me alegro mucho de oírlo. De verdad que sí. —Se aclara la garganta, y ya me huelo por dónde va a ir esto—. Mira, iré al grano. Tenemos una vacante para el puesto de segundo entrenador. Coordinador de equipos especiales. Estamos buscando a alguien con experiencia como jugador de la NHL que entienda el juego moderno. Y ha salido tu nombre.

Me quedo quieto.

—Ha salido mi nombre.

—Sí. A pesar de todo lo que pasó —y oye, quiero que sepas que me opuse a cómo se gestionó toda esa situación—, sigues siendo una de las mejores mentes del hockey con las que he trabajado. El nuevo entrenador jefe está haciendo limpieza, quiere traer a su propia gente. Preguntó específicamente por ti.

Las palabras me golpean más de lo que esperaba. Alguien en la NHL preguntando específicamente por mí. Alguien que me quiere allí, que valora lo que aporto.

—Estoy a mitad de temporada aquí —consigo decir.

—Lo sabemos. El puesto no empezaría hasta el verano. Te daría tiempo a cerrar las cosas, a hacer la transición con elegancia. —Hace una pausa—. Nolan, esta es una oportunidad de verdad. Entrenar en la NHL. Un sueldo mejor del que ganas en las ligas menores, te lo garantizo. Acceso a instalaciones, equipamiento y recursos de primer nivel. La oportunidad de volver a donde perteneces.

Donde pertenezco.

Hace dos meses, esa frase me habría enganchado de inmediato. Joder, hace dos meses habría dicho que sí en el acto, le habría dado las gracias efusivamente y habría empezado a planear mi salida de Northwood antes incluso de terminar la llamada.

Pero ahora…

—Eso es… eso es mucho en lo que pensar —digo con cuidado.

—Por supuesto. No espero una respuesta hoy. —Suena complacido, probablemente pensando que mi vacilación es solo una táctica de negociación—. Pero no tardes mucho; estamos entrevistando a otros candidatos. Quería darte a ti la primera oportunidad porque te debo esa. Después de lo que pasó.

Después de lo que pasó. La forma educada de decir «después de que te dejáramos en la estacada cuando tus compañeros de equipo crearon un ambiente de trabajo hostil».

—Y que quede entre tú y yo… —continúa—. El nuevo entrenador es de California. Muy progresista, muy centrado en la cultura y la inclusión. Creo que encajarías bien con su filosofía. Ser abiertamente gay no sería un problema.

No sería un problema. No «sería celebrado» o «sería valorado». Simplemente, no sería un problema que tuvieran que gestionar.

—Le agradezco que haya pensado en mí —digo—. ¿Puedo tomarme un tiempo? ¿Quizá una semana?

—Una semana está bien. ¿Pero Nolan? Estas son las grandes ligas. No dejes que la nostalgia por una liga menor te aleje de tu verdadera carrera.

Mi verdadera carrera.

Colgamos, y me quedo sentado en la silenciosa sala de vídeo, mirando el fotograma congelado en la pantalla. Dom a media zancada, con el stick extendido, en una posición defensiva perfecta.

¿Es eso la NHL? ¿Mi verdadera carrera? ¿Y esto es solo… qué? ¿Un desvío? ¿Un premio de consolación?

Intento concentrarme en el resto de las grabaciones, pero mi mente no deja de divagar. Coordinador de equipos especiales. Recursos de la NHL. Todo a nivel profesional. La oportunidad de demostrar que todavía puedo funcionar a ese nivel, que el escándalo no me destrozó, que soy más que un exjugador caído en desgracia.

Pero no me estoy escondiendo aquí. ¿O sí?

Para cuando empieza el entrenamiento, estoy lo suficientemente distraído como para que los chicos se den cuenta.

—Entrenador, ¿estás bien? —pregunta Dom durante una pausa para beber agua.

—Sí. Solo tengo algunas cosas en la cabeza.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudar?

—No. Es… es algo personal.

Pero se le ve preocupado de todos modos, y odio no estar prestándoles toda mi atención.

El entrenamiento es un desastre. Me equivoco dos veces al indicar los ejercicios, olvido qué línea tiene que salir y le suelto una bordería a Garrett por algo que ni siquiera ha sido culpa suya. Para cuando acabamos, puedo sentir su confusión y preocupación.

—Lo siento, chicos —les digo mientras se van—. Hoy no estoy en mi mejor momento. Lo habéis hecho genial. Es solo que estoy lidiando con algunas cosas.

Después de que se marchen, me quedo en mi despacho, mirando el móvil. Debería devolverle la llamada a Robert. Decirle que gracias, pero no.

Excepto que no sé si eso es lo que quiero.

Pensaba que era feliz aquí. Lo soy. Pero esta oferta está removiendo sentimientos que creía haber superado. Ambición. Orgullo. El deseo de demostrar mi valía al más alto nivel.

Y luego está Callum.

Joder, Callum. Acabamos de empezar a resolver esto. Se supone que tenemos nuestra cita en el hotel este sábado. Estamos construyendo algo real.

Pero ¿y si lo estoy construyendo en el lugar equivocado?

No tengo respuestas. Así que cojo mi chaqueta y salgo al frío de noviembre, con la necesidad de caminar, de pensar.

La luz de la tarde se desvanece cuando me encuentro caminando por el centro de Northwood. Sin un destino en particular, solo moviéndome, tratando de desenredar el lío que tengo en la cabeza.

La NHL representa todo por lo que he trabajado toda mi vida. Cada entrenamiento de madrugada, cada sacrificio, cada decisión que tomé fue para llegar allí y permanecer allí.

Pero volver allí significaría dejar esto.

Paso por delante de la ferretería sobre la que está mi piso. El señor Chen me ha saludado con la mano esta mañana cuando me he ido, me ha preguntado cómo iba el equipo. Conoce mi pedido de café en la cafetería de al lado. La señora Patterson pregunta por mis jugadores como si fueran sus propios nietos.

Ya no son solo edificios. Son lugares donde la gente sabe mi nombre, mi historia, mi pedido de café.

A través del escaparate del Miller's Market, veo a Garrett trabajando en la caja, todavía con la ropa del instituto. Me saluda con la mano cuando me ve, sonriendo. Un trabajo a tiempo parcial para ayudar a su familia, me había dicho. Tres hermanos pequeños que dependen de su contribución.

Es un buen chaval. Mejora cada día.

¿Se acordaría siquiera de mis lecciones si me fuera?

La pista de hielo para jóvenes está al lado del pabellón principal, y a través de las ventanas puedo ver pequeñas figuras patinando. Incluso desde aquí, reconozco la silueta de Caspian; está practicando esos cruces que ensayamos el fin de semana pasado.

Algo se me retuerce por dentro.

Ese crío me mira como si fuera un dios. Pregunta cuándo voy a ir a cenar. Quiere enseñarme sus proyectos de ciencias.

¿Qué le haría a él si me fuera?

¿Qué le haría a Callum?

Sigo caminando hasta que llego a Sweet Provisions. A través de los grandes ventanales, veo a Callum detrás del mostrador, riéndose de algo que ha dicho un cliente. Tiene el pelo espolvoreado de harina, las mangas remangadas hasta los codos, las manos moviéndose con destreza mientras empaqueta unos pasteles.

La bandera del orgullo en el escaparate atrapa la luz de la tarde.

Este es el hombre del que me estoy enamorando. El hombre que me hornea galletas y me confía a su hijo y es lo suficientemente valiente como para ser abiertamente gay en un pueblo lo bastante pequeño como para que todos conozcan los asuntos de todos.

Si acepto este trabajo, le estaría pidiendo que… ¿qué? ¿Que se viniera conmigo? ¿Que desarraigara toda su vida, su negocio, el colegio de Caspian?

¿O simplemente le estaría abandonando?

Saco el móvil, con el pulgar suspendido sobre el número de Robert.

Podría devolverle la llamada ahora mismo. Decirle que sí. Volver a la NHL, donde se supone que debo estar.

Excepto que cuando miro a Callum a través del escaparate de esa pastelería, no siento que pertenezca a la NHL. Siento que pertenezco aquí.

Pero ¿es eso real? ¿O es solo miedo?

Permanezco allí de pie durante un buen rato, mirando a Callum trabajar. Viéndole vivir la vida que ha construido, la vida que tiene un hueco para mí si lo quiero.

¿Lo quiero?

No llamo a Robert. Todavía no. En su lugar, me guardo el móvil en el bolsillo y sigo caminando, dejando que las preguntas me persigan por la fría tarde de noviembre.

Necesito más tiempo. Necesito averiguar qué significa realmente «donde pertenezco».

Esa noche, estoy de vuelta en mi piso, mirando al techo, cuando mi móvil vibra.

Callum: *Caspian pregunta si puedes venir a cenar el jueves. Quiere enseñarte su proyecto de ciencias sobre la fricción. Por lo visto, eres la única persona que lo apreciará como es debido.*

Sonrío a pesar de mi confusión. Luego la sonrisa se desvanece.

Si acepto el trabajo, no estaré para cenar. No estaré para ver proyectos de ciencias o celebrar cruces mejorados.

Me encantaría. El jueves me viene bien.

Genial. ¿A las 18:30? Te aviso que está muy emocionado con los coeficientes de fricción.

Suena perfecto.

Dejo el móvil y cierro los ojos.

Jueves. Tengo hasta el jueves para decidir qué voy a hacer.

Si me quedo o me voy.

Si elijo Northwood o la NHL.

Si elijo a Callum o mi carrera.

Excepto que no debería sentir que es una elección entre ellos. ¿O sí?

Si la relación es real, ¿no debería sobrevivir a que yo acepte un trabajo mejor? ¿No debería entenderlo Callum?

Pero entonces pienso en su cara cuando habló de su «regla de no ser el clavo de nadie». Sobre la gente que elige su carrera por encima del amor. Sobre haber sido abandonado antes.

Pienso en Caspian preguntando cuándo seré su otro papá.

Y me doy cuenta de que, elija lo que elija, alguien va a salir herido.

Chapter Thirty

Callum

Miércoles por la mañana y la señora Patterson ya está esperando fuera de la pastelería antes de que haya abierto la puerta.

—Callum, cariño, ¿te has enterado?

Aún tengo las manos en las llaves. Algo en su tono hace que un escalofrío me recorra el cuerpo. —¿Enterarme de qué?

—¡Lo del entrenador Hendricks! La hija de Jessica Miller trabaja en la compañía telefónica… bueno, en realidad no trabaja allí, les lleva la facturación… El caso es que vio que ayer por la mañana recibió una llamada de un equipo de la NHL. ¡De un equipo de la NHL, Callum!

Las llaves se me resbalan de los dedos y caen con un tintineo sobre el asfalto.

—Oh, deja que te las coja —dice la señora Patterson mientras se agacha, sin dejar de hablar—. Por lo visto, quieren que vuelva. Un puesto de entrenador o algo así. Supongo que deberíamos alegrarnos por él, pero sería una lástima que se fuera justo ahora que todo va tan bien. Al equipo le está yendo de maravilla, Caspian lo adora y vosotros dos parecéis… bueno, no debería especular, pero…

—Señora Patterson. —La voz me sale firme a pesar del pitido en los oídos—. Tengo que abrir. ¿Podemos hablar de esto más tarde?

—Claro, cariño. Lo siento. Solo pensé que querrías saberlo.

Se marcha y me quedo solo delante de mi pastelería, con las llaves ya recogidas, pero con las manos temblando tanto que no consigo abrir la puerta.

Ha recibido una oferta de la NHL.

Claro que la ha recibido. Es Nolan Hendricks, excapitán de la NHL, una de las mejores mentes del hockey. ¿Por qué iba a quedarse en un pueblo diminuto entrenando en una liga menor cuando puede volver al lugar al que pertenece?

Finalmente consigo abrir la puerta y enciendo las luces con unas manos que no dejan de temblar. La rutina de siempre debería reconfortarme: medir la harina, encender los hornos, mezclar las primeras masas. Pero mi mente está en otro lugar por completo.

Se va a marchar.

Igual que la otra vez.

Fui un estúpido al pensar que esta vez sería diferente. Al pensar que unos cuantos besos y algunas palabras dulces significaban que de verdad se quedaría. Al pensar que yo le importaba lo suficiente como para competir con su verdadera carrera.

La masa de pan toma forma bajo mis manos y la amaso con más fuerza de la necesaria, descargando la ansiedad y el miedo.

¿Cuánto tiempo hace que lo sabe? ¿Iba a decírmelo?

Quizá por eso ha estado distraído. Por eso parecía raro ayer. No es que estuviera «lidiando con asuntos personales», es que estaba decidiendo si marcharse.

Si dejarme.

Para cuando abro a las siete, ya tengo puesta mi cara de póquer. Profesional. Alegre.

Los clientes habituales de la mañana empiezan a llegar y, por supuesto, todos se han enterado.

—Es una oportunidad muy emocionante para él —dice Martha, la de la biblioteca, mientras le meto en una caja su bollo de siempre.

—Le ha dado un vuelco a ese equipo —añade Tom, el de la ferretería—. Sería una lástima que se fuera antes de terminar lo que empezó.

Sería una lástima. Como si ya fuera inevitable.

—¿Te ha comentado algo? —pregunta Jennifer Wu, y puedo oír la especulación en su voz.

—No lo hemos hablado —digo, lo cual es cierto.

No lo hemos hablado porque no me lo ha contado.

La mañana se hace eterna. Todos los clientes han oído algo. El trabajo es en California. No, es en Nueva York. Ya está decidido. No, todavía se lo está pensando.

No sé qué es verdad. No sé nada, excepto que hubo una llamada y una oferta, y que Nolan no me ha dicho ni una palabra al respecto.

Caspian entra como una exhalación después del colegio, ajeno a mi tormento interno.

—¡Papá! ¡Adivina qué vamos a hacer hoy en el entrenamiento!

—¿El qué, campeón?

—¡Ejercicios de inferioridad numérica! El entrenador Nolan dice que ya soy lo bastante bueno como para practicar con los chicos mayores. —Está radiante—. Y ha dicho que el jueves quiere ver mi proyecto de ciencias.

El jueves. Mañana. Cenar en nuestra casa, ver proyectos de ciencias, actuar como si todo fuera normal mientras él decide si nos abandona.

—Eso es genial, Cas.

—¿Estás bien? Estás raro.

—Solo estoy cansado. Ha sido un día largo.

Hacia las cuatro aparece Iris, me echa un vistazo y cierra inmediatamente la puerta de la pastelería.

—Oye, todavía me queda una hora…

—No, no te queda. Estás en una espiral de ansiedad y vamos a ocuparnos de ella ahora mismo. —Me guía hasta una mesa—. Siéntate. Habla.

—No hay nada de qué hablar.

—Una mierda. Tienes esa mirada. La misma que tenías cuando se fue la madre de Caspian.

Me dejo caer en la silla. —Ha recibido una oferta. De la NHL. Para volver a entrenar.

—Vale. —Se sienta frente a mí—. ¿Y?

—Y que probablemente la acepte. ¿Por qué no iba a hacerlo? Es la NHL.

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque si se lo pregunto y me dice que sí, entonces será real. —La voz se me quiebra—. Y no estoy preparado para que sea real.

—Cal. —Su voz es suave—. Estás enamorado de él.

—Lo sé.

—En plan, muy enamorado de él.

—¡Lo sé! —Sale más alto de lo que pretendía—. Sé que estoy enamorado de él. Sé que llevo semanas colado. Sé que se ha vuelto esencial para la felicidad de Caspian y para la mía. —La voz se me rompe—. Se suponía que esta vez iba a ser más listo. Tenía reglas.

—Las reglas están muy bien hasta que te impiden vivir.

—Las reglas me impiden que me hagan daño.

—¿En serio? Porque ahora mismo pareces bastante dolido, y ni siquiera se ha marchado todavía.

Tiene razón. No saberlo me está carcomiendo por dentro.

—Tienes que hablar con él —dice Iris—. Hablar de verdad.

—¿Y si me lo confirma? ¿Y si me dice que se va?

—Entonces al menos lo sabrás. —Cruza el brazo sobre la mesa y me coge la mano—. ¿Pero y si te dice que se queda? ¿Y si te elige a ti?

Esa idea es demasiado dolorosa como para considerarla. Demasiada esperanza para albergar.

—No puedo preguntárselo y arriesgarme a oír que no soy suficiente.

—Ay, cariño. —Me aprieta la mano—. Sus decisiones profesionales no tienen que ver con lo que tú vales.

Pero yo no lo siento así. Siento que, si se va, significa que no era lo bastante importante. Que Caspian no era lo bastante importante.

Es como tener diecisiete años otra vez y verlo hacer las maletas para la NHL.

Solo que esta vez sé exactamente lo que pierdo.

Esa noche, después de que Caspian se acueste, me encuentro mirando el móvil.

Podría enviarle un mensaje. Preguntarle si los rumores son ciertos.

Escribo un borrador: *He oído que has recibido una oferta de la NHL. Enhorabuena.*

Lo borro.

Lo intento de nuevo: *La gente habla de que te vas. ¿Es verdad?*

Lo borro.

Una vez más: *Tengo miedo de que te vayas y no sé cómo pedirte que te quedes.*

Lo borro.

Al final no envío nada. Solo dejo el móvil y me acurruco de lado.

Debería ser más valiente. Debería ser capaz de preguntárselo directamente.

Pero no soy valiente. Estoy aterrorizado.

Así que, en lugar de eso, me quedo en la cama, mirando al techo, intentando prepararme para mañana por la noche. Para cenar con Caspian presente, actuando con normalidad mientras mi corazón se rompe en pedazos. Para mirar a Nolan a los ojos y no hacerle la pregunta que me está consumiendo.

Mi móvil vibra.

Nolan: *Hola. Qué ganas de que sea mañana por la noche. El proyecto de la fricción de Caspian suena increíble.*

El corazón se me encoge. Suena tan normal. Tan como si nada.

¿Debería preguntárselo? ¿Debería escribir simplemente: ¿Te vas?

Mis dedos flotan sobre el teclado.

Pero no puedo hacerlo.

Está muy emocionado. Nos vemos a las 18:30.

Sencillo. Seguro. Sin revelar nada.

Estoy deseándolo. Que duermas bien, Cal.

Dejo el móvil y cierro los ojos, pero el sueño no llega.

Solo el terror visceral al abandono que creía haber superado, resurgiendo para recordarme por qué tenía reglas en primer lugar.

Chapter Thirty-One

Nolan

Jueves por la mañana y me despierto sabiendo que tengo que tomar una decisión.

Llevo dos días dándole vueltas a lo mismo. Paseando por el pueblo, sin poder dormir por la noche, mirando el móvil fijamente.

El problema es que quiero las dos cosas.

Quiero la NHL: el prestigio, los recursos, la oportunidad de demostrar que todavía puedo rendir a ese nivel.

Y quiero Northwood: la comunidad, el equipo, Callum y Caspian y la vida que estamos empezando a construir juntos.

No puedo tener ambas cosas.

Así que tengo que elegir.

Después del entrenamiento —que va mejor que el desastre del martes—, me encuentro en el despacho de Vera.

—¿Tiene un minuto? —pregunto desde la puerta.

Levanta la vista del ordenador, con las gafas de leer en la punta de la nariz. —¿Para usted? Siempre. Pase, cierre la puerta.

Me acomodo en la silla frente a su escritorio y se lo cuento todo: la llamada de Robert, la oferta, los dos días de indecisión.

Escucha sin interrumpir y, cuando termino, se queda en silencio un buen rato.

—¿De qué tiene miedo? —pregunta por fin.

—¿Qué?

—Es evidente que está lidiando con esta decisión, pero sospecho que en realidad no se trata de comparar los dos trabajos. Así que, ¿de qué tiene miedo?

Abro la boca para protestar y la vuelvo a cerrar. Tiene razón.

—Me da miedo que si me quedo aquí, signifique que me estoy conformando —admito—. Que estoy eligiendo el camino fácil porque tengo miedo de volver a la NHL. Que me estoy escondiendo en Northwood en lugar de enfrentarme al lugar que me hizo daño.

—¿Y?

—Y me da miedo que si me voy, signifique que soy exactamente quien siempre he sido: alguien que elige la carrera por encima de las relaciones. —Me reclino en la silla—. Me da miedo darle la razón a Callum. Que siempre elegiré el hockey por encima de él.

—¿Ha hablado con él de esto?

—No. No quería presionarlo.

—Nolan. —Vera se quita las gafas y me mira con seriedad—. Si está en una relación con alguien, y parece que lo está, las decisiones importantes de la vida los afectan a los dos. Debería darle la oportunidad de formar parte de la conversación.

—Pero ¿y si se lo digo y me dice que lo acepte? ¿Que lo entiende, que es una gran oportunidad? —La miro a los ojos—. ¿Y si no me pide que me quede?

—Entonces lo sabría. Pero podría llevarse una sorpresa. —Se inclina hacia delante—. ¿O qué pasaría si le pide que se quede y usted se da cuenta de que eso es lo que quería todo el tiempo? ¿Permiso para elegir esto sin sentir que está renunciando a algo?

Me quedo pensando en eso. ¿Es eso lo que he estado esperando?

—Déjeme preguntarle esto —continúa Vera—. Si la oferta no existiera, si Robert no hubiera llamado nunca, ¿sería feliz aquí?

—Sí. Totalmente.

—¿Sin dudarlo?

—En absoluto.

—Entonces la pregunta no es si Northwood es suficiente. La pregunta es si puede dejar ir lo que pensaba que debía ser su vida y aceptar lo que es en realidad.

Sus palabras me golpean como si fuesen algo físico.

Es eso, ¿no? He estado midiendo mi vida con un rasero imaginario —entrenador de la NHL, un gran sueldo, prestigio profesional— en lugar de fijarme en lo que de verdad tengo.

Un equipo que me respeta. Una comunidad que me acepta. Un niño que me admira. Un hombre del que me estoy enamorando.

La vida que siempre quise, pero que nunca pensé que podría tener.

—¿Qué haría usted? —le pregunto.

—No puedo decirle eso. —Sonríe ligeramente—. Pero puedo decirle esto: no compré este equipo porque fuera la decisión empresarial más inteligente. Lo compré porque quería construir algo que importara. Y nunca me he arrepentido.

Asiento lentamente, sintiendo que algo se asienta en mi interior.

—Gracias, Vera.

—De nada. Ahora, fuera de aquí. Tiene una cena a la que ir.

Llego a la puerta de Callum a las seis y media en punto, con una botella de vino en la mano.

Caspian abre la puerta de un tirón antes de que pueda llamar.

—¡Entrenador Nolan! ¡Ven a ver mi trabajo!

—Hola, campeón. Deja que salude a tu padre primero.

Callum aparece detrás de Caspian y se me corta la respiración. Lleva un *henley* azul que le resalta los ojos, y está guapísimo y ansioso.

—Hola —dice en voz baja.

—Hola.

Nos quedamos mirándonos un instante de más. Puedo ver algo en su expresión: miedo, incertidumbre. Sabe lo de la oferta.

Claro que lo sabe. Esto es Northwood.

—Entra —dice, retrocediendo—. La cena está casi lista.

Caspian me arrastra al salón, donde ha montado su trabajo de ciencias. Me lo explica todo con gran entusiasmo y yo me centro en él, haciéndole preguntas y elogiando lo exhaustivo que ha sido.

Pero soy hiperconsciente de Callum en la cocina, de la tensión que irradia.

Yo le he provocado eso por no habérselo dicho antes.

Tengo que arreglarlo. Esta noche.

La cena es deliciosa, pero tensa. Caspian parlotea felizmente, ajeno a la corriente subterránea que hay entre nosotros.

—Y bueno, entrenador —dice Caspian con la boca llena de pasta —. ¿Tienes ganas de nuestro partido del sábado?

—Por supuesto. Habéis estado trabajando muy duro.

—¿Seguirás entrenando a los Icemen el año que viene?

La pregunta cae como una bomba.

Callum se pone rígido. Yo me quedo helado.

—¿Qué quieres decir, campeón? —pregunto con cuidado.

—El padre de Tyler dijo que podrías irte. A entrenar a un equipo de la NHL. —Nos mira a ambos—. ¿Es verdad?

Miro a Callum, que se ha puesto pálido.

—Recibí una oferta —digo lentamente—. Pero todavía no he decidido qué voy a hacer.

—Ah. —La cara de Caspian se descompone—. ¿Así que podrías irte?

—Podría. O podría quedarme. Todavía estoy decidiéndolo.

—Pero si te vas, ¿quién me va a entrenar? ¿Y quién va a ayudar a papá con las cosas? —Su voz se vuelve más aguda—. ¡Se supone que tiene que quedarse! Se supone que tiene que ser… —No termina la frase.

Se supone que tiene que ser mi otro padre.

—Oye. —Me inclino hacia delante—. Sé que esto es confuso y que da miedo. Y siento no haberte hablado de esto antes. Pero decida lo que decida, no cambiará lo mucho que me importas.

—Entonces ¿por qué te irías?

La pregunta más sencilla y devastadora.

—Es complicado —empiezo, pero él ya está apartando la silla de la mesa.

—No quiero que sea complicado. Solo quiero que te quedes. —Y entonces sale corriendo por el pasillo, y la puerta de su habitación se cierra de un portazo.

Callum y yo nos quedamos sentados en un silencio terrible.

—Déjame —digo—. Por favor. Déjame hablar con él.

Asiente y yo voy por el pasillo.

Llamo suavemente a la puerta de Caspian.

—Vete.

—Soy el entrenador Nolan. ¿Puedo entrar?

Silencio. Luego: —Supongo.

Está en su cama, con la cara hundida en la almohada. Me siento en el borde.

—Siento haberte disgustado.

—Te vas. —Su voz suena apagada—. Como todo el mundo se va.

—Oye. —Le toco el hombro—. Mírame.

Se gira, con la cara roja y manchada de lágrimas.

—No he decidido irme. Pero tienes razón en que es una posibilidad, y debería haberlo hablado contigo y con tu padre.

—¿Por qué querrías irte? ¿No te gusta esto?

—Me encanta. Por eso es tan difícil. —Intento encontrar palabras que un niño de ocho años pueda entender—. A veces los adultos tienen que tomar decisiones muy difíciles. Y a veces esas decisiones afectan a la gente que nos importa.

—¿Así que te importa más el trabajo que nosotros?

—No. Dios, no. —Lo estoy fastidiando—. ¿Puedo contarte una cosa?

Asiente.

—Cuando recibí esta oferta, una parte de mí se emocionó. Porque significaba volver a algo que creía que quería. Pero entonces empecé a pensar en lo que dejaría atrás. Tu padre. Tú. El equipo. Y me di cuenta de que lo que creía que quería puede que ya no sea lo que quiero de verdad.

—¿Entonces te quedas?

—Todavía lo estoy decidiendo. Pero te prometo una cosa: elija lo que elija, lo hablaré primero contigo y con tu padre. Y tú me importas, Caspian. Tú y tu padre me importáis más que casi cualquier cosa.

—¿Casi?

—Bueno, todavía estoy averiguando si hay algo que importe más. Pero estoy en ello.

Se queda callado, procesándolo. Luego añade: —¿Si te quedas, puedes ser de verdad mi otro padre?

Se me hace un nudo en la garganta. —Si me quedo, y a tu padre le parece bien, entonces sí. Me encantaría.

—Vale. —Se seca los ojos—. Seguramente deberías ir a hablar con mi padre ahora. Parecía muy triste.

—Sí. Debería. —Le revuelvo el pelo—. ¿Vas a estar bien?

—Supongo.

Encuentro a Callum en el fregadero de la cocina, con las manos apoyadas en la encimera y la cabeza gacha.

—Cal.

No se da la vuelta. —¿Está bien?

—Lo estará. —Me acerco más—. Te debo una disculpa. Por no haberte contado lo de la oferta en cuanto la recibí. Por dejar que te enteraras por un cotilleo.

—Es tu decisión. —Su voz es cuidadosamente neutra.

—Sí. Pero te afecta a ti. Le afecta a Caspian. Merecías saberlo. —Le toco el hombro—. Cal, por favor, mírame.

Se gira lentamente y, cuando veo su cara —el miedo y la tristeza —, algo se rompe dentro de mí.

—Piensas que me voy —digo.

—¿No es así? —Se le quiebra la voz—. Es la NHL, Nolan. Es todo por lo que has trabajado. ¿Por qué te quedarías aquí?

—Porque estás tú aquí.

—Eso no es suficiente…

—Es más que suficiente. Tú eres más que suficiente. —Me acerco más y le ahueco la cara con ambas manos—. Cal, necesito decirte algo. Y necesito que me escuches de verdad.

Está temblando, pero asiente.

—Recibí la oferta el martes por la mañana. Y durante unos treinta segundos, me emocioné. Pero luego pasé dos días paseando por este pueblo, observando mi vida, pensando en lo que estaría renunciando. —Paso los pulgares por sus pómulos—. Y me di cuenta de que no quiero la NHL. Creía que sí, pero no. Quiero esto. Quiero Northwood. Quiero a mi equipo. Quiero a Caspian. —Apoyo mi frente contra la suya—. Te quiero a ti.

—Aún no lo has decidido. Dijiste…

—Lo estoy diciendo ahora. Me quedo, Cal. Elijo esta vida. Te elijo a ti.

Su respiración se corta. —¿Estás… qué?

—Me quedo. Llamé a Robert esta tarde y rechacé el puesto. Está hecho. No me voy a ninguna parte.

Me mira fijamente, intentando procesarlo, intentando creérselo.

—Pero ¿y si te arrepientes? ¿Y si te despiertas dentro de un año y me guardas rencor…?

—No lo haré. —Lo beso suavemente—. Cal, escúchame. Hace doce años me fui de este pueblo y te dejé atrás, y me he arrepentido cada día. Sé lo que se siente al tomar la decisión equivocada. Esto no es eso. Esto es, por fin, ser lo bastante inteligente como para elegir lo que de verdad importa.

—Estoy aterrorizado —susurra—. De volver a ser una prioridad secundaria.

—Basta. —Lo beso de nuevo—. No eres una prioridad secundaria. Tú y Caspian sois lo primero. Siempre.

—La visibilidad —dice, con el pánico asomando—. La atención de los medios…

—Entonces lo afrontaremos juntos. He aprendido a poner límites. Y haré todo lo que esté en mi mano para protegeros a ti y a Caspian.

—¿Y si no es suficiente?

—Entonces encontraremos la forma. Juntos. —Le sostengo la mirada—. Pero no voy a alejarme de ti porque estar contigo pueda ser complicado. Mereces la pena.

Una lágrima se le escapa, deslizándose por su mejilla. —Te quiero. —Lo suelta de sopetón—. Dios, Nolan, te quiero tanto y me aterroriza porque he pasado mucho tiempo protegiéndome…

—Yo también te quiero. —Lo beso, saboreando a sal y a esperanza —. Estoy enamorado de ti. Completamente. Y sé que es rápido, pero necesitaba que lo supieras.

—¿De verdad lo has rechazado? —Su voz es apenas un susurro—. ¿De verdad has elegido quedarte?

—De verdad. Esta mañana. Este es mi sitio. —Me aparto lo suficiente para mirarlo—. Me quedo, Cal. Elijo esta vida. Te elijo a ti.

Me besa entonces, desesperado y agradecido. Le devuelvo el beso, intentando volcar en él todo lo que siento.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad.

—Tengo que ver cómo está Caspian —murmura.

—Ve. Yo recojo la cena.

Me da un beso más en los labios antes de dirigirse por el pasillo.

Empiezo a recoger los platos, con las manos firmes por primera vez en días.

He tomado la decisión correcta.

Me quedo en Northwood.

Voy a construir una vida con Callum y Caspian.

Estoy exactamente donde tengo que estar.

Chapter Thirty-Two

Callum

Caspian se queda dormido a los pocos minutos de que lo acueste, agotado por la montaña rusa de emociones. Me siento un momento en el borde de su cama, observándolo respirar.

Y maravillándome de que Nolan quiera formar parte de esto. De que quiera formar parte de nosotros.

Se queda.

Nos ha elegido.

Vuelvo a la cocina. Nolan ha terminado de limpiar y está de pie junto al fregadero, con las manos apoyadas en la encimera.

—Oye —digo en voz baja.

Se gira, y la expresión de su cara —abierta y vulnerable— hace que se me corte la respiración.

—¿Está bien? —pregunta Nolan.

—Ha caído frito. Procesarlo todo lo ha dejado agotado. —Me acerco más—. Gracias por hablar con él. Por ser sincero.

—Debería haber sido sincero antes. Con los dos.

—Estás siendo sincero ahora. Eso es lo que importa.

Nos quedamos ahí un momento, y me siento abrumado por la enormidad de lo que acaba de pasar.

Se ha quedado. Me ha elegido. Me quiere.

—No puedo creer que lo hayas rechazado —digo finalmente.

—No puedo creer que casi no lo hiciera. —Me atrae hacia él, abrazándome—. Cal, me he pasado dos días pensando que tenía que elegir entre mi carrera y tú. Pero no se trataba de eso. Se trataba de elegir entre lo que yo creía que era el éxito y lo que es en realidad.

—¿Y qué es?

—Esto. —Hace un gesto hacia la cocina—. Tú. Caspian. El equipo. Una comunidad que me acepta. Construir algo que perdure. —Me toma la cara entre las manos—. Eso es el éxito. Eso es lo que quiero.

Lo beso porque no encuentro palabras para expresarlo. Responde de inmediato, atrayéndome más hacia él.

Cuando nos separamos, estoy sin aliento.

—Tenía tanto miedo —admito—. Toda la semana, he estado aterrorizado de que te fueras a marchar.

—Lo sé. Y lo siento. Debería habértelo dicho de inmediato. —Apoya su frente contra la mía—. No volveré a cometer ese error. Si algo nos afecta —y ahora somos un «nosotros», ¿verdad?—, entonces lo hablamos. Juntos.

—Somos un «nosotros» —confirmo—. Totalmente un «nosotros».

—Bien. —Me besa de nuevo, suave y dulcemente—. Entonces, ¿qué pasa ahora?

—¿Ahora? —Me aparto un poco—. Ahora pensamos en cómo decirle a Caspian que te quedas de verdad. En cómo llevar esta relación con todo el pueblo mirando…

—Cal. —Me detiene—. Me refería a qué pasa ahora mismo. Esta noche.

—Ah. —El deseo me inunda—. Bueno, Caspian está dormido. Y todavía tenemos nuestra reserva de hotel para el sábado…

—Sí, la tenemos. —Sus ojos se han oscurecido—. Pero si quisieras… si estuvieras listo…

—Quiero esperar —digo, y veo un atisbo de decepción en su rostro antes de que lo oculte—. No porque no te desee. Dios, te deseo muchísimo. Sino porque quiero que nuestra primera vez sea la celebración que planeamos. No el alivio después de una crisis.

La comprensión cruza su rostro.

—Quieres que sea sobre nosotros, no sobre lo que casi sucedió.

—Exacto. —Lo beso suavemente—. El sábado. El hotel. Toda la noche juntos sin interrupciones. Solo nosotros, pudiendo estar juntos por fin como siempre hemos querido.

—Suena perfecto. —Me acerca de nuevo—. Pero me voy a pasar los próximos dos días sin pensar en otra cosa.

—Bien. Yo también.

Nos quedamos ahí, en mi cocina, abrazados, y por primera vez en días puedo respirar bien.

Se queda.

Me quiere.

Estamos construyendo esto juntos.

—Probablemente debería irme —murmura Nolan, aunque no se mueve—. Para que descanses un poco.

—O podrías quedarte un poco más. Sentarte en el sofá. Hablar.

—¿Solo hablar? —Su sonrisa es pícara.

—Quizás no solo hablar. Pero tampoco… ya sabes. —Siento que se me calienta la cara—. Quiero esperar hasta el sábado para lo demás.

—Lo sé. Y me encanta que tengas tus límites. —Me coge de la mano y me guía hacia el salón—. El sofá suena perfecto.

Nos acomodamos en el sofá, y esta vez, cuando me acerca, no hay urgencia. Solo la tranquila comodidad de estar juntos, de saber que tenemos tiempo.

Me acurruco a su lado, con la cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón.

—Cuéntame cómo lo rechazaste —digo—. La conversación con Robert.

Y lo hace. Me cuenta cómo paseó por el pueblo, viendo la vida que estaría dejando atrás. Cómo habló con Vera, quien le ayudó a ver que estaba midiéndose con los estándares equivocados. Cómo llamó a Robert y tuvo la certeza absoluta.

—Intentó convencerme de que no lo hiciera —dice Nolan—. Me dijo que estaba tirando mi carrera por la borda. Que estas eran las grandes ligas y que en su lugar estaba eligiendo un pueblo de cinco mil habitantes.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que todo por lo que había trabajado —la gloria individual, el reconocimiento— en realidad no me hacía feliz. Que lo que me hace feliz es enseñar a unos chavales que probablemente nunca jugarán al hockey profesional a que pueden ser buenos hombres de todos modos. Construir un equipo donde todos tienen su lugar. Estar contigo.

—Todavía no me lo puedo creer del todo.

—Pues créetelo. —Me levanta la cara y me besa a fondo—. Soy tuyo, Cal. Completamente.

—Y yo soy tuyo.

Nos besamos lenta y profundamente. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta, cálidas contra mi piel, y arqueo la espalda ante su contacto.

—Esperar hasta el sábado me va a matar —gruñe contra mi boca.

—Solo son dos días.

—Dos días muy largos.

Me río y lo beso de nuevo.

—Podemos aguantar dos días.

—¿Podemos? —Su mano se desliza por mi costado y me estremezco—. Porque a mí ya me está costando horrores.

—A mí también. —Me muevo para sentarme a horcajadas sobre su regazo, sintiéndolo duro debajo de mí—. Pero valdrá la pena. Hacerlo bien. Tener toda la noche juntos.

—Tienes razón. —Me besa el cuello—. Eso no significa que no vaya a pensar en ello constantemente.

—¿En qué vas a pensar?

—En desnudarte. —Sus manos me agarran las caderas—. En aprenderme cada centímetro de ti. En descubrir qué te hace jadear. —Se restriega contra mí y no puedo reprimir un gemido—. En hacer que te corras tan fuerte que veas las estrellas.

—Nolan. —Mi voz suena rota—. No estás ayudando.

—Lo siento. —No parece arrepentido en absoluto—. ¿Quieres que pare?

—Dios, no.

Nos besamos hasta que ambos respiramos con dificultad, hasta que me rozo contra él y estamos a punto de olvidar por qué estamos

esperando.

—Vale. —Me obligo a apartarme—. De verdad, tienes que irte ya. Antes de que pierda mi fuerza de voluntad.

—El sábado —dice, con voz ronca.

—El sábado.

En la puerta, me besa una vez más: un beso largo, profundo y lleno de promesas.

—Te quiero —le digo.

—Yo también te quiero. —Me acaricia la cara con delicadeza—. Duerme un poco. Sueña con el sábado.

—Oh, lo haré.

Cuando se va, me apoyo en la puerta, con el cuerpo vibrando.

Vuelvo a ver cómo está Caspian —sigue durmiendo a pierna suelta — y me dirijo a mi habitación.

Mañana pensaré en cómo decirle que Nolan se queda. Mañana pensaré en lo que esto significa para nuestro futuro.

Pero esta noche, simplemente voy a permitirme creerlo.

Creer que seguirá a mi lado.

Creer que esta vez el amor no me abandonará.

Dos días más.

Entonces nos convertiremos en un «nosotros» en todos los sentidos posibles.

No puedo esperar.

Chapter Thirty-Three

Nolan

No llegamos al sofá.

En un momento estamos en la cocina de Callum, abrazados después de decirle que me quedo, y al siguiente tiene las manos enredadas en mi pelo y nos estamos besando como si el mundo fuera a acabarse.

—Sé que dijimos que esperaríamos —murmuro contra su boca—. Hasta el sábado. El hotel.

—Lo sé.

—Pero ya no quiero esperar más. —Lo beso a lo largo de la mandíbula, sintiéndolo estremecerse—. Te deseo. Esta noche.

—Caspian está dormido —dice, pero sus manos ya se aferran a mi camisa—. Justo al final del pasillo.

—Entonces no haremos ruido. —Me aparto lo suficiente para mirarlo—. A no ser que quieras esperar. Podemos esperar.

—Yo tampoco quiero esperar. —Tiene los ojos oscuros—. He esperado doce años. Por favor.

Ese *por favor* me deshace por completo.

Lo beso con fuerza, empujándolo contra la encimera, y él emite un ruidito que me atraviesa. Sus manos están por todas partes: en mi pecho, en mis hombros, y se deslizan para agarrarme las caderas y tirar de mí.

—Dormitorio —consigo decir—. Ahora.

Me coge de la mano y me guía por el pasillo, pasando por la puerta cerrada de Caspian, hasta su propia habitación al final. El espacio es cálido y acogedor: una cama grande con una colcha azul, muebles que no hacen juego, fotos de Caspian en cada superficie. Huele a él, a vainilla y a ropa limpia.

Cierra la puerta con llave y volvemos a abalanzarnos el uno sobre el otro.

—Espera. —Le sujeto las manos—. Más despacio. Tenemos tiempo.

—No siento que tengamos tiempo. Siento que voy a entrar en combustión.

—Entonces déjame tocarte. —Le quito la camiseta por la cabeza, tomándome un momento para observarlo. Piel pálida salpicada de pecas en los hombros. Músculo magro. La ligera suavidad alrededor de su cintura que lo hace real, humano, perfecto—. Dios, eres precioso.

—Estoy flaco y pálido...

—Eres precioso —repito con firmeza, pasando las manos por sus hombros, bajando por sus brazos, a través de su pecho—. Cada parte de ti.

Se estremece bajo mi caricia. Cuando rozo sus pezones con los pulgares, jadea.

—¿Sensible?

—Sí. Muy sensible.

Tomo nota mental. —¿Qué más debería saber?

—¿Sobre qué?

—Tu cuerpo. Lo que te gusta.

Se queda en silencio un momento. —Me gusta que me toquen. Por todas partes. Me gusta... —Se detiene, sonrojado.

—Dímelo.

—Me gusta sentir tu peso sobre mí. No con fuerza, solo... sentir que no puedo escapar. —Su voz es apenas un susurro—. ¿Es raro?

—No es raro. Es jodidamente excitante. —Lo empujo suavemente hacia atrás hasta que sus piernas chocan con la cama—. Eso puedo hacerlo sin problemas.

Me arrodillo y le quito los zapatos, los calcetines, y luego le bajo los vaqueros. Él levanta las caderas para ayudar y entonces se queda solo en bóxers, ya duro, mirándome con deseo y nerviosismo.

—Tu turno —dice.

Me desnudo con eficiencia hasta quedarme como él, y sus ojos recorren mi cuerpo con evidente apreciación.

—Ven aquí. —Lo levanto y lo llevo a la cabecera de la cama—. Túmbate.

Lo hace, y yo me subo sobre él, colocando mi peso con cuidado. Su respiración se entrecorta.

—¿Así? —pregunto.

—Sí. Así mismo.

Lo beso lentamente mientras mis manos exploran: cartografían su pecho, la curva de sus costillas, la protuberancia de sus caderas. Se arquea hacia mi tacto, haciendo sonidos que me vuelven loco.

Cuando rompo el beso para bajar por su cuerpo, sus manos se aferran a las sábanas.

—Relájate —murmuro contra su esternón—. Yo te cuido.

Me tomo mi tiempo: lo beso, le lamo y de vez en cuando le muerdo, aprendiendo qué le hace jadear (los dientes contra sus costillas), qué le hace gemir (la lengua alrededor de su pezón), qué le hace maldecir (cuando le muerdo la cadera).

Para cuando engancho los dedos en sus calzoncillos, está prácticamente vibrando.

—Por favor —suspira.

Se los quito y los tiro a un lado, y entonces está completamente desnudo debajo de mí.

—Dios, Cal. —Le envuelvo la polla con la mano, y él se arquea contra mi agarre—. Jodidamente perfecto.

—No perfecto. Solo muy excitado.

Lo acaricio lenta y firmemente, observando su cara. Aprieta los ojos con fuerza, la boca abierta.

—Mírame —digo.

Abre los ojos, y la vulnerabilidad en ellos —la confianza, el amor— me hace un nudo en la garganta.

—Voy a cuidar de ti.

—Ya lo estás haciendo.

Bajo la cabeza y me lo llevo a la boca.

El sonido que hace es mitad gemido, mitad sollozo, y sus manos vuelan a mi pelo, no empujando, solo agarrándose. Lo trabajo con la boca: lo meto hasta el fondo, ahueco las mejillas, uso la lengua para encontrar los puntos sensibles.

—Nolan —jadea—. Voy a...

Me aparto antes de que pueda terminar.

—Todavía no —digo, besándole el muslo—. Quiero que te corras cuando esté dentro de ti.

—Entonces deja de provocarme.

—Impaciente.

—Doce años. Tengo derecho.

Tiene razón.

Me quito los calzoncillos y voy a la mesita de noche. —¿Material?

—Cajón de arriba.

Encuentro lubricante y condones y me arrodillo entre sus piernas.

—¿Has hecho esto antes? —pregunto, cubriéndome los dedos de lubricante.

—Unas cuantas veces. No recientemente. —Abre más las piernas —. Puedo aguantarlo.

Lo beso mientras presiono un dedo resbaladizo lentamente en su interior. Se tensa y luego se relaja.

—¿Estás bien?

—Más.

Añado un segundo dedo, preparándolo con paciencia, haciendo tijera y estirando mientras mi otra mano lo mantiene duro. Está apretado y caliente alrededor de mis dedos.

Para cuando añado el tercero, se mece hacia atrás contra mi mano.

—Por favor —suplica—. Estoy listo.

Saco los dedos y me pongo un condón con manos temblorosas. —¿Cómo lo quieres?

—Así. Quiero verte.

Me coloco, con la punta de la polla presionando contra él.

—Te quiero —digo.

—Yo también te quiero. Ahora, por favor, fóllame.

Entro lentamente, observando su cara. Solo hay placer: sus ojos se cierran, su boca se entreabre, un gemido bajo mientras lo lleno.

Cuando estoy completamente dentro, ambos nos quedamos quietos.

—Joder —suspira—. Te siento tan...

—Tú eres increíble. —Me quedo quieto haciendo acopio de todas mis fuerzas—. Jodidamente increíble.

—Muévete. Por favor.

Salgo casi por completo, luego vuelvo a embestir, y ambos jadeamos. Encuentro un ritmo: lento y profundo al principio, que va aumentando a medida que él se mece para recibirme.

—Más fuerte —exige, rodeándome con las piernas—. No me voy a romper.

—¿Estás seguro?

—Quiero sentirte mañana.

Cambio mi ángulo y embisto con más fuerza, encontrando ese punto que le hace ver las estrellas.

—Ahí —jadea—. Justo ahí.

No me detengo. Sigo golpeándolo con cada embestida, observando su cara, sintiéndolo apretarse a mi alrededor.

—Tócate —logro decir—. Quiero sentir cómo te corres.

Se rodea la polla con la mano, masturbándose al ritmo de mis embestidas. Noto que está cerca: su cuerpo se tensa, su respiración es entrecortada.

—Estoy a punto —advierte.

—Córrete para mí, Cal.

Lo hace, gritando mi nombre, y de inmediato se tapa la boca con la mano. Su cuerpo se contrae tan fuerte que apenas puedo moverme, y eso me empuja al límite.

Embisto profundamente y me corro con fuerza, enterrando la cara en su cuello.

Durante un largo momento, permanecemos conectados, temblando.

—Hostia puta —dice finalmente.

—Sí.

Salgo con cuidado y él hace una ligera mueca. —¿Estás bien?

—Perfectamente. Un poco dolorido, pero perfectamente.

Me encargo del condón y vuelvo con una toallita húmeda y tibia, limpiándolo con suavidad.

—No tienes que hacer eso.

—Quiero hacerlo.

Tiro la toallita a un lado y vuelvo a meterme en la cama, atrayéndolo hacia mi pecho.

—No puedo creer que acabemos de hacer esto —murmura.

—Con tu hijo al final del pasillo.

—Tiene el sueño muy pesado. —Me da un beso en el pecho—. Sé que dijimos que esperaríamos, pero esto ha sido lo correcto.

—Ha sido perfecto. —Paso los dedos por su pelo—. Y todavía podemos hacer lo del sábado. Montar algo especial.

—¿Algo especial?

—Cena. Vino. Una bonita habitación donde no tengamos que hacer ruido. —Le beso la coronilla—. Donde pueda tomarme mi tiempo y hacerte gritar.

Se estremece. —Eso suena muy bien.

Nos quedamos ahí tumbados en un silencio cómodo. Al final, empieza a quedarse dormido.

—Quédate —murmura.

—Tendré que irme temprano. Antes de que Caspian se despierte.

—No me importa. Te quiero aquí.

—Vale. Me quedaré.

Se duerme en cuestión de minutos, relajado y cálido contra mí.

Me quedo despierto un poco más, procesándolo todo.

He rechazado la NHL. He elegido Northwood. He elegido a Callum. Y acabo de hacer el amor con el hombre del que he estado enamorado desde que tenía diecisiete años.

Debería sentirme inseguro o asustado por la magnitud de estas decisiones.

En cambio, no siento más que paz.

Este es exactamente el lugar en el que se supone que debo estar.

Chapter Thirty-Four

Callum

Me despierto con la luz del sol entrando a raudales por la ventana de mi dormitorio y un peso cálido y pesado contra mi espalda.

Por un momento, estoy desorientado. Entonces los recuerdos vuelven de golpe: anoche, Nolan diciéndome que se quedaba, los besos desesperados en mi cocina, la sensación cuando por fin entró en mí.

La forma en que me abrazó después y prometió quedarse a pasar la noche.

Me giro con cuidado para no despertarlo y me limito a observarlo.

Está precioso mientras duerme; con el rostro relajado, el pelo oscuro revuelto contra mi almohada, un brazo todavía rodeándome como si incluso inconsciente necesitara aferrarse a mí.

Se queda. Me ha elegido a mí.

El pensamiento me llena de una calidez tan intensa que casi resulta dolorosa.

Alargo la mano y trazo la línea de su mandíbula. Se remueve, sus ojos se abren con un aleteo y, cuando ve que lo estoy mirando, sonríe.

—Buenos días —dice, con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días —lo beso suavemente—. Te has quedado.

—Dije que lo haría.

—Lo sé. Pero todavía parece un sueño.

—Si es un sueño, no quiero despertar —me acerca más a él y puedo sentir cómo se endurece contra mi cadera—. ¿Cómo te encuentras? ¿Adolorido?

—Un poco. Pero para bien —me muevo contra él deliberadamente —. ¿Por qué? ¿Estabas pensando en hacer algo para dejarme más adolorido?

—Quizá. Tenemos tiempo antes de que Caspian se despierte.

—Quizá veinte minutos. Se levanta muy temprano.

—Con veinte minutos me apaño.

Me besa profundamente y me pierdo en ello: su sabor, el tacto de sus manos, la forma en que su cuerpo encaja con el mío.

—Te deseo —murmuro contra su boca.

—Anoche fuiste mío.

—Te deseo otra vez.

—No tenemos tiempo para lo que quiero hacerte.

—Entonces solo… —me aprieto más contra él—. Así.

Su mano nos rodea a los dos y la fricción es perfecta. Nos balanceamos juntos, besándonos y tocándonos, mientras la urgencia crece rápidamente.

—Joder, Cal —su voz está quebrada—. Qué bien sientas.

—No pares.

—No pienso parar. No pienso irme.

Nos corremos juntos, ahogando los gemidos contra la boca del otro.

Después, recuperamos el aliento.

—De verdad que necesito ducharme —digo a regañadientes—. Y tú tienes que irte antes de que Caspian se despierte.

—Lo sé —me besa una vez más—. Pero esta noche. ¿Cenamos?

—Sí. Esta noche.

Se levanta de la cama y se viste rápidamente. En la puerta, me besa de nuevo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuando se va, me quedo tumbado en la cama, procesándolo todo. Ayer estaba aterrorizado de que se fuera. Hoy me he despertado en sus brazos.

Finalmente me arrastro a la ducha, haciendo una mueca por el dolor. Pero es un buen recordatorio.

Cuando salgo, la puerta de Caspian está abierta.

—Buenos días, campeón —le digo mientras voy a la cocina.

Está en la mesa con los cereales. —El entrenador Nolan se ha ido temprano.

El corazón se me para. —¿Qué?

—Lo vi salir cuando me levanté a por agua. Hace como una hora —me mira con esos ojos que saben demasiado—. ¿Se quedó a dormir?

Me dejo caer en la silla frente a él. Deberíamos haber previsto esto.

—Sí —digo finalmente—. Sí, se quedó.

—¿Porque ahora estáis juntos? ¿Como novios?

—Sí. Porque ahora estamos juntos —observo su cara—. ¿Te parece bien?

—¡Es genial! —sonríe de oreja a oreja—. ¿Eso significa que va a ser mi otro padre?

—Eso es algo que tenemos que ver. Lleva tiempo, Cas.

—Pero tú quieres que lo sea, ¿verdad?

—Quiero que formemos una familia juntos. Los tres.

—Bien —vuelve a sus cereales—. ¿Podemos desayunar tortitas mañana?

—Claro, campeón.

La pastelería está a tope, como cada viernes por la mañana. Agradezco la distracción.

Aunque no puedo parar de sonreír.

—Vale, ¿qué ha pasado? —exige Jamie durante un momento de calma—. Llevas sonriendo toda la mañana.

—Nada.

—Mentiroso. Estás radiante. Y has hecho una mueca cuando te has agachado a por la harina.

La cara me arde. —Jamie…

—Oh, Dios mío. Has echado un polvo.

—¿Puedes decirlo más alto? Creo que la señora Patterson no te ha oído.

—Perdón —baja la voz—. Pero lo has hecho, ¿a que sí?

—Eso es privado.

—Lo que significa que sí —me da un golpecito en el hombro—. Estás feliz. Muy feliz. Te lo mereces.

—Gracias.

Nolan aparece a su hora de siempre y verlo me oprime el pecho. Tiene buen aspecto: duchado, bien afeitado, con su ropa de entrenador.

—Buenos días —dice, con los ojos cálidos por los secretos que solo nosotros compartimos.

—Buenos días. ¿Lo de siempre?

—Por favor.

Le sirvo el café. Cuando nuestros dedos se rozan durante el intercambio, siento la consciencia de su piel recorrerme por completo. Su pulgar acaricia brevemente mis nudillos.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja—. ¿No muy adolorido?

—Bien. Genial, de hecho.

—Me alegro —su sonrisa es pícara—. Porque tengo planes para ti mañana por la noche.

—¿Planes?

—El hotel. Donde podré tomarme mi tiempo contigo.

El deseo me atraviesa. —Me acuerdo.

—Bien. Te recojo a las seis.

Cuando se va, me tomo un momento en la trastienda para serenarme. Una mirada, un toque, unas pocas palabras, y me deshace.

Esto es lo que se siente al estar enamorado. Al ser deseado. Al ser elegido.

Esa tarde, Nolan viene a cenar. Caspian está fuera de sí, arrastrando a Nolan para enseñarle su último trabajo del colegio en cuanto entra por la puerta.

—¡He sacado un sobresaliente! ¡La profe dijo que mi presentación fue muy buena!

—Eso es increíble, campeón —Nolan examina la cartulina con interés genuino—. Te has esforzado mucho en esto.

—Papá me ayudó con los dibujos.

—Tu padre es un buen artista.

—Es bueno en todo.

Nolan me mira con muchísima calidez. —Sí. La verdad es que sí.

La cena es fácil y cómoda; los tres juntos se siente natural. Caspian parlotea sobre el colegio y el hockey, y Nolan lo escucha con verdadero interés.

Así es una familia.

Después de cenar, Caspian le pide a Nolan que le ayude con los deberes de matemáticas. Se sientan a la mesa mientras yo recojo, escuchando a Nolan explicar las fracciones usando metáforas de hockey.

—Así que si tienes un tercio de tu equipo en el hielo…

—¡El hockey no funciona así!

—Sígueme la corriente, campeón.

Cuando Caspian se va a la cama, acompaño a Nolan a la puerta.

—Mañana —digo.

—Mañana. A las seis en punto. Haz una bolsa, nos quedamos a dormir.

—Qué ganas.

—Y yo —echa un vistazo por el pasillo y luego me besa rápidamente—. Que duermas bien.

—Tú también.

Cuando se va, me apoyo en la puerta.

Mañana por la noche. Una habitación de hotel. Toda la noche juntos.

Ya estoy contando las horas.

Chapter Thirty-Five

Nolan

Sábado en un estado de expectación apenas contenida.

El entrenamiento va bien. El equipo está espabilado, concentrado, preparándose para las eliminatorias. Pero mi mente no deja de divagar y pensar en esta noche.

—Entrenador, pareces distraído —dice Dom durante una pausa para beber agua.

—Estoy pensando en las eliminatorias.

—Claro —sonríe—. ¿O en tu cita de esta noche?

—¿Cómo lo…?

—Es un pueblo pequeño, entrenador. Todo el mundo se entera de todo.

Después del entrenamiento, conduzco hasta Duluth para registrarme en el hotel con antelación. He reservado una suite; nada del otro mundo, pero está bien. Una cama extragrande, una sala de estar independiente, un cuarto de baño con una ducha enorme.

Un lugar donde podemos ser nosotros mismos.

Me detengo a comprar vino. Paro en una floristería a por un ramo sencillo. Para cuando vuelvo en coche a recogerlo, la expectación vibra dentro de mí.

Me está esperando en la puerta y está increíble: vaqueros oscuros, un jersey verde botella que le ilumina los ojos, el pelo arreglado.

—Hola —dice.

—Estás precioso.

Se sonroja. —Lo dices siempre.

—Porque siempre es verdad.

El viaje transcurre entre una conversación cómoda y miradas cargadas de intención. Apoyo la mano en su muslo y él la cubre con la suya.

—Estoy nervioso —admite cuando nos acercamos a la ciudad.

—¿Ah, sí?

—Es un nerviosismo bueno. Emocionado. Pero lo del jueves fue desesperado; estábamos alterados por las emociones —me mira—. Esta noche parece distinta. Intencionada.

—Lo estamos haciendo de verdad. Construyendo una relación. Y parte de eso es tomarnos tiempo para explorar lo que nos gusta a los dos.

—Me gustó todo lo del jueves.

—¿Ah, sí? —sonrío—. ¿Incluso cuando…?

—Sobre todo entonces.

El hotel es bonito sin ser ostentoso. Hago el registro y luego nos dirigimos a la habitación 342.

—Oh —dice al verla—. Es muy bonita.

La suite es cálida: una cama grande con sábanas blancas, muebles modernos, iluminación suave. Flores en el escritorio, champán enfriándose.

—Has comprado flores —dice en voz baja.

—Quería que supieras que voy en serio con lo nuestro.

Se vuelve hacia mí. —Sé que vas en serio. Rechazaste la NHL.

—Por nosotros —lo atraigo hacia mí—. Y ahora…, ¿reserva para cenar en una hora o servicio de habitaciones y pasamos a la parte de desnudarnos?

Se ríe. —Quiero la cena. La experiencia completa.

Y eso hacemos. Un buen restaurante cercano, cogidos de la mano sobre la mesa, hablando de todo. Del futuro. De la casa que quiere que miremos juntos. De los progresos de Caspian.

Para cuando terminamos el postre y volvemos andando, la expectación es casi insoportable.

En el ascensor, lo atraigo hacia mí y lo beso con fuerza. Responde de inmediato, agarrando con los puños mi chaqueta.

—Joder —respiro contra su boca—. Te deseo tanto…

—Entonces cógeme.

El ascensor suena. Nos tambaleamos hasta nuestra habitación. Con la puerta cerrada, por fin solos.

Lo empujo contra esta y lo beso a fondo mientras le desabrocho los botones.

—La cama —jadea—. Te quiero en una cama.

Llegamos hechos un revoltijo de extremidades, despojándonos de la ropa. Para cuando nos derrumbamos en el colchón, solo nos quedan los calzoncillos.

—Ven aquí —lo coloco encima de mí.

Se sienta a horcajadas sobre mis caderas y yo le paso las manos por los muslos, por las caderas, por el pecho. Simplemente, apreciándolo.

—Me estás mirando fijamente —dice.

—No puedo evitarlo.

Me incorporo, rodeándolo con los brazos, juntando nuestros pechos. —Cada parte de ti es perfecta para mí.

Lo beso despacio, dejando que la urgencia se desvanezca en algo más profundo. Exploramos con las manos y la boca, aprendiendo, aumentando el calor gradualmente.

Cuando le doy la vuelta para ponerlo boca arriba y le quito los calzoncillos, está sonrojado y respira con dificultad.

—Por favor… —susurra.

—Dime lo que quieres.

—Tu boca.

Se la como despacio, saboreándolo, y él arquea la espalda. Lo trabajo hasta que está a punto y entonces me aparto.

—Todavía no. Quiero que esto dure.

—Me estás torturando.

—Me estoy tomando mi tiempo —cojo el lubricante y los condones —. Como quería hacer el jueves.

—Ahora no tenemos prisa.

—Exacto.

Lo preparo con cuidado; todavía está un poco sensible, así que soy extremadamente delicado. Un dedo, luego dos, luego tres, abriéndolo mientras lo acaricio para mantenerlo al límite.

—Por favor —ruega finalmente—. Estoy listo.

—¿Cómo lo quieres?

—Boca arriba. Quiero mirarte.

Me pongo un condón y me coloco. —¿Listo?

—Listísimo.

Entro despacio y ambos gemimos. Está apretado y perfecto.

—¿Estás bien?

—Perfecto —sus piernas se enroscan a mi alrededor—. Muévete.

Empiezo despacio, saliendo casi por completo antes de volver a entrar, encontrando un ritmo. Pero esta noche no va de urgencia. Esta noche va de conexión.

Ajusto el ángulo hasta que encuentro lo que lo hace jadear y me centro ahí.

—Tócate —le digo—. Quiero verte.

Se rodea el miembro con la mano y la imagen casi acaba conmigo.

—Te ves tan bien —lo animo—. Cogiéndome, tocándote, deshaciéndote.

—Solo por ti —jadea—. Siempre y solo por ti.

Me inclino para besarlo profundamente. Nos movemos juntos, avanzando hacia el orgasmo.

Cuando se corre, con la espalda arqueada y mi nombre en sus labios, yo lo acompaño.

Nos desplomamos en un montón satisfecho.

—¿Mejor que el jueves? —pregunto.

—Diferente —hace una pausa—. El jueves fue desesperado e intenso. Esto ha sido hacer el amor.

—Sí. Lo ha sido.

Nos limpiamos y nos acurrucamos juntos bajo las sábanas.

—Tenemos toda la noche —murmuro—. ¿Qué te apetece?

—Esto. Estar aquí tumbado contigo.

Hacemos exactamente eso: hablar, compartir historias, hacer planes. Al final, las palabras llevan a los besos, que llevan a más.

El segundo asalto es más lento, más perezoso, explorando posturas, aprendiendo lo que hace jadear al otro.

Cuando por fin nos quedamos dormidos de madrugada, estoy completamente satisfecho y completamente enamorado.

Esto es lo que he elegido. Esta vida. Este hombre.

Nunca he estado más seguro.

Chapter Thirty-Six

Callum

Me despierto el domingo por la mañana con la luz del sol colándose por las cortinas del hotel y el brazo de Nolan pesando sobre mi pecho.

Estamos los dos desnudos bajo las sábanas, la habitación huele a nosotros y estoy deliciosamente dolorido de una forma que me hace sonreír.

La noche anterior fue todo lo que no sabía que necesitaba.

Solo nosotros, por fin juntos sin interrupciones. Sin preocupaciones, sin contenernos. Dos personas enamoradas, explorándose mutuamente.

Y ahora tengo la suerte de despertarme con él.

Giro la cabeza para mirarlo: sigue dormido, con el rostro apacible y el pelo oscuro revuelto sobre la almohada. Tiene una marca en el cuello de cuando me entusiasmé durante el segundo asalto.

Mío. Es mío.

Se remueve y sus ojos se abren con un aleteo.

—Buenos días —dice con voz grave.

—Buenos días.

Me acerca más a él y me besa con pereza. —¿Cómo te encuentras?

—Dolorido. Satisfecho. Muy feliz.

—Bien. —Su mano se desliza por mi espalda—. ¿Crees que podrías con uno más antes de dejar la habitación?

—¿A qué hora hay que dejarla?

—A mediodía.

—Entonces, sin duda, me dejo convencer.

Esta vez es diferente: somnolienta y lenta, con la luz del sol de la mañana pintándonos de dorado. Nos tomamos nuestro tiempo, dejando que el placer crezca gradualmente.

Cuando por fin dejamos el hotel y volvemos a Northwood, estoy completamente satisfecho, un poco agotado y más enamorado de lo que he estado nunca.

—Ha sido perfecto —le digo—. Gracias.

—No tienes que darme las gracias. —Me besa—. Y podemos repetirlo. Cuando quieras.

—Lo quiero todo el tiempo.

—Bien. Yo también.

Iris trae a Caspian a casa una hora después. Viene lleno de historias: la película que vieron, las tortitas que hicieron, el proyecto de manualidades que empezaron.

—¿Te lo pasaste bien con el entrenador Nolan? —pregunta.

—Sí. Cenamos muy a gusto.

—¿Y os quedasteis en un hotel?

—Sí.

—Qué guay. —Se lo piensa—. ¿Os vais a casar?

Casi me atraganto con el café. —Eso es… Nos lo estamos tomando con calma, campeón.

—Pero lo quieres, ¿no?

—Sí, lo quiero.

—¿Y él te quiere a ti?

—Me quiere.

—Entonces, ¿por qué no os casáis?

Según la lógica de Caspian, es así de simple.

—Casarse es un paso muy grande. Queremos asegurarnos de que estamos preparados.

—Vale. —Se encoge de hombros y vuelve a su proyecto de manualidades, dejándome procesando la información.

¿Es hacia ahí adonde vamos? La idea no me asusta como esperaba. Me parece acertada. Natural.

Pero solo llevamos juntos unos días. Demasiado pronto.

¿O no?

Esa tarde, Nolan vuelve a venir a cenar; una rutina que se está convirtiendo en algo normal. Mientras él y Caspian juegan al hockey en la entrada de casa, yo estoy de pie junto a la ventana de la cocina, observándolos.

Caspian se ríe mientras presume de un nuevo movimiento. Nolan elogia su esfuerzo a la vez que le corrige la postura. Parecen padre e hijo; el cariño natural, los intereses comunes.

Esto es lo que siempre he querido para Caspian. Un padre que esté presente, que se preocupe, que invierta tiempo y energía de verdad.

Y esto es lo que yo quería para mí: un compañero que encaje en nuestras vidas, que quiera a mi hijo, que haga que todo parezca estar en su sitio.

Cuando entran, con las mejillas sonrosadas por el frío, Caspian anuncia que se va a duchar.

Por fin a solas, Nolan me rodea con sus brazos.

—Te he echado de menos hoy —murmura.

—Has pasado la noche conmigo, literalmente.

—Aun así, te he echado de menos.

Nos abrazamos en mi cocina y pienso en la pregunta de Caspian.

—Caspian me ha preguntado hoy por la boda —digo.

Nolan se queda quieto. —¿Qué le has dicho?

—Que nos lo estamos tomando con calma. —Apoyo la cabeza en su pecho—. Pero no se equivoca. Puedo imaginar un futuro en el que estemos casados, en el que seamos una familia.

—Cal. —Sus brazos me aprietan—. Yo también puedo imaginarlo.

—¿Sí?

—Sí. No mañana. Pero algún día. Cuando los dos estemos preparados. —Me levanta la cara—. Quiero casarme contigo, Callum Brennan. Quiero ser tu marido y el otro padre de Caspian.

—Algún día —repito.

—Algún día —asiente él—. Pero, por ahora, esto es suficiente. Esto lo es todo.

Permanecemos en mi cocina, abrazados, y la certeza se asienta en mis huesos.

Este es mi futuro. Este hombre, esta familia, este amor.

Venga lo que venga, lo afrontaremos juntos.

Chapter Thirty-Seven

Nolan

El vestuario está en silencio antes del primer partido de los *playoffs*. No en calma —hay demasiada tensión para eso—. Pero sí concentrado.

Dom lleva los auriculares puestos y no para de mover la rodilla. Garrett está envolviendo su *stick* con una precisión meticulosa. Henrik está leyendo la misma página por tercera vez.

Están asustados. Bien. El miedo te mantiene alerta.

Reviso mi móvil una vez más. Un mensaje de Callum: *Podéis con esto. Pueden con esto. Os animaremos tan alto que nos oiréis desde el hielo.*

Y debajo: *Te quiero.*

Le respondo: *Yo también te quiero. Nos vemos después.*

Silencio el móvil y me giro para mirar a mi equipo.

—Bueno, escuchad. —Me apoyo en la puerta—. Dentro de unos veinte minutos, saldréis a jugar nuestro primer partido de los *playoffs*. Algunos ya habéis estado aquí antes. Otros no. Pero todos os habéis ganado el derecho a estar aquí.

—Joder, claro que sí —murmura alguien.

—El equipo contra el que jugamos es bueno. Campeones de conferencia dos años seguidos. Más rápidos que nosotros, más grandes que nosotros. Sobre el papel, deberían ganarnos. —Dejo que asimilen mis palabras—. Pero el hockey no se juega sobre el

papel. Se juega sobre hielo, con corazón, agallas y trabajo en equipo. ¿Y en esas categorías? Sois imbatibles.

Les doy el plan de partido: la defensa se mantiene disciplinada, los delanteros atacan la portería, todo el mundo repliega. Un turno cada vez.

El pabellón está abarrotado. No cabe ni un alfiler. Esta ciudad no ha visto un partido de *playoffs* de hockey en tres años.

Recorro las gradas con la mirada y localizo a Callum y Caspian, ambos con camisetas de los Icemen. Cuando la mirada de Callum se encuentra con la mía y sonríe, algo en mi interior se aplaca.

Mi familia está aquí. Pase lo que pase, seguirán aquí después.

El primer tercio es brutal.

No solo son rápidos, son quirúrgicos. Oleada tras oleada de presión. Thompson hace una parada imposible tras otra. Despejamos el disco solo para poder hacer cambios de línea.

A los ocho minutos, Garrett intenta avanzar por la zona neutral —las viejas costumbres— y le roban el disco. Dos pases después, el disco está en nuestra portería.

1-0, para ellos.

Lo llamo al banquillo. —¿Qué he dicho sobre avanzar a través de su trampa?

—Lo sé, es que he pensado que…

—No pienses. Ejecuta el sistema.

Asiente y vuelve a salir. En su siguiente turno, lanza el disco al fondo de inmediato. Un progreso.

A mitad del primer tercio, tenemos un golpe de suerte. Su defensa da un pase descuidado y Garrett lo intercepta.

Escapada. Dos contra uno.

El antiguo Garrett habría tirado él mismo. Pero engaña al portero con la mirada, ve a su compañero en mejor posición y le mete un pase perfecto para que marque a placer.

El pabellón estalla.

—¡ESO ES! ¡ESO ES JUGAR EN EQUIPO!

Vamos al primer descanso con un empate a 1-1.

El segundo tercio, un desastre.

Henrik va con todo a la esquina contra su delantero más corpulento. Hay una colisión, las vallas retumban y Henrik cae al suelo agarrándose el hombro.

No se levanta.

Salto por encima de la valla antes de darme cuenta de que me he movido, deslizándome por el hielo.

—Henrik. Háblame.

—El hombro. —Tiene la cara blanca—. Me ha pillado mal.

El fisio hace una evaluación rápida y veo que es grave. Puede que su temporada haya terminado.

Sin Henrik, nuestra defensa está expuesta. Marcan dos veces más.

3-1, para ellos, a falta de doce minutos.

Pido un tiempo muerto.

Patinan hacia mí, respirando con dificultad, algunos sin mirarme a los ojos.

—Miradme. Todos vosotros.

Lo hacen.

—Tenéis doce minutos para demostrar de qué va este equipo. No de talento individual, sino de trabajo en equipo. De apoyo. De fe. —Los miro a cada uno a los ojos—. Sé que estáis agotados. Sé que habéis perdido a Henrik y que estáis asustados. Pero sois capaces de mucho más de lo que creéis.

—Entrenador, es que son mejores… —empieza Garrett.

—No. Son más rápidos. Ser más rápidos no significa ser mejores. —Me inclino hacia ellos—. ¿Sabéis qué los pone nerviosos? Que no nos rindamos. Que sigamos atacando, turno tras turno. Están acostumbrados a que los equipos se vengan abajo.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Dom.

—Jugamos nuestro partido. Simplificamos. Discos al fondo, a atacar la portería. Un gol cada vez.

Vuelven a la pista y veo un cambio en su postura.

A falta de cinco minutos, tenemos un golpe de suerte. *Power play*.

Lo ejecutan a la perfección. Tiro, barullo, alguien la mete en la portería.

3-2.

A falta de tres minutos, Garrett hace una jugada defensiva, puro instinto y garra. Se la pasa a Dom en la línea azul.

Dom dispara. El rebote le llega a nuestro pívot de la tercera línea, que ha atacado la portería exactamente como hemos practicado.

La manda a la escuadra.

3-3 a falta de dos minutos.

El pabellón es un clamor ensordecedor.

Los dos últimos minutos son frenéticos. Ambos equipos tienen oportunidades. La bocina suena con el partido todavía empatado.

Prórroga.

La prórroga es un puro caos. A los seis minutos, consiguen un dos contra uno.

Pero Dom —agotado, dejándose la piel— lee el pase a la perfección, mantiene el control del disco y avanza por el hielo.

Se la pasa a Garrett. Garrett tiene un carril de tiro. Puede ser el héroe.

Pero ve que Dom ha seguido patinando, que tiene un ángulo mejor.

Garrett se la devuelve.

Dom tira de primeras. Por toda la escuadra, tocando el larguero y para adentro.

Gol.

Fin del partido.

Ganamos.

El vestuario es un caos controlado. Les dejo celebrar y luego me siento junto a Henrik en la esquina, con el brazo en cabestrillo y lágrimas corriéndole por la cara.

—Luxación de hombro —dice—. Fuera al menos tres semanas.

—Lo siento.

—Les he fallado.

—Basta. —Espero a que me mire—. Se han recuperado gracias a ti. Te vieron lesionarte y se negaron a rendirse. Eso es liderazgo.

—Pero no puedo jugar…

—Pues lideras desde el banquillo. Estudias las grabaciones conmigo. Ayudas a los defensas más jóvenes. —Le aprieto el

hombro sano—. Tu temporada no ha terminado. Solo que ahora es diferente.

En la sala de prensa está Sarah, de la *Northwood Gazette*, junto con un reportero regional y alguien de Twin Cities Sports Network.

Las preguntas locales son las esperadas: la estrategia, la remontada, la pérdida de Henrik.

Entonces interviene el tipo de la regional. —Entrenador Hendricks, usted fue una estrella en la NHL. Algunos podrían decir que entrenar en las ligas menores es un paso atrás. ¿Se arrepiente de algo?

—De nada. Estoy exactamente donde quiero estar.

—Pero seguro que tiene aspiraciones…

—Mi aspiración es formar a buenos hombres que, además, juegan al hockey. El nivel no importa. Lo que importa es el impacto.

El reportero de Twin Cities interviene. —Hablando de impacto, es usted uno de los pocos entrenadores abiertamente gais en el hockey. ¿Cómo influye eso en su decisión de permanecer en este nivel?

—Ser abiertamente gay influye sin duda en mi filosofía como entrenador. Busco de forma intencionada crear un ambiente inclusivo. Si eso es más difícil en niveles superiores… puede ser. Pero no es por eso por lo que estoy aquí.

—Se ha hablado de su relación con Callum Brennan, cuyo hijo juega en su programa juvenil. Algunos han expresado su preocupación por los conflictos de intereses.

Aprieto la mandíbula, pero mantengo la voz serena. —Callum es mi novio. Su hijo Caspian es uno de mis jugadores juveniles. No hay ningún conflicto: Caspian se gana su tiempo en el hielo con trabajo duro, igual que todos los demás niños.

—Pero seguro que puede entender por qué algunos padres podrían sentirse incómodos…

—¿Incómodos con qué, exactamente? ¿Con que sea gay? —No le dejo terminar—. Porque si a los padres les incomoda que entrene a sus hijos porque soy gay, eso es homofobia. Esos padres son libres de sacar a sus hijos de mi programa. Pero yo no voy a ocultar quién soy.

La sala se queda en silencio.

Sarah se aclara la garganta. —¿Qué le diría a la gente que piensa que debería mantener su vida personal más en privado?

—Diría que estoy haciendo exactamente lo que haría cualquier entrenador heterosexual: vivir mi vida abiertamente. Si los entrenadores heterosexuales pueden llevar a sus esposas a los partidos y asistir a eventos de la comunidad como pareja, yo puedo hacer lo mismo con mi novio.

El reportero de Twin Cities lo intenta desde otro ángulo. —¿Qué les diría a los críticos que piensan que un hombre abiertamente gay no debería entrenar a niños pequeños?

—Les diría que esos críticos basan sus preocupaciones en estereotipos dañinos. No hay ninguna prueba de que los entrenadores LGTBQ+ supongan ningún riesgo para los atletas jóvenes. —Me pongo de pie—. Si los padres tienen preocupaciones legítimas sobre mis métodos de entrenamiento o mis conocimientos de hockey, estaré encantado de abordarlas. Pero las preocupaciones basadas únicamente en mi sexualidad no son legítimas. Eso son prejuicios.

Salgo de allí.

Fuera de la sala de prensa, Dom está esperando.

—Ese reportero se ha pasado de la raya —dice.

—Hacía las preguntas que alguna gente piensa.

—Por si sirve de algo, todo lo que has dicho ha sido exactamente lo correcto. Y quien tenga un problema con que seas gay, que se las vea conmigo.

—Gracias, Dom.

—Te cubrimos las espaldas, entrenador. Todos nosotros.

Para cuando consigo salir, la mayor parte del público se ha dispersado. Pero Callum y Caspian están esperando.

—¡Entrenador Nolan! —Caspian empieza a caminar hacia mí y luego se detiene, de repente tímido—. Eh… ¿Puedo… es que puedo llamarte de otra manera? Como Tommy llama a sus padres «papá» y «papi», pues pensé que a lo mejor, si a ti y a mi padre os parece bien, ¿podría llamarte Papi? Porque ahora eres como mi otro padre y…

Habla tan rápido que las palabras se mezclan. Me arrodillo y lo atraigo hacia mí en un abrazo.

—Sí, campeón. Claro que puedes llamarme Papi.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Papi. —Sus brazos se aprietan alrededor de mi cuello.

La palabra me golpea como un tren de mercancías.

Por encima de su cabeza, veo a Callum con lágrimas corriéndole por la cara. Extiendo un brazo y lo incluyo también en el abrazo.

—¡Habéis ganado! —dice Caspian al cabo de un rato—. ¡Ha sido el mejor partido de la historia!

—Sí que lo ha sido, campeón.

En la heladería, la celebración continúa. Pero oigo una conversación de una mesa cercana:

—No me siento cómodo con que mi hijo sea entrenado por… bueno, ya sabes.

Aprieto la mandíbula. La mano de Callum encuentra la mía.

Entonces, la voz de la señora Patterson se impone: —El entrenador Hendricks está haciendo un trabajo excelente con esos chicos.

—Solo digo que hay ciertas apariencias…

—¿Apariencias? Las apariencias son las de un entrenador que enseña carácter además de hockey y que acaba de ganar su primer partido de *playoffs* en tres años. Esas son las apariencias que importan.

—Pero ¿es apropiado que sea tan público sobre su estilo de vida…?

—¿Su estilo de vida? ¿Se refiere a su relación? —Está en pleno modo sermón—. El entrenador Hendricks vive de forma abierta y honesta, como cualquier otra persona. Si usted tiene un problema con eso, a lo mejor el problema es usted.

Los hombres murmuran algo y se van. La tienda estalla en aplausos.

La señora Patterson me mira y me guiña un ojo.

Más tarde, después de que Caspian se haya acostado, Callum me rodea con sus brazos en la cocina.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo asimilándolo.

—Ha sido mucho. El partido, la entrevista, esos tipos, Caspian llamándote Papi…

—Esa ha sido la mejor parte. —Me giro entre sus brazos—. Cuando me ha llamado Papi, yo…

—Lo sé. Te he visto la cara. —Sonríe entre lágrimas—. Parecía que te hubieran regalado el mundo entero.

—Me habéis regalado el mundo entero. Tú y Caspian.

Nos abrazamos en la tranquila cocina y, a pesar de todo —los reporteros, los intolerantes, el agotamiento—, no siento más que paz.

Estoy exactamente donde se supone que debo estar.

Chapter Thirty-Eight

Callum

Me despierto el lunes por la mañana y busco a Nolan por puro instinto, pero la cama está fría.

Por un segundo, el pánico se apodera de mí: ¿se ha ido?

Entonces huelo a café.

Lo encuentro en la cocina, consultando el móvil con el ceño muy fruncido.

—¿Qué pasa?

Me tiende el teléfono.

—El artículo se ha publicado hace una hora.

El titular reza: «LOS ICEMEN DE NORTHWOOD AVANZAN A SEMIFINALES BAJO EL LIDERAZGO DE UN ENTRENADOR POLÉMICO».

Polémico.

Leo por encima. Habla del partido, cita las respuestas de Nolan, pero a mitad de camino:

«Al ser presionado sobre su relación con Callum Brennan —propietario de un negocio local cuyo hijo juega en el programa juvenil de Hendricks—, el entrenador se puso a la defensiva y afirmó que los padres a los que les incomodara su sexualidad deberían sacar a sus hijos del programa».

—Eso no es lo que dijiste —la furia crece en mi interior—. Dijiste que los padres a los que les incomoda que seas gay son homófobos.

Lo cual es verdad. Están haciendo que parezca que te pusiste a la defensiva en lugar de denunciar la intolerancia.

—Lo sé. Pero ese es el enfoque que le están dando. —Recupera el teléfono—. Vera ya me ha llamado dos veces. Algunos patrocinadores están «preocupados». Un padre ha llamado preguntando si su hijo estaría «a salvo» en mi programa.

—¿Qué ha dicho Vera?

—Que me apoya por completo.

—Bien. Porque esto es una mierda. —Me coloco entre sus rodillas y le cojo la cara—. No hiciste nada malo. Respondiste con sinceridad y te negaste a dejar que presentaran la homofobia como una preocupación legítima.

—Lo sé. Pero las consecuencias… para ti, para Caspian…

—Las consecuencias son que algunos intolerantes están cabreados. Mientras tanto, la señora Patterson nos ha defendido, Vera te respalda y nuestro hijo te ha llamado «papá». —Le doy un beso con firmeza—. Eso es lo que importa.

La apertura de la pastelería se retrasa mientras me dedico a hacer control de daños. Jamie me escribe para decirme que hay periodistas fuera de Sweet Provisions.

Cuando llego, tres personas con cámaras me están esperando.

—¡Señor Brennan! ¿Podemos preguntarle sobre el entrenador Hendricks?

—Sin comentarios. —Abro la puerta.

—¿Qué opina de la polémica…?

—Opino que no hay ninguna polémica. Es un entrenador excelente. Ahora, si me disculpáis, tengo un negocio que atender.

Dentro, el ajetreo de la mañana es mayor de lo habitual y las preguntas, inmediatas.

—Callum, ¿has visto el artículo?

—¿El entrenador Hendricks está en problemas?

Levanto las manos.

—Lo he visto. No está en problemas. Está haciendo bien su trabajo. Y ahora, ¿quién quiere café?

Tom, el de la ferretería, se queda un rato después de hacer su pedido.

—Ese artículo era una basura. Dando a entender que Nolan hizo algo malo cuando lo único que hizo fue negarse a fingir que la intolerancia es aceptable.

—Gracias, Tom.

—Mi sobrino está en el programa juvenil. Y se queda. Nolan siempre ha sido de lo más profesional.

Otros se hacen eco de opiniones similares a lo largo de la mañana. Sí, hay algunos comentarios incómodos, pero el apoyo los supera en número.

Hacia el mediodía, me suena el teléfono. Es Rebecca Walsh, la periodista.

—Estoy trabajando en un artículo de seguimiento. El otro medio le ha hecho una jugarreta al entrenador Hendricks con ese enfoque. Me gustaría escribir algo que muestre la respuesta real de la comunidad.

Lo considero.

—Si hago esto, quiero dejar una cosa clara: no se trata de defender a Nolan porque necesite defensa. No hizo nada malo. Se trata de no permitir que los intolerantes controlen la narrativa.

—Entendido. ¿Puedo pasarme en una hora?

Cuando Rebecca llega, estoy listo.

—¿Cómo responde a las insinuaciones de que la vida personal del entrenador Hendricks es una distracción?

—Cualquiera que piense que dos hombres en una relación distraen más que la mujer de un entrenador hetero asistiendo a los partidos está revelando sus propios prejuicios. Nolan vive su vida de forma abierta y sincera. No es él quien convierte su sexualidad en una distracción, son los demás.

—Se ha hablado de la relación entre un entrenador y la familia de un jugador…

—Si Nolan fuera un entrenador hetero que saliera con una madre soltera cuya hija jugara al fútbol, ¿le importaría a alguien? La única razón por la que esto se presenta como inapropiado es porque somos dos hombres. Eso es homofobia.

—¿Cómo ha sido la respuesta de la comunidad?

—Abrumadoramente solidaria. Sí, hay algunas personas a las que les resulta incómodo. Pero la mayoría ha sido increíble. —Mi voz se suaviza—. Eso importa más que cualquier artículo negativo.

—Su hijo ahora llama «papá» al entrenador Hendricks. ¿Puede hablarnos de eso?

—Fue una decisión totalmente de Caspian. Verlos juntos, ver cómo Nolan está ahí para él día tras día… —Se me quiebra la voz—. Es todo lo que siempre he querido para mi hijo.

—Última pregunta: ¿qué les diría a otras familias LGTBQ+ que estén viendo esto?

—Vivid con autenticidad y no dejéis que la incomodidad de otros os haga pequeños. Sí, la visibilidad conlleva desafíos. Pero también le muestra a la gente que las familias como la nuestra son simplemente familias. No somos especiales, ni diferentes, ni polémicos; solo somos padres que quieren a su hijo.

Cuando se va, me siento lleno de energía y agotado a la vez.

Le escribo a Nolan: *He concedido una entrevista. He dicho la verdad. Me he sentido bien.*

Su respuesta: *Ese es mi chico. Te quiero.*

Yo también te quiero. ¿Nos vemos esta noche?

Siempre.

Esa tarde, Nolan viene a cenar. Puedo ver la tensión en su cara.

Caspian no se da cuenta; le está enseñando a Nolan un dibujo del gol de la prórroga.

—¡Mira, este es Dom chutando y este eres tú en el banquillo, orgulloso!

—Es increíble, campeón. ¿Puedo quedármelo?

—Lo he hecho para ti. Como ahora eres mi papá, quería que lo tuvieras.

La alegría en el rostro de Nolan hace que todo valga la pena.

Cuando Caspian se va a su habitación, por fin tenemos un momento a solas.

—¿Día duro? —le pregunto, sentándome a su lado en el sofá.

—Tres padres han sacado a sus hijos del equipo juvenil de hockey. Dos patrocinadores están «reconsiderando» su apoyo. He pasado

una hora con la directiva de la liga explicando que no hice nada inapropiado.

—¿Qué han dicho?

—Que me apoyan por completo y que a quien tenga un problema, que le den. —Me besa la coronilla—. Vera ha sido una roca.

—Bien. Porque no hiciste nada malo.

—Lo sé. Pero siento que estoy causando problemas…

—Para. —Me aparto para mirarlo—. No estás causando problemas. Los intolerantes lo están haciendo. Tú solo te niegas a ponérselo fácil con su intolerancia.

—No siempre lo siento así.

—Lo sé. —Le doy un beso suave—. Pero el artículo de Rebecca sale mañana y demostrará que esta comunidad nos apoya. Que no vamos a echarnos atrás.

—¿Diste una buena entrevista?

—Una sincera. No me he cortado un pelo. —Sonrío—. Habrías estado orgulloso.

—Siempre estoy orgulloso de ti.

Nos quedamos sentados en un silencio cómodo, extrayendo fuerzas de nuestra conexión.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —murmura.

—No voy a ninguna parte.

Más tarde, después de que Caspian se duerma, Nolan me atrae hacia él con una desesperación que me rompe el corazón.

—Te necesito —susurra—. Necesito sentirte. Necesito recordar por qué estamos luchando.

—Estoy aquí. Siempre.

Hacemos el amor esa noche con una intensidad que refleja el día que hemos tenido; ambos necesitábamos la conexión, el recordatorio de que esto es real, de que esto vale la pena.

Después, enredados, lo abrazo con fuerza.

—Gracias por no renunciar a nosotros —dice en voz baja.

—No voy a renunciar nunca. Ni ahora, ni nunca. —Le doy un beso en el pelo—. Somos una familia. Y las familias se mantienen unidas en los momentos difíciles.

—Sí. Así es.

Nos quedamos dormidos enredados el uno en el otro, y sueño con artículos que dicen la verdad y con comunidades que eligen el amor.

Chapter Thirty-Nine

Nolan

La semana entre partidos es como una olla a presión.

En el entrenamiento del martes, reúno al equipo antes de que saltemos al hielo.

—Sé que ha habido mucho ruido sobre mí, sobre mi vida personal. Quiero encararlo directamente. —Están callados, observando—. Lo primero: no me voy a ninguna parte. La liga me apoya, Vera me apoya y la mayor parte de esta comunidad me apoya. La gente que tiene problemas es una minoría muy ruidosa.

—Entrenador, te cubrimos las espaldas… —empieza Dom.

—Lo sé. Pero no quiero que os distraigáis defendiéndome cuando deberíais estar centrados en el hockey. Esto es lo que vamos a hacer: vamos a jugar el mejor hockey de nuestras vidas. Vamos a demostrarle a todo el mundo que este equipo se basa en el carácter, el trabajo en equipo y la excelencia, no en mi sexualidad ni en el ruido.

—Pero si alguien dice algo… —Garrett parece listo para pelear.

—Si alguien os dice algo directamente, podéis responder. Pero no busquéis pelea por internet. La mejor respuesta es ganar. Ser buenos hombres. —Miro a mi alrededor—. Así es como vamos a manejar esto.

Asienten, y la determinación sustituye a la preocupación.

El jueves, Vera me pone al día sobre los patrocinadores.

—Hemos perdido a dos. Pero tengo tres nuevos apalabrados que quieren apoyarnos específicamente por nuestros valores inclusivos.

—Son buenas noticias.

—Lo son. Pero, Nolan, puede que esto no haya terminado. Su historia está recibiendo atención nacional. ¿Puede soportar más escrutinio?

—¿Tengo elección?

—Podría guardar silencio, desviar las preguntas, hacerse más pequeño.

—Esa no es una opción.

—No pensaba que lo fuera. —Sonríe—. Bien. No lo contraté para que se hiciera pequeño. Pero la semifinal… puede que el público de su casa no sea amistoso.

—¿Cree que se pondrán desagradables?

—Creo que intentarán desestabilizarlo. Mantenga la concentración.

El viernes por la tarde, Dom llama a nuestra puerta.

—Mi hermana Luna viene al partido. Va a traer a unos amigos de su grupo de estudiantes LGBTQ+ de la universidad. —Parece inseguro—. Quieren hacer pancartas. Para apoyarte. ¿Te parece bien?

—Es increíblemente amable por su parte. Sí, por supuesto.

—¿Estás seguro? No quiero empeorar las cosas…

—La visibilidad va en ambos sentidos. Sí, algunas personas reaccionan negativamente. Pero la gente que nos apoya también puede mostrar ese apoyo. Eso también importa.

—Genial. —Se levanta para irse y luego duda—. Por si sirve de algo, toda mi familia piensa que eres genial. Estamos orgullosos de tenerte como nuestro entrenador.

Después de que se marche, Callum me rodea con sus brazos.

—Estás construyendo algo especial —murmura—. La gente se está uniendo a tu alrededor.

—A nuestro alrededor.

El sábado por la mañana, el autobús del equipo llega a su estadio.

Hay manifestantes. Manifestantes de verdad con pancartas.

«MANTÉN TU ESTILO DE VIDA FUERA DE NUESTRO DEPORTE» «PROTEGE A NUESTROS NIÑOS» «LOS VALORES TRADICIONALES

IMPORTAN»

Aprieto la mandíbula, pero mantengo el rostro neutro.

—La vista al frente —le digo al equipo—. No entréis al trapo. Solo caminad.

Un manifestante se acerca, gritando sobre el pecado. Veo que Garrett se tensa.

—Garrett. La vista al frente.

Dentro del vestuario, el equipo está en silencio.

Finalmente, nuestro jugador más joven dice:

—Eso ha sido una putada.

—Sí. La verdad es que sí. —Miro a mi alrededor—. Esto es lo que quiero que entendáis: esa gente no importa. Tienen miedo del cambio, miedo de que la gente sea diferente. Su miedo no es nuestro problema.

—Pero están diciendo que eres peligroso…

—Se equivocan. Sabéis que se equivocan porque lleváis en mi equipo toda la temporada. ¿Alguna vez he sido otra cosa que no sea profesional y comprensivo?

—No, entrenador.

—Así que sus pancartas y sus gritos son cosa suya, no mía. Y no tienen que ver con este equipo.

Salimos al hielo para calentar y el público es hostil. Nos llueven los abucheos.

Entonces los veo.

En una sección —no muy grande, pero visible— hay banderas arcoíris y pancartas.

«EL AMOR GANA» «ORGULLOSOS DE NUESTRO ENTRENADOR» «LOS ICEMEN APOYAN LA INCLUSIÓN»

Luna y sus amigos. La señora Patterson con los aficionados de Northwood. Sarah del *Gazette*.

Siento un nudo en la garganta.

El partido es brutal.

A los cinco minutos, uno de sus jugadores le dice algo a Dom durante un saque neutral que le hace ponerse rígido.

En el siguiente turno, Dom golpea a ese jugador tan fuerte que sale volando. Limpio, pero rotundo.

El mensaje es claro.

Perdemos por 2-1 a finales del tercer periodo, cuando el desastre vuelve a atacar. Garrett cae de mala manera; su tobillo se tuerce de forma audible.

Se acabó para él.

He perdido a Henrik la semana pasada y ahora a Garrett.

Durante el tiempo muerto, los reúno.

—Todo el mundo va a jugar más minutos. ¿Podéis hacerlo?

—Podemos hacerlo —dice Dom—. Por Garrett. Por el entrenador. Por nosotros.

A falta de cuatro minutos, nuestro delantero de la tercera línea —un chaval que apenas juega— le roba el disco a su delantero estrella y se va solo.

Marca.

2-2.

La pequeña sección de aficionados de Northwood estalla.

A los ocho minutos de la prórroga, estamos en superioridad numérica. Movemos el disco. Tiro, parada, barullo.

El disco cruza la línea.

Ganamos.

En el vestuario, después, busco a Dom.

—¿Qué te ha dicho ese jugador durante el saque neutral?

Dom se queda callado. —Dijo que eras un depredador. Que probablemente te ponía estar en los vestuarios con chicos adolescentes.

Se me revuelve el estómago.

—Sé que no es verdad, entrenador. Por eso le he pegado. —Sus ojos son fieros—. Nadie habla de ti así.

—Gracias por defenderme.

—Harías lo mismo por cualquiera de nosotros.

Cuando volvemos a Northwood, hay una multitud en el estadio. Partidarios, no manifestantes.

Caspian corre hacia mí. —¡Papá! ¡Habéis ganado! ¡Incluso con esa gente mala!

—Hemos ganado, campeón.

—Eres muy valiente. Esa gente decía cosas malas y no dejaste que te afectara.

—Me afectó —admito—. Pero no dejé que me detuviera. Hay una diferencia.

Callum se acerca y, a pesar de las cámaras, lo beso.

—Estoy orgulloso de ti —dice en voz baja.

—Orgulloso del equipo.

—No. Orgulloso de ti. Por mantenerte firme mientras la gente era horrible. Por mostrarle a nuestro hijo lo que es ser valiente.

Esa noche, Callum me estrecha entre sus brazos en nuestra habitación.

—¿Estás bien? ¿De verdad?

—Agotado. Física y emocionalmente. —Hundo la cara en su cuello —. Hoy ha sido un día duro.

—Lo sé.

—Oír a esos manifestantes. Las cosas que ese jugador le dijo a Dom. Los cánticos del público. —Me aparto—. La visibilidad tiene sus desafíos, pero experimentarla directamente…

—Es diferente cuando es gente real diciendo cosas horribles.

—Sí.

—Pero lo hiciste. Ganaste. —Me besa suavemente—. Y mañana nos enfrentaremos a lo que venga. Juntos.

—Juntos.

Nos quedamos dormidos abrazados, y sueño con goles en la prórroga y con niños que me llaman papá y con un futuro en el que el amor importa más que lo que piense nadie.

Chapter Forty

Callum

El día del campeonato me despierto con unos nervios que no tienen nada que ver con el hockey.

Hoy, toda la región estará pendiente. Quizá incluso más allá de la región, dada la historia de Nolan. Lo que significa que hoy nuestra familia estará en el punto de mira.

Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Eh —dice Nolan, ya despierto a mi lado—. ¿Estás bien?

—Nervioso. Por todo. El partido, la atención, lo que esto significa para Caspian…

—Pase lo que pase, lo afrontaremos. Juntos.

A las cuatro de la mañana ya estoy en la pastelería. Doscientos *cupcakes* con los colores del equipo, tres planchas de bizcocho, galletas suficientes para una multitud victoriosa.

Jamie llega a las cinco. —¿Tienes pinta de no haber dormido.

—Y no lo he hecho.

A las diez, todo está en cajas y listo.

Hacia las once, me suena el teléfono. Número desconocido.

—Señor Brennan, soy Marcus, del Canal Siete Noticias. Estamos haciendo un reportaje sobre el entrenador Hendricks y su camino al campeonato. ¿Le importaría concedernos una entrevista en cámara?

En cámara. Mi cara, mi nombre, ligados a esta historia.

—¿Puedo pensármelo?

Le envío un mensaje a Nolan: *Me han pedido una entrevista en cámara. Estoy pensando en decir que sí.*

Su respuesta: *Solo si te sientes cómodo. Apoyaré lo que decidas.*

Pienso en él de pie frente a los periodistas, negándose a hacerse de menos. En él enfrentándose a los manifestantes con dignidad. Enseñándole a Caspian qué es la valentía.

Si él puede hacer eso, yo puedo hacer una entrevista.

Voy a hacerlo. Es hora de dejar de esconderme.

A la una de la tarde, encuentro al equipo de noticias en el estadio.

Marcus me coloca cerca de una ventana con buena luz y empezamos a grabar.

—Lleva varios meses en una relación con el entrenador Hendricks. ¿Cómo ha afectado su presencia a Northwood más allá del equipo de hockey?

—Nolan ha unido a esta comunidad. Ha enseñado a nuestros jóvenes que el carácter importa más que el talento. Que apoyarse mutuamente significa oponerse a la discriminación. Que ser un buen deportista significa ser primero una buena persona.

—El equipo se ha enfrentado a polémicas: manifestantes, atención negativa. ¿Cómo ha afectado eso a su familia?

—Ha sido un reto. Nadie quiere ver a la gente que ama enfrentarse al acoso. Pero también nos ha mostrado la fuerza de nuestra comunidad. Por cada manifestante, hay docenas de seguidores. Elegimos centrarnos en el apoyo.

—Su hijo llama al entrenador Hendricks «papá». ¿Puede hablarnos de esa relación?

—Fue una decisión exclusivamente de Caspian. Verlos juntos, ver cómo Nolan está ahí siempre… —Se me quiebra la voz—. Eso es todo lo que siempre he querido para mi hijo.

—¿Qué les diría a otras familias LGTBQ+ que estén viendo esto?

—Vivid con autenticidad. No dejéis que la incomodidad de otros os haga pequeños. Sí, la visibilidad conlleva desafíos. Pero también le muestra a la gente que las familias como la nuestra son simplemente familias. No somos polémicos, solo somos padres que quieren a su hijo. —Miro a la cámara—. Si ser visibles se lo pone más fácil a la siguiente familia, cada desafío merece la pena.

A las dos y media, el estadio está abarrotado.

Encuentro a Iris y a Caspian en nuestros asientos. Mi hijo vibra de emoción.

—¡Papá! ¡Hay gente con pancartas!

Miro hacia donde señala y se me corta la respiración.

Una gran sección con banderas arcoíris y pancartas de apoyo. No solo el grupo de Luna esta vez…, docenas de personas, quizá un centenar.

«EL AMOR GANA», «ORGULLOSOS DEL ENTRENADOR HENDRICKS», «NORTHWOOD APOYA A TODAS LAS FAMILIAS».

La señora Patterson. Tom y su familia. El alcalde. Familias de jugadores mostrando su solidaridad.

—Eso es por papá —dice Caspian, asombrado—. Toda esa gente.

—Sí, cariño. Toda para él.

También veo al grupo más pequeño de manifestantes en otra esquina.

El contraste es brutal. Amor y odio en el mismo edificio.

El partido es intenso desde el primer momento.

El rival es bueno. El primer tiempo es de tanteo, con cautela. Sin goles.

En el segundo tiempo, marcan en un *power play*. 1-0.

Los manifestantes empiezan a corear algo repugnante.

Pero la sección de apoyo canta más fuerte: «¡VAMOS, ICEMEN! ¡VAMOS, ICEMEN!».

Ahogando el odio.

A mitad del segundo tiempo, Dom empata con un tiro precioso. 1-1.

Caspian grita y yo lo acompaño.

Tercer tiempo, vuelven a marcar. 2-1 a falta de cinco minutos.

Luego tres minutos.

Nolan pide tiempo muerto y quita al portero. Un riesgo enorme.

Quedan noventa segundos, ganamos el saque neutral en la zona de ataque. Pase, tiro, parada, barullo.

Alguien la mete a la fuerza. 2-2.

Prórroga. El campeonato se decide en la prórroga.

—No puedo mirar —le digo a Iris, pero soy incapaz de apartar la vista.

Caspian me agarra la mano. —¿Van a ganar, verdad, papá?

—Eso espero, cariño.

A los diez minutos de la prórroga, *power play*. Les han pitado una penalización por retrasar el juego.

Movemos el disco. Pase, pase, pase.

Garrett —de vuelta tras su lesión de tobillo— hace una jugada defensiva y sube con él. Se la pasa a Dom.

Dom prepara el brazo. Un *one-timer* desde un ángulo terrible.

A la escuadra. Toca el larguero y entra.

Gol.

Campeonato.

Hemos ganado.

El estadio enloquece. Nuestra sección llora, grita. La gente se abraza con desconocidos.

En el hielo, el equipo se abalanza sobre Dom y Garrett. Levantan a Nolan sobre los hombros de sus jugadores.

—¡PAPÁ! —Caspian me tira del brazo—. ¿Podemos ver a papá?

Nos abrimos paso hasta el nivel del hielo.

Nolan nos ve e inmediatamente se separa de los demás y patina hacia nosotros. En cuanto está cerca, tiro de él y lo beso con fuerza.

La multitud vitorea. Los flashes de las cámaras nos ciegan. No me importa.

—Lo has conseguido —le digo contra su boca—. Has ganado.

—Lo hemos conseguido. Todos nosotros.

Caspian se lanza sobre él. —¡Papá! ¡Has ganado el campeonato!

—Claro que sí, campeón.

—¡Eres el mejor entrenador del mundo!

—Tengo el mejor equipo. Y la mejor familia.

La celebración en la pastelería se alarga hasta tarde. Jugadores con sus camisetas, familias, aficionados. Sirvo *cupcakes* del campeonato y café.

Hacia las once, la multitud empieza a dispersarse. Iris se ha llevado a Caspian a casa.

—Vamos —le digo a Nolan, tirando de él hacia la parte de atrás—. Necesito un descanso.

En la cocina, se deja caer contra la encimera.

—¿Estás bien?

—Agotado. Abrumado. Jodidamente feliz. —Me atrae hacia él—. El día de hoy ha sido… No tengo palabras.

—Has ganado un campeonato.

—Hemos ganado. Mientras los manifestantes nos gritaban. Mientras la gente se preguntaba si debería estar entrenando. —Guarda silencio—. Pero no hemos fracasado. Hemos ganado.

—Realmente importa.

—¿Pero sabes lo que importa más? —Me levanta la cara—. Esa sección de seguidores. Saber que la comunidad se ha unido. Verte hacer esa entrevista. Salir del hielo y veros a ti y a Caspian. —Se le quiebra la voz—. Esa es la verdadera victoria.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Ahora llévame a casa para que pueda demostrarte cuánto.

Entramos tropezando por la puerta, arrancándonos la ropa antes de llegar al dormitorio.

—Te necesito —jadea entre besos—. Necesito celebrarlo como es debido.

Caemos juntos en un enredo de extremidades, desesperados y hambrientos.

—Dios, llevo todo el día deseando esto —murmuro, pasando las manos por su pecho, sus hombros—. Verte entrenar, verte ganar, saber que eres mío…

—Todo tuyo. Siempre.

Lo empujo para que se tumbe bocarriba y me tomo mi tiempo: lo beso en el cuello, en el pecho, siguiendo la línea de vello que desciende. Cuando llego a su cadera, me detengo para morderle suavemente.

—Cal, por favor…

—Shhh. Déjame celebrarte como es debido. —Lo miro—. Has ganado un campeonato. Has llevado a tu equipo a la victoria. Te has

enfrentado a los intolerantes y nunca has retrocedido. Déjame demostrarte lo orgulloso que estoy.

Sigo bajando, presionando besos en sus muslos, por todas partes excepto donde está duro y anhelante.

—Por favor —ruega ahora mismo—. Deja de provocarme…

—No te provoco. Te adoro.

Lo tomo en mi boca y suelta un gemido ahogado. Lo trabajo despacio, a conciencia, saboreando su gusto y su peso.

—Dios, sí, justo así…

Cuando siento que se acerca, me aparto.

—Todavía no. Quiero que esto dure.

—Me estás matando.

Vuelvo a subir por su cuerpo a besos, mordiendo y succionando marcas en su piel. Reclamándolo.

—Date la vuelta. Te quiero bocabajo.

Obedece y me tomo un momento para mirarlo: espalda ancha, músculos que se mueven, todo mío.

Empiezo por sus hombros, besando y masajeando la tensión. Se derrite en la cama.

—Qué bien sienta.

—Espera y verás.

Bajo por su columna, presionando besos en cada vértebra. Cuando llego más abajo, lo abro y me inclino, usando mi lengua.

—¡Joder! —Todo su cuerpo se estremece—. Oh, Dios, sí…

Me tomo mi tiempo para humedecerlo y relajarlo, y luego cojo lubricante. Un dedo resbaladizo dentro mientras mi boca continúa, y él está prácticamente sollozando contra la almohada.

—Más —exige.

Añado un segundo dedo, luego un tercero, abriéndolo mientras se retuerce debajo de mí.

—¿Cómo lo quieres? —le pregunto finalmente.

—Así. Quiero sentirte dentro, muy dentro. Quiero que cojas lo que es tuyo.

—Todo en ti es mío. —Me pongo un condón y me coloco—. Tu cuerpo, tu corazón, tu futuro.

Entro lentamente y ambos gemimos.

—Dios, qué sensación tan perfecta —susurro cuando estoy completamente dentro.

—Muévete. Por favor.

Empiezo despacio, dejándole sentir cada centímetro, pero no dura mucho. Ambos estamos demasiado desesperados.

—Más fuerte —exige—. Necesito sentirte mañana.

Le doy lo que necesita, embistiéndolo con fuerza y determinación.

—Sí —jadea—. Justo así…

—Eres mío, Nolan. Mío. Hoy hemos ganado. Hemos ganado a pesar de todo. Y esta noche voy a hacer que te corras tan fuerte que veas las estrellas.

—Estoy cerca. Dios, estoy tan cerca…

Lo rodeo con la mano y empiezo a masturbarlo al mismo ritmo.

—Eso es. Demuéstrame lo bien que te sienta.

Se corre con un grito, apretándose a mi alrededor. Yo lo sigo inmediatamente, hundiéndome en su interior.

Nos desplomamos juntos, jadeando.

—Eso ha sido… —deja la frase en el aire.

—Sexo de campeones —añado yo.

—¿Eso existe?

—Ahora sí. —Le beso el hombro—. Cada vez que ganes, te follaré hasta dejarte sin sentido.

—Motivación extra para la próxima temporada.

Nos quedamos ahí tumbados, procesándolo.

—No me puedo creer que hayamos ganado de verdad —dice—. Después de todo… las protestas, los artículos, los padres, los patrocinadores… hemos ganado de verdad.

—Te lo has ganado. Todo.

—Nos lo hemos ganado. —Se gira para mirarme—. No podría haberlo hecho sin tu apoyo, tu fuerza, tu voluntad de ser visible incluso cuando daba miedo.

—Eso es lo que hacen las parejas. Lo que hacen las familias. —Lo beso suavemente—. Y ahora somos una familia. Nada cambia eso.

—Nada —concuerda—. Ni los manifestantes, ni los artículos, ni los intolerantes. Esta es nuestra familia, nuestra vida, nuestro futuro. Y

he terminado de dejar que nadie nos haga sentir que tenemos que escondernos.

—Bien. Porque yo tampoco voy a esconderme más. Hoy, esa entrevista, verte besarme delante de todas esas cámaras, esa sección de seguidores… Ya no quiero tener cuidado. Quiero estar orgulloso. Ser visible. Sin remordimientos.

—Entonces eso es lo que seremos. Juntos.

—Juntos.

Nos quedamos dormidos enredados el uno en el otro, campeones en todos los sentidos que importan.

Chapter Forty-One

Nolan

La mañana después del campeonato, me despierto en la cama de Callum —nuestra cama, en realidad— con la luz del sol colándose por las cortinas y el peso de la victoria todavía asentándose en mis huesos.

Hemos ganado. De verdad que hemos ganado.

Callum todavía duerme a mi lado, con el rostro relajado, y me tomo un momento solo para mirarlo. Este hombre que me ha dado una segunda oportunidad. Que me ha dejado entrar en su vida, en la de su hijo, en su corazón.

Anoche, después de la celebración, volvimos a casa e hicimos el amor con la intensidad de quienes acaban de lograr algo imposible juntos. Y ahora aquí estamos, a la mañana siguiente, y no ha cambiado nada, salvo que ha cambiado todo.

Tengo el móvil lleno de notificaciones. Mensajes de los jugadores, de Vera, de gente de la que no sabía nada desde hacía años. El campeonato está siendo noticia, y no solo a nivel local, sino regional. Al parecer, la historia del entrenador abiertamente gay que lleva a un equipo de pueblo a la victoria es lo bastante atractiva como para tener una cobertura más amplia.

Reviso algunos mensajes:

Dom: La mejor temporada de mi vida, entrenador. Gracias por todo.

Garrett: Todavía no me puedo creer que lo hayamos conseguido. Me ha cambiado usted la vida este año.

Vera: Ya están llegando las peticiones de los medios. Deberíamos hablar de la estrategia. Pero antes, enhorabuena. Se lo ha ganado.

Henrik: El hombro se está curando bien. Listo para trabajar para repetir el año que viene.

También hay un mensaje de mi antiguo compañero de la NHL, Marcus: *He visto las noticias. Orgulloso de ti, tío. Has encontrado tu lugar.*

Y lo he hecho. De verdad que lo he hecho.

Callum se remueve a mi lado y abre un ojo. —¿Estás pensando demasiado alto?

—Perdona. Solo estoy procesándolo.

—¿Procesando el qué? —Rueda hacia mí y se pega a mi cuerpo.

—Todo. El campeonato. La atención de los medios. Lo que viene ahora. —Le paso los dedos por el pelo—. Vamos a ser más visibles después de esto. La noticia está llegando a medios más grandes.

—Lo sé. Yo también he visto las notificaciones. —Se queda callado un momento—. ¿Cómo te sientes al respecto?

—¿Sinceramente? Con sentimientos encontrados. Una parte de mí quiere usar esta plataforma para hacer el bien, para mostrar a la gente que los entrenadores y las familias LGTBQ+ tienen un sitio en el deporte. Pero otra parte de mí recuerda lo que pasó en la NHL. El escrutinio, el acoso, la forma en que cada relación que tenía fue destruida por la atención.

—Yo no me voy a ninguna parte.

—Lo sé. Pero no quiero someteros a ti y a Caspian a ese nivel de invasión. —Le doy un beso en la frente—. Tenemos que hablar de los límites. De lo que estamos dispuestos a compartir y lo que se queda en privado.

—De acuerdo. Pero no ahora mismo. —Sonríe, con una sonrisa lenta y cálida—. Ahora mismo, quiero celebrarlo con mi entrenador campeón.

—¿Tu entrenador campeón?

—Mío. —Me atrae hacia él—. Todo mío.

Al mediodía, ya estamos vestidos y de camino al centro cívico para la celebración oficial del campeonato. Parece que ha acudido todo el pueblo: el aparcamiento está a reventar y la gente se desborda por las aceras.

Dentro, el equipo ya está reunido, todavía con el subidón de anoche. Cuando entro con Callum y Caspian, estallan en vítores.

—¡ENTRENADOR! ¡ENTRENADOR! ¡ENTRENADOR!

Dom me da un abrazo. —Lo conseguimos, entrenador. De verdad que lo conseguimos.

—Lo habéis conseguido vosotros. Todos vosotros.

El trofeo está expuesto en el centro de la sala, y la gente se turna para posar con él. Niños del programa juvenil. Padres que nos han apoyado toda la temporada. Vecinos que han venido a todos los partidos.

Caspian me tira de la mano. —¿Papá, puedo coger el trofeo otra vez?

—Pídelo bien, campeón.

—¿Puedo coger el trofeo, por favor?

Dom lo levanta para que pueda tocarlo, y la expresión de su cara —pura alegría, puro orgullo— hace que todo merezca la pena.

Vera me encuentra cerca de la mesa de los refrescos. —Tenemos que hablar. En algún sitio tranquilo.

Entramos en una sala contigua y cierra la puerta.

—La atención de los medios es mayor de lo que esperaba —dice —. Me ha llamado ESPN, *Sports Illustrated*, tres pódcast diferentes y un equipo de documentalistas.

—Eso es… mucho.

—Lo es. Y tenemos que decidir cómo gestionarlo. —Se sienta—. ¿Con qué se siente usted cómodo?

Lo pienso detenidamente. —Quiero atender a algunos medios. Si nuestra historia ayuda a otras personas LGTBQ+ a sentirse menos solas, si contribuye a cambiar la cultura del hockey, entonces debería hacerlo. Pero no haré nada que explote a Caspian o que convierta mi relación con Callum en un espectáculo.

—Ese es exactamente el enfoque correcto. Podemos ser selectivos. Elegir los medios que se alinean con nuestros valores y rechazar el

resto.

—¿Qué recomienda?

—*Sports Illustrated* quiere hacer un reportaje sobre la creación de una cultura de equipo inclusiva. Eso podría tener mucha fuerza. También hay un equipo de documentalistas interesado en seguir al equipo la próxima temporada; es menos invasivo de lo que parece, solo grabarían entrenamientos y partidos, y quizá algunas entrevistas. —Hace una pausa—. Y ESPN quiere hablar tanto con usted como con Callum.

—Lo hablaré con él. Tomamos estas decisiones juntos.

—Bien. Eso es exactamente lo que hay que hacer. —Se levanta—. Tómese su tiempo. Pero, Nolan…, lo que ha construido aquí importa. La visibilidad importa. No se esconda por miedo.

De vuelta en la celebración, encuentro a Callum hablando con la señora Patterson, ambos riéndose de algo.

—Ahí está mi entrenador campeón —dice la señora Patterson cuando me ve—. Le he estado diciendo a Callum lo orgullosos que estamos todos. No solo de la victoria, sino de lo que han construido. La cultura, los valores, la forma en que les ha mostrado a estos jóvenes lo que es el verdadero liderazgo.

—Gracias. Significa mucho para mí.

—Y por si sirve de algo… —baja la voz—, mi nieto salió del armario el año pasado. Veros a usted y a Callum juntos, ver a esta comunidad celebraros, ha supuesto una gran diferencia para él. Así que gracias por ser visibles. Importa más de lo que cree.

Cuando se marcha, Callum me aprieta la mano. —¿Ves? La visibilidad importa.

—Lo sé. Acabo de hablar con Vera sobre las peticiones de los medios. ESPN quiere entrevistarnos a los dos.

—¿A los dos?

—Juntos. Sobre el campeonato, el equipo, nuestra familia. —¿Qué te parece? —le pregunto, observando su cara con atención.

Se queda callado un momento. —Hace un año, habría dicho que no. Demasiada atención, demasiado arriesgado. —Me mira—. ¿Pero ahora? Creo que quiero decir que sí. Si nuestra historia ayuda a

alguien a sentirse menos solo, ¿no merece la pena un poco de incomodidad?

—Eso es lo que estaba pensando yo también.

—Entonces, hagámoslo. Juntos.

Esa noche, después de que la celebración termina y Caspian está en la cama, Callum y yo nos sentamos en el sofá y, por primera vez, planificamos.

—Límites —digo, sacando el móvil para tomar notas—. ¿Qué está fuera de lugar?

—Caspian. Nada de entrevistas a solas con él, nada de usar su imagen sin nuestra aprobación, nada de convertirlo en el centro de ninguna historia.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Nuestro hogar. Pueden saber que vivimos juntos, pero nada de cámaras en nuestra casa, nada de invadir nuestro espacio privado.

—Nuestra historia como pareja. Hablaré sobre ser gay, sobre los desafíos, pero no daré detalles de nuestra vida íntima ni de desamores pasados.

—Los detalles de lo que pasó en la NHL. Puedes hablar en general sobre la discriminación, pero no le debes a nadie los detalles dolorosos.

Seguimos añadiendo cosas a la lista hasta que tenemos unas directrices claras. Entonces le escribo a Vera: *Aceptamos hacer apariciones selectivas en los medios. Callum y yo haremos lo de ESPN juntos. Mañana hablamos de otras oportunidades.*

Su respuesta: *Perfecto. Lo organizaré.*

Dejo el móvil y acerco a Callum. —Gracias por hacer esto conmigo.

—Somos pareja. Eso es lo que hacen las parejas.

—Pareja —repito—. En todo.

Nos quedamos sentados en un cómodo silencio, y pienso en todo lo que nos ha llevado a este momento. La estrella rota que volvió a casa. El padre soltero reservado que le dio una oportunidad. La comunidad que los acogió a ambos.

Mañana habrá llamadas de los medios, sesiones de planificación y el comienzo de lo que sea que venga después. Pero esta noche, solo existe esto: la tranquila secuela de la victoria, el hombre que amo en

mis brazos y la certeza de que estoy exactamente donde se supone que debo estar.

—¿En qué piensas? —pregunta Callum.

—En que esto es todo lo que nunca supe que quería. —Le beso la coronilla—. Los campeonatos son geniales. Pero esto —la familia, la comunidad, el amor—, esta es la verdadera victoria.

—Qué cursi.

—Pero es verdad.

Inclina la cara para que le dé un beso, y se lo doy: suave, dulce y lleno de promesas.

—¿Vamos a la cama? —pregunta.

—Siempre.

Apagamos las luces y vamos al dormitorio, y me duermo con Callum en mis brazos, soñando con futuros que apenas empezamos a construir.

Chapter Forty-Two

Callum

La entrevista de la ESPN se emite el martes por la noche, y la vemos juntos —Nolan, Caspian y yo— en el sofá de nuestro salón.

Es extraño vernos en la televisión nacional. La entrevistadora hace preguntas bien pensadas sobre el campeonato, sobre la creación de una cultura inclusiva, sobre lo que significa ser visible.

—¿Qué les diría a otras personas LGTBQ+ que nos estén viendo y que puedan tener miedo de ser visibles en sus propias comunidades? —le pregunta al Nolan que aparece en pantalla.

—Diría que la visibilidad conlleva desafíos, pero también recompensas increíbles —responde él—. Cada vez que vives con autenticidad, se lo pones más fácil al que viene detrás.

El reportaje incluye imágenes de la celebración del campeonato, de eventos de la comunidad, de la victoria del equipo. Hay un plano nuestro besándonos en el hielo tras la victoria, y Caspian suelta una risita.

—¡Salís en la tele, papá! ¡Los dos!

—Pues sí, campeón.

Cuando termina el reportaje, mi móvil empieza a vibrar. Mensajes de amigos, de clientes, de gente de la que no sabía nada desde hacía años.

Jamie: Ha sido PRECIOSO. Te has expresado muy bien. La pastelería va a estar hasta los topes mañana de gente que quiere

felicitarte.

Iris: Estoy llorando. Ha sido perfecto.

Tom: Nos has representado bien. Todo el pueblo está orgulloso.

Pero no todos los mensajes son positivos. Paso de largo unos cuantos que me revuelven el estómago: cuentas anónimas que nos llaman exhibicionistas y que cuestionan si deberíamos estar «promocionando nuestro estilo de vida» en la televisión nacional.

Nolan ve que se me cambia la cara. —¿Qué pasa?

—Algunos comentarios negativos. Nada que no me esperara.

—Déjame ver.

—No hace falta que…

—Cal. —Me coge el móvil con delicadeza. Lee los mensajes, y se le tensa la mandíbula. Luego me lo devuelve—. Esa gente no importa. Los comentarios positivos los superan en cien a uno.

—Lo sé. Es que… escuece.

—Siempre escuece. —Me acerca a él—. Pero mira a Caspian. Mira lo orgulloso que está. Mira a la comunidad que está celebrándolo con nosotros. Eso es lo que importa.

Tiene razón. Sé que tiene razón.

A la mañana siguiente, la pastelería está a reventar.

No de curiosos ni de alborotadores, sino de miembros de la comunidad que vieron la entrevista y querían mostrar su apoyo. La señora Patterson trae a un grupo de su club de bridge. Tom llega con su sobrino —el que salió del armario el año pasado— y me lo presenta.

—Solo quería darle las gracias —dice el adolescente, tímido pero sincero—. Verle a usted y al entrenador Hendricks en la tele, hablando abiertamente de su familia… me hace sentir que quizá las cosas también me irán bien a mí.

Se me forma un nudo en la garganta. —Te van a ir genial. Esta comunidad te apoya.

Hacia el mediodía, pasa una periodista de la *Northwood Gazette*; no es Sarah, sino alguien nuevo.

—Señor Brennan, estoy escribiendo un artículo de seguimiento sobre la respuesta de la comunidad a la entrevista de la ESPN. ¿Tendría unos minutos?

—Claro. ¿Qué quiere saber?

—¿Cómo ha sido la reacción? A nivel local, me refiero.

Pienso en el club de bridge de la señora Patterson, en el sobrino de Tom, en los mensajes, las llamadas y los clientes que se han desvivido por expresar su apoyo.

—Abrumadoramente positiva —le digo con sinceridad—. Sí, ha habido algunos comentarios negativos, sobre todo en internet, la mayoría anónimos. Pero la comunidad en sí ha sido increíble. La gente ha venido, ha expresado su apoyo, ha dejado claro que nuestra familia es valorada aquí.

—Se ha debatido si la visibilidad es útil o perjudicial para la causa LGTBQ+. ¿Cuál es su respuesta a los críticos que dicen que deberían ser más discretos?

—Yo diría que estamos haciendo exactamente lo que hacen las parejas heterosexuales: vivir abiertamente. Si las personas heterosexuales pueden aparecer en televisión con sus cónyuges y sus familias, nosotros también. —Me inclino hacia delante—. La visibilidad no va de nosotros. Va de mostrar a la gente que familias como la nuestra existen, que somos normales, que merecemos el mismo respeto y la misma celebración que cualquier otra.

—¿Y las reacciones negativas?

—Son el precio de la visibilidad. Pero las recompensas —saber que nuestra historia puede ayudar a alguien a sentirse menos solo, que puede ponérselo más fácil a la siguiente familia— hacen que merezca la pena.

Cuando se va, me encuentro pensando en todo lo que hemos construido en el último año. La relación, la familia, el apoyo de la comunidad. Hace un año, me aterrorizaba que me vieran, que me juzgaran, abrirle el corazón a alguien que podría marcharse.

Ahora estoy dando entrevistas a medios nacionales sobre mi familia, y me parece… lo correcto.

Esa noche, Vera llama con más oportunidades.

—*Sports Illustrated* ha confirmado el reportaje sobre la cultura de equipo inclusiva. El equipo del documental quiere reunirse la semana que viene para hablar de su enfoque. Y ha habido interés por parte

de un pódcast sobre atletas LGTBQ+ que Nolan podría querer considerar.

—¿Tú qué crees? —le pregunto a Nolan después de transmitirle la información.

—El reportaje de *Sports Illustrated* podría ser potente. Se centra en el equipo, en construir una cultura, que es lo que realmente me importa. —Lo sopesa—. El documental… me lo pienso más. Es un compromiso mayor, más invasivo.

—Podríamos escuchar su propuesta antes de decidir.

—Sí. Hagamos eso. —Me sienta en el sofá a su lado—. ¿Y tú? Más entrevistas, más visibilidad… ¿a ti te parece bien?

—Creo que sí. Hoy en la pastelería, el sobrino de Tom me ha dado las gracias. Ha dicho que vernos en la tele le ha hecho sentir que quizá las cosas le irán bien a él. —Apoyo la cabeza en su hombro—. Eso importa. Si podemos ayudar aunque solo sea a una persona a sentirse menos sola, el mal trago merece la pena.

—Eso es lo que me digo yo también. —Me besa el pelo—. Estamos haciendo el bien, Cal. Incluso cuando es difícil, estamos haciendo el bien.

La semana pasa volando entre peticiones de los medios, eventos de la comunidad y los ritmos ordinarios de la vida. Nolan tiene reuniones de entrenadores y sesiones de estrategia para la próxima temporada. Yo tengo la pastelería y sus exigencias diarias. Caspian tiene el colegio, el entrenamiento de hockey y el millón de preguntas de un niño de casi nueve años.

Pero a través de todo ello, hay una corriente subyacente de algo que se está construyendo. Cada vez que Nolan menciona «nuestro futuro» o «cuando nosotros…», tiene un peso. Una trascendencia.

El viernes por la noche, estamos fregando los platos juntos mientras Caspian termina los deberes en la mesa de la cocina.

—He estado pensando —dice Nolan, dándome un plato para que lo seque.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros. Nuestra situación de convivencia. —Mantiene un tono de voz informal, pero sé que esto es importante—. Estoy aquí

más noches de las que no. Mi ropa está en tu armario. Caspian me llama «papá».

—¿Sí?

—Parece una tontería seguir pagando el alquiler de un piso que apenas uso.

Dejo el plato. —¿Me estás pidiendo mudarte aquí? ¿Oficialmente?

—Te estoy preguntando si quieres que lo haga. —Se gira para mirarme—. Sé que es rápido. Solo llevamos unos meses juntos. Pero no lo siento rápido. Lo siento…

—Correcto —termino yo—. Lo siento correcto.

—¿Entonces?

—Entonces sí. Obviamente, sí. —Lo atraigo hacia mí para besarlo, ahí mismo en la cocina, con las manos llenas de jabón—. Múdate. Quédate aquí todas las mañanas. Dejemos de fingir que no estamos ya construyendo una vida juntos.

—¿Y Caspian?

Miro a nuestro hijo, absorto en sus problemas de matemáticas. —Oye, Cas. Papá quiere mudarse aquí oficialmente. Vivir con nosotros todo el tiempo. ¿Qué te parece?

Levanta la cabeza de golpe. —¿En serio? ¿De verdad de la buena?

—De verdad de la buena —confirma Nolan.

—¡SÍ! —Caspian se lanza sobre nosotros, casi tirándonos a los dos —. ¡Es la mejor noticia del mundo! ¡Podemos ser una familia de verdad!

—Ya somos una familia de verdad —le digo—. Esto solo lo hace oficial.

—¿Podemos tener un perro ahora? ¿Ya que es oficial?

Nolan se ríe. —Primero dominemos lo de vivir juntos. Las negociaciones sobre el perro pueden venir después.

Después de que Caspian se acueste —tardando una eternidad porque está demasiado emocionado para dormir—, Nolan y yo nos acurrucamos en el sofá.

—Acabas de aceptar mudarte conmigo —digo, todavía procesándolo.

—Así es.

—Estamos haciendo esto. Construyendo una vida juntos. De verdad.

—De verdad. —Me besa suavemente—. Lo quiero todo contigo, Cal. La casa, la familia, el futuro. Todo.

—¿Qué más quieres?

—¿Algún día? —Se queda en silencio un momento—. Casarnos. Un compromiso real. Pero solo cuando tú estés preparado.

Mi corazón se acelera. —«Algún día» suena bien.

—Sin prisas. Solo… que quiero que sepas por dónde van mis pensamientos.

—Sé por dónde van tus pensamientos. Y es el mismo sitio que los míos. —Me aprieto más contra él—. Algún día, Nolan. Definitivamente, algún día.

Nos quedamos despiertos hasta tarde hablando de logística: cuándo dejará su piso, cómo nos reorganizaremos para hacer espacio, qué significa esto para nuestras rutinas diarias. Es práctico y mundano y, de alguna manera, también profundamente romántico.

Porque así es el amor de verdad. No grandes gestos, sino la tranquila construcción de una vida compartida.

—Ven a la cama —digo finalmente—. Mi novio oficial con el que vivo.

—Eso suena muy bien.

—Ya verás cuando seas mi marido oficial.

Sus ojos se oscurecen. —Estoy deseando.

Nos vamos a la cama juntos y me duermo sabiendo que mañana me despertaré junto al hombre que amo, en el hogar que estamos construyendo, con el hijo que estamos criando.

Es todo lo que nunca supe que quería.

Y es solo el principio.

Chapter Forty-Three

Nolan

Dos semanas después del campeonato, me suena el móvil con un número desconocido.

—Señor Hendricks, me llamo Patricia Monroe. Soy agente inmobiliaria aquí en Northwood. Me ha llegado el rumor de que usted y su pareja podrían estar buscando casa y tengo una propiedad que creo que sería perfecta.

Los cotilleos de pueblo vuelan.

—¿Qué tipo de propiedad?

—Cuatro dormitorios, dos baños y un aseo, un patio trasero grande y a poca distancia andando tanto del colegio de primaria como del pabellón. Los propietarios se mudan y quieren venderla rápido.

Cuatro dormitorios. Espacio para mí, Callum, Caspian y un despacho en casa. Un patio trasero para practicar hockey. A poca distancia de todo lo que importa.

—¿Puedo traer a mi novio y a su hijo a verla?

—¡Por supuesto! ¿Cuándo le vendría bien?

Paso la mañana en el pabellón, en una reunión con Vera para hablar de los planes de la próxima temporada y revisar los objetivos de desarrollo de los jugadores. Pero la mente no deja de írseme a la visita de la casa de esta tarde.

Una casa. Una casa de verdad, con nuestros nombres en la escritura. Raíces permanentes en un pueblo del que en su día estaba deseando marcharme.

—Está distraído —observa Vera—. ¿Qué le pasa?

—Vamos a ver una casa esta tarde. Cal, Caspian y yo.

Su rostro se transforma. —¡Es maravilloso! ¿Dónde?

—En Maple Street. Cuatro dormitorios, a poca distancia del colegio y del pabellón.

—Sé qué casa es. La de los Peterson; se mudan a Colorado por el trabajo de él. —Sonríe—. Es una buena casa. Un buen barrio. Serán felices allí.

—Si la conseguimos.

—La conseguirán. ¿Y, Nolan? —Estira el brazo por encima del escritorio para apretarme la mano—. Me alegro por usted. Ha construido algo real aquí.

A mediodía, me dirijo al colegio de primaria para una visita programada a la clase de Caspian. Se ha convertido en una tradición: los entrenadores locales hablan con los alumnos sobre deporte y trabajo en equipo.

La directora me recibe en el vestíbulo. —Entrenador Hendricks, gracias por venir. Los niños están muy emocionados.

—Encantado de estar aquí.

Vacila. —Debería mencionarle que hemos recibido algunas llamadas de padres desde la entrevista de la ESPN. La mayoría positivas, pero unas cuantas expresando… su preocupación.

—¿Preocupación por qué exactamente?

—Por el hecho de que sea usted tan visible. Por el mensaje que transmite. —Parece incómoda—. Quiero dejarlo claro: el colegio les apoya totalmente a usted y a su familia. Pero he pensado que debía saberlo.

—Le agradezco el aviso. ¿Cómo prefiere que gestione las preguntas si surgen?

—Como usted se sienta más cómodo. Si surgen preguntas sobre su familia, puede responder con sinceridad y de forma apropiada para su edad. Los niños merecen ver familias diversas representadas y celebradas.

La clase es un hervidero de energía cuando llego. Caspian está sentado en su pupitre intentando parecer indiferente, pero veo lo orgulloso que está.

—¡Buenas tardes a todos! Soy el entrenador Hendricks y entreno a los Northwood Icemen.

—¡Ganasteis el campeonato! —grita un niño en la primera fila.

—Así es. Pero ¿queréis saber el secreto para ganar campeonatos?

Se inclinan hacia delante, impacientes.

—El trabajo en equipo. No que una persona sea la mejor, sino que todos trabajen juntos, se apoyen y crean los unos en los otros. —Cojo un taburete y me siento—. ¿Quién de aquí juega en un equipo?

Un montón de manos se alzan y pasamos veinte minutos hablando de deportes, de entrenar, de lo que significa ser un buen compañero de equipo. Los niños hacen preguntas geniales y yo les respondo con sinceridad.

Entonces, una niña del fondo levanta la mano. —¿Es verdad que te vas a casar con el padre de Caspian?

Caspian se gira bruscamente para mirarme, con los ojos como platos.

Respiro hondo. —El padre de Caspian y yo somos pareja. Estamos construyendo una vida juntos como una familia. El matrimonio es algo de lo que hemos hablado, pero todavía no hemos hecho planes concretos.

—¡Qué guay! —dice otro niño—. ¡Tommy tiene dos madres y ahora Caspian podría tener dos padres!

—Muchas familias tienen un aspecto diferente —convengo—. Y eso es lo que las hace especiales. Lo que importa no es el aspecto que tenga tu familia, sino cómo os queréis y os apoyáis.

Después de clase, Caspian se queda mientras los otros niños salen en fila al recreo.

—¿Papá? ¿De verdad te vas a casar con mi padre?

Me pongo en cuclillas a su altura. —¿A ti te parecería bien? ¿Si tu padre y yo nos casáramos?

—¡Sería lo MEJOR! —Me rodea con los brazos—. Entonces serías mi papá para siempre. No solo hasta que decidas marcharte.

El «hasta que decidas marcharte» me destroza.

—Caspian, mírame. —Espero a que lo haga—. No me voy a marchar. Aunque tu padre y yo no nos casáramos, seguiría siendo tu papá. Estoy comprometido contigo y con él para siempre.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo. No te vas a librar de mí, colega.

—Bien. —Sonríe—. ¿Puedo ir ya al recreo?

—Ve. Te veo en casa.

La casa es todo lo que Patricia prometió.

Callum, Caspian y yo llegamos a las tres y, en cinco minutos, ya sé que es esta. El salón es espacioso y tiene grandes ventanales. La cocina hace que a Callum se le iluminen los ojos. El patio trasero es perfecto para practicar hockey.

—¿Puedo ver mi habitación? —pregunta Caspian, corriendo ya hacia las escaleras.

Mientras Patricia le enseña los dormitorios, Callum y yo nos quedamos en el salón vacío, imaginando.

—Podría ser nuestra —dice en voz baja.

—¿Te gusta?

—Me encanta. —Se vuelve hacia mí con los ojos brillantes—. Nos imagino aquí. Las mañanas de Navidad. Las fiestas de cumpleaños. Las noches tranquilas. Todo.

—Yo también. —Lo acerco a mí—. ¿Deberíamos hacer una oferta?

—Sin duda.

Patricia está encantada cuando se lo decimos. En menos de una hora, ha preparado el papeleo. Tendremos que conseguir financiación, hacer una inspección, resolver los detalles… pero la casa podría ser nuestra en un mes.

Esa noche, después de que Caspian esté en la cama, Callum y yo nos sentamos en su sofá —que pronto será «el sofá viejo» en cuanto tengamos casa— y hablamos de los detalles.

—Si cerramos el trato en cuatro semanas, podríamos mudarnos en julio —dice Callum, tomando notas en el móvil—. Tiempo de sobra para instalarnos antes de la próxima temporada.

—Y tendríamos un hogar de verdad. Nuestro hogar.

—Nuestro hogar. —Deja el móvil y me mira—. ¿Estás seguro de esto? Es un compromiso muy grande.

—Nunca he estado más seguro de nada. —Le cojo la mano—. Lo quiero todo contigo, Cal. La casa, el futuro, todo.

—¿Incluido el matrimonio? ¿Algún día?

—Incluido el matrimonio. Algún día, pronto. —Le sostengo la mirada—. Cuando sea el momento adecuado, cuando ambos estemos listos, quiero hacerlo oficial.

—Yo también quiero eso.

Nos quedamos un momento con ese pensamiento: el peso de lo que estamos construyendo, el futuro que estamos eligiendo.

—¿Qué le has dicho hoy a la clase de Caspian? —pregunta Callum —. ¿Sobre el matrimonio?

—Que hemos hablado de ello, pero que no hemos hecho planes concretos. Que las familias tienen aspectos diferentes y que lo que importa es el amor. —Hago una pausa—. Y que después me ha preguntado si de verdad me iba a casar contigo.

—¿Qué le has dicho?

—Que estoy comprometido para siempre. Que no me voy a marchar. Que no se va a librar de mí.

Callum se queda en silencio un momento. —Tiene miedo de que te vayas.

—Lo sé. A pesar de todo, sigue teniendo ese miedo. —Le aprieto la mano—. Quiero demostrarle que se equivoca. No con palabras, sino con hechos. Estando ahí cada día.

—Ya lo estás haciendo. Cada día le demuestras lo que es la constancia.

—Todavía no es suficiente. Pero lo será. Con el tiempo, se lo creerá.

Hablamos hasta altas horas de la noche sobre la casa, sobre plazos, sobre el futuro. Y cuando finalmente nos vamos a la cama, me duermo sabiendo que estamos construyendo algo real.

Algo permanente.

Algo por lo que merece la pena luchar.

Chapter Forty-Four

Callum

Un mes después del campeonato, cerramos el trato de la casa.

El día que nos dan las llaves, los tres estamos de pie en el salón vacío, cogidos de la mano, asimilando la magnitud de lo que hemos hecho.

—Esto es nuestro —digo, sin acabar de creérmelo.

—Nuestro —repite Nolan—. De los tres.

—¿Puedo elegir cuál es mi habitación? —pregunta Caspian, subiendo ya las escaleras casi a saltos.

—La segunda puerta a la izquierda —le dice Nolan—. Es la que tiene mejor luz y está más cerca de la nuestra.

Pasamos las dos semanas siguientes con la mudanza: cajas, muebles y las cosas acumuladas de nuestras vidas por separado se fusionan en un hogar compartido. Los recuerdos de hockey de Nolan van a la pared, junto a la caja de recetas de mi abuela. Los dibujos de Caspian cubren la nevera. Nuestros libros se mezclan en las estanterías.

A mediados de julio, parece que siempre hemos vivido aquí.

—No recuerdo cómo era todo antes —le digo a Nolan una tarde, sentados en el porche mientras vemos a Caspian practicar tiros contra la puerta del garaje—. Antes de que volvieras. Antes de que fuéramos... esto.

—Solitario —dice en voz baja—. Recuerdo la soledad.

—Yo también. —Me apoyo en él—. No me di cuenta de lo solo que estaba hasta que dejé de estarlo.

—Igual que yo.

Caspian acierta un tiro perfecto y ambos lo vitoreamos. Nos sonríe, con la cara sonrojada por el esfuerzo y la alegría, y me sorprende lo mucho que ha cambiado este año. No solo su habilidad con el hockey, sino su confianza. Su sentimiento de pertenencia.

Tiene dos padres que lo quieren. Un hogar donde se siente valorado. Una comunidad que lo apoya.

—Es feliz —observa Nolan.

—Sí, lo es. Y yo también. —Me vuelvo para mirarlo—. Gracias por esto. Por construir esto conmigo.

—Gracias a ti por dejarme. Por darme una segunda oportunidad.

Nos sentamos en un silencio cómodo, observando a nuestro hijo, y pienso en todo lo que nos ha llevado a este momento. El miedo y el valor. Los muros que construí y la forma en que él esperó a la puerta. La decisión que tomamos de ser vulnerables, de ser visibles, de estar juntos.

El miércoles por la noche, estamos fregando los platos juntos cuando Nolan dice:

—He estado pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre el futuro. Sobre hacer esto oficial. —Me pasa un plato para que lo seque—. No paramos de decir «algún día» para lo de casarnos. Pero ya no quiero un «algún día». Lo quiero pronto.

El corazón me late más deprisa.

—¿Cómo de pronto?

—En primavera, ¿quizá? Después de que termine la temporada, pero antes de que el verano se vuelva una locura. —Se gira para mirarme—. Sé que es rápido. Solo llevamos juntos ocho meses. Pero no lo parece. Parece….

—Lo correcto —termino yo—. Parece inevitable.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un «deberíamos tener una conversación seria sobre esto». —Dejo el paño de cocina—. Al salón. A hablar en serio.

Nos acomodamos en el sofá, y yo subo los pies, poniéndome frente a él.

—Quiero casarme contigo —le digo directamente—. Eso está fuera de toda duda. Pero quiero asegurarme de que lo hacemos por las razones correctas, no solo porque el momento parezca bueno.

—¿Cuáles serían las razones equivocadas?

—Precipitarnos porque estamos felices. Intentar atarlo todo antes de que algo salga mal. El miedo en lugar del amor.

—No tengo miedo. —Me coge la mano—. Estoy seguro. Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Eres mi persona, Cal. Caspian es mi hijo. Esta es mi familia. Quiero hacerlo oficial; no porque tenga miedo de perderlo, sino porque quiero celebrarlo.

—Esa es la razón correcta.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que te hace dudar?

Lo pienso con detenimiento.

—No es duda. Solo… quiero estar seguro. Pasé tanto tiempo protegiendo mi corazón. Una parte de mí todavía se pregunta si tengo derecho a ser tan feliz.

—Tienes derecho. —Me aprieta la mano—. Tienes derecho a ser feliz, a que te quieran, a tener todo lo que deseas.

—Lo sé. Racionalmente, lo sé. —Respiro hondo—. ¿En primavera?

—En primavera. En mayo, quizá. Después de los *playoffs*, si llegamos.

—Llegaréis. El equipo es incluso mejor que el año pasado.

—Que los dioses del hockey te oigan. —Sonríe y luego se pone serio de nuevo—. ¿Así que lo hacemos? ¿De verdad vamos a planear una boda?

—Lo hacemos. —Lo atraigo hacia mí para darle un beso—. ¿Pero, Nolan? Quiero que me lo pidas como es debido. Con romanticismo y todo.

—¿Quieres que te lo pida?

—Quiero que nos lo pidamos los dos. Por separado. Que nos sorprendamos el uno al otro. —Sonrío—. Así a cada uno se lo piden. Y cada uno puede decir que sí.

—Eso es… realmente perfecto. —Ahora está sonriendo de oreja a oreja—. Eres brillante.

—Lo sé.

—E increíblemente modesto.

—También eso.

Me besa de nuevo, esta vez más profundamente.

—Así que nos casamos. En primavera. Después de sorprendernos mutuamente con las pedidas.

—Ese es el plan.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Las semanas siguientes tienen un cariz diferente. Ahora hay un secreto entre nosotros: ambos sabemos que la boda se acerca, pero ninguno sabe exactamente cuándo o cómo se lo propondrá el otro.

Añade una efervescencia de expectación a los momentos cotidianos. Cada vez que Nolan sugiere salir a cenar o dar un paseo junto al lago, me pregunto si será ese el momento. Cada vez que planeo algo especial, lo veo mirar con ojos esperanzados.

—Esto es una tortura —me dice una mañana—. No paro de intentar averiguar cuándo me lo vas a pedir para poder pedírtelo yo primero.

—No es una competición.

—Todo es una competición. Soy un atleta.

—Exatleta.

—Exatleta profesional. Actualmente próspero entrenador de la comunidad. —Me besa—. Pero sigo siendo competitivo.

Este fin de semana vamos a invitar al equipo a una barbacoa, nuestro primer gran evento en la casa nueva. Dom traerá a su novia, Rebecca. Garrett traerá a su novia de la universidad. Incluso Henrik vendrá, con el brazo por fin curado, dispuesto a analizar las implicaciones metafísicas de la carne a la parrilla.

—¿Me lo vas a pedir en la barbacoa? —pregunto con recelo.

—No voy a decirte cuándo te lo voy a pedir. Eso le quita toda la gracia.

—Así que NO es en la barbacoa.

—Tampoco he dicho eso.

—¡Nolan!

Él solo sonríe y se escapa al jardín para ayudar a Caspian a montar las porterías de hockey que compramos para la casa nueva.

Los observo por la ventana —mi pareja y mi hijo, riendo y jugando en nuestro jardín, en nuestro hogar— y pienso en lo lejos que hemos llegado.

Hace un año, estaba solo y a la defensiva.

Ahora estoy planeando una boda.

Es todo lo que nunca supe que quería. Y me muero de ganas por ver qué viene ahora.

Chapter Forty-Five

Nolan

La barbacoa del equipo es todo lo que esperaba.

Nuestro jardín está transformado: mesas puestas, la parrilla calentándose, neveras portátiles llenas de bebidas. Los jugadores y sus familias van llegando a lo largo de la tarde, llenando nuestra casa de risas y calidez.

Dom viene con Rebecca, cogidos de la mano.

—Entrenador, Callum, esta es Rebecca. Mi novia.

—Es un placer conoceros —dice Rebecca—. Dom no para de hablar de vosotros.

Garrett llega con Emma, que enseguida se enfrasca en una conversación con Caspian sobre su obsesión común por la exploración espacial. Henrik le trae a Caspian libros de filosofía —«Platón para niños, simplificado pero esencial»—, porque, claro, tenía que ser él.

Vera y Dale vienen juntos, ya son pareja oficial, y Dale se encarga de inmediato de la parrilla con la pericia de un experto.

Me quedo observando un momento. Jugadores hablando con sus parejas y familias. Caspian corriendo entre los grupos, querido por todos. Callum moviéndose entre ellos, asegurándose de que a nadie le falte de nada.

Esto es lo que hemos construido. No solo un equipo campeón, sino una familia.

—Pareces feliz —dice Dom, apareciendo a mi lado con una cerveza.

—Lo soy. Esto lo es todo.

—Es la leche. —Sonríe—. He visto el anillo.

Me quedo helado.

—¿Qué?

—El anillo en el bolsillo de tu chaqueta. En la cocina. No estaba cotilleando, es que… lo he visto.

—No puedes decírselo a nadie.

—No lo haré. Pero, entrenador… —Su sonrisa se ensancha—. ¿Se lo vas a pedir esta noche?

—No sé cuándo. Solo… quería tenerlo a mano.

—Se lo vas a pedir a Callum. —Está que da saltos de alegría—. Esta es la mejor noticia.

—Dom. Ni una palabra.

—Soy una tumba. —Pero sigue sonriendo mientras se aleja.

A medida que la noche llega a su fin y los invitados empiezan a irse, cada jugador se detiene para despedirse, no solo de mí, sino también de Callum y Caspian. Abrazos para todos, promesas de volver a vernos antes de la próxima temporada, afecto genuino.

—¿Repetimos el año que viene? —pregunta Dom al irse.

—Por supuesto. Esto ya es tradición.

Después de que todos se han ido y Caspian está en la cama —agotado tras un día con sus héroes—, Callum y yo recogemos juntos.

—Ha sido perfecto —dice él, cargando el lavavajillas.

—Mejor que perfecto. —Lo rodeo con los brazos por la espalda—. Gracias por hacer que todo el mundo se sintiera bienvenido.

—Es nuestra casa. Nuestra familia. —Se gira entre mis brazos—. Por supuesto que son bienvenidos.

—¿Vienes fuera conmigo?

—Empieza a hacer frío.

—He preparado una cosa. Ven.

Lo llevo al jardín, donde me he pasado la tarde haciendo preparativos en secreto. Las guirnaldas de luces siguen brillando

suavemente. Una manta extendida en la hierba con cojines. Champán enfriándose.

—¿Qué es todo esto? —pregunta.

—Una celebración. Por nuestra casa. Por nuestra vida. —Lo ayudo a sentarse en la manta—. Y quería preguntarte algo.

Se le corta la respiración.

—Nolan…

—Déjame hacerlo bien. —Saco la caja del anillo que llevo semanas guardando.

—Espera. —Levanta una mano, se mete la mano en el bolsillo y saca una caja casi idéntica—. He tenido la misma idea.

Nos miramos fijamente, ambos con una caja de anillo en la mano, ambos a punto de declararnos.

—Claro que los dos lo habíamos planeado para esta noche —digo, empezando a reír.

—Claro que sí. —Él también se ríe—. ¿Quién va primero?

—¿Piedra, papel o tijera?

—Ni de coña. —Toma aire—. ¿Y si lo hacemos juntos? ¿A la vez?

—Eso es perfecto.

Nos arrodillamos uno frente al otro sobre la manta, ambos sosteniendo nuestros anillos, ambos intentando no llorar.

—¿A la de tres? —pregunto.

—A la de tres.

—Una. Dos. Tres.

Hablamos a la vez, nuestras palabras se solapan:

—Callum Brennan, ¿quieres casarte conmigo?

—Nolan Hendricks, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —decimos a la vez, y entonces los dos estamos llorando y riendo e intentando ponernos los anillos en los dedos.

—Había preparado todo un discurso —consigo decir.

—Yo también. ¿Quieres oírlo de todas formas?

—Sí.

Me coge de las manos.

—Nolan Hendricks. Volviste a esta ciudad roto y perdido, y de alguna manera, al curarte a ti mismo, me curaste a mí también. Me enseñaste que el amor no tiene por qué dar miedo, que ser

vulnerable puede ser un acto de valentía, que construir una familia es el mayor de los logros. —Las lágrimas le caen por la cara—. Eres el mejor padre que Caspian podría desear. La mejor pareja que podría imaginar. Quiero casarme contigo. Quiero construir esta vida contigo de manera oficial. Quiero ser tu marido.

—Sí —digo de nuevo, aunque ya lo he dicho—. Mil veces sí.

—Te toca.

—Callum Brennan. Eres la persona más valiente que he conocido. Construiste una vida como padre soltero, creaste un hogar y un negocio, todo por tu cuenta. Y luego me dejaste entrar. Dejaste que este jugador de hockey retirado y roto entrara en tu vida, en la de tu hijo, en tu corazón. —Ahora también estoy llorando—. Eres mi hogar. Mi propósito. Mi todo. ¿Me dejarás pasar el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te quiero?

—Sí. Siempre sí.

Nos besamos —un beso con sabor a sal, a alegría y a promesas— y, cuando nos separamos, los dos llevamos un anillo.

—Estamos prometidos —dice él, maravillado.

—De verdad que estamos prometidos.

—¿Boda en primavera?

—En mayo —confirmo—. Después de los *playoffs*.

Nos tumbamos en la manta, mirando las estrellas, con los anillos brillando en nuestras manos.

—¿Se lo decimos a Caspian esta noche? —pregunto.

—Mañana. Tengamos esta noche solo para nosotros.

—Me gusta ese plan.

Nos quedamos fuera un rato más, hablando de los planes de boda, de cómo se lo diremos a la gente, de lo que vendrá después. Entonces la temperatura baja lo suficiente como para que lo recojamos todo y entremos.

En nuestro dormitorio, Callum me atrae hacia él.

—Hazme el amor —dice simplemente—. Prometido mío.

—Prometido. —Me encanta cómo suena eso—. Eso está hecho.

Lo beso lentamente, tomándome mi tiempo. Esta noche no se trata de urgencia, se trata de celebración. De saborear este momento.

Nos desvestimos mutuamente con la cómoda familiaridad de quienes conocen bien el cuerpo del otro. Pero esta noche cada caricia tiene un significado añadido.

Estamos prometidos. Comprometidos. Planeando un futuro.

—Túmbate —le digo—. Deja que yo me ocupe de ti.

Empiezo por su cuello, besando y dejando chupetones que se verán mañana. Voy bajando: su clavícula, su pecho, deteniéndome para provocar cada uno de sus pezones hasta que jadea.

—Adoro tu cuerpo —murmuro contra su piel—. Adoro lo receptivo que eres. Adoro que seas mío.

—Todo tuyo.

Sigo bajando, besando su estómago, los huesos de su cadera, la cara interna de sus muslos. Cuando por fin me lo meto en la boca, deja escapar un sonido que me atraviesa.

Me lo trabajo a fondo: se la meto hasta el fondo, uso la lengua, encuentro el ritmo que lo hace temblar.

—Estoy a punto —advierte después de unos minutos—. Quiero correrme contigo dentro de mí.

Me aparto y cojo el lubricante, untándome los dedos.

—¿Cómo lo quieres?

—Cara a cara. Quiero verte. Quiero mirar a mi prometido.

Lo dilato con cuidado, añadiendo dedos hasta que está relajado y listo. Cuando por fin me hundo en él, ambos gemimos.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Perfecto. Siempre estás perfecto.

Empiezo despacio, con embestidas profundas que nos permiten sentir la conexión a ambos. Sus ojos no se apartan de los míos, y la intimidad del momento me oprime el pecho.

—Te quiero —le digo.

—Yo también te quiero. Demuéstramelo.

Acelero el ritmo, encontrando el ángulo que lo hace gritar. Llevo la mano entre nosotros para masturbarlo al compás de mis embestidas.

—Sí, justo ahí…

—Córrete para mí. Quiero sentirte.

Se corre con mi nombre en los labios, apretándose a mi alrededor, y yo lo sigo de inmediato, hundido en su interior, completamente conectados.

Nos quedamos así un buen rato, ambos con la respiración agitada.

—Sexo de prometidos —dice al final.

Me río, sin aliento.

—¿Mejor que el sexo normal?

—Diferente. Saber que tienes un anillo en el dedo, saber que estamos construyendo un para siempre… —Me besa suavemente—. Es importante.

Nos limpiamos y nos acurrucamos bajo las sábanas juntos, enredados y satisfechos.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En que he conseguido todo lo que nunca supe que quería. Un campeonato, una familia, amor, una comunidad. —Le beso la frente —. En que estoy exactamente donde se supone que debo estar.

—Yo también.

Hablamos en voz baja sobre los planes de la boda hasta que nos quedamos dormidos. Me duermo con mi prometido en brazos, soñando con bodas en mayo y la hermosa vida que estamos construyendo.

Chapter Forty-Six

Callum

Me despierto el día de mi boda en una cama vacía y con una nota en la almohada de Nolan:

La tradición dice que no debo verte antes de la ceremonia. Iris vendrá a ayudarte a prepararte. Yo seré el que está al final del pasillo, probablemente llorando. Te quiero. —N

Aprieto la nota contra mi pecho, sonriendo entre las lágrimas que ya amenazan con brotar.

Hoy. Hoy nos casamos.

La mañana pasa como un borrón. Iris llega con café y bollos, y me ayuda a ducharme y a ponerme el traje azul marino que elegimos juntos.

—Estás muy guapo —dice mientras me ajusta la corbata—. A Nolan le va a dar algo.

—Estoy nervioso.

—¿Nervioso de los buenos o de los malos?

—De los buenos. Como si estuviera al borde de algo maravilloso.

Caspian aparece en el umbral, ya vestido con su trajecito, con un aspecto increíblemente adulto.

—Papá, estás muy guapo.

—Gracias, cariño. Tú también estás muy elegante.

—Estoy listo para llevarte al altar. —Hace la demostración del paseo lento y cuidadoso que ensayamos—. Así, ¿verdad?

—Perfecto. —Lo atraigo hacia mí—. ¿Estás emocionado?

—¡Muchísimo! Después de hoy, Papá será mi padre de verdad. Legalmente. —Le brillan los ojos—. Tendré dos padres oficialmente.

Llegamos al centro cívico una hora antes de la ceremonia. La transformación es impresionante: flores blancas por todas partes, sillas dispuestas en hileras ordenadas y guirnaldas de luces que crean un cálido resplandor.

El equipo de los Icemen ya está allí con trajes a juego, haciendo de padrinos para los dos. Dom me levanta un pulgar. Garrett hace un corazón exagerado con las manos. Henrik asiente solemnemente.

Por la puerta abierta, veo a la gente entrar. La señora Patterson ya está llorando. Tom y su familia. Jamie y el personal de la pastelería. El alcalde con su mejor traje.

Parece que todo el pueblo está aquí.

—¿Listo? —pregunta Iris.

—Casi. ¿Puedo tener un minuto?

Se aparta y yo aprovecho para respirar. En unos minutos, voy a recorrer ese pasillo con mi hijo. Al final, Nolan estará esperando: el hombre que lo cambió todo.

Hace un año, era un padre soltero reservado que se había convencido de que era feliz solo.

Ahora estoy a punto de casarme con el amor de mi vida.

La música empieza —una guitarra acústica que toca algo suave y hermoso— y Caspian me coge de la mano.

—¿Listo, papá?

—Listo.

Entramos por la puerta y lo veo. Nolan, al final del pasillo con su traje de color carbón, con un aspecto demoledor y ya llorando.

Cuando nuestras miradas se encuentran, toda su cara se transforma. El amor que veo en ella me deja sin aliento.

Empezamos a caminar y, a cada paso, veo destellos del último año. Aquel primer beso en la tormenta. Caspian llamándolo Papá. Las celebraciones del campeonato. La mudanza a nuestra casa. La doble pedida de mano bajo las estrellas.

La gente llora a nuestro paso. Incluso el duro de Henrik parece emocionado.

Cuando llegamos al frente, Caspian pone mi mano en la de Nolan con la máxima seriedad.

—Cuídalo, Papá —dice solemnemente.

—Siempre, campeón. Te lo prometo.

Caspian sonríe radiante y ocupa su asiento en la primera fila.

De repente, solo estamos Nolan y yo, de pie frente a todos nuestros seres queridos.

—Hola —susurra.

—Hola a ti también.

Vera, que oficia la ceremonia, se aclara la garganta conteniendo sus propias lágrimas. —Bienvenidos a todos. Nos hemos reunido aquí para celebrar el matrimonio de Nolan y Callum, dos personas que encontraron el camino de vuelta el uno al otro y construyeron algo hermoso.

Habla del amor y del compromiso, del viaje que nos ha traído hasta aquí. Oigo quizá la mitad de lo que dice porque estoy concentrado en Nolan: en sus manos, que tiemblan ligeramente mientras sostienen las mías, en las lágrimas de sus ojos, en la certeza de su expresión.

—Nolan y Callum han escrito sus propios votos. Nolan, puedes empezar.

Toma una respiración temblorosa. —Cal. Hace un año y medio, volví a este pueblo roto y perdido. Entré en tu pastelería y me miraste como si fuera a la vez un extraño y alguien a quien conocías de toda la vida. —Se le quiebra la voz—. Me diste una razón para quedarme cuando quería huir. Me diste una familia. Me diste un propósito y amor, y la oportunidad de construir algo que de verdad importa.

Yo ya estoy llorando.

—Prometo estar ahí para ti y para Caspian cada día, no solo cuando sea fácil, sino también cuando sea difícil. Prometo ser tu compañero, tu igual, tu lugar seguro. —Me aprieta las manos—. Te elijo a ti, Callum Brennan. Hoy y cada día. Elijo a nuestra familia. Elijo este amor. Siempre.

Cuando llega mi turno, mi voz es vacilante. —Nolan. Una vez me preguntaste si creía en las segundas oportunidades. Había

construido muros tan altos alrededor de mi corazón que no creía que nadie pudiera escalarlos. —Tomo aire—. Pero tú no intentaste derribarlos. Simplemente te quedaste en la puerta, paciente y persistente, hasta que fui lo bastante valiente para dejarte entrar. Y no estabas intentando rescatarme, estabas pidiendo formar parte de mi vida.

Ahora él llora con más fuerza.

—Hoy te prometo que nunca dejaré de dejarte entrar. Seré tu compañero, tu hogar, tu persona. Celebraré tus éxitos y te sostendré en tus fracasos. Construiré esta vida contigo y envejeceré viendo cómo nuestro amor se hace más profundo. —Lo miro a los ojos—. Te elijo a ti, Nolan Hendricks. Porque amarte me hace más valiente, más fuerte, más yo mismo. Eres mi mejor amigo, mi amor, mi todo. Hoy y siempre.

Intercambiamos los anillos con manos temblorosas: las alianzas de platino con las que nos pedimos matrimonio.

—Por el poder que se me ha conferido —dice Vera, con la voz embargada—, os declaro casados. Puedes besar a tu marido.

Nolan me atrae hacia él y me besa, tierno y posesivo, y el centro cívico estalla en vítores.

Estamos casados.

El banquete es alegre, informal y lleno de amor y risas. Bailamos nuestro primer baile, meciéndonos juntos mientras nuestra familia observa.

—Hola, marido —murmura Nolan.

—Hola, marido.

Después de nuestro baile, invitamos a Caspian a unirse a nosotros. Se sube a los pies de Nolan mientras le damos vueltas, riendo.

—Ahora somos una familia —dice Caspian—. Oficialmente.

—La mejor familia —asiente Nolan.

El brindis de Vera hace llorar a todo el mundo. El de Dom hace reír a todos. Y entonces Caspian se levanta y la sala se queda en silencio.

—Soy Caspian. Y estos son mis padres. —El orgullo en su voz hace que vuelva a llorar—. Antes solo tenía un padre. Y mi padre es el

mejor. Pero a veces estaba triste porque mis amigos tenían dos padres y yo solo uno.

La gente busca pañuelos.

—Entonces volvió Papá y empezó a entrenar al hockey y fue muy bueno conmigo. Y le pregunté si podía llamarlo Papá y me dijo que sí. Y ahora vivimos juntos y somos una familia de verdad. —Su voz se vuelve más queda—. Quiero mucho a mis dos padres. Y estoy muy feliz de que se hayan casado porque ahora es oficial y todo el mundo sabe que somos una familia. La mejor familia del mundo.

No hay ni un solo ojo seco en la sala.

Comemos, bailamos, nos empapamos de amor. Cerca de la medianoche, nos despedimos de Caspian —que se queda a dormir en casa de Iris— y por fin escapamos a casa.

Dentro, Nolan me atrae hacia él de inmediato.

—Hola, marido.

—Hola, marido. —Lo beso—. ¿Qué se siente?

—Como todo lo que siempre he querido.

—¿Quieres celebrarlo como es debido?

—Por supuesto.

Nos dirigimos a la habitación, desnudándonos lentamente. Esta noche hay algo sagrado en ello, reverente, significativo.

—Te quiero —murmura Nolan, recorriéndome con las manos—. Mi marido. Mi compañero. Mi todo.

—Yo también te quiero.

Me guía hasta la cama y se toma su tiempo: besando todo mi cuerpo, adorando cada centímetro. Cuando finalmente me toma en su boca, el calor y la presión son abrumadores después de la intensidad emocional del día.

—Dios, qué bueno —jadeo.

Me trabaja a fondo hasta que empiezo a temblar, y entonces se retira.

—Te quiero dentro de mí —le digo—. Quiero que mi marido me haga el amor.

—Lo que tú quieras. Esta noche y siempre.

Me abre con dedos pacientes y, cuando por fin se introduce en mí, ambos gemimos ante la conexión.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Perfecto. —Enlazo mis piernas a su alrededor—. Muévete. Por favor.

Empieza despacio, dejándome sentir cada centímetro. Sus ojos nunca se apartan de los míos: intimidad total, confianza total.

—Te quiero —dice, con la voz ronca—. Marido mío.

—Yo también te quiero. Mío.

Acelera el ritmo, encontrando el ángulo que me hace ver las estrellas, y se estira entre nosotros para acariciarme.

—Sí, justo ahí…

—Córrete para mí. Córrete para tu marido.

Me corro con fuerza, gritando su nombre, y él me sigue inmediatamente, hundido en mi interior, completamente conectados.

Permanecemos unidos un largo momento, ambos respirando con dificultad.

—Sexo de noche de bodas —consigo decir finalmente—. Hace honor a su fama.

Él se ríe sin aliento. —Estamos casados.

—Estamos casados. —Ladeo la cabeza para mirarlo—. Nolan Hendricks-Brennan.

—Callum Hendricks-Brennan. —Prueba el nombre—. Nuestra familia. Los tres con el mismo apellido ahora.

Yacemos allí, enredados, y pienso en el viaje. De aquel asustado chico de dieciocho años que no entendía sus propios sentimientos, a un padre soltero reservado, a esto: un hombre casado construyendo un futuro con su marido y su hijo.

—¿En qué piensas? —pregunta Nolan.

—En que esta no es una historia de rescate. No me salvaste, te uniste a mi vida. La mejoraste. La hiciste mejor.

—Tú también me completaste a mí.

—Somos buenos juntos.

—Somos perfectos juntos. —Me besa suavemente—. ¿Qué quieres hacer mañana? ¿El primer día completo de casados?

—Despertarme contigo. Preparar el desayuno con Caspian. Simplemente vivir nuestra vida. Como maridos.

—Me encanta ese plan.

Hablamos en voz baja sobre el futuro: la familia que podríamos ampliar, la comunidad a la que serviremos, el amor que compartiremos.

—Gracias —digo finalmente.

—¿Por qué?

—Por elegirnos. Por quedarte. Por ser todo lo que necesitábamos.

—Gracias a ti por la segunda oportunidad. Por creer que podía ser el hombre que te merecías.

Nos quedamos dormidos enredados y sueño con el futuro que estamos construyendo.

Este es mi final feliz. No un rescate de cuento de hadas, sino algo mejor: una verdadera unión construida sobre el respeto mutuo, los valores compartidos y el valor de amar abiertamente.

Es todo lo que nunca supe que necesitaba.

Y es, por fin, perfecta y completamente nuestro.

Otros libros de Levi Bennett

Romance de Fórmula 1
Por el Exterio
Pole Position
La Trazada
Romance de Hockey
La Regla Del Rebot
Romance Oscuro
Su Obsesión Absoluta
Novelas
Votos de Venganza: Un Romance MM de Matrimonio por Conveniencia – Reserva Ahora!
Compañeros por contrato: Romance de novio falso
Receta para la venganza: Un romance de enemigos a amantes